



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Centro de Estudios Interdisciplinarios

MAESTRÍA EN ESTUDIOS CULTURALES

Tesis: Redes intelectuales en torno a Miguel Angel Asturias en el contexto de la guerra fría cultural.

Maestranda: Daniela Rosés

Director de Tesis: Dr. Gustavo Guevara

Rosario, 15 julio de 2022

Agradecimientos

Esta tesis no se podría haber realizado sin la red de personas que estuvieron involucradas, a todas ellas, mi más sentido agradecimiento:

A mi director de tesis Gustavo Guevara que confió en mí plenamente, y estuvo disponible para leerme ¡tantas veces!

A los docentes de la maestría en Estudios Culturales que a través de los seminarios me enriquecieron con nuevas perspectivas y sus devoluciones cuidadosamente elaboradas y transmitidas, sobre todo a las personas que me trajeron muchos cambios en la estructura del trabajo, y que tuvieron mucha paciencia, en particular a Mónica Bernabé y Julia Miranda.

A Beatriz Barrera que me abrió su casa para intercambiar información sobre Asturias, y especialmente a Miguel Angel Asturias Amado, quien me brindó algo tan íntimo como las entrevistas sobre la vida de su padre.

A aquellas colegas que me han prestado libros entre ellas Renata Bacalini, y Beatriz Mazza.

A Sonia Scarabelli que me acompañó en el proceso de redacción, lectura y corrección del trabajo.

A los bibliotecarios de la escuela de Historia y de Letras de la Facultad de Humanidades y Artes, de la Biblioteca Argentina y de las hemerotecas visitadas, por la buena predisposición para la búsqueda y el préstamo de libros.

A Karina Quintero, Andrea Zulliani y Natalia Aurora por el trabajo compartido cotidianamente en la escuela, por el aliento diario.

A mis amigas que me hacen sentir sostenida.

A la tribu de biodanza que siempre me acompaña en mis procesos con amor y entrega, con quienes aprendí a gestionar el tiempo a mi ritmo, aunque muchas veces no sea el tiempo formalmente esperado académicamente o para otras personas.

Por último y no menos importante quiero agradecerle a mi familia:

A Mariano, mi compañero de vida y de aprendizajes.

A mis hermanas Paula y Marisel con quienes comparto, además de la sangre, las Ciencias Sociales.

A mis padres Liliana y José con quienes aprendí que la Historia es también la historia familiar.

A aquellos que ahora están en otro plano, mis abuelos, que marcaron una profunda huella en mí.

Gracias infinitas.

Resumen en español

La presente tesis aborda la conformación de redes de intelectuales latinoamericanos que actuaron, en el continente y fuera de él, de forma articulada, en un período identificado con la guerra fría cultural. La trayectoria del autor guatemalteco Miguel Ángel Asturias (1899-1974), conformó un nexo que nos permitió ir más allá de la conceptualización habitual de Guerra Fría; complejizar diferentes procesos históricos; y articular la situación de Guatemala con la coyuntura argentina en el marco latinoamericano e internacional. Además, habilitó pensar dichos procesos como condición de posibilidad para entender contextualmente las luchas por el poder, y vincular el campo histórico y el campo de la literatura, ya que su figura fue importante para el proceso histórico y también para la literatura latinoamericana —un índice de su relevancia es el Premio Nobel que recibió—.

Para comprender cómo Asturias integró dichas redes, nos fue preciso considerar una periodización flexible atendiendo a tres cuestiones. Primero, su relación con la “Generación del 20”; segundo, su reacción ante la intervención indirecta de Estados Unidos en Guatemala, que se desemboca en la contra-revolución de 1954, y su tránsito de diplomático a exiliado en nuestro país; y tercero, su posicionamiento respecto de las repercusiones de la Revolución Cubana, a lo largo de los años sesenta, que lo llevarían al exilio, esta vez, en Europa.

Abstract en inglés

This thesis deals with the formation of networks of Latin American intellectuals who acted, on the continent and outside of it, in an articulated way, in a period identified with the cultural cold war. The trajectory of the Guatemalan author Miguel Ángel Asturias (1899-1974), formed a link that allowed us to go beyond the usual conceptualization of the Cold War; complexify different historical processes; and articulate the situation in

Guatemala with the Argentine conjuncture in the Latin American and international framework. In addition, it enabled thinking about these processes as a condition of possibility to contextually understand the struggles for power, and to link the historical field and the field of literature, since his figure was important for the historical process and also for Latin American literature—an index of his relevance is the Nobel Prize he received —.

To understand how Asturias integrated these networks, we had to consider a flexible periodization attending to three questions. First, his relationship with the “Generation of 20”; second, his reaction to the indirect intervention of the United States in Guatemala, which led to the counter-revolution of 1954, and his transition from diplomat to exile in our country; and third, his position regarding the repercussions of the Cuban Revolution, throughout the sixties, which would lead him into exile, this time, in Europe.

Índice

Introducción.....	3
Capítulo I. La guerra fría cultural.....	17
Un recorrido por las diversas interpretaciones de la Guerra Fría.....	17
La Guerra Fría desde una perspectiva cultural.....	32
Capítulo II. Las redes intelectuales en la guerra fría cultural.....	39
Capítulo III. La trayectoria intelectual de Miguel Ángel Asturias: entre los rasgos de vanguardia, el tránsito de un mercado de consumo de elites a uno de masas y la radicalización política.....	58
Capítulo IV. Miguel Ángel Asturias en Argentina (1948-1954). La intervención norteamericana en Guatemala como un punto de inflexión para establecer redes desde el exilio.....	81
Capítulo V. La intervención indirecta norteamericana en Guatemala desde la perspectiva de las redes intelectuales de la Revista Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura y de la Revista Sur.....	97
Capítulo VI. Las redes de los escritores comunistas a través de <i>Cuadernos de Cultura</i> . Sus interpretaciones acerca de Guatemala en 1954.....	116
Capítulo VII. Itinerario editorial de Miguel Ángel Asturias.....	142
Sobre la industria editorial en Argentina.....	142

Sobre el <i>boom</i> latinoamericano: la articulación entre la profesionalización del escritor en el campo de la literatura y el tránsito de un mercado de consumo de elites a uno de masas.....	146
Miguel Ángel Asturias y las posibilidades de publicar en Argentina.	154
Capítulo VIII: La Revolución Cubana como nuevo punto de inflexión y el exilio europeo de Asturias.....	167
La década del sesenta y la Revolución Cubana. Repercusiones en el campo intelectual.....	167
La red de intelectuales en la década del sesenta y la participación de Asturias.....	176
Capítulo IX. Asturias en Europa. De la red de intelectuales de izquierda a la Comunidad Latinoamericana de Escritores.....	189
Conclusiones.....	211
Anexo. Llamamiento de 1955.....	239
Bibliografía.....	244

Introducción

En este trabajo, abordamos, a partir de la trayectoria del autor guatemalteco Miguel Ángel Asturias (1899-1974), la conformación de redes de intelectuales latinoamericanos que actuaron, en el continente y fuera de él, de forma articulada, en un período de tiempo que considera diversas coyunturas entre las décadas del veinte y del setenta del siglo XX, y que se concentra, en particular, en torno a un período identificado en relación con la guerra fría cultural, que da inicio, de forma general, a comienzos de los años cuarenta.

La idea de un sistema de redes de intelectuales es referida en un número acotado de producciones que se enfocan en América Latina en el siglo XX. Entre ellas, cabe destacar las de Eduardo Devés Valdés, por un lado; y por otro, las de Germán Alburquerque, quien se centró especialmente en la Guerra Fría. Asimismo, se deben considerar las investigaciones de María Elena Casaús Arzú y Teresa García Giraldez en torno a los imaginarios nacionales centroamericanos (1820-1920), y las de Claudia Salomón Tarquini y María de los Ángeles Lanzillota para los itinerarios e identidades regionales en nuestro país. En relación con estos aportes, nos fue posible pensar a los intelectuales sostenidos por redes y acercarnos a un sistema de vínculos entre los diferentes miembros de un grupo —la red—; a diferentes formas de sociabilidad; a distintas relaciones e interconexiones entre los participantes; a diversos espacios culturales y simbólicos asociados con cada grupo; y a las interacciones desarrolladas, a su vez, con otras redes. Estas redes fluctuaban por su dinamismo, en espacio y tiempo, según las distintas coyunturas del contexto histórico.

Dentro de ese “universo” de intelectuales, nuestro acercamiento — como se adelantó— pone de relieve a una figura en particular, la de Miguel Ángel Asturias.

El vínculo con el estudio de este autor se remonta a un largo proceso de producción que, por supuesto, no fue lineal. Un primer paso estuvo constituido por la tesis de licenciatura, en la que trabajamos con algunos intelectuales guatemaltecos y, sobre todo, con la producción, las perspectivas, ideas y posturas que estos asumieron frente a la intervención indirecta norteamericana en Guatemala (1954), casi de manera inmediata. Luego, en la maestría, con nuevas herramientas conceptuales, la figura de Asturias se presentó como un nexo que, más allá del proceso histórico guatemalteco, permitió complejizar la articulación entre esos sucesos y el contexto argentino e internacional, a través de la participación del autor guatemalteco en distintas redes intelectuales. Al respecto, se identifican tres momentos destacados; el primero, como integrante de la Generación del 20, cuando estableció lazos entre París y América; el segundo, como diplomático comisionado en nuestro país entre 1948 y 1954, y luego como exiliado, desde 1954 a 1962; y el tercero y último, como exiliado, y luego diplomático, en Europa, período que se extendió entre 1962 y el año de su fallecimiento, 1974.

Además me permitió articular el campo histórico y el campo de la literatura. Asturias no solo fue una figura importante para el proceso histórico, sino también para la literatura latinoamericana, sobre todo, si recordamos que recibió, en 1967, un Premio Nobel por su obra.

Mi trabajo de tesis titulado “Redes intelectuales en torno a Miguel Ángel Asturias en el contexto de la guerra fría cultural” se enfoca, como ya se dijo, en la conformación de redes de intelectuales en torno a la trayectoria de Asturias.

Durante el desarrollo de la investigación, advertimos la complejidad de delimitar un arco espacio-temporal dada la flexibilidad y la heterogeneidad de las redes intelectuales. Frente a este dilema, nos servimos del aporte de dos categorías centrales, guerra fría cultural y redes intelectuales que, al enlazarlas nos permitieron trabajar con un marco espacio-temporal que sin dejar de ser amplio brinda coordenadas precisas para la indagación propuesta.

La guerra fría cultural es una noción que enriquece la mirada “tradicional” sobre la Guerra Fría, la cual, generalmente, se sitúa, de manera aproximada, entre 1945 y 1991, y es entendida como una confrontación entre dos potencias militares, Estados Unidos y la Unión Soviética. Por otro lado, sistematizar y articular las redes intelectuales en torno a la figura de Asturias y considerar las distintas coyunturas del proceso histórico, enmarcado ahora en un amplio arco cronológico, facilita su complejización, pues hace posible introducir nuevos aspectos, sin dejar de advertir la especificidad de nuestra región latinoamericana, lo que implica, a su vez, tener en cuenta la existencia de distintas formas de apropiación y de circulación de los sentidos ideológicos y culturales de la Guerra Fría a través de diversos sectores de las sociedades latinoamericanas.

Para abordar la guerra fría cultural, destacamos el uso de dispositivos culturales dirigidos hacia América Latina, previos a la entrada del gobierno norteamericano en la Segunda Guerra Mundial. Cabe mencionar, por ejemplo, la creación de la OCIAA, y la asociación con iniciativas privadas para la producción de películas, programas de radio y revistas, y otras prácticas y estrategias comunicativas de lo más variadas, que sirvieron como formas de divulgación del *American Way of Life*; esto también incluye las múltiples formas de su recepción y reelaboración en el ámbito local.

Asimismo, se debe tener en cuenta la conformación de redes de intelectuales desde “ambos campos en disputa”. Por un lado, se ubican las

redes que se conformaron a través de *Cuadernos* del Congreso por la Libertad de la Cultura —período 1950-65— y su extensión en nuestro país, en 1955, con la creación de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura (AALC) y mediante la revista *Sur* —en particular, durante su actividad entre mediados de la década del cuarenta y fines de los años cincuenta—. Por otro lado, se sitúan las redes del Consejo Argentino de la Paz, como extensión del Congreso Mundial por la Paz, y la revista *Cuadernos de Cultura* del PCA —entre inicios de los cincuenta y los primeros años de la década del sesenta—.

Así, la Guerra Fría dejó de ser un “único proceso”, en tanto excedió su caracterización general en relación con las situaciones bélicas, los posicionamientos geopolíticos y la confrontación entre capitalismo y comunismo.

Reconstruir las redes de relaciones y los espacios de sociabilidad en torno a Asturias implicó, por todo lo dicho, la flexibilización de la periodización clásica como marco general, ya que las redes de intelectuales tienen una naturaleza dinámica e inestable, conectan puntos distantes entre sí y articulan un territorio cultural de fronteras menos estables y tangibles que las fronteras nacionales. Para trabajarlas, resultó fundamental observar el entramado contextual y relacional en el que se movían y desarrollaban sus actividades los sujetos que las integraron.

Tras enlazar la Guerra Fría cultural con la noción de redes intelectuales, nos centramos en la segunda mitad del siglo XX, cuando se constituyó un verdadero campo cultural latinoamericano: sus escritores transitaban por diferentes países; las editoriales publicaban a autores de la región; las revistas de temática continental traspasaban las fronteras nacionales; los premios y concursos exaltaban lo latinoamericano. En la consolidación de este campo, la voz de los intelectuales se hizo sentir con fuerza. Con el aporte de Devés Valdés, también situamos estas redes en el

ámbito de la sociedad civil o en un espacio fronterizo entre esta y la sociedad política, tratando de moverse a orillas del Estado. Dicha mirada nos brindó la posibilidad de trabajar con una noción amplia intelectuales, es decir, “el conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se conectan, se conocen e intercambian trabajos, se escriben, elaboran proyectos comunes, mejoran los canales de comunicación y sobre todo establecen lazos de confianza recíproca” (Devés Valdés 2007: 22).

En relación con este contexto que señalamos, surgieron interrogantes acerca de la cooptación de intelectuales que habría tenido lugar en medio del conflicto bipolar, por eso, es significativo resaltar la importancia de la autonomía en el campo cultural y comprender su defensa por parte de muchos de quienes formaron parte de este. Los intelectuales latinoamericanos se alinearon y se ordenaron en función de la realidad política nacional, continental y mundial. En su gran mayoría, cuidaron celosamente su independencia, a tal punto que, cada vez que sintieron amenazada su autonomía, se rebelaron de manera resuelta (Cfr. con Albuquerque 2011: 285/299).

El desarrollo de estos conceptos y del marco teórico lo profundizamos en los capítulos iniciales del trabajo. En el primer capítulo, realizamos un estado de la cuestión sobre la Guerra Fría y propusimos un recorrido por las diversas interpretaciones que se hicieron de ella desde una perspectiva cultural. De esta manera, en el capítulo siguiente abordamos las redes intelectuales en el contexto de lo que llamamos guerra fría cultural.

Nos propusimos como objetivo central, presente a lo largo de todo el trabajo, reconstruir la conformación de redes intelectuales. Con este fin, tomamos la figura de Asturias como nexo, para articularla de forma transversal en varios niveles de contextos. El nivel más general, descrito en términos de guerra fría cultural, nos llevó a prestar atención a los puntos de inflexión que signaron el campo cultural en Latinoamérica y en nuestro país.

En función de estos niveles transversales, se rearticulaban las redes y se modificó la propia trayectoria de Asturias, quien, además, pasó de diplomático a exiliado, primero en nuestro país y luego en Europa.

En particular, tomamos dos de las redes propuestas en el esquema de Alburquerque (2011) y de las cuales participó Asturias; una que puede identificarse con posiciones de izquierda, y otra, conocida como la Comunidad de Escritores Latinoamericanos. Ambas nos permitieron sistematizar las distintas coyunturas de la guerra fría cultural y trabajar la propia reorientación de Asturias de una red a otra.

En este punto, nos parece importante destacar los aportes de los Estudios Culturales, ya que nos permitieron enriquecer nuestra forma de trabajo, al tornarla más interdisciplinaria. Así, para abordar este recorte no solo recurrimos a la Historia intelectual y de la cultura, sino también a la Literatura y a la idea de trabajo en red; una idea que implica intercambios que se sostienen y se afectan de manera dinámica según el contexto. Nos centramos en la imbricación entre la cultura y las relaciones de poder y en su contextualización radical. Es decir, nos detuvimos a estudiar las articulaciones significantes y de relaciones de poder que han permitido la emergencia y, en particular, la configuración de una serie de prácticas o hechos sociales. En consecuencia, el contexto no es considerado un simple telón de fondo o el escenario donde sucede algo, sino que es pensado como condición de posibilidad, donde las luchas por el poder deben entenderse contextualmente.

La conformación de redes en torno a Asturias implicó un marco contextual más amplio, si tenemos en cuenta que, junto a otros intelectuales latinoamericanos que residieron un tiempo en París, formó parte de la ya mencionada Generación de los años veinte. Por tanto, la historia de Guatemala y su tránsito por la ciudad parisina fueron determinantes en la posterior conformación de redes en nuestro país.

Por ello, en el tercer capítulo, dedicamos un espacio a dicha trayectoria intelectual y reflexionamos acerca de sus rasgos de vanguardia y su continua militancia antidictatorial y antiimperialista; un rasgo que perdura y que resulta indispensable para la comprensión del recorrido de Asturias en las redes posteriores.

Tal itinerario nos llevó, a su vez, a retomar una dimensión simbólica del antiimperialismo latinoamericano, que no puede reducirse al mero aspecto doctrinal, sino que debe entenderse en el sentido de la pulsión o el latido de una época que le permite repensar su contenido. A través de los estudios de Kozel, Grossi y Moroni (2015), es posible ir más allá del antiimperialismo como un cuerpo doctrinario o un sistema ideológico, y considerarlo, en cambio, como un elemento que aparece integrando y, eventualmente, enriqueciendo o complicando, algunos cuerpos doctrinarios o sistemas ideológicos particulares. Los autores aluden, asimismo, a formas de expresión cultural, social y política que la disposición antiimperialista adopta. De esa manera, se puede atender al hecho de que hay un antiimperialismo más social y cultural, cuyos impulsos se expresan en un amplio registro de manifestaciones: literatura, cine, música, plástica, etc.

Asturias llegó a Argentina como diplomático (1948-1954) bajo el gobierno peronista, pero luego de la intervención indirecta de Estados Unidos en Guatemala en 1954, su residencia en nuestro país adquirió la calidad de exilio. La autodenominada “Revolución Libertadora”, producida en 1955, modificó las condiciones de vida en el país. Luego, tras el interregno constitucional representado por la presidencia de Arturo Frondizi, el proceso democrático se volvió a interrumpir con un nuevo golpe de Estado, en 1962. Fue, justamente, bajo la presidencia de Guido, que Asturias decidió partir una vez más al exilio, para adoptar como residencia Europa —más precisamente, Francia— hasta su muerte en 1974.

En el proceso de análisis, advertimos que se desarrolló una gran diversidad de relaciones entre los actores de las redes intelectuales que se desplegaron en dicho contexto; ello nos permitió ampliar nuestra perspectiva acerca de las redes en las que participó el autor guatemalteco. Tomamos dos puntos de inflexión para el proceso histórico en general y que resultan importantes en cuanto a la participación de Asturias. El primero, la coyuntura en la cual ingresó Guatemala a raíz de la Revolución de Octubre y de la intervención indirecta de Estados Unidos en aquel país (1944-1954); y el segundo, la Revolución Cubana (1959).

Las redes y sus actores sociales ocupan un lugar relevante en la cultura latinoamericana, pues conforman un nexo entre los procesos históricos mencionados en el párrafo anterior, así como también entre política y cultura, y además entre el campo cultural y el poder. Esto nos permitió reflexionar sobre las prácticas intelectuales en relación con sus posicionamientos frente a los procesos de Guatemala y de Cuba. También, nos interesamos en sus relaciones e influencias desde el campo intelectual argentino; en particular, en vínculo con un momento de crisis de las tradiciones partidarias y marcado por la problemática de la exclusión del peronismo; esto último implicó fragmentaciones tanto en espacios liberales como de izquierda. Ambas coyunturas fueron un nexo con Asturias.

Cuando, en el cuarto capítulo, abordamos la intervención norteamericana en Guatemala, advertimos cómo los conflictos internacionales se articulaban con los locales y cómo esto se evidenciaba en las redes y sus publicaciones.

Las revistas de la época conformaron un punto de encuentro y un medio de expresión e intercambio de ideas para estas redes que fueron fuente y soporte imprescindible de la constitución del escritor como intelectual, porque supusieron espacios centrales de intervención y de difusión de la palabra en una dimensión pública más amplia. Sus

publicaciones y sus ecos fueron cruciales para alentar la confianza en la potencia discursiva de los intelectuales. Así, abordamos revistas y publicaciones político-culturales como una vía de articulación entre política y cultura; estas buscaron definir rasgos de identidad y generar opinión y controversias, tanto dentro como fuera del campo intelectual. Las revistas fueron, como planteó Gilman (2012), un lugar de enunciación y de práctica para el intelectual comprometido políticamente, e implicaron una posición en relación con la cultura, así como una posición en relación con el poder; a su vez, los textos literarios fueron una cantera de enigmas para el poder político.

En el quinto capítulo, abordamos, particularmente, las perspectivas de las redes intelectuales de la *Revista Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* y la *Revista Sur* frente a la coyuntura guatemalteca; y en el sexto capítulo, trabajamos con los puntos de vista de las redes de los escritores comunistas a través de *Cuadernos de Cultura*.

Uno de los objetivos específicos de nuestra investigación fue articular el contexto con las redes, y reflexionar sobre las prácticas de los intelectuales en relación con sus posicionamientos frente a los puntos de inflexión trabajados, en el marco general de la guerra fría cultural: ¿cómo se modificaron las redes intelectuales frente a los procesos históricos?; ¿qué posicionamientos y especificidades tuvieron las redes en nuestro país?; ¿qué relaciones estableció Asturias dentro de las distintas redes de intelectuales según las coyunturas?; ¿cómo se modificaron las relaciones e influencias de Asturias en el campo intelectual argentino?; ¿cómo pueden relacionarse sus exilios con los puntos de inflexión mencionados?

Otro objetivo fue articular el campo de la historia y la literatura. Así, dedicamos un espacio al itinerario editorial de Asturias. Recordemos que el período en que residió en nuestro país también coincide con la época de oro de la industria editorial, y los sucesivos cambios que esta experimentó. Entre

ellos, el boom latinoamericano; y la articulación entre la profesionalización del escritor en el campo de la literatura, el tránsito de un mercado de consumo de elites a uno de masas y la radicalización política.

En el séptimo capítulo, analizamos las posibilidades de producción y de publicación de Asturias en los campos cultural e intelectual argentino y latinoamericano y sus repercusiones. ¿A través de qué espacios difundió su producción y, en particular, aquellos libros que contenían una clara referencia a los acontecimientos de Guatemala? ¿Fue su producción un instrumento de lucha política para intervenir en las relaciones de poder desde el espacio de la cultura?; ¿podría ser entendida como una forma de resistencia?

Durante este proceso, Asturias fue ganando acceso a instancias que antes le estaban vedadas, y se integró a ellas mediante distintas formas de participación en los campos cultural e intelectual. Escribió en diarios y revistas; formó parte de asociaciones de pares que se pronunciaron respecto de coyunturas no solo culturales, sino también políticas y sociales. También se vinculó con redes multinacionales, quizá menos formales, pero tanto o más representativas; y rubricó, ya fuera individual o colectivamente, numerosos manifiestos y declaraciones, que proliferaron en este periodo. Además, desarrolló proyectos editoriales, como la publicación de libros y de colecciones; y acometió viajes de orden político. En numerosas ocasiones, se entrevistó con jefes de Estado u otras autoridades, sin contar el contacto con sus pares de los países visitados; circuló internacionalmente y se relacionó con organizaciones de alcance continental o global, gubernamentales o no.

En el capítulo octavo, desarrollamos el otro momento de ruptura al que ya hicimos referencia, es decir, profundizamos en la coyuntura de la Revolución Cubana. En esa instancia, no solo nos interesamos por el campo intelectual latinoamericano en general, sino que nos detuvimos,

particularmente, en la trayectoria de Asturias tras un nuevo exilio que — como ya se dijo— se le impuso en 1962, y que lo obligó a residir en Europa hasta el final de su vida.

Para dicha coyuntura se retomaron los paralelos planteados por los autores Ansaldi y Funes (1998) y Bonforti (2017) entre los años veinte y sesenta, para trazar, precisamente, un puente entre la crítica antiimperialista de la década del veinte, que seguía latente, y la Revolución Cubana, que reeditó y disparó la voluntad de politización intelectual. Si tenemos en cuenta la producción de Albuquerque (2000), por un lado, la influencia de Estados Unidos se expandió más allá de la zona del Caribe, abrazando el resto del continente; y por otro lado, la Cuba revolucionaria, en general, y la revista *Casa de las Américas* de manera específica, se convirtieron en un espacio aglutinador y cultural común. Así se conformó una red de escritores latinoamericanos que sostuvo un espacio cultural antiimperialista. La utopía fue cuasi continental; si en los años veinte el norte lo constituía la búsqueda identitaria de *Hispanoamérica*, en los sesenta, ese lugar lo ocupó *Latinoamérica*, con su contenido socio-político socialista y revolucionario.

En el contexto convulsionado de los sesenta, numerosos escritores atravesarían cambios radicales para ejercer su oficio. Si antes pasaban inadvertidos, ahora serían consagrados; y sus voces se amplificarían no solo en la escena artística, sino también en la esfera política latinoamericana. La Revolución y el ideal socialista se convirtieron en un horizonte deseado por núcleos intelectuales; como muestra Pablo Ponza (2010) el debate sobre la violencia política y la lucha armada adquirieron centralidad en la agenda pública a escala planetaria; y se inauguraron espacios de transición y de crítica a los modelos y a las tradiciones políticas establecidas en esa época.

La Revolución cuestionó la noción de *compromiso*, que hasta 1966-68 había reunido las figuras del escritor, el militante y el crítico. Ante la radicalización de la lucha, en una situación donde *política* y *revolución* eran

semánticamente coincidentes, se declaró una verdadera *guerra cultural*. De este modo, los escritores con compromiso político se enfrentaron a la difícil disyuntiva — condensada por las imágenes contrapuestas del artista y el combatiente— de optar por la intervención cultural —que se correlacionaba con el ideal de autonomía crítica— o por la eficacia política directa e inmediata —convertirse en un revolucionario subordinado a la dirigencia partidaria—. La discusión en torno a la función de los escritores y el dilema sobre su lugar en tanto se percibían como intelectuales orgánicos se fue intensificando.

La trayectoria de Asturias se integró en ese heterogéneo espacio cultural antiimperialista que repensó cuestiones latinoamericanas. El autor guatemalteco reactualizó posiciones en relación con Estados Unidos y su pretensión de influir, de manera directa o indirecta, en la política interna de los países del continente; y asumió una postura revolucionaria, antiimperialista y latinoamericanista de apoyo a la Revolución Cubana, aunque nunca respaldó públicamente la lucha armada como vía privilegiada para la revolución. Estas fueron temáticas que ya nunca abandonaría, aún cuando las reformuló en parte durante su exilio en Europa.

Por último, en el capítulo noveno, destacamos la experiencia de sus últimos años de vida en el Viejo Mundo. Allí pasó de formar parte de la red de intelectuales de izquierda a integrar la Comunidad Latinoamericana de Escritores. También impulsó la iniciativa de llevar a cabo la Colección Archivos, y su extensión a la colección “Archivos de la Literatura Latinoamericana y el Caribe del siglo XX”, uno de sus legados más importantes.

En el contexto de la guerra fría cultural advertimos, entonces, la heterogeneidad de las redes, necesariamente mediadas por figuras intelectuales y políticas de diferentes espacios, con su configuración ideológica liberal o comunista, y sus modos de manifestación que nunca

conducen a estructuras ideológicas inalterables o esencialistas. Aunque compartían una ideología común definida, los liberales tenían una clara oposición a lo que denominaban *totalitarismos de izquierda o de derecha* — el comunismo soviético, el franquismo español o los nacionalismos latinoamericanos—; promovían la democracia liberal como sistema ideal de gobierno; y mostraban una simpatía, según Jannello (2015), inicialmente no reconocida, pero afirmada con los años, hacia la política hegemónica de Estados Unidos. Por otro lado, Petra (2017) señala que los sectores comunistas, a la hora de conformar el Frente Democrático Nacional, pusieron fin a flirteos y discrepancias. Así, impulsaron un modelo de compromiso intelectual que podía mantenerse en un plano político y generalista, sin implicar vínculos orgánicos con el partido, lo que se constituyó en un objetivo ineludible tanto en términos ideológicos como organizativos.

En el transcurso de nuestro trabajo, como ya señalamos, consideramos la autonomía del campo intelectual frente a las distintas coyunturas debido a que las redes de intelectuales se modificaron y se rearticulaban en función del contexto. De este modo, ante “las relaciones que se han establecido por la operación del poder, en respuesta a los intereses de ciertas posiciones de poder, la lucha por cambiar el contexto implica la lucha por planificar esas relaciones, y cuando sea posible, por desarticularlas o rearticularlas” (Grossberg, 2012:38).

La figura intelectual de Asturias y su participación en las distintas redes intelectuales de las que formó parte excedieron la clásica dicotomía o confrontación entre capitalismo y comunismo. Incluso fue significativo que haya sido premiado tanto con el Premio Nobel de Literatura, como con su competidor, el Premio Lenin de la Paz. Como consecuencia, resulta difícil encasillarlo en *espacios cerrados*, dado que, además, sigue muchas de las características del perfil del intelectual más amplio que plantea Albuquerque

(2011). Puede seguirse, entonces, la amplitud de su trayectoria, capaz de ir desde un aficionado a las letras cercano a la élite dirigente o parte de ella —pero complaciente con el orden establecido—, pasando por el intelectual profesionalizado con inquietudes sociales y vocación de transformación política, hasta el intelectual comprometido —generalmente de ideas de izquierda—, muchas veces revolucionario o, al menos, disconforme con el orden existente.

No desconocemos que la pulsión de la época estuvo atravesada por la dialéctica amigo-enemigo, que se instaló con particular fuerza durante la Guerra Fría. Sin embargo, la hipótesis de la complejidad de las redes intelectuales, articulada con ese contexto desde una perspectiva cultural, nos brinda la oportunidad de ir más allá de una dicotomía sin matices. La flexibilidad de las redes, su expansión, la heterogeneidad de las figuras que las integraron, junto con una diversidad de revistas político-culturales y textos literarios vinculados con dichas redes, nos abren la posibilidad de presentar otras interpretaciones y posturas acerca del proceso histórico.

Capítulo I. La guerra fría cultural

Un recorrido por las diversas interpretaciones de la Guerra Fría

El enfoque tradicional acerca de la Guerra Fría se inserta dentro del marco de las relaciones internacionales y propone una periodización que se extiende desde 1945, con la explosión de las bombas atómicas y el fin de la Segunda Guerra Mundial, hasta 1989-1991, con la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética¹; lapso durante el cual se desarrolló el enfrentamiento constante de las dos superpotencias surgidas de la posguerra: Estados Unidos y la Unión Soviética.

Tras realizar un recorrido del tema a través de los siguientes autores: Halliday (1983, 1990), Hobsbawm (2007), Béjar (2011), Skidmore y Smith (1996) y Zinn (2001), observamos que responden a aquel enfoque tradicional con algunas particularidades.

Fred Halliday, especialista en relaciones internacionales, abordó la Guerra Fría en *The Making of the Second War*, de 1983, y unos años más tarde, al calor de los acontecimientos de 1989, publicó "Los finales de la Guerra Fría"; allí planteaba que la Guerra Fría y el conflicto Este-Oeste se habían tratado desde diferentes escuelas con sus respectivas interpretaciones. Una de las escuelas, asociada al realismo y al pensamiento estratégico, consideraba que la rivalidad Este-Oeste era producto del conflicto de los dos grandes poderes, y que se explicaba por cuestiones como el equilibrio de poder entre otros aspectos. Sostenía que la ideología es una expresión de esa interacción estratégica, pero su análisis prescindía de las diferencias que se encuentran en la composición interna de estas sociedades. Otra escuela era la liberal, que localizaba el conflicto en errores

1 Otra periodización posible de la Guerra Fría, la encontramos en María Dolores Béjar (2011), entre 1947 y 1989-1991.

de política cometidos por ambos lados; desde esta perspectiva, el conflicto era evitable. Una tercera escuela estaba asociada a los escritores de izquierda críticos; estos argüían que las rivalidades internacionales eran producto de factores políticos y económicos inherentes a esas sociedades. Respecto de esta escuela, Halliday subrayó que, según la interpretación que allí se proponía, “se trata[ba] de un conflicto inter-bloque o inter-sistémico [que] enmascaró una homología de la que ambas partes usaron y se beneficiaron dentro de sus propios dominios” (1990: 7).² Así, la Guerra Fría era en sí misma un sistema más que una competencia entre dos sistemas diversos. A juicio del autor, estas escuelas no habían sido capaces de explicar el carácter, duración y profundidad de la Guerra Fría. La perspectiva planteada por Halliday, en cambio, es de “carácter inter-sistémico”, ya que

² La posición de Halliday fue debatida; en particular, destacamos la réplica del historiador E. Thompson y la contrarréplica que le dio Halliday. Estos textos fueron originalmente publicados en la revista *New Left Review*, 1990, y su traducción al español fue incluida en el *Cielo por Asalto* en 1991.

Aunque Halliday asocia a Thompson a su tercera escuela, este último cuestiona la división en escuelas para explicar la Guerra Fría; por lo tanto, sostiene que la clasificación de las escuelas es una descripción simplista de la Guerra Fría. Es más, sostiene que ni él ni sus colegas predicen el fin de esta como una convergencia de los dos sistemas, sino que trabajan por su reemplazo mediante sistemas totalmente nuevos de relaciones internacionales y por el derrumbe de la confrontación bipolar.

Otro punto es que los movimientos pacifistas pasan inadvertidos en el análisis de Halliday, en cambio desde la perspectiva de Thompson en los movimientos de paz y de derechos humanos, en los ochenta, emergió un “tercer camino”, no solo como teoría sino como una fuerza social real: como un hecho histórico. Thompson deja irresuelta la cuestión del colapso y abre la posibilidad de una tercera vía. El fin de la Guerra Fría puede ser un momento de oportunidad y no de derrota; puede ser más que la derrota del socialismo o el triunfo del capitalismo.

Por último, Halliday, en la contrarréplica, sostiene que Thompson subestima el grado de enfrentamiento de las fuerzas de ambos bloques en la Guerra Fría. Para Halliday, la rivalidad entre los bloques terminaría una vez que la heterogeneidad fuera reducida drásticamente o desapareciera, lo que llevaría a la predominancia de un sistema económico sobre el otro, y el capitalismo no habría derrotado a su oponente sino que lo habría subyugado. Por otro lado, en cuanto al movimiento pacifista, señala que no cumplieron un rol fundamental en el fin de la Guerra Fría, ya que el autor considera que estos movimientos no tuvieron éxito y, por lo tanto, no produjeron un efecto político. Además, asocia el proceso de desarme al resultado de las relaciones estado-estado y no a un proceso desde abajo, ni en la URSS ni en cualquier otro lado. Considera que su análisis es realista y no derrotista; no observa la posibilidad de una tercera vía debido a que a su juicio ésta enmascara a uno de los dos bloques.

considera que el problema ha sido producto de la rivalidad entre dos sistemas sociales, económicos y políticos diferentes. De este modo, en cuanto a los momentos finales de la Guerra Fría, señaló que

sería engañoso presentar el resultado como si ambos sistemas fueran igualmente debilitados o los cambios en curso fueran simétricos. En efecto: el final de la Guerra Fría, [...] se ha obtenido no sobre la base de la convergencia entre dos sistemas, o de la tregua negociada entre ellos, sino como el resultado del colapso de uno frente al otro (Halliday 1990: 82/83).

Aunque ese proceso no estaba terminado, el autor adelantó un plausible triunfo del capitalismo; sostenía que los factores endógenos propios no podían dar cuenta del colapso final, pero sí el contexto global y algunos aspectos en los cuales el comunismo no había podido competir, como la tercera revolución industrial y el desarrollo de la tecnología informática; entre los aspectos culturales, destacaba el peso de la cultura consumista.

El vínculo entre lo político y lo económico fue consolidado por un cambio en el carácter mismo de la hegemonía capitalista [...] y en particular en los valores e instituciones que fueron considerados la corporización de la legitimidad del sistema. En la medida en que viejas barreras sociales e identidades se erosionaban, las formas de actividad asociadas con las comunicaciones y la cultura del consumidor fueron adquiriendo creciente importancia, del poder de la TV, la música pop y la moda siempre dependieron de otra

forma de poder, pero de todas formas adquirieron un peso relativo mayor dentro de las sociedades occidentales en su conjunto [...]. Este éxito del capitalismo fue, por lo tanto, uno al cual la sociedad “comunista” fue especialmente vulnerable. No pudo competir, económicamente en términos de producto y cambio tecnológico. Pudo competir aún menos en los dominios del consumismo y la cultura popular recientemente promovidos (Halliday 1990: 90).

Para Hobsbawm (2007), la Guerra Fría se definía como el enfrentamiento constante de las dos superpotencias surgidas de la posguerra, en una lucha desigual. Sin embargo, América Latina no ha sido trabajada en profundidad por este autor; la menciona como parte del Tercer Mundo, un mundo no comunista —sobre todo, anticomunista en política interior— y no alineado en asuntos exteriores —fuera del bloque militar soviético—.

En cuanto a la periodización, Hobsbawm señala distintos momentos. Uno de estabilidad, entre 1945 y mediados de 1970, durante el cual ambas superpotencias aceptaron el reparto desigual del mundo, e hicieron esfuerzos por resolver las disputas sobre sus zonas de influencia sin llegar a un choque abierto que pudiera llevarlas a la guerra, bajo la premisa de que la coexistencia pacífica era posible. De hecho, señala que:

la una confiaba en la moderación de la otra, incluso en ocasiones en que estuvieron oficialmente a punto de entrar o entraron en guerra. Así durante la Guerra de Corea de 1950-1953, en la que participaron oficialmente los norteamericanos, pero no los rusos,

Washington sabía que unos 150 aviones chinos eran en realidad aviones soviéticos piloteados por aviadores soviéticos (Hobsbawm 2007: 232).

Así, este periodo no estuvo exento de algunos momentos explosivos, como los que se produjeron entre la proclamación de la doctrina Truman, en marzo de 1947, y la destitución del general Douglas MacArthur, en abril de 1951; solo se llegó a una distensión de los enfrentamientos a principios de los años sesenta.

A mediados de los setenta, no solo se abrió, según este autor, un periodo de crisis política y económica, iniciado a partir de 1973, sino que la Guerra de Vietnam y la Guerra de Yom Kippur en Próximo Oriente debilitaron a Estados Unidos, y se inició una ola de revoluciones en el Tercer Mundo que dio comienzo a lo que algunos denominaron *segunda guerra fría*. En esta etapa, ambas superpotencias trasladaron su rivalidad al Tercer Mundo; es decir que los conflictos se dirimieron mediante una combinación de guerras locales. Por un lado, Estados Unidos respaldó la expulsión de los soviéticos de Egipto, y la entrada informal de China en la alianza antisoviética. Por el otro, la URSS también tomó iniciativas, con la incorporación, a la esfera comunista, de gran parte del imperio colonial portugués en África, tras el derrocamiento del emperador de Etiopía. A partir de 1979, resultaron centrales, en la *segunda guerra fría*, el crecimiento de la marina soviética, al igual que la caída del Sha de Persia y el conflicto en Afganistán. Hobsbawm plantea que Afganistán se convirtió en el Vietnam de la Unión Soviética. Cuando las fuerzas armadas soviéticas entraron a Afganistán para estabilizar aquel país, y *solucionar* complejas luchas internas, que incluían la división de comunistas en diferentes facciones, Estados Unidos consideró que dicha intervención soviética era una ofensiva

militar contra el *mundo libre* y envió dinero y armamento a los guerrilleros fundamentalistas musulmanes. En este contexto, el poderío militar soviético se encontraba considerablemente sobredimensionado en relación con la economía soviética, que se hallaba en decadencia. Así, la Guerra Fría pudo cerrarse cuando “una de las superpotencias, o ambas, reconocieron lo siniestro o lo absurdo de la carrera de armamentos atómicos y cuando una o ambas aceptaron que la otra deseaba sinceramente acabar con esta carrera” (Hobsbawm 2007: 253). Esto se tradujo en las cumbres de Reykjavik, realizada en 1986, y de Washington, de 1987, pero solo fue posible reconocer que la guerra había acabado cuando la URSS dejó de ser una superpotencia o una potencia a secas, entre 1989 y 1991.

María Dolores Béjar (2011) ha propuesto, por su parte, un panorama general para una historia mundial; su libro, que abarca el siglo XX, integra los cinco continentes. En él considera que el imperialismo y la expansión de las metrópolis capitalinas ofrecen claves insoslayables para la historia mundial; de este modo, relativiza la propuesta de Hobsbawm acerca de que la Primera Guerra Mundial inaugura el siglo XX corto.

La autora periodizó la Guerra Fría en varias etapas. Sitúa la primera entre 1947 y 1953, cuando los Estados Unidos se comprometieron con la reconstrucción europea a través del Plan Marshall y asumieron el papel de gendarmes del orden capitalista. Los soviéticos controlaban los resortes básicos del poder en los países europeos del Este. En un segundo periodo, 1953-1975, se pasó de la coexistencia a la distensión; esta etapa aparece asociada a las figuras de Kennedy y Nikita Krushev; en 1953, Béjar señala la muerte de Stalin como lo que posibilita algunas conciliaciones, y el armisticio en la Guerra de Corea. No obstante, reconoce que hubo algunos momentos de tensión, y advierte que tres fueron cruciales: la construcción

del muro de Berlín, en 1961, la guerra en el canal de Suez y la instalación de los misiles soviéticos en Cuba, en 1962 (Cfr. con Béjar 2011: 161/215).

Sin embargo, el principal desafío para Estados Unidos vino del Tercer Mundo, a partir del “sorpresivo giro al socialismo de la Revolución Cubana liderada por Fidel Castro y la Guerra de Vietnam en Asia” (Béjar 2011: 195). La experiencia de derrota en Vietnam, además, socavó gravemente la hegemonía norteamericana.

Cuba impidió exitosamente que Washington derrocara a su gobierno como lo venía haciendo, a través de la CIA, con los gobernantes reformistas —por ejemplo, los golpes contra Muhammad Mossadegh en Irán, en 1953 y contra Jacobo Árbenz en Guatemala, en 1954—. Las tropas cubanas rechazaron en 1961 la invasión de Bahía de Cochinos, puesta en marcha por el presidente Kennedy (Béjar 2011: 195).

Para esta autora es importante el concepto Tercer Mundo, acuñado en los años cincuenta, que englobó a un conjunto heterogéneo de países de Asia, África y América Latina con problemas similares: “el orden económico dependiente de la exportación de alimentos y materias primas, altas tasas de analfabetismo, un fuerte crecimiento demográfico, y escenarios políticos signados por un fuerte autoritarismo, el protagonismo militar y la fragilidad de las instituciones” (Béjar 2011:204). En los años sesenta, muchos de estos países formaron el Movimiento de Países No Alineados, que adhirió a una serie de principios, como preservar las independencias nacionales frente a las dos superpotencias, no pertenecer a ningún bloque militar y promover el desarme, defender el derecho de los pueblos a la autodeterminación y la

independencia, sostener la no injerencia en los asuntos internos de los Estados, entre otros. En ese contexto,

América Latina fue sacudida por la Revolución cubana, y la 'nueva izquierda' reivindicó la lucha armada contra la dependencia y la injusticia social. En el imaginario de gran parte de la izquierda occidental, el Tercer Mundo se erigió como el nuevo sujeto revolucionario. [...] Allí estaban para confirmarlo, según los tercermundistas, Argelia, Cuba y Vietnam (Béjar 2011: 196).

Así, mientras las relaciones de las dos superpotencias se distendían, el Tercer Mundo era desgarrado por violentas luchas, en parte debido a esta ola de revoluciones que abrió el camino a la *segunda guerra fría* 1975-1979/1985.

La región centroamericana, considerada bajo el área de influencia norteamericana, también fue convulsionada por el movimiento guerrillero de San Salvador y Guatemala, la presencia de Omar Torrijos en Panamá y el triunfo de la revolución sandinista en 1979. Con la caída de la dictadura de Somoza, en Nicaragua se formó un gobierno de corte revolucionario apoyado por Moscú y la Habana.

Sumado a aquel contexto, el mundo capitalista abandonaba el periodo de crecimiento económico para ingresar en una etapa de estancamiento y fluctuaciones. En la URSS, la economía basada en la planificación centralizada se convertía en un obstáculo para la incorporación de las innovaciones científico-técnicas al conjunto del aparato productivo. Esta coyuntura abonó en los Estados Unidos el avance de los neoconservadores, quienes recurrieron a la denuncia de la amenaza comunista para justificar el

despliegue de una agresiva política exterior, a la cual presentaban como una estrategia defensiva a la que estaba obligada Norteamérica ante los peligros que acechaban al *mundo libre*. Pocas semanas después de la caída del muro de Berlín en 1989, se proclamaba el inicio de una “nueva era de las relaciones internacionales [...] El mundo volvía a ser capitalista y el capitalismo era cada vez más global” (Béjar 2011: 215).

Otra perspectiva a considerar es la de Skidmore y Smith (1996), historiadores estadounidenses que se abocaron a relevar la influencia de Estados Unidos en la historia de nuestro continente. Su periodización, correspondiente al arco temporal 1945-1989/91, que cubre la Guerra Fría, se organiza en torno a una mirada regional y no de escala global. Según los autores, poco después de la Segunda Guerra Mundial, la política gubernamental estadounidense centró su atención en reconstruir Europa y Japón; esta relativa indiferencia hacia el subcontinente se rompió cuando las relaciones estadounidenses con la URSS se enfriaron. Entonces la administración Truman decidió organizar una ofensiva de Guerra Fría en América Latina, caracterizada, principalmente, por dos aspectos. El primero era conseguir que los gobiernos latinoamericanos rompieran relaciones con la Unión Soviética, lo cual tuvo un éxito notable, ya que todos, con la excepción de México, Argentina y Uruguay, lo hicieron. El segundo aspecto fue presionar a los gobiernos latinoamericanos para que proscibieran a los partidos comunistas. Aunque no se dio mucha publicidad en Estados Unidos, el éxito de esta campaña demostró lo sensibles que seguían siendo las elites latinoamericanas a sus directrices (Cfr. con Skidmore y Smith 1996: 379/419).

A fin de fortalecer la alianza militar, se buscó redefinir el sistema panamericano a través del Pacto de Río (1947) y mediante la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948. Así,

los estados miembros se comprometían a mantener una solidaridad continental —deseada por Estados Unidos— y una no intervención —deseada por América Latina—, junto a los principios de democracia, cooperación económica, justicia social y derechos humanos (Skidmore y Smith 1996: 393).

Por otro lado, el programa de Truman, se expresó en cuanto ayuda técnica y económica para América Latina en el conocido “Punto Cuatro”. Tras la victoria electoral de Eisenhower en 1952, partidario de una postura más liberal, próxima al dogma de la libre empresa, y los sucesos posteriores en Guatemala, el programa entró en crisis.

En el caso de Guatemala, Skidmore y Smith (1996) abordaron una línea de interpretación norteamericana para la cual la corriente marxista encauzaba, a través de sentimientos de nacionalismo económico, una postura política antiimperialista —sobre todo antiestadounidense—:

Estados Unidos se opuso con fuerza al programa reformista de Jacobo Árbenz en Guatemala. La invasión de exiliados organizados por la CIA en 1954 impuso como presidente a Castillo Armas, quien de inmediato revocó la expropiación de tierras de la United Fruit y firmó, como era debido, un pacto de defensa mutua con los Estados Unidos en 1955. Los soviéticos, por su parte, permanecieron vigilantes [...]. Con su

poder y riqueza, Estados Unidos se abrió paso a escala global (Ibidem :399).

La política norteamericana hacia el continente comenzó a ser revisada tras la Revolución Cubana, en 1959. De ello resultó la Alianza para el Progreso, constituida en 1961, que impulsaba un programa económico y social, patrocinado de forma multilateral por Estados Unidos, el cual fue intensificado para combatir contra los movimientos guerrilleros en América Latina, es decir, como programa de contrainsurgencia. En 1970, era evidente que la Alianza había fracasado, la supuesta meta de fomentar la democracia había chocado con la definición imperativa de fondo, impedir que se replicaran nuevas experiencias a la manera de lo que se había dado en Cuba.

A fines de los ochenta, las economías latinoamericanas se encontraron abrumadas por el enorme endeudamiento exterior. La crisis crediticia latinoamericana estuvo acompañada por un prolongado hundimiento económico; uno tras otro, los países adoptaron un plan de austeridad ortodoxo al estilo del FMI para satisfacer a los acreedores extranjeros.

Desde otra perspectiva, que se desmarca de las relaciones internacionales y de la periodización clásica, Howard Zinn (2011), en *La otra historia de Estados Unidos*, también dedicó un espacio a la Guerra Fría. Abordó el planteo a partir de una serie de contradicciones: las potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos y La Unión Soviética,

se pusieron manos a la obra —bajo la envoltura del “socialismo” por un lado y la de la “democracia” por el

otro— para hacerse sus propias áreas de influencia. Procedieron a competir y pelearse por el dominio del mundo, a construir artefactos bélicos mucho mayores que los que habían construidos los países fascistas y controlar los destinos de más países de los que Hitler, Mussolini y Japón hubieran podido dominar. También actuaron para controlar sus propias poblaciones, cada país con sus propias técnicas –toscas en la Unión Soviética, sofisticadas en Estados Unidos– para asegurar su mandato (Zinn 2011: 308).

Respecto de la administración Truman, destacó, sobre todo, los esfuerzos por crear un clima de crisis y miedo, y generar una histeria con respecto al comunismo. De este modo, la rivalidad con la Unión Soviética fue presentada como una amenaza inminente, a pesar de que esa última estaba económicamente arruinada, cargaba con 20 millones de muertos, y apenas comenzaba a reconstruir su industria y su fuerza militar. Esa atmósfera le permitía a la administración Truman obtener un apoyo masivo para una política de rearme que, junto con otras maniobras, demandaría un aumento del presupuesto militar y estimularía una economía relacionada con la guerra. El autor sostiene que fue en virtud de esta combinación que resultó posible iniciar acciones más agresivas en el exterior y represivas en el propio país. Como ejemplos de esto último, señaló el programa de “infiltración de personas desleales” promulgado por el gobierno de Truman; las actuaciones del senador MacCarthy; el caso Rosenberg, un matrimonio acusado de espionaje; y el proceso seguido a los dirigentes del Partido Comunista para justificar su encarcelamiento (Cfr. con Zinn 2011: 295/322).

Por otra parte, es el único en dar cuenta de uno de los aspectos culturales más destacados de la Guerra Fría. Refiriéndose a Estados Unidos señalaba:

Toda la cultura estaba impregnada de anticomunismo (...) Entre 1948 y 1954, Hollywood produjo más de 40 películas anticomunistas. Enseñaban a las personas de cualquier edad que el anticomunismo era heroico. Un superhéroe del comic, el Capitán América, decía: Comunistas, espías, traidores y agentes extranjeros, ¡tened cuidado! El Capitán América, con el apoyo de todos los hombres libres y leales, os está buscando (Zinn 2011: 317).

Del Plan Marshall, subrayó, ante todo, su finalidad económica, crear mercados para las exportaciones americanas; y su finalidad política, bloquear a los partidos comunistas más fuertes, como los de Italia y Francia. A partir de 1952, la ayuda a otros países tuvo como objetivo establecer el poder militar estadounidense en países que no fueran comunistas. El autor también dejó a la vista, a través de los ejemplos de Irán en 1953 y Guatemala en 1954, la pequeña distancia existente entre la ayuda militar y la intervención militar. Posteriormente, con el programa de la Alianza para el Progreso, la ayuda militar apuntó a mantener en el poder a las dictaduras de derecha y lograr que fuesen capaces de aplastar revoluciones. La invasión a Bahía de Cochinos, llevada a cabo por la administración Kennedy, contó con la cooperación de los periódicos *New Republic* y *New York Times* para engañar al pueblo americano sobre la invasión cubana, ya que no publicaron información sobre la instrucción de los exiliados cubanos por parte de la CIA (Cfr. con Zinn 2011: 295/322).

Con todo, el presupuesto militar absorbía más de la mitad del presupuesto del Estado y el pueblo lo aceptaba; se vivía en una economía de guerra permanente, con grandes focos de pobreza, la economía continuaba siendo desigual. De este modo pudieron continuar con la agresiva política exterior, pero serían las rebeliones de los negros, en la década del sesenta, las que demostraran que el país no estaba bajo control (Ibidem).

Para finalizar este recorrido por los estudios que han considerado la guerra fría desde las perspectivas más comúnmente abordadas, nos detendremos en la obra compilada por Pablo Pozzi junto con Fabio Nigra, *Invasiones Bárbaras. Una historia contemporánea de Estados Unidos*. Allí, el historiador Pablo Pozzi sostiene que, en general, con relación a la Guerra Fría, se han utilizado dos acepciones, las cuales aún tienen, en la historiografía norteamericana, cierta vigencia. Una ha sido la “utilizada por los estudiosos de las relaciones internacionales, en referencia a que las relaciones entre Este y Oeste estaban congeladas, paralizadas” (Halliday citado en Pozzi 2009: 265). Y la otra, preferida por historiadores y politólogos, enfatiza la existencia de una situación bélica de hecho entre las potencias protagonistas, pero cuya lucha no es “abierta”, sino que existe regionalmente a través de gobiernos o movimientos controlados por aquellas. Ambas definiciones ponen énfasis en el aspecto geopolítico de la Guerra Fría (Cfr. con Pozzi 2009: 265/273).

El trabajo también identifica ocho escuelas interpretativas cuyas perspectivas y visiones constituyeron un aporte que ha complejizado la visión de la Guerra Fría y de las relaciones internacionales, sin perder de vista cierto unilateralismo en sus análisis. Ellas son: la amenaza soviética, el imperialismo norteamericano, la escuela de las superpotencias, la escuela

de la carrera armamentística, la escuela del conflicto Norte-Sur, la del conflicto Este-Oeste, la escuela de los intraestados y la escuela de la lucha de clases.

Allí se plantea, asimismo, que la definición de Guerra Fría, en cuanto se trata de un fenómeno histórico, debería ser abarcativa. El autor acuerda, no obstante, con que fue producto de la confrontación de dos sistemas, capitalismo y comunismo, en distintos niveles: diplomático, político, ideológico militar y económico. Asimismo, comparte con Halliday el eje capitalismo vs. comunismo, aunque enfatiza el enfrentamiento con la URSS (Cfr. con Pozzi 2009: 265/273).

Dado que su análisis tiene como marco la historia norteamericana, el autor aborda con particular atención la situación de posguerra y las oportunidades que esta brindó a Estados Unidos para convertirse en potencia mundial; y muestra cómo la Guerra Fría, funcional a ese desarrollo, se fundó, más allá de la Unión Soviética, en la competencia capitalismo vs. comunismo. Para Pozzi, la contribución de Estados Unidos a los orígenes de la Guerra Fría fue decisiva en tres niveles distintos:

el reacomodamiento en el poderío internacional del mundo de la posguerra, los conflictos sociales y las necesidades socioeconómicas y políticas internas de los Estados Unidos entre 1945 y 1949 y el conflicto comunismo versus capitalismo (Pozzi 2009: 267).

En general, todos los autores señalan, con respecto a la URSS, que no era expansionista, y que, además, después de la guerra, se encontraba en ruinas, desangrada y exhausta. La apertura de los archivos norteamericanos a partir de 1975 y de los soviéticos en 1991 confirmaron

esta interpretación de que la Guerra Fría habría sido causada más por el accionar de los gobiernos norteamericanos que por un hipotético expansionismo soviético. Además, muchos de estos acontecimientos refuerzan la concepción —propia del sentido común norteamericano desde la elaboración de la Doctrina Monroe— de que América Latina constituía el área de influencia norteamericana por antonomasia y, por lo mismo, se presentaba como una barrera infranqueable para cualquier potencia extranjera.

La Guerra Fría desde una perspectiva cultural

Son pocos los autores que incluyen la perspectiva cultural en el marco de la Guerra Fría, por eso la categoría “guerra fría cultural”, al incluir nuevos aspectos, puede enriquecer y complejizar la comprensión de ese proceso histórico. Esta noción comenzó a circular a partir de la publicación de la historiadora y periodista británica Stonor Saunders (2001), traducida al español como *La CIA y la guerra fría cultural*. En dicho trabajo, se refería a los recursos invertidos por Estados Unidos durante el conflicto a través de un programa secreto de propaganda cultural en Europa Occidental, que era llevado a cabo por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), creada, a su vez, durante la propia Guerra Fría. Para esta autora, uno de los legados más sugerentes de la Guerra Fría es el grado de espionaje norteamericano alcanzado en las cuestiones culturales de los aliados occidentales. De este modo, actuó como posibilitador en la sombra de una amplia variedad de actividades creativas, y colocó a los intelectuales y sus obras como piezas de ajedrez para jugar en el gran juego. El acto central de esta campaña encubierta fue el Congreso por la Libertad Cultural.

Su misión consistía en apartar sutilmente a la intelectualidad de Europa Occidental de su propaganda

de fascinación por el marxismo y el comunismo a favor de una forma de ver el mundo más de acuerdo con el “concepto americano” (Stonor Saunders 2001: 13).

Así, recurriendo a una influyente red,

la CIA comenzó en 1947 a construir un consorcio cuya doble tarea era vacunar al mundo contra el contagio del comunismo, facilitar la consecución de los intereses de la política exterior estadounidense en el extranjero. El resultado fue una red de personas, [...] para promover una idea: que el mundo precisaba una pax americana (Ibidem: 13/14).

Las historiadoras Calandra y Franco (2012) se preguntaron, al respecto, ¿cómo se insertó América Latina en este recorrido?, ¿qué fue de la guerra fría cultural en América Latina? Propusieron abordar esta temática a partir de investigaciones enriquecidas con nuevas fuentes y nuevas miradas desde el campo de la crítica literaria y desde la perspectiva de los estudios culturales aplicada a las relaciones interamericanas del siglo XX. Ello supuso incorporar otros puntos de vista y otros actores, diversos de los tradicionalmente abordados en la investigación histórica, como, por ejemplo,

una mirada de mensajeros del imperio norteamericano como pintores, guionistas, directores de periódicos, revistas literarias y culturales, jefes de expediciones naturalísticas y arqueológicas, académicos e incluso creadores de dibujos animados (Calandra y Franco 2012: 11).

Estas autoras esbozan un análisis de la guerra fría cultural en América Latina que permite considerarla como

una densa red de actores, prácticas y estrategias comunicativas que en la esfera de la diplomacia cultural [...] y en el marco cronológico de la Guerra Fría contribuyeron a la exportación del *American Way of Life* en el subcontinente, incluyendo múltiples formas de su recepción y reelaboración a nivel local (Ibidem: 11).

El desafío es mostrar que la Guerra Fría latinoamericana no fue solamente un asunto de políticas e intervenciones gubernamentales y de las élites como actores sociales distinguidos, sino también el resultado “del entrelazamiento, a través del lenguaje y de los sistemas simbólicos, con las prácticas sociales cotidianas” (Joseph y Spenser (2008), citado en Calandra y Franco 2012: 28).

El fenómeno de la guerra fría cultural en América Latina, supone proponer un análisis que pueda complementar e integrar la mirada a “escala humana” con los grandes relatos de las relaciones internacionales para explicar el conflicto bipolar. Otro aspecto central es el de atender a la apropiación y circulación de los sentidos ideológicos y culturales de la Guerra Fría por parte de diversos sectores de las sociedades latinoamericanas. También implica pensar nuevas delimitaciones del arco cronológico, ya que es difícil presentar a la región como un “único proceso” y con una cronología unificada. (Cfr. con Calandra y Franco 2012: 9/32)

La periodización del estudio de la dimensión cultural es reciente, y no siempre coincide con los relatos y cronologías de la historia política o de las relaciones internacionales. Así, los procesos que, generalmente, han sido

utilizados para señalar o marcar el inicio de la guerra fría cultural en nuestro continente — por ejemplo, la Revolución Cubana en 1959 o el antecedente de Guatemala en 1954— no siempre resultan los más convenientes desde la perspectiva cultural, e incluso se pueden considerar otros procesos previos para dicha periodización.

En opinión del historiador Eduardo Rey Tristán (2012), la Guerra Fría representó para Estados Unidos y su relación con América Latina una excusa para continuar de manera renovada una política intervencionista ya vieja. En tal sentido, la entendió como

una expresión de conflictos o diferencias, potenciadas por la coyuntura internacional, basadas en concepciones que ya estaban latentes o habían sido protagonistas tiempo atrás: panamericanismo / intervencionismo / patio trasero por la parte norteamericana versus nacionalismo y antiimperialismo de parte de ciertos sectores políticos latinoamericanos (nacionalistas o izquierdistas, renovados tras el éxito castrista) (2012: 53).

Así, Calandra y Franco (2012) incluyeron en su libro artículos de principios del siglo XX hasta fines de los años setenta, aunque se basan en la periodización clásica de la Guerra Fría para comprender los eventos específicos de los distintos ensayos. También se plantea un posible puntapié inicial para pensar la delimitación del arco cronológico con la creación de la Oficina de Asuntos Interamericanos (OCIAA) bajo la administración del Presidente Roosevelt, quien invitó a Nelson Rockefeller a dirigirla. El joven ejecutivo utilizó sus instintos empresariales y sus vastas conexiones

comerciales para transformar la oficina en una entidad multinacional. (Cfr. con Glik 2012: 79/95)

La OCIAA existió durante toda la Segunda Guerra Mundial; sus actividades incluyeron la promoción de vínculos económicos entre los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas, así como la creación y difusión de propaganda de guerra diseñada para ganar el apoyo del pueblo latinoamericano. Finalmente, la agencia amplió sus programas para incluir campañas culturales, educativas y de salud. Al mismo tiempo, desarrolló iniciativas para promover el patrimonio latinoamericano entre el público estadounidense. Conjuntamente, las operaciones de la OCIAA, en tiempos de guerra, constituyeron estrategias para promover la Política del Buen Vecino de Roosevelt en América Latina.(Ibidem: 79/95)

Se ha destacado, por otra parte, el uso, durante la Guerra Fría, de dispositivos culturales dirigidos hacia América Latina que fueron previos a la entrada del gobierno norteamericano en la Segunda Guerra Mundial. Esto se concretó a través de la OCIAA y de la asociación de iniciativas privadas para la producción de películas, programas de radio y revistas, entre las más variadas formas de divulgación del *American Way of Life*. Asimismo, fue un modo de propagar la retórica sobre la libertad y la dialéctica amigo-enemigo, que irrumpieron con fuerza posteriormente, durante la Guerra Fría. De este modo, se constituyó un frente de guerra comercial, político y psicológico. Su objetivo era cristalizar dos imágenes centrales: la superioridad norteamericana frente al Eje y el modelo civilizador de Estados Unidos para América Latina (Cfr. con Glik 2012: 79/95).

Ejemplo de tales iniciativas pueden ser soportes representacionales como el emblemático jingle³ de la compañía bananera UFCO, o

la película *Saludos Amigos*, resultado de la gira de Walt Disney por América Latina, bajo el encargo de la OCCIAA, que dio lugar a personajes característicos como el papagayo Zé Carioca, amigo del Pato Donald y estereotipo del brasileño simpático, seductor y despreocupado o Goofy el gaucho norteamericano en plena pampa argentina (Calandra y Franco 2012: 18).

Los distintos contextos nacionales experimentaron las repercusiones del clima de la guerra fría cultural que, en tanto proceso global, alcanzó de manera ineludible a los intelectuales latinoamericanos y les permitió ampliar su radio de acción, para insertarlos en el escenario mundial. Así, durante la segunda mitad del siglo XX, se constituyó un verdadero campo cultural latinoamericano: sus escritores se paseaban por diferentes países, las editoriales publicaban a autores de la región, revistas de temática continental traspasaron las fronteras nacionales, los premios y concursos exaltaban lo latinoamericano. De la consolidación de este campo, se deriva, además, una opinión pública a escala continental, en la cual la voz de los intelectuales se hizo sentir con fuerza.

3 El jingle promocionaba el consumo de bananas entre los norteamericanos. La compañía creó el personaje Chiquita Banana; se trataba de un dibujo animado protagonizado por una banana cuyo baile e indumentaria se inspiraban en Carmen Miranda. El corto hablaba de las propiedades de la fruta y de sus posibilidades culinarias; se explicaba que era una fruta tropical y que no podía ser guardada en el refrigerador, con un escenario de fondo de bananas tomando sol y un cartel que decía "Equator". Chiquita, la banana, cantaba y danzaba durante toda la explicación.

El jingle se encuentra disponible en youtube: Chiquita Banana The Original Commercial, <https://www.youtube.com/watch?v=RFDOI24RRAE>, fecha de consultado: enero, 2018.

Entre las luchas de la guerra fría cultural, una de las más relevantes fue la que se libró en torno a la noción de paz. Se afirmaba que la lucha por la paz era, el principal motivo de combate y la vara con la cual medir a los aliados y a los enemigos (Cfr. con Petra 2017 99/130).

Apenas comenzada la Guerra Fría, la Unión Soviética tomó la delantera en la apropiación del término que con más ahínco se buscaba detentar: la paz. Estados Unidos reaccionó pronto organizando, a través de la CIA, el Congreso por la Libertad de la Cultura, el cual se prodigó en la tarea de adquirir y administrar otra palabra que, a falta de paz, cumplía bien el objetivo: Libertad (Alburquerque 2011: 34).

Para finalizar, consideramos oportuno destacar la importancia de incluir la perspectiva cultural en el marco de la Guerra Fría, y de resaltar lo valiosa que puede ser la categoría *guerra fría cultural*, al incorporar nuevos aspectos para enriquecer y complejizar el análisis de este proceso histórico.

En el próximo capítulo, abordaremos las redes intelectuales entramadas en el marco más general de la guerra fría cultural. Sin perder esto de vista, se hará hincapié en las redes intelectuales que se articularon en torno a Miguel Ángel Asturias.

Capítulo II. Las redes intelectuales en la guerra fría cultural

El clima de la guerra fría cultural, en tanto proceso global, alcanzó de manera ineludible a los intelectuales latinoamericanos; les permitió ampliar su radio de acción e insertarse en el escenario mundial. Como vimos anteriormente, entre las luchas de la guerra fría cultural, una de las más relevantes fue la que se libró en torno a las nociones de paz y de libertad.

Los intelectuales se propusieron —en la mayoría de los casos, por cuenta propia— hacer oír su voz y actuar, porque las circunstancias así lo exigían. En la medida de sus posibilidades, procuraron interferir en el curso de los hechos y realizaron esfuerzos conscientes por conseguirlo, para lo cual se involucraron activamente en un escenario mundial en ebullición. De este modo,

se convirtieron en un actor múltiple que entró en diálogo y en interacción con los otros actores que dieron vida a dicho conflicto, impulsando y haciendo circular en el espacio global su poder, el cual, a su vez, entró en relación con el poder de los otros actores. El caso particular de los escritores entraña un valor especial que lo distingue del resto de los intelectuales, cual es la presencia en la opinión pública y en los medios de comunicación; muchos de ellos, además, gozaban de alta popularidad, por lo cual podían influir de manera más directa sobre los pueblos del continente (Albuquerque 2011: 12).

Entre los ejemplos acerca de la participación de intelectuales de América Latina, nos resultó de interés considerar el PEN Club Internacional,

una asociación mundial de escritores, creada para promover la amistad y cooperación intelectual entre escritores de todo el mundo. La institución, fundada en Londres, en 1921, mucho antes de la Guerra Fría, se vio vinculada, en este período, en asuntos políticos que aludían al conflicto bipolar. Mario Vargas Llosa llegó a presidente del PEN en 1977, y su gestión, tendiente a integrar a escritores soviéticos, fue concebida como una forma de colaborar al entendimiento entre escritores de ambos bloques, con la ambición de que, en una segunda etapa, el acercamiento fuera general. Años atrás, en 1966, Miguel Ángel Asturias había sido postulado a la presidencia apoyado por los escritores franceses, pero fue derrotado por Arthur Miller en 1966, el candidato que era visto con buenos ojos por la CIA.⁴ La participación de los intelectuales en este organismo fue una instancia que, al igual que en otros organismos, como el Tribunal Russell, fue aprovechada para marcar presencia y redoblar el volumen de su voz.

En el escenario de la Guerra Fría, intelectuales de los cinco continentes acometieron viajes de orden político:

Los de mayor repercusión fueron los protagonizados por intelectuales de Europa y Estados Unidos, quienes tenían una relación más íntima con el conflicto que, por ejemplo, los latinoamericanos. Pero éstos, quizá con menos fuerza, se incorporaron a la vorágine con propiedad, interviniendo también en la Guerra Fría. [...] La mayoría de los intelectuales de América Latina que se trasladaron al mundo soviético lo hicieron, a priori, porque simpatizaban con él, o bien porque

4 Para ampliar el desarrollo de los avatares del PEN durante la Guerra Fría ver: Stonor Saunders, Frances, capítulo 22 "PEN", en La Cía y la guerra fría cultural, Ed. Debate; 2001, pp. 499-511.

simplemente eran comunistas. Deseosos de conocer en persona la utopía solo vislumbrada a la distancia, por lo general aceptaron invitaciones para asistir a congresos o ceremonias. Hubo también intelectuales que fueron por sus propios medios para formarse una opinión que fuera fruto de la observación directa de la realidad. No fueron pocos los que debieron cumplir labores oficiales en Moscú u otras capitales socialistas en calidad de embajadores o en cargos similares (Alburquerque 2011: 63/64).

Es a raíz de cómo desplegaron sus actividades los distintos actores en este contexto que las redes intelectuales se transformaron en objeto de estudio y debate. Eduardo Devés-Valdéz (2007) las ha trabajado para pensar la realidad cultural de América Latina y sostiene que sus integrantes se fueron transformando en interlocutores entre los Estados y los organismos internacionales, con lo que obtuvieron cierto poder e influencia internacional. Dicho autor sitúa a las redes intelectuales en el ámbito de la sociedad civil o en un espacio fronterizo entre ésta y la sociedad política, tratando de moverse a orillas del Estado; en tal sentido, las define como

el conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se conectan, se conocen e intercambian trabajos, se escriben, elaboran proyectos comunes, mejoran los canales de comunicación y sobre todo establecen lazos de confianza recíproca (2007: 22).

También Alburquerque ha trabajado sobre el análisis de redes intelectuales. Estas, según el autor, están compuestas por “escritores —en

sentido amplio: narradores, poetas, dramaturgos, ensayistas y artistas—, aunque también por críticos, científicos sociales y filósofos que circularon en el mismo campo cultural” (Alburquerque 2011:12). Su centralidad se debe a que, en cuanto agentes y creadores de ideas, imágenes y representaciones, los intelectuales pudieron favorecer o perjudicar a cada uno de los bloques en pugna. De este modo, se convirtieron en objetos de deseo y de rechazo de las potencias rivales: querían contar con ellos tanto como silenciarlos o borrarlos de la escena si es que les eran hostiles.

En su trabajo, el autor identificó siete redes distribuidas en cinco etapas durante la Guerra Fría, aunque nunca refiere a la guerra fría cultural de manera explícita. Las etapas son las siguientes: 1. La Guerra Fría como conflicto bipolar mundial (1945-1959). 2. “Latinoamericanización” de la Guerra Fría (1959-1966). 3. “Tercermundialización” de la Guerra Fría (1966-1975). 4. “Centroamericanización” de la Guerra Fría y lucha por la democracia (1975-1985). 5. Repliegue (1985-1990). El fin de las dictaduras en Sudamérica, la perestroika y la posterior caída de la Unión Soviética.

En cuanto a las siete redes de intelectuales que identificó Alburquerque, nos interesan, en especial, dos, situadas en momentos diferentes, con las que se vincula la figura intelectual de Miguel Ángel Asturias: la primera es la red integrada por intelectuales de izquierda, cuando Asturias se encuentra exiliado en Argentina, y la segunda, la de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, de la cual participa durante su exilio en Europa.

A continuación, se ofrece una sucinta descripción de las redes de intelectuales identificadas por Alburquerque. La primera es la red conformada por escritores comunistas —desde los cincuenta en adelante—, que emergió de los contactos establecidos por los escritores comunistas que

tuvieron como instancia de encuentro la institucionalidad ofrecida por la Unión Soviética y la Kominform —no siempre transparentemente—. No cristalizaron una asociación privativa de América Latina, sino que se plegaron a instancias más amplias, como el Consejo Mundial por la Paz. La segunda red estaba liderada por escritores de Cuba y era seguida por los del resto del continente —desde los sesenta en adelante—; nació a partir de la Revolución Cubana y se asentó sobre las instituciones oficiales de la Isla; especialmente, Casa de las Américas, una institución cultural creada en 1959 —con su revista, sus concursos, sus congresos—. La tercera red estaba integrada por intelectuales de izquierda⁵ —años sesenta en adelante —, pero sus integrantes no estuvieron sujetos a las orientaciones soviéticas —no eran comunistas— ni a las directrices cubanas —aunque muchos figuraron entre los procubanos, pero no dogmáticos—. Revolucionarios, antiimperialistas, latinoamericanistas, algunas veces se aglutinaron en asociaciones, otras firmaron declaraciones conjuntas, publicaron en *Marcha*, *Casa de las Américas*, *Siempre!*, e incluso en *Mundo Nuevo*. La cuarta red se caracteriza por haberse fraguado al alero del Congreso por la Libertad de la Cultura, en las décadas del cincuenta y sesenta. La quinta red, liderada por Octavio Paz —desde los setenta en adelante—, era de tendencia liberal y anticomunista, y operó, más que nada, en México. La sexta red se constituyó en torno a la Comunidad Latinoamericana de Escritores —1965-1970, aproximadamente—. Fundada en el congreso de Génova, impulsó la realización de encuentros en México —donde sufrió la defección del grupo procubano— y en Venezuela. Supuso el esfuerzo más serio por constituir una asociación amplia y fuerte, con capacidad resolutive y deliberativa. Su proyección fue, sin embargo, muy limitada. La séptima y última red

5 Alburquerque sitúa a Miguel Ángel Asturias en esta red junto otras figuras como García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes, Juan Rulfo, Ángel Rama, Marta Traba, Juan Carlos Onetti, Gonzalo Rojas, Augusto Roa Bastos, Ciro Alegría, Ernesto Sábato, Juan Bosch, René Depestre, José María Arguedas, Oswaldo Guayasamín, Luis Cardoza y Aragón, José Revueltas, Antonio Candido, y Ariel Dorfman.

identificada, se conformó alrededor del Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, y estuvo activa entre 1981 y 1985, aproximadamente. Si bien se trató, en principio, de un congreso, evolucionó para convertirse en una red formal que funcionó a través de un comité permanente (Cfr. con Albuquerque 2011: 274/276)

Ya fuera mediante la participación en instituciones u organismos internacionales, o bien a través de redes intelectuales, por lo general informales, los escritores y artistas latinoamericanos quisieron aumentar su participación, engrosar el volumen de su voz, aparecer como un interlocutor colectivo —por ende, mayor— y fortalecer su poder.

Otro aporte a considerar es el de Claudia Gilman (2012), quien distingue dos etapas dentro del bloque sesenta/setenta. La primera se caracteriza por girar en torno a la posibilidad de unir la vanguardia estética y la vanguardia política y de conjugar aspiraciones revolucionarias y experimentales. Los intelectuales se sentían capaces de despertar la conciencia revolucionaria. Señalaron tareas pendientes en el campo de la cultura y confiaban en jugar un papel importante en la política, hasta el punto de pensarse legítimos actores de la revolución. Se apoyaron, entre otras ideas, en la del Che Guevara acerca de que las condiciones necesarias para el advenimiento de una revolución podían ser despertadas por una vanguardia revolucionaria. Es decir, creían en la posibilidad de transformar sus propios campos y de “crear” América Latina como realidad política y cultural.

Muchos escritores se autodefinieron allí, sobre todo, como intelectuales —para la época: “progresistas” y “de izquierda”— y como agentes de cambio social. De este modo, se empeñaron en intervenir en las cuestiones públicas, y para ello, se conformaron redes intelectuales,

vinculadas a través de revistas, congresos, etc., como un modo distintivo de la época.⁶ Así, llevaron a cabo una prolífica producción literaria e incluso numerosos escritores latinoamericanos lograron su consagración en el mercado mundial.

En la segunda etapa, desde 1966, la discusión se centró en la función del intelectual como problema. Con el antiintelectualismo creciente, la cultura desapareció del horizonte de la política junto con las opciones conciliatorias. Prevalció la revolución. El debate de 1968 desmembró la comunidad intelectual; tras las divisiones surgidas de la identificación de Cuba como patria del antiintelectualismo, por su acatamiento a la directiva “revolucionaria”, la tensión se hizo irresoluble. Finalmente, el discurso de Fidel Castro, en 1971, decretó la imposibilidad de conciliar una agenda cultural con una agenda política y atacó a los intelectuales que preferían los salones burgueses a las trincheras. Se cuestionó la noción de “compromiso”, que hasta 1966-68 había reunido las figuras del escritor, el militante y el crítico. Ante la radicalización de la lucha política, en una situación donde “política” y “revolución” eran semánticamente coincidentes, se declaró una verdadera “guerra cultural”. Los escritores con compromiso político se enfrentaron a la difícil disyuntiva de optar por la intervención cultural —ideal de autonomía crítica— o la eficacia política directa e inmediata —revolucionario subordinado a la dirigencia política—, representadas mediante dos imágenes en conflicto, la del escritor y la del combatiente. Las prácticas específicas de los intelectuales se habían tornado ineficaces ante esa situación y, por otra parte, en esta etapa, el mercado jugó un papel fundamental al instalar su propia lógica lucrativa entre autores y lectores.

6 En el trabajo de Gilman se documentan y revisan intervenciones y polémicas registradas en las revistas más importantes del periodo, como *Casa de las Américas*, *Marcha* o *Siempre!*, u otras de diferentes momentos, como *El Corno Emplumado*, *La Rosa Blindada*, *El Escarabajo de Oro*, *Amaru*, *Bohemia*, *Mundo Nuevo* o *Libre*.

En líneas generales, Alburquerque plantea que, en la historia del intelectual latinoamericano, es visible la progresión de su perfil:

desde un aficionado a las letras cercano a la elite dirigente –o parte de ella– pero complaciente con el orden establecido, pasando por el intelectual profesionalizado con inquietudes sociales y vocación de transformación política, hasta el intelectual comprometido, generalmente de ideas de izquierda, muchas veces revolucionario o al menos disconforme con el orden existente. En la segunda mitad del siglo XX este último es el perfil dominante de intelectual, uno que poco a poco ha ido ganando acceso a instancias que antes le estaban vedadas y que va agregando mecanismos de participación: integra partidos políticos y con frecuencia se le descubre en las cúpulas dirigentes; escribe en diarios y revistas y se refiere a temas que exceden su competencia original, ya sea científica o artística; conforma asociaciones de pares que se pronuncian respecto a coyunturas no solo culturales sino también políticas y sociales; articulan redes multinacionales, quizá menos formales pero tanto o más representativas; rubrican individual o colectivamente declaraciones, manifiestos, cartas públicas y abiertas que proliferan en la segunda mitad del siglo XX (aunque tienen un origen anterior, desde luego); organizan y animan toda clase de eventos; aunque no abundan, intelectuales se postulan a cargos electivos o se inscriben como ministros de sus

respectivos países (Rómulo Gallegos, el novelista venezolano, llegó a la presidencia en 1948, Juan Bosch fue presidente de República Dominicana en 1962); desarrollan proyectos editoriales como la publicación de revistas o colecciones; acometen viajes que son bastante más que paseos turísticos y en numerosas ocasiones se entrevistan con jefes de Estado u otras autoridades, sin contar el contacto con sus pares de los países visitados; circulan internacionalmente y se vinculan a organizaciones de alcance continental o global, gubernamentales o no (Albuquerque 2011: 258/259).

Otros estudios vinculados a la guerra fría cultural que se destacan por su revitalización en los últimos años son los estudios sobre imperialismo y antiimperialismo. Al respecto, Andrés Kozel, Florencia Grossi, Delfina Moroni (2015) se han centrado en la historia intelectual y cultural, y puesto énfasis sobre la injerencia y los abordajes asociados a la economía política y a la geopolítica. Estos estudios han contribuido a conocer más profundamente los corpus, los itinerarios y las redes intelectuales que permanecían como territorios inexplorados y, de ese modo, han contribuido a complejizar e historizar el antiimperialismo latinoamericano.

Es importante destacar que estos autores proponen pensar el antiimperialismo latinoamericano no como un cuerpo doctrinario o un sistema ideológico, sino como un elemento que aparece integrando y, eventualmente, enriqueciendo o complejizando, algunos cuerpos doctrinarios o sistemas ideológicos particulares. Esto permite pensar el antiimperialismo como

una sensibilidad subyacente o como un gran telón de fondo inescapable, sino para todas, al menos algunas familias doctrinarias e ideológicas. Este modo de enfocar el tema habilitaría a pensar el antiimperialismo como un imaginario particular, e incluso, más ampliamente como una de las dimensiones del imaginario social, colocándolo en relación estrecha con núcleos de significaciones socialmente decisivas (Kozel y otros 2015: 13/14).

Por otro lado, dichos autores plantean, para el imaginario social latinoamericano, un cuadro de doble entrada que permite representar distintas modulaciones del antiimperialismo. Este cuadro está, a su vez, vertebrado en dos ejes: uno remitiría a la relación que se establece entre la disposición antiimperialista y la aceptación o no del sistema capitalista; el otro, en cambio, aludiría a formas de expresión —cultural, social y política— adoptadas por la disposición antiimperialista, lo cual permite atender al hecho de que hay un antiimperialismo más social y cultural, cuyos impulsos se expresan en un amplio registro de manifestaciones: literatura, cine, música, plástica, etc. De este modo resulta posible centrarse en la dimensión simbólica del antiimperialismo latinoamericano.

Este último eje se acerca más al tono, la pulsión o el latido de una época. No tiene que ver solo con su conciencia oficial, sus ideas, sus leyes, sus doctrinas, sino, también, con las consecuencias que tiene esa conciencia en la vida mientras se la está viviendo. Algo así como el estado de ánimo de toda una sociedad en un periodo histórico. Algo que se palpa y nunca se atrapa del todo, pero que suele quedar sedimentado en las obras de arte. A eso llama Raymond Williams estructura de sentimiento. Esta

estructura de sentimiento, aunque intangible, tiene grandes efectos sobre la cultura, ya que produce explicaciones y significaciones y justificaciones que, a su vez, influyen sobre la difusión, el consumo y la evaluación de la cultura misma.

En este trabajo, nos proponemos esbozar las redes intelectuales en las que participó Miguel Ángel Asturias durante el contexto de la guerra fría cultural. Se trata de un análisis que busca complejizar y dejar atrás la visión dicotómica clásica de la Guerra Fría, y mostrar las redes como espacios fronterizos entre la sociedad civil y el Estado, y como parte del proceso en el que se empieza a constituir y consolidar un campo cultural latinoamericano. También serán relevantes aquí distintas expresiones antiimperialistas que se manifestaron, por un lado, ante el Golpe de Estado contra Jacobo Árbenz⁷ con la intervención indirecta de Estados Unidos⁸ y, por otro, en torno de la Revolución Cubana, dada su repercusión no solo en la propia biografía de Asturias sino para todo el campo latinoamericano.

7 En torno al golpe de Estado en Guatemala, en la época se sucedieron distintos actos de solidaridad con Guatemala más allá de las fronteras de América Latina, se impulsó el primer asilo político masivo en la historia de América Latina, y a su vez, como contrapartida, se puso en marcha la circulación del macartismo en la opinión pública estadounidense.

8 Sobre las intervenciones de Estados Unidos en el continente Americano, es importante destacar el trabajo del periodista e historiador argentino Gregorio Selser, quien a partir de su labor periodística, primero como corresponsal del semanario uruguayo "Brecha" y luego como colaborador del periódico mexicano "La Jornada" —entre otros medios— y de su trabajo académico como profesor de posgrado de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), dedicó gran parte de su vida a estudiar, documentar y narrar las operaciones militares estadounidenses y las acciones encubiertas de la CIA, principalmente, en Centroamérica y en Chile. Selser fue, a todas luces, un pionero indiscutido en esta materia. Esta labor dio lugar a la publicación de más de treinta títulos que abarcan desde las luchas libertarias de Sandino en Nicaragua y el golpe encubierto contra Jacobo Árbenz, Presidente de Guatemala, en los años cincuenta, hasta el auspicio de la CIA al golpe militar que acabó con el Gobierno socialista de Salvador Allende, el 11 de septiembre de 1973. Sin embargo, de la prolífica producción bibliográfica de Selser, profundamente comprometido con un destino común latinoamericano, destacan los cuatro volúmenes que constituyen la *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina (1776-1989)*, una obra de carácter enciclopédico que recorre los avatares de la expansión imperial de Estados Unidos por el continente desde los albores de su independencia, en 1776, hasta la caída del bloque soviético y su desmembramiento, en 1990.

Estos episodios atravesaron las distintas redes intelectuales mencionadas por Alburquerque en la época, y fueron tratados en diversos libros que, según la orientación de la red, denunciaban o no el accionar norteamericano y de los consorcios financieros.

La figura de Asturias y las redes de las cuales formó parte están vinculadas a estos procesos. Su tránsito por nuestro país nos permite, por tanto, sistematizar las distintas coyunturas de las redes intelectuales durante la guerra fría cultural y su propia reorientación de una red integrada por intelectuales de izquierda —de la que formó parte como exiliado en nuestro país— hacia la red de la Comunidad Latinoamericana de Escritores —durante su exilio en Europa—.

Las revistas político-culturales y los textos literarios fueron un soporte imprescindible para la constitución del escritor en intelectual, puesto que supusieron espacios centrales de intervención y de difusión de la palabra en una dimensión pública más amplia. Las redes constituidas por diversas publicaciones y sus ecos fueron cruciales para alentar la confianza en la potencia discursiva de las y los intelectuales.

Las revistas de la época constituyeron, en este marco, una vía de articulación entre política y cultura en la cual la figura del intelectual resultó ineludible, “dado que implica una posición en relación con la cultura como una posición con el poder” (Gilman 2012:15). A su vez, los textos literarios fueron una cantera de enigmas para el poder político; quizás porque algunos procedimientos literarios sirven para enmascarar, mediante el recurso del punto de vista, por ejemplo, las opiniones de los autores y la “verdad” ideológica de los textos. Sin embargo, esta no pasa desapercibida para quienes consideran los “efectos” de esa verdad puestos a circular en un universo de lectores (Cfr. con Gilman 2012: 35/183).

Como se dijo, la figura del autor guatemalteco atravesó en su recorrido diferentes redes. En los años veinte, su figura se vinculó con las letras y los movimientos en contra de la dictadura de Estrada Cabrera; en esa etapa, viajó a países de Europa y de América Latina. Luego, en los cuarenta y cincuenta, formó parte del gobierno revolucionario de Guatemala y viajó a distintos países como agregado cultural, entre ellos Argentina, donde se exilió hasta los años sesenta, después del golpe de Estado en Guatemala concretado con la intervención indirecta de Estados Unidos. Finalmente, residió en Europa, y fue embajador de Guatemala en París durante el periodo 1966-1970; allí viajó por distintas ciudades y universidades dando conferencias, hasta su muerte en 1974.

Su estancia en Buenos Aires coincidió con el proceso de profesionalización y la integración a un entramado compuesto con otras y otros intelectuales. Asturias era reconocido, ya entonces, como un intelectual comprometido de ideas de izquierda, y eso le dio la posibilidad de escribir en diarios y revistas, y de publicar sus novelas —lo cual hizo, sobre todo, a través de la Editorial Losada—. En esa dirección, articuló redes en defensa de la no intervención en Guatemala y manifestó su apoyo a la Revolución Cubana; de hecho, se entrevistó con Fidel Castro, asistió a los eventos del aniversario de la Revolución y colaboró con la Revista Casa de las Américas. También participó de diferentes encuentros, como el Congreso de Escritores Latinoamericanos realizado en México en 1968 y el Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores, que tuvo lugar en Venezuela en 1970, entre otras instancias. Sin embargo, cuando se optó por la vía de la lucha armada como camino revolucionario en América Latina, el escritor

guatemalteco comenzó a distanciarse en virtud de una combinación de factores⁹ que veremos más adelante.

Asturias admiraba la Revolución Cubana y la tarea que en relación con ella habían llevado a cabo las y los intelectuales, porque Cuba había logrado lo que no había logrado Guatemala, expropiar grandes extensiones de tierra para repartirlas a los *guajiros* desposeídos, e impulsar la constitución a largo plazo de un

“frente mundial contra el imperialismo”, afianzando “vínculos comunitarios en torno a la defensa de la revolución y a la discusión sobre los modos de intervención intelectuales y estéticos adecuados para extender las posibilidades revolucionarias en todo el continente (Gilman 2012: 119/120).

Esto se había intentado, principalmente, a través de conferencias y congresos; entre ellos, cabe mencionar la Conferencia Tricontinental en 1966, la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) en 1968, el Congreso Cultural de la Habana y la primera Conferencia de la Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes (OCLAE) en 1968.

Por otro lado, hacia los años sesenta, Asturias vivió de cerca la reformulación de los discursos sobre el intelectual que trajo consigo la

9 Además del proceso cubano deben tenerse en cuenta otras experiencias como la Revolución China y la descolonización de Asia y África, que ofrecieron una amplia y diversa amalgama de opciones revolucionarias. Y los debates en el complejo universo de ideas que ordenaron el campo de la izquierda: “el carácter de la revolución: revolución por etapas o revolución socialista; las formas de llegar al poder: partido marxista leninista o guerrilla; las formas de lucha revolucionaria: la guerra popular prolongada, el foquismo o la guerrilla con un desarrollo de la lucha de masas; el escenario de la revolución: la primacía del campo sobre la ciudad o a la inversa” (Cfr. con Nercesian, 2013: 85).

Revolución Cubana. Esta actuó como disparadora de la voluntad de la politización intelectual y también puso en evidencia que las condiciones para el triunfo de una revolución no estaban atadas a las previsiones establecidas por la tradición clásica.

En Guatemala, el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) —que ya había realizado una autocrítica en 1955— apoyó, por primera vez, en 1962, el conflicto guerrillero. Desde una situación más íntima y personal, su hijo Rodrigo Asturias se unió al movimiento guerrillero; con el tiempo, sería conocido como uno de los dirigentes históricos de la guerrilla guatemalteca, y capturado por las fuerzas de Ydígoras en 1962.

A su vez, en nuestro país, luego de la caída del gobierno de Frondizi provocada por las Fuerzas Armadas, y durante el gobierno de Guido, Asturias fue arrestado por su apoyo a la Revolución Cubana. El conjunto de estos acontecimientos relacionados desencadenó su decisión de distanciarse de la Revolución y de abandonar nuestro país.

En este contexto, y en medio del conflicto bipolar, comenzaron a surgir interrogantes acerca de la cooptación de las y los intelectuales, por eso, es significativo resaltar la importancia de la autonomía en el campo cultural y comprender su defensa por parte de quienes lo integraban. Al respecto, Albuquerque sostiene que:

si hubiese existido una cooptación más extendida, ella se habría plasmado en un bajo nivel de autonomía del campo intelectual respecto del campo de poder político. Pero todos los elementos indican que el campo intelectual mantuvo un alto grado de autonomía. Los intelectuales latinoamericanos de la época se alinearon

y se ordenaron en función de la realidad política nacional, continental y mundial. [...] En su gran mayoría los intelectuales cuidaron celosamente su independencia, a tal punto que, cada vez que sintieron amenazada su autonomía, se rebelaron de manera resuelta. Ocurrió con los intelectuales procubanos que frente al Caso Padilla¹⁰ y otros indicios de dirigismo cultural, prefirieron replegarse y reconsiderar su apoyo al gobierno revolucionario; ocurrió con los intelectuales de izquierda que, habiendo colaborado con la revista Mundo Nuevo, se retiraron apenas conocieron el origen de los fondos que la financiaban (2011: 295/296).

Como planteamos, la periodización puede no responder estrictamente a los acontecimientos que se señalan para la historia política y las relaciones internacionales durante la Guerra Fría, aunque Asturias se vincula a dos de los antecedentes más relevantes del periodo: las denuncias contra la intervención indirecta norteamericana en Guatemala en 1954, y las redes que se conforman en torno a la Revolución Cubana.

Consideramos que, para reconstruir las redes de relaciones y los espacios de sociabilidad en torno a su figura, la periodización clásica como marco general debe implicar cierta flexibilidad. Ya que las redes de intelectuales tienen una naturaleza dinámica e inestable, conectan puntos distantes entre sí y articulan un territorio cultural de fronteras menos estables y tangibles que las fronteras nacionales, resulta fundamental reconstruir la

10 El caso Padilla refiere a la polémica y discusiones desatadas en torno a Heberto Padilla, poeta y catedrático cubano, quien fue premiado por su libro *Fuera de juego*. Los avatares se sucedieron a raíz de un desacuerdo ideológico ya que su producción contenía críticas al gobierno revolucionario; su repercusión marcó un momento público y visible de una grieta que los intelectuales latinoamericanos venían intentando reparar sin hacer mucho ruido en torno a su existencia (Cfr. con Gilman 2012: 233/266).

trama contextual y relacional en la que se mueven los sujetos y desarrollan sus actividades. Aquí es donde nos servimos del enfoque de los Estudios Culturales, a través del cual podemos centrarnos en la imbricación entre la cultura y las relaciones de poder en su contextualización radical. Es decir, este enfoque nos facilita estudiar las articulaciones significantes y de relaciones de poder que han permitido la emergencia y la particular configuración de una serie de prácticas o hechos sociales. Así, el contexto no es considerado un simple telón de fondo o el escenario donde sucede algo, sino que es pensado como condición de posibilidad de las luchas por el poder.

La figura de Miguel Ángel Asturias y las redes intelectuales son puertas de entrada al contexto, ineludibles para la articulación entre política y cultura.

La comprensión de la cultura-como-poder y del poder-como-cultura no se considera un fin último, sino la condición de posibilidad y superficie de sus intervenciones [...] Supone escudriñar en la densidad de lo concreto, en “la red de relaciones constitutiva de una problemática determinada por la intersección de lo cultural y lo político” (Restrepo 2013: 206/209).

El enfoque de los estudios culturales también nos brinda una mirada transdisciplinaria e interdisciplinaria que se desmarca de la matriz disciplinaria, ya que puede servirse de metodologías y técnicas nacidas en diferentes disciplinas para ensamblarlas de manera creativa, flexible y crítica; estas, a su vez, se integran en relación con los contextos. Dado que este enfoque pone el contextualismo en relación con el objeto, la teoría y la política, se opone al universalismo científico y al epistemológico, pues

“cuestiona las formas en que las disciplinas han dividido el mundo y construido sus objetos aislándolos de la complejidad contextual de la formación social y en general de las determinaciones discursivas de la cultura” (Grossberg 2012: 347).

Por otro lado, debemos notar que los estudios culturales surgieron en la posguerra, en la coyuntura particular de la Guerra Fría, cuando la cultura se había vuelto dominante; esto puede verse en las luchas culturales e ideológicas de la Guerra Fría, en la emergencia de las industrias culturales y de los medios masivos de comunicación, que parecen tener su propia autonomía, su propio poder. El nuevo papel de la cultura fue el resultado de los desarrollos en las formas materiales del poder económico y político, junto con las cambiantes relaciones sociales; así, la política pasó a centrarse en la cultura como objeto, lugar y práctica, de modo que hizo visibles la política de la cultura tanto como su politización.

En este trabajo, observaremos cómo las redes de intelectuales se modifican y se re-articulan en función del contexto, en el cual

las relaciones que se han establecido por la operación del poder, en respuesta a los intereses de ciertas posiciones de poder, la lucha por cambiar el contexto implica la lucha por planificar esas relaciones, y cuando sea posible, por desarticularlas o rearticularlas (Grossberg 2012: 38).

Además, las redes

aportan elementos significativos de la producción intelectual en espacios abiertos, heterónomos y

diferenciados, donde los intersticios con distintas redes políticas y los diferentes círculos de sociabilidad son relevantes para comprender matices, los alcances y las condiciones de posibilidad de emergencia de producción intelectual (Salomón Tarquini y Lanzillotta 2016: 11).

En el próximo capítulo, nos remontamos a la generación de intelectuales conocida como “Generación del 20” en Centroamérica para comprender el recorrido que realizó Miguel Ángel Asturias en la conformación de redes en nuestro país en el contexto posterior de la guerra fría cultural. Ello requerirá presentar, brevemente, algunas cuestiones relativas a lo que se entiende aquí por modernidad con el fin de situar en ese contexto la década del veinte.

Capítulo III. La trayectoria intelectual de Miguel Ángel Asturias: entre los rasgos de vanguardia, el tránsito de un mercado de consumo de elites a uno de masas y la radicalización política

No hay una única vivencia de la modernidad; si bien hay una matriz común, hay una gran variedad de modalidades a través de las cuales los elementos de esa matriz se combinan y se especifican según la ciudad de que se trate.

Las ciudades como París y Berlín son emblemáticas a la hora de pensar las experiencias más intensas de la vida moderna, esas vivencias que son producto de la vorágine causada por el capitalismo.

El mundo exterior es percibido como un incesante flujo de actividades y situaciones siempre nuevas. Al mismo tiempo esos momentos fugaces y fragmentarios pasan a constituirse en el eje de nuestra vida interior (Brunner 2002: 176).

Los inicios de modernización en América Latina se enmarcan, por lo general, durante el siglo XIX, junto con la constitución de los Estados nacionales y el incipiente desarrollo de la producción capitalista. En cambio, se ha discutido más que la asimilación social de la modernidad haya tenido lugar a principios del siglo XX, junto la emergencia de un sistema de producción cultural diferenciado para un público masivo (Cfr. con Brunner 2002: 173/180). En el caso de la ciudad de Buenos Aires, la modernidad tuvo como marco general las vanguardias estéticas latinoamericanas, entre las décadas de 1920 y 1930.

También encontramos un abanico de versiones sobre la recepción de la modernidad en América Latina interpretada desde distintos dispositivos

—ciudad, mercado, escuela, esfera privada, consumo, medio de comunicación de masas, etc.— como una experiencia de heterogeneidad cultural que se constituye a través de múltiples hibridaciones de significados.

La recepción latinoamericana de la modernidad se encuentra relacionada, muchas veces, con la modernidad central. En esas posiciones se halla una idea subyacente, la de que en nuestro continente no puede haber una “verdadera” modernidad, sino que viene impuesta desde afuera, como la periferia que imita al centro, pero con distorsiones. En otro extremo, también se plantea que nuestro continente dialoga con temas de la modernidad central y global como propios, es decir, se los apropia.

Si consideramos la modernidad globalizada y conflictivamente integrada, encontramos lo que Berman califica como visiones cerradas y visiones abiertas de la modernidad. Las visiones cerradas olvidan el carácter dinámico y dialéctico de la modernidad. Las visiones abiertas tienen conciencia de las dos caras de la modernidad: su impronta creativa y transformadora, así como su carácter destructivo (Cfr. con Brunner 2002: 173/180).

Según la distinción de Marshall Berman, mientras la *modernidad* es una experiencia social situada en una etapa histórica, y la *modernización* se refiere a los procesos de transformación social, política, económica e institucional, el *modernismo* designa las manifestaciones culturales y artísticas que se vinculan con esos cambios y con esas experiencias de permanente tensión: crítica y negociación, resistencia e intercambio, exterioridad e inmediatez (Cfr. con Aguilar 2002a: 180/186).

Desde esa perspectiva, las formas y las prácticas diferenciadas del modernismo enfrentan dificultades o aporías que se configuraron a fines del siglo XIX y se disolvieron a mediados del siglo XX.

El arte modernista, así, está condicionado por las aporías de la evolución, de la apariencia estética, de la cosificación, del elitismo y de la subjetividad, tensiones que se enmarcan en la promesa de la emancipación. Estas aporías se pueden aplicar al modernismo hispanoamericano:

la originalidad frente a la despersonalización, esteticismo frente a la vulgaridad burguesa, necesidad de profesionalización en el incipiente mercado de demanda, y el elitismo “aristócrata” frente al avance democratizador, pero también cosmopolitismo y exotismo como una realización radicalizada del universal moderno. Hacia principios del siglo XX el modernismo se fue desplazando hacia un hispanismo, latinoamericanismo y “antiyanquismo” sobre todo a partir de la edición del Ariel de Rodó (Aguilar 2002a:185/186).

La modernidad también implicó nuevas formas sociales y políticas. Siegel (1986) aborda uno de los dilemas centrales de la vida moderna, la individualidad, condensado en el siguiente sentido: “cuando cada persona se convirtió en el centro y la sociedad se disolvió”. Este dilema, y los del desarrollo individual y social, constituyen uno de los elementos centrales de la bohemia. Así, el bohemio y el burgués fueron, y son, partes de un solo campo: se implican, se requieren, y se atraen entre sí. La bohemia es la expresión de un conflicto que surge del centro del corazón de la vida burguesa. El progreso burgués exigió la disolución de las restricciones

tradicionales sobre el desarrollo personal; la armonía y la estabilidad requerían que se establecieran algunos límites nuevos y diferentes en su lugar. La Bohemia creció donde las fronteras de la existencia burguesa eran turbias e inciertas; era un espacio dentro del cual las energías recientemente liberadas se lanzaban continuamente contra las barreras que se erigían para contenerlas, donde los márgenes y las fronteras sociales se probaban y se testeaban.

Las relaciones que se establecen en el campo literario o artístico, en el marco de cambios tecnológicos y urbanos, transformaron los modos de percepción y circulación, comenzaron a definir las vanguardias y pusieron en crisis los medios tradicionales del arte. La burguesía —que se fue consolidando en el Estado y la sociedad durante el siglo XIX—, a su vez, en su necesidad de obtener una legitimación cultural, debió enfrentarse con la vanguardia, con disyuntivas acerca de la separación entre arte y realidad y con la insistencia en la autonomía del arte. Esa confrontación empujó, finalmente, al arte y a las y los artistas hacia los márgenes de la sociedad industrializada. Es decir, la ideología capitalista de la sociedad burguesa, con su insistencia en la división de labores, había desterrado a la literatura y al arte del dominio de lo útil, hacia los confines del esteticismo y el arte por el arte. Para lograr devolverle su función, lo cual demandaba modificar la categoría de obra de arte, la vanguardia reaccionaba en contra del arte como institución o, más precisamente, contra la *institución-arte* entendida como proceso de autonomización característico de la sociedad burguesa. Así, las vanguardias implican siempre un cuestionamiento acerca del estatuto de la obra de arte y de la autonomía del campo; ello es un antecedente necesario para la emergencia de las vanguardias.

Sin embargo, como lo indica Gonzalo Aguilar otros autores cuestionan dicha caracterización. Al respecto, retoma a Beatriz Sarlo cuando, a fines de los ochenta, afirmó que en las culturas periféricas latinoamericanas el hecho de que el arte no esté totalmente autonomizado explica que, en la década del veinte, los grupos de escritores jóvenes se aprovechen de las estrategias de novedad para radicalizar los procesos de modernización cultural y completar así la autonomización de la esfera artística. Por otro lado, también recupera la visión de Sanguinetti, quien, en 1972, sostenía que la autonomía del arte había sido una respuesta a la mercantilización estética, aunque su efecto fue la neutralización del arte y el divorcio entre cultura y política. Este cuestionamiento de los límites tradicionales y convencionales de la obra llevó a las vanguardias a una politización de la estética primero y, en un segundo momento, a una conjunción de la vanguardia política y la artística. No todos los movimientos de vanguardia atraviesan por ambos momentos: en Argentina, la vanguardia histórica del martinfierrismo no llegó a atravesar el segundo umbral, pero sí lo hicieron las vanguardias de la década de 1960 (Cfr. con Aguilar 2002b: 231/235).

Históricamente, el concepto de vanguardia estuvo ligado al radicalismo político, a la actuación de lo inmediato con los antiguos medios de expresión artística y a la vida de las masas. En el siglo XX, dicho concepto alcanzó a todo el campo cultural y sirvió para aludir a un conjunto amplio de prácticas sociales y de obras literarias y artísticas. El punto de inflexión se dio con el manifiesto futurista de Marinetti en París, en 1909; en él se exponen principios programáticos y se establecen tópicos que grupos de artistas de otras ciudades traducirían y reescribirían. Además, las interpretaciones académicas han canonizado a la vanguardia histórica, el modernismo y el posmodernismo, y han interrumpido la dialéctica entre

vanguardia y cultura de masas, aislando a la vanguardia de la esfera política y de la vida cotidiana (Cfr. con Huysen 2002: 19/40).

Posteriormente, durante la Guerra Fría y con la aparición de la industria cultural y de la noción del fin de las ideologías la vanguardia pierde fuerza política y se convierte en un instrumento de legitimación de aquel orden vigente.

Es en este contexto que se enmarcan los comienzos de la trayectoria intelectual de Asturias. A fines del siglo XIX, en Guatemala, proliferaron espacios de sociabilidad que brindaron nuevas formas de legitimidad a la sociedad civil. Esto se desarrolló, especialmente, entre las dictaduras de Estrada Cabrera (1898-1920) y Ubico (1931-1944), así como bajo los gobiernos de Orellana y Chacón (1920-1931) cuando la libertad de expresión había sido coartada y las prácticas asociativas conformaron esas nuevas formas ya aludidas de legitimidad de la sociedad civil, lo cual dio inicio a un periodo de conquistas de derechos políticos y sociales. En Guatemala, sirvieron, especialmente, para derrocar la dictadura de Estrada Cabrera, y permitieron seguir desarrollando durante los gobiernos de Orellana y Chacón el sentimiento antiimperialista y antidictatorial con el que se fraguó un proyecto de nación (Cfr. con García Giráldez 2005:198).

Casaús Arzú sostiene que durante la dictadura de Estrada Cabrera, se formaron los clubes liberales y los unionistas,

las asociaciones de obreros y estudiantes, los círculos centroamericanistas, la asistencia a los sermones dominicales, las tertulias, las logias masónicas y las sociedades teosóficas fueron creando importantes redes sociales, con sólidos vínculos, cuyo principal

objetivo era la búsqueda de nuevas formas de representación política y nuevos modelos que permitieran el derrocamiento de dictaduras, la regeneración de la sociedad y la democratización de las instituciones públicas (2005:72).

Estas redes tuvieron un papel importante en la formación de una conciencia integradora antidictatorial y antiimperialista, e influyeron en el debate acerca del valor de la igualdad frente a la libertad, del trabajo como derecho inalienable y de la necesidad de conseguir el sufragio para las mujeres y los indígenas (Cfr. con Casaús Arzú 2005: 71/121). Además, compartían el principio de igualdad de las razas y rechazaban los principios spencerianos de la jerarquización racial. Es decir, consideraban iguales a todas las razas y entendían su degeneración como producto de la sociedad y de la falta de educación cívica; esto les llevaba a pensar que los hombres y mujeres tenían los mismos derechos y obligaciones y que debían ser incorporados como ciudadanos y ciudadanas en igualdad de condiciones, respetando las diversidades de raza, credo, cultura y género.

Estas redes rechazaban, asimismo, las injerencias culturales y políticas foráneas, especialmente las norteamericanas; consideraban que había que buscar los valores propios de la identidad latinoamericana y volver las miradas a las culturas ancestrales.

Los unionistas promovieron encuentros y uniones regionales y continentales; si bien impulsaban valores de contenido liberal, como la tolerancia, la laicidad y el trabajo, no lo hacían en un sentido estrictamente material, sino que les otorgaban un carácter espiritual y humanista, y los vinculaban con el amor, la belleza, la justicia social, la solidaridad, etc. Además, como se mencionó, estas redes consideraban la diversidad étnica,

de clase, de cultura y de género, y bajo estos criterios intentaban un proyecto de república federal centroamericana o Patria Grande que respetase las características históricas de cada uno de los espacios regionales. “Se constituyeron en un primer modelo de movimiento social y popular frente al proyecto liberal y a las corrientes positivistas en la región” (Casaús Arzú y García Giráldez 2005: 296).

En este contexto, se crearon espacios de sociabilidad que negociaban nuevas representaciones colectivas, nuevos imaginarios nacionales, los cuales pugnaron por ser cultural y políticamente hegemónicos. Emergió así, en los años veinte, un *espiritualismo nacionalista* de carácter social, religioso y moralizante, muy vinculado a la filosofía regeneracionista de la época en diversas interpretaciones. El espiritualismo nacionalista fue una respuesta ideológica, política y social al positivismo y al proyecto liberal. Intentó buscar nuevas bases de legitimación de lo nacional ancladas en las culturas propias y en el modelo hispano-latinoamericano. Rechazó la influencia norteamericana y retornó su mirada a España a través del modernismo en las letras y en el arte, con figuras como Rubén Darío, Gabriela Mistral, José Martí y Leopoldo Lugones y representantes del regeneracionismo.

La permanente injerencia norteamericana en la zona, [...] las sucesivas invasiones de su territorio con el beneplácito de los gobiernos liberales de turno, provocaron la emergencia de figuras salvadoras o redentoras de la patria de claro componente espiritualista y mesiánico, que se vincularon a movimientos antidictatoriales y a un sentimiento antiimperialista, con figuras como Augusto C. Sandino, Omar Dengo, Alberto Masferrer, Salvador Merlo,

Froilan Turcios y Carlos Wyld Ospina (Casaús Arzú y García Giráldez 2005: 292).

Si bien no lograron alcanzar su meta, porque el positivismo de vertiente racialista era muy fuerte, y por la emergencia de las dictaduras en toda la región a partir de 1932, generaron debates públicos y crearon nuevas asociaciones de redes de intelectuales. Del mismo modo, plantearon nuevas aproximaciones a problemas no resueltos, visibilizaron actores sociales que no poseían voz propia e introdujeron en el debate y en el interés artístico y social nuevos actores marginados por el positivismo racial, como fueron los indígenas, los obreros y las mujeres (Cfr. con Casaús Arzú y García Giráldez 2005: 291/296).

Las redes sociales donde se movían enfrentaron dictaduras liberales del momento, lograron derrocarlas y plantear un nuevo modelo de nación sostenido en la creencia de una identidad latinoamericana; a esto contribuyeron el impacto de sus obras literarias junto con su presencia en revistas y periódicos. La idea de *Nuestra América* impulsaba la defensa de la soberanía nacional, a partir del unionismo, del federalismo o del centroamericanismo como solución frente a la injerencia norteamericana.

Alberto Masferrer, Fernando Juárez Muñoz y Carlos Wyld Ospina tuvieron un enorme peso en la Generación del 1920, no solo por su obra literaria sino porque se encontraban entre los fundadores de las primeras redes teosóficas centroamericanas.

En estos espacios de sociabilidad se gestó también el unionismo como movimiento social y político, con vínculos más sólidos entre los estudiantes. De ellos surgió el grupo conocido como la *Generación del 20* cuyos miembros fueron los máximos representantes del unionismo. El

nombre del grupo de estudiantes que llevaba adelante la lucha anticabrerista surgió en recuerdo de la literatura española del 98; lo bautizaron así en París, con motivo de la edición de la revista *Ensayos*, creada en 1928, que dirigieron Miguel Ángel Asturias y Juan Olivero. Casi todos sus miembros se definían como unionistas, al menos inicialmente.

En la región, las diferencias fueron valoradas positivamente, y se elaboró un proyecto federal de patria que planteaba ampliar la ciudadanía con la integración de las mujeres y de los indígenas en la nación. Se trataba de formular un nuevo imaginario de nación y de producir un tránsito del Estado liberal al Estado social. En muchos casos, esto se reflejó en la legislación, como ocurrió con la Constitución Política de la República Centroamericana en 1921 y la reforma de la Constitución de 1927 en Guatemala. También hubo avances en materia social, que si bien desaparecieron durante las dictaduras de 1930, volvieron a emerger en la década del cuarenta, entre las mismas redes de intelectuales de los años veinte o con sus herederos, que protagonizaron estos cambios.

El unionismo también tenía un instrumento de difusión, el Partido Unionista de Centro América (PUCA), que surgió en 1899 impulsado por Salvador Mendieta y otros centroamericanos. A partir de este movimiento, se fueron creando espacios de sociabilidad y de unión entre sectores universitarios, profesionales, obreros y de artesanos, quienes fomentaron la lucha y configuraron una opinión pública en torno a una serie de objetivos; el principal era la caída de Estrada Cabrera. En 1919, el ideario unionista también fue asumido en Guatemala a través del Partido Unionista; este tomó un nuevo vigor, pues reunió a miembros prominentes de la Generación del 20 guatemalteca y, asimismo, se sumaron a él otros espacios de sociabilidad, como La Liga Unionista de Estudiantes Universitarios, la

Universidad Popular y los clubes unionistas, donde la solidaridad y un ideal común fueron marcando pautas de comportamiento.

Los debates se sucedieron en diarios, semanarios y revistas de la época. El diario *El Imparcial* representaba el discurso hegemónico, sin embargo:

en su consejo editorial influyeron varios colaboradores de la generación de 1910 y 1920, que le dieron una orientación progresista para su época, que habían tomado parte activa en el derrocamiento de Manuel Estrada Cabrera: Miguel Angel Asturias, Epaminondas Quintana, Carlos Wyld Ospinamy Rafael Arévalo Martínez. Sus editoriales denunciaban los desmanes del gobierno de turno y apoyaban algunas reformas del campo de la salud, la educación e incluso el reparto de la tierra (Casaús Arzú 2005:215).

Las ideas del movimiento unionista fueron retomadas en Guatemala por los intelectuales de la Revolución de Octubre, que tuvo lugar en la década del cuarenta. Sobre todo, se trataba de ideas relacionadas con la reforma agraria y de la educación, con la incorporación de las mujeres e indígenas a la ciudadanía política y social, y con la difusión del pensamiento masferriano; estas circularon, en particular, durante los gobiernos de Arévalo y Arbenz, por ejemplo, a través de la publicación, en 1950, de *Mínimum vital*, y otras obras de carácter sociológico, en la Colección "Clásicos del Istmo", Ediciones del gobierno de Guatemala.

En este marco, se señala la importancia de la trayectoria de Masferrer en Guatemala, por la cantidad de artículos que escribió en periódicos y

revistas, por la serie de viajes y conferencias que impartió, por la variedad de actores políticos y sociales con quienes intercambió ideas y por cómo influyó en grupos políticos de las generaciones de 1898, 1910 y 1920. Años más tarde, los movimientos revolucionarios centroamericanos van a fundir esas ideas con las marxistas; de allí, posiblemente, proceda la heterogeneidad ideológica de los movimientos revolucionarios posteriores (Cfr. con Casaús Arzú 2005: 71/121 y 291/296).

La trayectoria intelectual de Asturias siguió un camino coincidente con el de los movimientos de vanguardia, que tuvieron su auge entre 1900 y 1930. El carácter metropolitano-internacional de las vanguardias se evidencia, según Aguilar, en el recorrido de los textos y en los mismos desplazamientos de sus integrantes por diversas ciudades. Esto se extiende a muchos vanguardistas latinoamericanos, quienes residieron en las capitales europeas en los años de su formación.

Por otro lado, como ya se dijo, Asturias también transitó por las ciudades europeas; en particular, destacamos su estadía en la capital francesa entre 1923 y 1933. Durante este tiempo formó parte de La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), creada en el año 1925 bajo el afán de la unidad latinoamericana y con una postura antiimperialista. Esta asociación, construida dentro de un contexto europeo, veló por la defensa de los estudiantes de América Latina y contribuyó a posicionar una perspectiva crítica sobre la realidad de la región y a promover el ideal unionista y antiimperialista propio del contexto intelectual latinoamericano.

AGELA, creada en la coyuntura de posguerra —hizo atravesar el Atlántico a decenas de latinoamericanos pertenecientes a la burguesía y a las capas medias con el propósito de irse a radicar en París, Londres,

Madrid o Berlín—, estuvo marcada también por la Revolución Bolchevique, la Reforma Universitaria, la consolidación de la hegemonía norteamericana —en especial, en Latinoamérica—, la crisis de la democracia liberal en Europa y el ascenso del fascismo. Esta iniciativa estudiantil se convirtió en una entidad antiimperialista que, además, hizo de la defensa de Sandino la búsqueda de la dignidad del continente; respondía así a los procesos históricos marcados por la intervención norteamericana en las primeras décadas del siglo XX (Cfr. con Taracena Arriola b) 1989: 61/80).

Un artículo de Maribona en el periódico *El Imparcial* de Guatemala, permite pensar que la idea de crear AGELA fue del propio Maribona, junto con el argentino Rolando Martel, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el peruano José Felix Cárdenas Castro, el cubano Antonio Gattorno, el nicaragüense Diego Samuel Sequeira y el venezolano Aurelio Fortoul (Cfr. con Taracena Arriola 2006: 569/586).

Las actividades de esta asociación parecen haber estado centradas en la organización de cenas de homenaje, en las cuales lo cultural y lo político se confundía con la bohemia; entre ellas, se destaca su participación en el I Congreso Antiimperialista Mundial, celebrado en la capital belga del 10 al 15 de febrero de 1927. Hacia 1930, muchos de los integrantes iniciales de AGELA regresaron a América; Carlos Quijano, Maribona y Jorge Luis Arriola volvieron a Guatemala en 1930, y Asturias en 1933. Sin embargo, este último se había alejado de los círculos políticos universitarios desde los años treinta y se dedicaba a la correspondencia de *El Imparcial* y al manuscrito de *El Señor Presidente*. No obstante, Arriola y Asturias participaron, posteriormente, en la Revolución de Octubre.

A partir de las experiencias de la vida artística y bohemia parisina y de las vinculaciones con otros autores y artistas, se generaron lazos e

intercambios para la conformación de redes intelectuales; estos se reflejaron de igual modo en sus producciones literarias, que también incorporaron algunos rasgos de la vanguardia. En su paso por la ciudad de París, Asturias conoció a Tristán Tzara y a los dadaístas, así como a los surrealistas, que conformaban un movimiento estético de influencia y repercusión internacional, con figuras de la talla de Bretón, Aragón y Robert Desnos. Participó, también, de veladas nocturnas con Pablo Picasso, George Braque, Maurice Utrillo y compartió experiencias comunes con Alejo Carpentier. En ese contexto descubren la magia de América, definida por Carpentier en términos de «lo real maravilloso» y por Asturias como «realismo mágico»; los unía, asimismo, una especial admiración por Desnos. Junto a Georges Rayraud, Asturias descubrió las culturas mayas, que lo llevaron a traducir luego el *Popol Vuh* al español; por esos años, publicó poemas —*Rayito de estrella*, 1925—, sus primeras prosas, que fueron prologadas por Paul Valéry —*Leyendas de Guatemala*, de 1930—, e inició la que sería su novela capital, *El Señor Presidente*, publicada recién en la década de 1940.

En este itinerario intelectual también fueron importantes las ciudades latinoamericanas que visitó y en las que residió. En 1921, visitó México en calidad de representante del movimiento estudiantil universitario,¹¹ y allí conoció a Ramón del Valle Inclán, a José Vasconcellos, a Víctor Raúl Haya de la Torre y a Pellicer, entre otros. En 1946, volvió a ese país como agregado cultural de Guatemala, nombrado por Arévalo, y fue ese el año en que publicó *El Señor Presidente* en la editorial Costa-Amic. Luego, tras la visita a Pablo Neruda en Chile, se instaló en Buenos Aires, en 1948, también como agregado cultural. En esa ciudad, frecuentó tertulias en distintas casas y bares, y conoció a Gonzalo Losada Benítez, fundador de la editorial

11 Asturias en 1920 había fundado, junto a otros estudiantes universitarios, la Asociación de Estudiantes Unionistas, en contra de la dictadura de Estrada Cabrera y en pos de la unión de Centroamérica, de manera pacífica, no por las armas.

Losada, sello que publicó *El Señor Presidente*, ahora en nuestro país. A través de estas ciudades y de la red de contactos, se fueron conformando distintas oportunidades para su posterior consagración.

En este contexto, las instituciones informales que se gestaron en la bohemia artística y literaria contenían un componente de antagonismo que se radicalizó con las vanguardias; se reprodujeron las reuniones en los bares, los actos de agitación y los banquetes donde se leían poemas y se parodiaban discursos oficiales. En este sentido, las vanguardias excedían la existencia de instituciones, pues impulsaban el crecimiento paralelo y sostenido de instituciones alternativas más informales o no tradicionales. Recordemos que una de las obras capitales de Asturias, *El Señor Presidente*, es considerada entre las más representativas de la literatura de vanguardia; se trata de una denuncia del poder deformante de la dictadura, y en ella se puede observar la construcción de una realidad en donde se reflejan una serie de aspectos propios de la literatura de vanguardia.

Asturias propone considerar la novela política de la siguiente manera:

como documento que de fe de una época, como testimonio que refleje un periodo de nuestra azarosa realidad. Y es por eso que se llama novela política a la que enfoca las explotaciones de los cauchales por ejemplo, de las minas de cobre, de estaño, del petróleo, las novelas de las plantaciones bananeras, etc. La literatura, entonces, pasa del terreno conformista, y busca ser la voz, el clamor de hombres que por ella expresan sus anhelos, sus sufrimientos y sus esperanzas y en ese terreno, la literatura

americana, la gran literatura, siempre ha sido literatura política [...] Es esta novela política, la novela testimonio, la que sin dejar de ser una obra de arte trascendente, va más allá de su tiempo, perdura y abre hacia el futuro el horizonte un una vida más esperanzada (Asturias a) 1981:70).

Durante los años 1940 y 1950, los términos cultura de masas y sociedad de masas cobraron una particular relevancia. Ambos conceptos son indisolubles de las tecnologías de producción y reproducción en masa y, por ende, de la homogeneización de la diferencia. Al respecto, se ha señalado que esa misma tecnología que ayudó al nacimiento de la obra de arte de vanguardia y a su ruptura con la tradición la privó luego de su espacio necesario para habitar la vida cotidiana. Fue la industria cultural y no la vanguardia la que consiguió transformar la vida cotidiana durante el siglo XX (Cfr. con Huyssen 2002: 19/40).

También el autor guatemalteco atravesó, en su trayectoria, la articulación entre la profesionalización del escritor en el campo de la literatura y el tránsito de un mercado de consumo de elites a uno de masas. Esta articulación entre profesionalización y mercado de masas brindó las condiciones para que las obras de muchos autores latinoamericanos y argentinos estuvieran circunscriptas, en un primer momento —a través de editoriales americanas vinculadas a ciertas redes de intelectuales—, a un círculo muy reducido de lectores; y posteriormente, a raíz del boom latinoamericano, se produjera la notable expansión y difusión de sus obras, que convirtió a muchos de ellos en escritores consagrados.

En esta transición el editor se profesionalizó y las editoriales dejaron de ser empresas artesanales, para convertirse en empresas modernas,

cuyos proyectos editoriales promovieron la expansión cultural, más allá de que también buscaron alcanzar a un público masivo. Entre los indicios de que el campo comenzaba a afianzarse, hay que destacar que en esas décadas se produjeron un crecimiento y una diversificación del público lector; en efecto, la industria del libro accedió por entonces a un mercado ampliado de lectores. Asimismo, recordemos que durante el peronismo el sistema educativo oficial también registró una expansión en todos sus niveles; es decir, la matrícula creció tanto en escuelas primarias y secundarias, como en las universidades, a la par que se observaba una disminución en la tasa de analfabetismo.

La expansión del mercado cultural multiplicó las oportunidades laborales de los escritores en la prensa periódica y en las editoriales que se fundaron en esa época: Sur —Victoria Ocampo, 1933—, Espasa-Calpe Argentina —Gonzalo Lozada y Julian Urgoiti, 1937—, Losada —Gonzalo Lozada, 1938—, Sudamericana —en sus comienzos, Julián Urgoiti, 1939—, Emecé —Arturo Cuadrado y Luis Seoane, 1939—, y otras.

Si bien, durante el boom, el lector común advirtió el florecimiento de muchas producciones, aquel florecimiento era, como se ha señalado, la producción acumulada de casi cuarenta años, solo conocida por la elite culta. Es decir que hubo una acumulación de producción que el boom esparció masivamente en diez años (Cfr. con Rama 1984: 161/208).

Este fenómeno había sido percibido con anterioridad al boom en un soporte similar: en los *magazines* y en las revistas, instrumentos fundamentales de la modernización y de la jerarquización de la actividad literaria; estas sustituyeron “las publicaciones especializadas destinadas solo al restricto público culto, fundamentalmente formado por los mismos

escritores, [y] establecieron una comunicación con un público mayor” (Rama 1984: 57).

En los años cincuenta, Asturias dejó de colaborar en la revista *Sur*, en la que ya había publicado, “Machajón”, parte de su novela *Hombre de Maíz*, en 1949, y “La Catedral” en 1951. No obstante, diferentes obras de Asturias seguirían siendo comentadas por autores como Vicente Barbieri y F. J. Solero en la misma revista. Hacia 1953, se alejó también del suplemento del diario *La Nación*; “Alto es el Sur” y “Esplendor Atlántico” serían las últimas contribuciones a este diario.

A partir de 1954, y tras el proceso de intervención indirecta de Estados Unidos en Guatemala, Asturias renunció a los cargos diplomáticos que ostentaba hasta entonces; y su residencia en Buenos Aires se transformó en un exilio que se prolongó hasta 1962. Desde entonces, el autor guatemalteco decidió no colaborar en ningún periódico o revista que no se hubiera solidarizado con la causa de Guatemala, al mismo tiempo que interrumpía su *trilogía bananera* para escribir, en favor de esa causa, *Week end en Guatemala*. Solo continuó colaborando con algunas traducciones en la Editorial Losada, y escribió de manera regular en *El Nacional de Caracas*, a partir de 1956, una columna que se titulaba “Buenos Aires de Noche y de día”; por otra parte, durante ese mismo año, en Argentina, se publicó *Week end en Guatemala*.

Junto con esa transición hacia la cultura de masas, hacia los años sesenta, Asturias se vio atravesado por la reformulación de los discursos sobre el intelectual que trajo consigo la Revolución Cubana. Esta operó como disparadora de la voluntad de politización del intelectual pero también puso en evidencia que las condiciones para el triunfo de una revolución no estaban atadas a las previsiones establecidas por la tradición clásica.

En 1960, tuvo lugar el primer encuentro entre Asturias y Fidel Castro en Buenos Aires, tras lo cual, en septiembre, viajó a Cuba invitado por el mismo Fidel, para luego asistir al aniversario de la Revolución. Fue también por esa época que publicó el último tomo de la *trilogía bananera*, *Los ojos de los enterrados*.

Poco después, en 1962, en Guatemala, el PGT brindó su apoyo al conflicto guerrillero, y uno de los hijos de Asturias, Rodrigo, que se había unido al movimiento guerrillero, fue capturado por las fuerzas de Ydígoras. Paralelamente, en Argentina, durante el gobierno de Guido, luego de la caída del gobierno de Frondizi, derrocado por las Fuerzas Armadas, Asturias mismo era arrestado por su apoyo a la Revolución Cubana; estos acontecimientos terminaron desencadenando su decisión de abandonar nuestro país.

El papel que jugó Cuba en los debates sobre la politización de la función del intelectual, según Gilman, se evidencia en

la importancia política concedida al intelectual y sus producciones específicas (especialmente la literatura), acompañada de una interrogación permanente sobre su valor o disvalor social y por la intensa voluntad programática de crear arte político y revolucionario (2012: 29).

A su vez, la autora propone, para historizar la “época” del bloque sesenta/setenta, dividirlo en dos etapas. La primera etapa estaría caracterizada por la posibilidad de unir la vanguardia estética y la vanguardia política, y de conjugar las aspiraciones revolucionarias y experimentales. En la segunda etapa de la década del sesenta, en cambio, la posibilidad de unir

la vanguardia estética y la vanguardia política se diluye; la discusión pasó a centrarse, así, en la función del intelectual como problema (Cfr. con Gilman 2012: 13/56).

Durante la primera etapa, se consideraba que los intelectuales eran capaces de despertar la conciencia revolucionaria. Había tareas pendientes en el campo de la cultura y se reservó a los intelectuales un papel importante en la política, hasta el punto de que les permitió pensarse como legítimos actores de la revolución. En este sentido, se apoyaron en la idea del Che Guevara de que las condiciones necesarias para el advenimiento de una revolución podían ser despertadas por una vanguardia revolucionaria. Creían en la posibilidad de transformar sus propios campos y de “crear” a América Latina como realidad política y cultural.

La vocación latinoamericanista de *Casa de las Américas* estaba definida desde su nacimiento, y es fácil constatar el éxito aglutinador de la propuesta, con solo rastrear el modo en que se amplió su lista de colaboradores de la región (Cfr. con Gilman 2012: 69/85). La revista bimestral no sólo incluyó textos de Miguel Ángel Asturias, también del argentino Ezequiel Martínez de Estrada, de los cubanos Antón Arrufat y Virgilio Piñera, del colombiano Luis Enrique Valencia y del mexicano Carlos Fuentes, entre otros.

Muchos escritores se autodefinieron allí, sobre todo, como intelectuales —para la época: “progresistas” y “de izquierda”— y como agentes de cambio social. En tal sentido, se empeñaron en intervenir en las cuestiones públicas, y para ello, se conformaron redes de intelectuales, vinculados a través de revistas, congresos, etc. Esto constituyó un modo distintivo de intervención y organización de la época, durante la cual llevaron

a cabo una prolífica producción literaria —incluso numerosos escritores latinoamericanos se consagraron en el mercado mundial—.

Es importante aclarar que el último tiempo que Asturias residió en nuestro país, está vinculado a esta etapa. Como ya se dijo, si bien apoyó la Revolución Cubana, no aceptaba la violencia como método; así, en su regreso a Cuba con motivo del primer aniversario de la revolución, donde compartiría con el Che Guevara muchas noches de su té nocturno, volvió a reiterar su admiración por la revolución cubana y la tarea del intelectual. En unas palabras fechadas en enero-marzo de 1960, observaba:

la batalla a librar por los intelectuales [...] es la de estudiar en vivo el cambio casi total que la Revolución cubana implica en la vida cubana. En vivo, porque nada hay más apasionante que esta forma política de ir transformándolo todo sobre la marcha en beneficio de todos, de la gran mayoría, no de unos pocos. Sustituir al campesino sin tierra por el campesino con tierra. Dar lo suyo a los desposeídos. El sólo pensarlo es hermoso. Y es lo que se está realizando en Cuba. Devolver los bienes de la tierra a los que la trabajan, a los que mojan los surcos con su sudor, a los que acunan las semillas, a los que ahora verán los frutos como suyos. Dar comida a los que antes no comían. Eso se está haciendo en Cuba. Y dar escuelas (donde había cuarteles, hoy hay escuelas, fuera de todas las que se están edificando) a los centenares, a los miles de niños que se quedaban sin aprender a leer. (Asturias a) 1981: 226).

Su defensa de la Revolución Cubana se anclaba en la experiencia frustrada de Guatemala. Así, según lo señalaba en un texto de mayo de 1960, Cuba estaba logrando expropiar grandes extensiones de tierra para repartirla a los guajiros desposeídos. Lo que en Guatemala no se había logrado dada la invasión organizada por los abogados y accionistas de la “Frutera”, con la anuencia de los “cancilleres americanos” y un “ejército alquilado” al mando de un “traidor”, que instaló un “gobierno macartista” y renovó el contrato vergonzoso con la “Frutera” (Cfr. con Asturias a) 1981: 227/230).

Ya en la segunda etapa propuesta por Gilman (2012), se observa que, desde 1966, con un creciente antiintelectualismo como rasgo dominante, la cultura desapareció del horizonte de la política junto con las opciones conciliatorias. Prevalció la revolución. El debate de 1968 desmembró la comunidad intelectual; así, tras las divisiones surgidas de la identificación de Cuba como patria del antiintelectualismo, acatando la directiva “revolucionaria”, la tensión se hizo irresoluble. Finalmente, el discurso de Fidel Castro, en 1971, decretó la imposibilidad de conciliar una agenda cultural con una agenda política, ya que atacaba a los intelectuales que preferían los salones burgueses a las trincheras.

La noción de “compromiso”, que hasta 1966-68 había reunido las figuras del escritor, el militante y el crítico, comenzó a ser cuestionada. Ante la radicalización de la lucha política, en una situación donde *política* y *revolución* eran semánticamente coincidentes, se declaró una verdadera *guerra cultural*: los escritores con compromiso político se enfrentaron a la difícil disyuntiva de optar por la intervención cultural —ideal de autonomía crítica— o por la eficacia política directa e inmediata —revolucionario subordinado a la dirigencia política—, emblematizadas entre dos imágenes

en conflicto, la del escritor y la del combatiente. Las prácticas específicas de los intelectuales se habían tornado ineficaces ante esa situación y, por otra parte, en esta etapa, el mercado jugó un papel fundamental al instalar su propia lógica lucrativa entre autores y lectores; como afirmaba Calinescu (2003), la industria cultural y no la vanguardia consiguió transformar la vida durante el siglo XX.

Capítulo IV. Miguel Ángel Asturias en Argentina (1948-1954). La intervención norteamericana en Guatemala como un punto de inflexión para establecer redes desde el exilio.

A continuación, nos proponemos ofrecer una caracterización de las redes intelectuales en las que participó Miguel Ángel Asturias en el contexto de la guerra fría cultural. Recordemos, para comenzar, que participó activamente durante la llamada década revolucionaria en Guatemala, en cuyo marco se desempeñó, primero, como agregado cultural en la embajada de Buenos Aires (1948-1952), y luego como embajador en el Salvador (1952-1954). Esto le permitió conocer a intelectuales destacados, como Luis Cardoza y Aragón, quien fundó y dirigió la Revista Guatemala; David Vela, diputado de la Asamblea Nacional Constituyente y miembro de la Comisión de los 15 que redactó el Proyecto de Constitución de la República de 1945; Juan José Arévalo, quien reunió artistas e intelectuales exiliados durante la dictadura de Ubico, y ocupó la primer presidencia de la década revolucionaria; Mario Monteforte Toledo, quien representó a Guatemala ante la ONU (1946-1947), fue diputado entre 1947 y 1951, presidente del congreso y vicepresidente de la República entre 1948-1949; Raúl Osegueda, Ministro de Educación Pública y Ministro de Relaciones Exteriores durante el Gobierno de Arbenz; Guillermo Toriello, intelectual que participó como canciller en la X Conferencia Interamericana y como embajador en México y Estados Unidos; José Manuel Fortuny, uno de los líderes del PGT; y, por último, cabe mencionar a Manuel Galich, quien se desempeñó como Ministro de Educación Pública en el primer gabinete del Presidente Juan José Arévalo entre 1944 y 1951. Con Fortuny y Galich, Asturias compartió, además, el trabajo en Radio del Aire.

También es importante destacar que trasladarse a nuestro país —lo cual hizo en enero 1948, luego de que Arévalo le ofreciera ser agregado cultural en la embajada de Buenos Aires— significaba también trasladarse a uno de los centros literarios más importantes de la época. Ello le permitió entablar relaciones con otros escritores, y fue, a su vez, una posibilidad, “como la que podía ofrecer la más parisina de las capitales americanas” (Glasman 2008: 83), para rearmar su vida intelectual

Sobre las circunstancias en torno a su llegada a Buenos Aires, Asturias señalaba:

En mil novecientos cuarenta y siete, el mismo presidente Arévalo —que había hecho sus estudios en Argentina— me dijo: “Tú tienes que ir a la Argentina. Es país en el que está tu porvenir, por muy adelantado en lo tocante a escritores, publicaciones y editoriales”. Unos ocho días después de haber hablado con Arévalo, salí para la Argentina como ministro consejero. Llegué a Buenos Aires el diecinueve de enero de mil novecientos cuarenta y ocho. Yo llevaba una carta a Pablo Neruda y una de las primeras visitas que hice fue para Gonzalo Lozada. Le entregué un ejemplar de *El Señor Presidente* y poco después aparecía la edición argentina de la novela. Mi puesto en la embajada me permitió entablar relación con otros escritores, así como con algunas personalidades políticas y, en primer lugar, con el presidente Juan Domingo Perón (1999: 298).

Además de la amistad con Gonzalo Losada, Asturias logró entablar nuevas relaciones a través de las reuniones que se realizaban en la casa de Oliverio Girondo y Norah Lange. Allí conoció a Jaime Dávalos, Estela y Patricia Canto, Juan Carlos Castagnino, Rafael Alberti, María Teresa León y Eduardo Mallea, quien dirigía el suplemento literario del diario *La Nación*.¹² En conexión con este vínculo aparece, ya en 1949, una primera colaboración de Asturias en el diario titulada “Maximon, divinidad de agua dulce” (Cfr. con Sáenz 1974: 119/145).

En el mismo año de su llegada al país, había publicado, en la colección Biblioteca Clásica y Contemporánea de la editorial Losada, *El Señor Presidente*; fue la primera edición en Argentina —previamente, en 1946, se había publicado en México, con la editorial Costa Amic—. Según Augusto Monterroso, en 1946, se le concedió a la obra una atención menor; pero, tras la publicación en editorial Losada, Asturias fue descubierto por el gran público. Poco después, los acontecimientos ocurridos en Guatemala, que trataremos más adelante, concitaron también la atención de vastos sectores sobre Asturias, quien encabezó, junto con Luis Cardoza y Aragón, la lucha de los escritores guatemaltecos contra la invasión extranjera. A partir de esos acontecimientos, las ediciones no dejaron de sucederse (Cfr. con Monterroso 1967: 809/812).

12 En cuanto a los temas de política exterior en los últimos años de la gestión peronista, *La Nación* “editorializó sobre el proceso de descolonización que vivía el mundo, con una óptica en muchos aspectos coincidentes con las ideas prototercermundistas formuladas por el gobierno. Consideraba que se estaba entrando irreversiblemente en la etapa del fin del colonialismo y destacaba la razón y la justicia de los pueblos que trataban de liberarse de los vínculos de sumisión a las metrópolis extranjeras. En 1954, a propósito de una iniciativa presentada por el representante del gobierno argentino en la Conferencia Interamericana de Caracas, condenatoria de la existencia de territorios sometidos a la soberanía de potencias extracontinentales, el matutino trazó un balance la realidad mundial de ese momento y destacó los progresos habidos en materia de reacción anticolonialista. El criterio de legitimidad del colonialismo, decía, había entrado definitivamente en crisis y estaba siendo reemplazado por el derecho de autodeterminación de los pueblos y, aun cuando hubiera países propensos a demorar ese movimiento, era innegable que el principio de coloniaje ha caducado ya en las conciencias y puede preverse que no tardará mucho en caducar también en el plano de la realidad”(Sidicaro 1993: 231)

El Señor Presidente le permitió a Asturias acreditarse como opositor de las dictaduras y lo consagró como uno de los escritores latinoamericanos más importantes; su siguiente obra, *Hombres de maíz* (1949), también fue publicada por Losada. Alrededor de dicha editorial se conformó pronto un relevante círculo intelectual del que formaban parte autores argentinos y extranjeros radicados temporal o permanentemente en Buenos Aires.

Debemos destacar que *El Señor Presidente* ocupa un lugar de privilegio dentro del grupo de las grandes novelas de la dictadura que retoman momentos peculiares de la vida hispanoamericana. Según Tulio Halperin Donghi:

la literatura refleja una perplejidad que no le es exclusiva. El origen de esta no tiene nada de misterioso: ella surge del conflicto no resuelto entre la vocación liberal-constitucionalista en torno a la cual se dio hasta ayer un consenso muy vasto y un curso histórico que se obstina en decepcionarla (2017b: 25).

En la historia hispanoamericana, la dictadura personal ha venido siendo, a la vez, la forma de gobierno más frecuentemente practicada y la más desprovista de toda legitimidad. Cuando se dio el reemplazo de la élite colonial por la élite propietaria, esta última se unificó tras un proyecto de expansión económica acelerada y tomó como tarea imponer la nación a través del Estado. La dictadura ya no sería la dictadura personal y arbitraria de un caudillo, sino una suerte de dictadura colectiva ejercida por aquella élite, que encontró su vehículo en una república fuertemente presidencialista. Mientras la solución liberal había preparado un marco institucional para la nueva etapa, las tensiones desencadenadas en ese proceso incitaban a acudir a soluciones de fuerza para las cuales la tradición

autoritaria y la dictatorial-progresista ofrecían su inspiración (Cfr. con Halperin Donghi 2017b: 25/47). Sin embargo, la dictadura no llegó a reivindicarse como un modelo institucional legítimo comparable con el modelo liberal-constitucional, ni fue capaz de dar cauce a las transformaciones sociopolíticas que exigía la nueva hora hispanoamericana; en palabras de Halperin Donghi, “la dictadura ha demostrado su ineficacia para resolver problemas cuya urgencia la ha llevado una y otra vez al triunfo” (2017b: 45).

En *El Señor Presidente*, como señala Seymour Menton, el papel protagónico en la novela no lo tiene el dictador sino la dictadura:

Aunque se siente la sombra del Señor Presidente a través de todo el libro, en realidad la vemos muy poco. Su poca participación directa en el sistema que él ha creado lo rodea de un misterio sobrenatural y al mismo tiempo comprueba que la dictadura, una vez iniciada, corre por su propia cuenta sin la intervención personal del dictador. Es decir que si el Señor Presidente no fuera Estrada Cabrera, será otro que ejerciera igual despotismo (1978: 77/78).

Por tiránico que sea el dictador latinoamericano, casi siempre trata de justificar su mando con un respeto fingido de la constitución. El mismo título de la novela indica la insistencia del dictador en llamarse Presidente.

Para el periodo en que Asturias llega a nuestro país, la política exterior estadounidense intentaba mantener el continente seguro de la “amenaza del comunismo internacional” y transformar el panamericanismo en una alianza anticomunista. Es importante recordar que, en mayo de 1948,

se llevó a cabo, en Bogotá, la IX Conferencia Panamericana, en la cual se redactaron la Carta de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y la resolución N° 32 del Acta final de Bogotá, cuyo lema fue “Preservación y defensa de la democracia americana”. Sin embargo, la política exterior estadounidense subordinó toda cuestión al enfrentamiento con la URSS.

La administración Truman (1945-1953) y, posteriormente, la de Eisenhower (1953-1961) intentaron bloquear o intervenir todo tipo de cambio social indeseado. Washington se alarmaba ante los programas “progresistas” de los gobiernos latinoamericanos, ya que los consideraban un “peligro rojo”; todo cambio social equivalía a “inspiraciones comunistas”. Cuando la Revolución de Octubre se profundizó y pretendió modificar la estructura social con la ley de reforma agraria, la reacción norteamericana no dejó de hacerse sentir. Así, los cambios que impulsaba el gobierno arbenquista resultaron contraproducentes en el marco de la Guerra Fría.

Washington consideraba que Guatemala estaba sucumbiendo a la influencia comunista, por lo que a partir de 1951 aumentó su presión diplomática y económica contra el presidente Arbenz en el seno de la ONU, la OEA y la ODECA. Asturias, primero como agregado cultural en México (1946) y en Argentina (1947), seguidamente como ministro consejero en Francia (1952) y embajador de Guatemala en El Salvador (1953) y finalmente como miembro de la delegación guatemalteca a la X Conferencia de la OEA en Caracas, tuvo que seguir de cerca los planes norteamericanos para derrocar al gobierno electo del coronel Arbenz. Este es el trasfondo histórico y social

de su trilogía novelística “Bananera”, compuesta por *Viento Fuerte*, *El papa Verde* y *Los ojos de los enterrados*, así como el libro de cuentos *Week end en Guatemala* (Teracena Arriola 1999: 97).

Sobre los acontecimientos referidos a la Conferencia de Caracas, nos interesa destacar lo que Asturias llamó “la votación mecánica”:

Los Estados Unidos tuvieron por mucho tiempo a los países de América Latina votando en los organismos internacionales como ellos disponían. Al instaurarse un gobierno revolucionario, sucede que Guatemala comienza a votar conforme a sus intereses [...] Significa que, después de Guatemala, México, Argentina, Chile, Venezuela y los demás países empezarían a votar cada uno conforme a sus intereses, acabando con la mayoría mecánica de que disponían los Estados Unidos (1999: 336/337).

En esta misma línea, como embajador de Guatemala en El Salvador, trabajó para impedir que este último país se convirtiera en base de acción contra el régimen progresista instaurado en Guatemala:

Cuando se empezó a ver venir la intervención del imperialismo americano a través de manos mercenarias, se temía en Guatemala que pudiese intentarse un golpe contra el gobierno revolucionario de Arbenz a partir del territorio salvadoreño. Por eso es uno de los motivos de mayor orgullo para mí que ese gobierno me haya buscado para enviarme a El

Salvador, que era el país fronterizo por donde habían escogido penetrar las tropas mercenarias de Castillo Armas para derrocar al gobierno constitucional de Arbenz. Entrando por la frontera salvadoreña, era posible atribuir a una sublevación popular lo que habría sido una invasión facilitada por la frontera llana y la carretera de fácil acceso.

Debo hacer constar en ese momento que en el Salvador encontré, desde el mismo presidente y sus ministros hasta en los estudiantes, gran simpatía por la obra que se estaba intentando en Guatemala. Las fuerzas contrarrevolucionarias no encontraron, pues, en El Salvador posibilidades de atravesar el país camino de Guatemala. Tuvieron que cambiar sus planes, concentrándose en Tegucigalpa para invadir Guatemala a partir del territorio hondureño, lo cual ya no les fue tan fácil, pues tuvieron que atravesar la montaña, dando tiempo a que se demostrase palpablemente ante el mundo entero que se trataba de una invasión” (Asturias 1999: 337/338).

En efecto, la operación PB Success, destinada a concretar la intervención indirecta, comenzó en junio de 1950. Fue la CIA la que se encargó del seguimiento de Arbenz y del armado y el abastecimiento del ejército de liberación en Honduras. Aunque el gobierno guatemalteco presentó pruebas y denunció el entramado de la intervención en 1953 en Naciones Unidas, en 1954, Estados Unidos busco consenso en la X Conferencia Interamericana en Caracas. Allí se introdujo la resolución que

preveía una acción continental contra el comunismo internacional y que legitimaría la futura intervención en Guatemala. El cuerpo contrarrevolucionario entrenado por la CIA invadió el país el 18 de junio de 1954, tras atravesar la frontera por Honduras y bombardear la capital (Cfr. con Rostica 2014: 215/243).

El ejército guatemalteco no intervino en la defensa del gobierno de Arbenz, y el 27 de junio, el presidente tuvo así que renunciar; su cargo fue ocupado por el hombre de la CIA, el coronel Castillo Armas. Luego el proceso continuó con la represión de los “comunistas guatemaltecos” y de todos los “subversivos”, y con la marcha atrás de casi todas las medidas promulgadas durante la época reformista.

Tras la invasión de Guatemala, alrededor de trescientos guatemaltecos encontraron refugio en la embajada argentina; entre ellos estaba Ernesto Guevara, cuando aún no se había convertido en el Che. Tras ingresar al país, muchos fueron trasladados como prisioneros, sin ninguna explicación, a la cárcel de Devoto; más tarde se los puso en libertad, también sin explicaciones, al igual que el día que se los detuvo (Cfr. con Garcia Lupo 2007: 135/150 y con Saéñz 1974: 119/145).

Durante el periodo contrarrevolucionario, el sentimiento antinorteamericano que ya existía en la región latinoamericana se acentuó. Asturias, quien en aquel tiempo era un intelectual independiente, se oponía a las dictaduras que había sufrido en su país natal, Guatemala, y a partir de los sucesos de 1954, decidió quedarse en Argentina en calidad de exiliado. Desde aquel momento, estuvo comprometido con la lucha y la denuncia de los sucesos de la intervención norteamericana en Guatemala.

Ciertos aspectos significativos de su exilio y posterior asilo en Argentina pueden ser recuperados a través del relato del mismo Asturias (1999):

Al entrar Castillo Armas con sus mercenarios pagados por Estados Unidos y producirse la renuncia de Arbenz, ya no volví a Guatemala. Los primeros decretos que dio Castillo Armas fueron para desconocernos a Juan José Arévalo y a mí como embajadores. Me suprimieron los pasaportes, quedándome sin papeles para viajar (p. 338).

Al principio logre viajar hacia el sur. Mi propósito era ir a Buenos Aires, por ser mi esposa argentina y tener allí familiares y amigos, sin contar con el hecho de que fuese autor de la importante editorial Losada.

Primero nos detuvimos mi esposa y yo en Panamá, donde nos hicieron un gran recibimiento en la Universidad... Los estudiantes se manifestaron de la misma manera que lo hicieron los estudiantes de El Salvador. En el Salvador, cuando cayó Arbenz, la bandera de la Universidad ondeó a media asta y los estudiantes acudieron en manifestación a nuestra embajada.

Desde Panamá, mi esposa y yo continuamos viaje a Chile, en donde nos recibió Pablo Neruda. Llegué a Buenos Aires, pues en mil novecientos cincuenta y

cinco estando todavía el Presidente el General Juan Domingo Perón.

Debo decir que yo no tenía pasaporte, llevaba simplemente un salvo conducto que me había dado el embajador de la Argentina en El Salvador. En la Argentina se me dio un pasaporte llamado “no-argentino”. Con este pasaporte había de viajar mucho tiempo.

Lo primero que hice en la Argentina fue escribir el *Week-end en Guatemala*, que fue publicado en mil novecientos cincuenta y seis. Partió de la idea que tuvimos todos los que participamos en el equipo de Arbenz de escribir cada uno un libro para dar a conocer al mundo lo sucedido en nuestro país. Así, se escribieron veintisiete libros: escribió Arévalo, escribió Manuel Galich, escribió Luis Cardoza y Aragón, escribieron los economistas, y yo escribí, pues, *Week-end en Guatemala* (p. 368).

Además de los nombres mencionados aquí por Asturias, hubo otros intelectuales vinculados con la Revolución de 1944 que escribieron en torno a los episodios contrarrevolucionarios, como Osegueda, Toriello, Bauer Paiz, Díaz Rozzotto, entre otros.

Durante el exilio del autor guatemalteco también se modificaron los espacios en donde publicaba su producción. No obstante, algunos cambios que resulta oportuno señalar se produjeron antes de este proceso. Ya en 1951 había dejado de publicar en la *Revista Sur* que, desde muy temprano,

se destacó por su crítica sin complejos del comunismo. Esta revista se vinculaba con las redes intelectuales conformadas en torno al Congreso por la Libertad de la Cultura; así, pese a ser una publicación con fines eminentemente literarios, *Sur* se dio espacio para exhibir una militancia política moderada pero clara, que de todos modos aceptó divergencias en su seno.¹³ No obstante, cabe señalar que, aun cuando había publicado allí, Asturias se mantuvo alejado de dichas redes, como se verá más adelante. Sus colaboraciones en *Sur* fueron en 1949, con “Machajón”, parte de la novela *Hombre de Maíz*, y en 1951, con “La Catedral”. Además, en la revista se publicaron otros artículos sobre diferentes obras de Asturias, firmados, por ejemplo, por Vicente Barbieri y F. J. Solero.

Otro medio del que se alejó fue el suplemento del diario *La Nación*, donde en 1953 publicó “Alto es el Sur” y “Esplendor Atlántico”, que serían sus últimas contribuciones a ese medio (Cfr. con Sáenz 1974: 119/145).

A partir de 1954, Asturias decidió no colaborar “en ningún periódico o revista que no se [hubiera] solidarizado con la causa de Guatemala” (Sáenz 1974: 138), en favor de la cual escribió, precisamente, *Week end en Guatemala*. Esta obra, compuesta de historias cortas que oscilan entre la crónica y la ficción, fue editada en Argentina en 1956 por la Editorial Goyanarte. Según Dora Sales, “es un libro escrito con las tripas donde el compromiso del escritor se manifiesta con espontaneidad justificada por el calor del momento contra la política de Estados Unidos” (2013: 56-57). Resulta igualmente interesante notar que ya se ofrecía una visión de dicha obra en el ensayo de 1961, titulado *El poeta narrador Miguel Ángel Asturias*, de Jorge Atilio Castelpoggi, quien fue el primer autor de un libro sobre el

13 Como ejemplo de espacios de divergencia en la revista, podemos mencionar a la escritora María Rosa Oliver, de extensa trayectoria en el Consejo Mundial de la Paz y de inspiración comunista. Oliver fue miembro conspicuo de la revista *Sur* y amiga, por largo tiempo –aunque se distanciaron por motivos políticos–, de su directora, Victoria Ocampo.

escritor guatemalteco. Recordemos, además, que para escribir *Week end en Guatemala*, Asturias interrumpió su “trilogía bananera”: *Viento Fuerte*, *El papa Verde* y *Los ojos de los enterrados*.

En una entrevista realizada por Günter Lorenz, Asturias expresa de forma sucinta y clara lo que se propuso con los distintos libros de la trilogía:

En *Viento Fuerte* describo la lucha entre los pequeños propietarios y la grande y poderosa Company. En *El Papa Verde* muestro la influencia del poderoso grupo económico sobre la vida del Estado, de tal manera que la empresa se convierte en un Estado dentro del Estado. Finalmente, en *Los ojos de los enterrados* describo la lucha de los campesinos contra la empresa y habló de cómo sucumben en esta lucha, que no han sostenido para destruir la empresa y las plantaciones, sino tan sólo para obtener el respeto a las leyes del país, para ser tratados como seres humanos, para poder vivir dentro de un orden social, con escuelas, hospitales y justicia. Estas son exigencias que en Europa tienen validez desde hace siglos y que se han hecho realidad. Nosotros, en nuestra América, todavía debemos luchar por ellas (Asturias 1999: 367).

Según Miguel Ángel Asturias (hijo), cuando su padre estaba en el exilio en 1954 en Argentina, no tenía medios para vivir, y fue Miguel Otero Silva, director del Nacional de Caracas, quien le sugirió que escribiera unas notas sobre Buenos Aires.¹⁴ Entonces Asturias le enviaba “dos veces por

¹⁴ Información extraída del audio de una entrevista realizada por mí a Miguel Ángel Asturias hijo, en enero de 2017.

semana una columna a El Nacional de Caracas, titulada ‘Buenos Aires de Día y de Noche’, contribución muy bien retribuida” (Sáenz 1974: 139). Realizó, además, algunas publicaciones en la revista-libro *Ficción*; en 1956, colaboró con un adelanto de *Week end en Guatemala*, y en 1957, con el artículo “Letras Americanas”, dedicado a Gabriela Mistral tras su muerte ese mismo año.

Ya había publicado “Meta vertical” en 1955 en *América Libre*, una revista que fue resultado del encuentro entre el argentino Dardo Cúneo — por entonces militante del Partido Socialista— y el paraguayo Ricardo Franco Lanceta, dirigente del Partido Revolucionario Febrerista y exiliado en Argentina. Cuando Buenos Aires se había convertido en cuna de buena parte del exilio latinoamericano, *América Libre* reunió un amplio espectro del ala izquierda, democrática y antiimperialista del socialismo de América Latina; entre las otras figuras convocadas estuvieron el chileno Raúl Ampuero, el cubano Raúl Roa, el costarricense Vicente Sáenz, el peruano Haya de la Torre, el venezolano Rómulo Gallegos y los guatemaltecos Miguel Ángel Asturias y Juan José Arévalo.

El primer número de la revista —en ese momento con el registro de propiedad en trámite— correspondía a septiembre-octubre de 1955. En su editorial, titulado “Nuestra Misión”, se planteaba una línea claramente antiimperialista, y se expresaba la determinación de servir a los ideales de la liberación americana y contribuir a la victoria de América-Pueblo contra la América-Intereses,

lucha antiimperialista que no tiene fronteras en América, desde que los intereses imperialistas se dan en todas y cada una de las repúblicas hermanas, como en todas y cada una de ellas, se dan también los

movimientos de resistencia y lucha contra su acción opresiva [...] La liberación de los pueblos de América no vendrá del imperialismo del norte ni del totalitarismo soviético. Vendrá por la acción unida de ellos mismos en la medida de su mayor comprensión y de su mayor decisión por lograr la victoria de la Libertad y la Justicia Social contra toda opresión (América Libre 1955: 1/2).

A partir de la Revolución Cubana, la nueva política norteamericana, bautizada como Alianza para el Progreso, implicó un plan de crecimiento económico y, al mismo tiempo, una reforma social, pero también implantó un programa de contrainsurgencia mediante el cual el gobierno estadounidense ayudaría a combatir los movimientos guerrilleros en América Latina. Para los años setenta, ya resultaba evidente que dicho programa había fracasado.

En ese contexto, la postura de Asturias se radicalizó. Fue por entonces cuando conoció a Fidel Castro y al Che Guevara en Buenos Aires; posteriormente, visitaría la Habana invitado por ellos.

Durante ese período, en Buenos Aires, en la casa de Asturias, “se [hacían] reuniones literarias. Se [leía] poesía en voz alta, se [agasajaba] a escritores cubanos una vez producida la revolución” (Sáenz 1974: 138). Así, es posible situarlo en la red de intelectuales que Alburquerque identifica como de izquierda desde los años sesenta en adelante, es decir, entre sus últimos años de exilio en Argentina y los primeros en Europa. Asturias no estuvo ligado a orientaciones soviéticas —no era comunista— ni tampoco a orientaciones cubanas —aunque recordemos que muchos intelectuales figuraron entre los procubanos, pero no dogmáticos—. Aunque su postura revolucionaria, antiimperialista y latinoamericanista se fortaleció, nunca apoyó la violencia como una vía para la revolución. Aquí hay que traer a

colación la difícil posición de Asturias, dado que su hijo Rodrigo fue uno de los dirigentes históricos de la guerrilla guatemalteca.

En cuanto a la red de intelectuales de izquierda también cabe incluir los siguientes nombres: García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes, Juan Rulfo, Ángel Rama, Marta Traba, Juan Carlos Onetti, Gonzalo Rojas, Augusto Roa Bastos, Ciro Alegría, Ernesto Sábato, Juan Bosch, René Depestre, José María Arguedas, Oswaldo Guayasamín, Luis Cardoza y Aragón, José Revueltas, Antonio Candido, Ariel Dorfman (Cfr. con Alburquerque 2011: 257/283).

Entre las actividades que desarrolló en esta dirección, Asturias fue el presidente de la Conferencia de los Pueblos Libres que se realizó en Montevideo, paralelamente a la de Punta del Este en 1962 —en la cual se expulsó a Cuba de la OEA—. En ese contexto, que abordaremos más adelante, en Buenos Aires, tuvo lugar, asimismo, el golpe de Estado que derrocó a Arturo Frondizi. En coincidencia con ambos hechos, Asturias fue detenido el 19 abril de 1962, por su “reconocida militancia en el comunismo y sus organismos colaterales”. Luego de ser internado por problemas de salud durante ocho días, se le notificó, sin otra explicación, su libertad. Entre los motivos de su detención estuvo su defensa de la Revolución Cubana. Según la prensa de la época, Asturias pertenecía a la comisión de solidaridad con Cuba (Cfr. con Rostica 2014: 215/243). Tras estos sucesos, decidió marcharse del país.

Capítulo V. La intervención indirecta norteamericana en Guatemala desde la perspectiva de las redes intelectuales de la Revista Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura y de la Revista Sur.

La aparición de gran cantidad de publicaciones político-culturales desde mediados de los cincuenta y primeros años de los sesenta convirtió el formato revista en el principal punto de encuentro y medio de expresión e intercambio de ideas de una red intelectual crítica o contestataria que buscó definir los rasgos de su identidad y que generó opinión y controversias tanto dentro como fuera del campo intelectual.

Claudia Gilman, quien ha analizado el espacio que ocuparon estas publicaciones y sus hacedores, las considera como la vía o el soporte de “un lugar de enunciación y práctica para el intelectual comprometido políticamente” (2012:78). Aquí “la figura del intelectual es ineludible para vincular política y cultura, dado que implica una posición en relación con la cultura como una posición con el poder” (2012:15). Las revistas se convirtieron en una vía de articulación entre política y cultura, y dieron visibilidad a la intersección entre las producciones culturales y el convulsionado campo de procesos políticos (Cfr. con Ponza 2010: 99/139).

En este apartado, expondremos algunas características de las revistas político-culturales de la época, las cuales también formaron parte de las redes de intelectuales mencionadas por Albuquerque. Allí se hacen presentes distintas interpretaciones y posturas de uno de los procesos históricos vertebradores de esta red de intelectuales, es decir, el golpe de Estado en Guatemala que tuvo lugar en plena Guerra Fría.

Trabajaremos con la red conformada desde la perspectiva liberal, a través de la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*

(CLC) y de la revista literaria *Sur*; en ellas, podemos rastrear parte del recorrido de publicaciones de Asturias referidas tanto a la experiencia Guatemalteca de 1954 como a sus obras.

La Guerra Fría, según ya se señaló, dividió al mundo en dos grandes frentes: el atlantista, antisoviético, cuyo máximo referente fue el Congreso por la Libertad de la Cultura, y el comunista-soviético; pero este último estuvo representado, por un lado, desde 1949, por el Consejo Mundial por la Paz (CMP)¹⁵, y por otro, por la reorganización de los viejos frentes antifascistas de los treinta, en lo que posteriormente se conocería como los Congresos de Cultura —una estrategia pensada para América Latina—.

En Argentina, la lucha —primero contra el franquismo y luego contra las potencias del Eje— había reunido en un frente común a las élites liberales, a los demócratas, a los comunistas y a los socialistas durante los

15 Albuquerque menciona una nómina de congresos por la paz y similares: 1947 Congreso de Escritores, Berlín Oriental; 1948 Congreso de Intelectuales por la Paz, Varsovia; 1949 Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial, Nueva York; 1949 Congreso Continental Americano por la Paz, México; 1949 Primer Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, París y Praga; 1950 Segundo Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, Varsovia; 1951 Primer Congreso Nacional Mexicano por la Paz, México; 1952 Congreso de los Pueblos por la Paz, Viena; 1953 Congreso Continental de la Cultura, Santiago de Chile; 1955 Asamblea Mundial de la Paz, Helsinki; 1957 Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, Colombo; 1958 Congreso por el Desarme y la Cooperación Internacional, Estocolmo; 1959 Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, Pekín; 1962 Congreso Mundial por el Desarme General y por la Paz, Moscú; 1972 Congreso Mundial de la Paz, Santiago de Chile; 1974 Congreso Mundial de la Paz, Moscú; 1976 Congreso Mundial de la Paz, Cuba; 1977 Encuentro Internacional de Escritores por la Paz, Sofía; 1979 Congreso Mundial de la Paz, Berlín Oriental; 1983 Conferencia por la Cultura y la Paz, Sofía; 1987 Conferencia Continental de Movimientos Nacionales de la Paz de América Latina y el Caribe, Guayaquil. (Cfr. Albuquerque; 2011: 40)

años treinta y hasta el fin de la Segunda Guerra. Luego la emergencia del peronismo complejizó el escenario “con una suerte de neutralismo pragmático que luego adoptaría el nombre de ‘tercera posición’” (Jannello 2015:14); así, la Guerra Fría, desde los cincuenta y de modo creciente, comenzó a influir en el ámbito local, y en muchos casos, llevó a la ruptura de aquel frente progresista, liberal-comunista, al predisponer un clima de debate y disputa por “los tópicos ideológicos de defensa de la cultura” que habían sido compartidos en el pasado frente al fascismo (Cfr. con Jannello 2015: 9/47).

Como correlato de esta disputa, los comunistas habían convocado, en 1949, a intelectuales y compañeros de ruta a integrar, por un lado, el Consejo Mundial por la Paz (CMP), y por otro, en el orden local, el Consejo Argentino por la Paz (CAP). En 1950, lanzaron la revista *Cuadernos de Cultura*, dirigida por Héctor P. Agosti. En paralelo, la intelectualidad liberal inauguró el CLC en Berlín, que, posteriormente, daría lugar a la llegada de la revista *Cuadernos* a Latinoamérica.

Sin embargo, en el campo de la cultura, las distancias entre los liberales y el comunismo tampoco fueron muy claras. Por ejemplo:

A pesar de que desde el PCA se había acompañado la ofensiva del comunismo internacional abriendo en 1949 el Comité Argentino por la Paz, una intelectual como María Rosa Oliver, compañera de ruta, pudo continuar participando en una revista como *Sur* hasta 1952. Incluso la revista, sin duda expresión unívoca de la elite liberal, se solidarizó con el poeta Pablo Neruda¹⁶ en el

16 Jannello se refiere a “Un poema de Neruda”, publicado en el “Calendario” de *Sur* n° 172, de febrero de 1949 (pp. 80-81).

mismo año 1949, cuando debió exiliarse por la persecución del gobierno de González Videla. Este tipo de “pluralismo”, le costó a *Sur* acusaciones de ser “francamente de izquierda” (Jannello 2014: 63).

En este marco, surgió —en 1950 en Berlín— un frente cultural pro-occidental conocido como Association for Cultural Freedom o Congreso por la Libertad de la Cultura, que reunió intelectuales venidos de todo el mundo con objeto de denunciar la “mentira soviética” y empezar a organizar la contraofensiva del “mundo libre” frente al totalitarismo comunista. Se abocó a promover eventos culturales, publicar libros y revistas y tejer una red de relaciones internacionales entre actores de la intelectualidad y la política. Abarcaba un

arco ideológico que iba desde la izquierda más antistalinista hasta el liberalismo conservador, pasando por el liberalismo progresista, el Congreso fue pensado como un espacio de resistencia política y activismo intelectual en defensa de la libertad del pensamiento tal como se la entendía en occidente por oposición a la censura y al totalitarismo soviético (Jannello 2010:1).

Las interpretaciones desde el ala liberal de la intelectualidad, difundidas a través de la revista bimensual publicada por el CLC, estaban destinadas a ser leídas en Latinoamérica. *Cuadernos* tuvo más de una década de trayectoria; según palabras de su director, Julián Gorkin, su éxito residía

en el hecho de haber sabido reflejar —y esclarecer en lo posible— los grandes problemas de nuestro tiempo; esos problemas ofrecen hoy nuevos y agudizados

ángulos. El mundo comunista, que pretendía presentársenos como un todo monolítico, sin fisuras ni contradicciones, no logra ocultar hoy sus luchas y sus debilidades internas (Cuadernos N° 69, París, febrero de 1963).

El Congreso llegó al Cono Sur en 1952, en el marco del fuerte nacionalismo del gobierno y su discurso antiimperialista. Desde el espacio liberal y bajo la lente de la Guerra Fría, establecían, como factor común entre peronistas y comunistas, el totalitarismo.

El espacio “democrático-liberal” juzgó con igual vara a unos y a otros (peronistas/nacionalistas o comunistas/socialistas no liberales) al son del enfrentamiento entre “mundo libre” y “mundo comunista”, entre los “Estados occidentales democráticos” (donde los nacionalismos eran considerados totalitarismos de derecha) y las repúblicas populares soviéticas (Jannello 2015: 17).

La misma autora sugiere evaluar la relevancia del CLC sin perder de vista ni la compleja red editorial que impulsó ni la posición que le tocó jugar en un campo dividido en dos sectores bien definidos: por un lado, el mundo comunista con sus consignas acerca de la paz, la democracia —popular— y el antiimperialismo; por otro, el mundo occidental, embanderado por la libertad del pensamiento, la democracia —según el modelo americano— y contra el totalitarismo —en referencia a las dictaduras supérstites en Europa, a las dictaduras latinoamericanas, pero, sobre todo, al comunismo—.

La red editorial que impulsó el CLC promovió diferentes tipos de encuentros que le permitieron hacerse visible en el ámbito de la sociabilidad intelectual y, además, impulsó la construcción de una extensa red de publicaciones que articuló a sus propias revistas entre sí:

Cuadernos, Cultura y Libertad, Boletín de la Juventud y Congreso por la Libertad de la Cultura [Boletín] en Chile, Continente en Montevideo, Cuadernos en Río de Janeiro, Letras por la Libertad y Examen en México, etc. Además, se amplió con una serie de revistas y medios de prensa que promovían sus actividades y difundían sus ideas como la revista *Sur* y el diario *La Prensa* en Buenos Aires, *El Mercurio* en Chile, *El Día* en Montevideo, *Excelsior* en México, diario *El Tiempo* y revista *Eco* en Bogotá, *Política* en Venezuela, *Bohemia* en Cuba, *Humanismo de México/La Habana*, entre muchas otras (Jannello 2015:44).

Las relaciones establecidas por el CLC con intelectuales liberales, en Argentina, comenzaron incluso antes de 1953, y se pusieron de manifiesto a través de las colaboraciones de los intelectuales agrupados en La Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura (AALC) y en la revista *Cuadernos*; esto se marcó, principalmente, en aquellas colaboraciones realizadas por los miembros del grupo de redacción de *Sur*.¹⁷ Predominaba

17 Para el desarrollo de las colaboraciones realizadas por los miembros del grupo de redacción de *Sur*, Jannello analiza la correspondencia entre C. Carranza y J. Gorkin, y destaca las siguientes relaciones con la revista *Sur*: Victoria Ocampo, directora de dicha revista, compartió la vicepresidencia de la AALC junto a F. Romero. Sus formas de participación variaron entre la publicación de un folleto en la colección "Biblioteca Cultura y Libertad" del comité uruguayo y un ensayo que le republicó la "Biblioteca Cuadernos". Asistió invitada a los distintos eventos internacionales del CLC. Pero, fundamentalmente, llevó adelante un próspero intercambio entre *Sur* y *Cuadernos*: desde los años cincuenta se reproducían en *Sur* artículos traducidos al español de la revista *Preuve*, publicación del CLC, realizada en Francia. De las revistas latinoamericanas, *Sur* fue la que mayor espacio

el perfil liberal progresista, y los intelectuales de la AALC se percibían a sí mismos como anticomunistas no macarthistas.¹⁸ Sin embargo, Jannello (2010) ha destacado las colaboraciones de un significativo número de afiliados del partido socialista y de intelectuales más cercanos al ala izquierda, con un compromiso liberal-democrático y marcadamente anticomunista, antinacionalista y antiperonista como tinte local. Si bien ninguna institución partidaria se involucró explícitamente con la Asociación, la Comisión de Cultura del Partido Socialista asumió públicamente la recepción de personalidades que llegaban a dar conferencias al país.

A principios de los cincuenta, el CLC tuvo un doble discurso: “una postura clara respecto al ‘totalitarismo de izquierda’, y otra ambigua respecto de los ‘totalitarismos de derecha’” (Jannello 2015: 26). Al mismo tiempo que se acusaba al gobierno de Perón de totalitario, el CLC abría otras sedes en países dominados por dictaduras, como Nicaragua bajo Somoza o Cuba bajo Batista.

logró y la más beneficiada en *Cuadernos*. Además de los colaboradores compartidos y los intercambios de avisos publicitarios, la revista de Ocampo fue reseñada en diversas oportunidades; como contrapartida, se leen en *Sur* las reseñas de las revistas del CLC. También habían logrado distintos acuerdos editoriales y de distribución. Una década más tarde, *Sur* sería distribuida por la editorial Alfa, de Benito Milla, una de las figuras del Congreso en Uruguay. Por último, el CLC compraba a *Sur* ejemplares que distribuía en América Latina y Europa. Además, la editorial *Sur* publicó, en 1965, *Expresión del pensamiento contemporáneo. Una selección de los doce años de la revista Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (Cfr. con Jannello 2015: 9-47).

18 Por *anticomunistas no macarthistas*, Jannello (2015) se refiere a que creían que lo eran “por amor a la libertad” y a que no se consideraban intelectuales “defensores de la omnipotencia e irresponsabilidad jurídica y moral del capitalismo”. Al respecto, hacía referencia, especialmente, al prólogo de Roberto Giusti en el libro de Carlos Carranza *Intelectual ¿por qué eres comunista?*, de 1959.

En nuestro país, la Asociación Argentina del CLC¹⁹ se instaló recién en 1955, un 19 de diciembre, gracias a la iniciativa del socialista Juan A. Solari y del demócrata cristiano Manuel Ordóñez. La elite liberal que había estado cohesionada por la oposición al peronismo, por el objetivo de “desperonizar a las masas” —aunque con pocos acuerdos en cuanto al cómo— y asentada ideológicamente en las bases del liberalismo cultural, comenzaba a perder su hegemonía que pronto le fue disputada por la nueva izquierda.

Según declaraba Julián Gorkin, los motivos para no instalar una sede, en los años previos a 1955, girarían en torno a los siguientes argumentos:

No nos metemos con los gobiernos mientras no atenten contra la libertad de la cultura, la libertad de prensa y el derecho o la crítica [...]. Por eso no hemos querido que funcionara en Buenos Aires la representación argentina

19 Sobre la Asociación Argentina del CLC, Karina Janello advierte que se constituyó con personalidades relevantes del mundo intelectual: el científico y Premio Nobel Bernardo Houssay y el legislador socialista Alfredo Palacios (presidentes de honor); el crítico literario Roberto Giusti (presidente del CE); la escritora Victoria Ocampo, y el filósofo Francisco Romero (vicepresidentes); el dirigente socialista Juan A. Solari (secretario general); el crítico literario Guillermo de Torre (secretario de relaciones internacionales); y el exiliado español de tendencia anarcoliberal, director del periódico *España Republicana*, Carlos Carranza (delegado del comité internacional). Además, fungían como vocales: el historiador socialista José L. Romero, entonces interventor y rector de laUBA (Universidad de Buenos Aires); el escritor Jorge L. Borges, ahora flamante director de la Biblioteca Nacional; el abogado y diputado radical Santiago Nudelman; el ensayista liberal, Carlos Alberto Erro; el historiador y periodista socialista, director del diario *El Mundo*, José P. Barreiro; el filósofo Vicente Fatone; el reconocido dirigente del PS Américo Ghioldi; el abogado y Procurador General de la Nación, Sebastián Soler; el historiador español exiliado Claudio Sánchez Albornoz; el abogado y subsecretario del interior Carlos P. Muñiz; el periodista de *La Prensa* José Santos Gollán; el representante demócrata de la Junta Consultiva Nacional, Manuel Ordóñez; el abogado y político del Partido Demócrata Progresista, representante de la Junta Consultiva Nacional, Horacio Thedy; el científico Alfredo Holberg; el músico y compositor Juan J. Castro; el socialista, jefe de redacción del periódico *La Época*, Walter V. Constanza; y Ernesto Sábato, científico y ex comunista que venía desarrollando una carrera ascendente como narrador y ensayista, entre otros (Cfr. con Janello 2010: 1/21).

del Congreso por la Libertad de la Cultura durante la dictadura peronista (Citado en Jannello 2015: 25).

A pesar de la declaración de Gorkin, ese doble discurso al que ya nos referimos continuó presente, puesto que mientras el CLC no quiso “crear la Asociación Argentina bajo un gobierno que, aunque autoritario, había surgido del veredicto de las urnas”, si la fundó “bajo un gobierno militar (no menos totalitario y represivo) instalado tras un golpe de Estado (Revolución Libertadora), aunque profundamente anticomunista” (Jannello 2015: 25).

La invasión a Guatemala también puso en evidencia contradicciones al punto que muchos intelectuales decidieron no sumarse a las asociaciones del Congreso. Según Jannello, “Gorkin tuvo bastantes problemas para lograr una declaración en la Primera Conferencia de los Comités del Congreso por la Libertad de la Cultura, que condenara el intervencionismo estadounidense, realizado en Chile en 1954” (2015:26).

En el “Manifiesto a los intelectuales y artistas de América Latina”²⁰ elaborado en esa Primera Conferencia, se adhería a una serie de principios que no hacían referencia a la coyuntura histórica. No obstante, dada la fecha del “Manifiesto”, 7-13 de junio de 1954, y teniendo en cuenta la publicación de noviembre-diciembre de ese año, realizada por el propio director de *Cuadernos*: “La experiencia de Guatemala. Por una política de la libertad norteamericana”, podemos afirmar que existió una toma de posición frente al golpe de Estado en Guatemala.

20 Fue firmado por Rubem Braga (Brasil); Jorge Mañach y Mario Llerena (Cuba); George F. Nicolai, Ramón Cortés, Alejandro Magnet y Jaime Castillo (Chile); Carlos Izaguirre y Marta Rinza (Honduras); Salvador Pineda y Rodrigo García Treviño (México); Roberto Ibáñez y F. Ferrandiz Alborz (Uruguay); y Julián Gorkin (Comité Mundial).

El “Manifiesto” reafirmaba las bases de lo ya suscrito en Berlín, en 1950, por la Asamblea Fundadora del Congreso por la Libertad de la Cultura, un documento conocido como “Manifiesto de los Hombres Libres”, y que sostenía que “no depende de ningún gobierno ni grupo político y que se propone, como único objetivo, defender la libertad del espíritu creador y crítico en el mundo civilizado” (Manifiesto, 1954, s/p).

En síntesis, en el “Manifiesto” de 1954 se subrayaba la “adhesión a los principios del Manifiesto de los Hombres Libres”, a los principios democráticos y a “la defensa de la cultura y la defensa de la libertad”, pero empleados de una forma muy vaga, sin especificar ningún contexto concreto. Por ejemplo, se observaba que “estos ideales no están indisolublemente adscritos a ninguna fórmula cerrada e inerte de organización política o económica en el orden funcional, a ninguna clase social determinada, a ningún parcial sistema de intereses” (Manifiesto, 1954, s/p).

Y profundizando las imprecisiones, se agregaba que:

Definir, sin embargo, los conceptos y los modos de acción de la democracia no es lo esencial. Un rígido conceptismo pudiera serle fatal en la práctica a la democracia misma. Esta necesita de la máxima flexibilidad y agilidad para su propio desenvolvimiento y preservación. Lo importante no es teorizarla, sino sentirla: amarla en su espíritu y su autenticidad vital, y defenderla apasionadamente de quienes no la amen (Manifiesto 1954, s/p).

Tras sostener la necesidad de defender la libertad y la democracia frente a la presencia del enemigo, el texto se expresaba, en cambio, con cierta precisión, respecto de dicha figura: “Sería inútil, a más de peligroso, desconocer que el totalitarismo de izquierda, es decir, el comunismo, está avanzando de un modo cada día más impresionante” (Manifiesto, 1954, s/p).

Por último, como cierre del documento, se exhortaba a seguir las lecturas de:

Las revistas que le sirven de órganos, señaladamente la revista “*Cuadernos*”, gemela de la revista “*Preuves*”, ambas editadas en París. Esa lectura les permitirá apreciar que este movimiento, sustentado económicamente por organizaciones de carácter y composición internacional, inequívocamente acreditadas en su ejecutoria democrática, está abierto a todos los matices de opinión y de crítica, sin más denominador común que el principio de la libertad, y sin vinculación a ningún interés o designio que no sea el de movilizar y solidarizar las conciencias alertas del mundo para la preservación de la cultura por la libertad y de la libertad por la cultura. (Manifiesto 1954: s/p).

Otra consecuencia de la intervención indirecta en Guatemala fue el debate que se abrió en torno a la “Resolución de Caracas”, resultado de la X Conferencia Interamericana (1954), que se imponía por sobre la “Carta de Bogotá”, elaborada en el marco de la IX Conferencia (1948). De manera que:

mientras en esta última se condenaba al comunismo internacional y “a cualesquiera otra forma de

totalitarismo”, en la de Caracas había desaparecido de su texto “toda alusión o crítica a los totalitarismos diferentes del soviético”, según lo denunciaba en la misma revista *Cuadernos* por Rómulo Betancourt, para quien “el fervoroso apoyo de los despotismos americanos a esa resolución es solo oportunista acomodado a la política oficial de Estados Unidos” (Jannello 2015: 26).

Por otro lado, en el número 19 de la revista —número extraordinario— de 1956,²¹ en la sección *Lecturas*, R.G.T. realizó una serie de señalamientos acerca de la conocida obra de Cardoza y Aragón, “La revolución Guatemalteca”, a la que consideró destinada:

a defender o elogiar algo prohijado por Rusia. El autor es un poeta y escritor guatemalteco bien dotado y aceptable crítico de arte; pero también conocido “compañero de ruta” del comunismo. [...] La obra que comentamos es cálida defensa del gobierno del general Arbenz, y pese a ser ya evidente que el gobierno fue instrumento dócil de los comunistas del país, servidores, como todos, de Rusia, en él se dedican muchas páginas a probar que fue ejecutor fiel de la Revolución Popular de Guatemala. Siguiendo al pie de la letra la corriente comunista que trata de explicar la derrota de Arbenz por la falta de preparación de

21 El año 1956 también es significativo porque se cuestionó la legitimidad de la Unión Soviética tras la invasión a Hungría; el CLC vio una oportunidad para realizar campañas y extenderlas a todos los comités del mundo a través del llamamiento de ayuda a Hungría del Comité Internacional.

resistencia armada contra cualquier rebelión posible, y en particular contra la que lo derrocó (1956: 243).

Como conclusión de esa interpretación, la revista *Cuadernos* señalaba que Cardoza y Aragón

tiene una concepción burocrática característica del comunismo, sin organización nada tiene vida, nada es posible y que la pasividad con que las masas vieron caer a Arbenz prueba de que su gobierno ya no representaba la revolución popular de Guatemala, pues cuando los pueblos sienten una causa, no esperan ni necesitan consignas, voces de mando o Slogans (1956: 243).

De este modo, R.G.T cerraba su análisis afirmando que era indispensable que

las potencias democráticas den a los hombres libres de los países débiles el apoyo que les es indispensable— dado el atraso de las grandes masas— para impedir por sí mismos la penetración de la influencia comunista, que solo logra penetrar entre las capas resentidas de sus clases medias. Si tal cambio llegara a efectuarse, las maniobras de la propaganda moscovita no rendirían a sus patrocinadores frutos como los que cosecharon en el “caso Guatemala”, que como se ve por el libro de Cardoza y Aragón, todavía sigue siendo explotado para tales objetivos (1956: 244).

Es significativo que, en esta misma revista, a dos años de la intervención en Guatemala, hubiera otro artículo, “La novela Regional”, de Benjamin Carrion, quien nombraba a Asturias como un representante fundamental de la novelística centroamericana. Según Carrion, Asturias

ha conseguido incorporar las esencias de lo regional, y tratarlas con una técnica moderna que no excluye las grandes influencias contemporáneas, de Marcel Proust, James Joyce y de D.H. Lawrence, inclusive. *El Señor presidente* es una de las grandes novelas latinoamericanas con amplia capacidad para rebasar el ámbito continental idiomático (1956: 113/114).

No obstante, en esta revista se omitían algunas de las obras más recientes —para esa fecha— de Asturias, como *El Papa Verde* (1954), primera parte de la trilogía “Bananera”, y la publicada en ese mismo año *Week-end en Guatemala* (1956), obras que, además, expresaban una postura cercana a la de Cardoza y Aragón.

Por último, en este número extraordinario de *Cuadernos*, estuvo presente la figura de Germán Arciniegas, intelectual colombiano, escritor americanista y defensor de las ideas liberales durante la Guerra Fría. La revista había contado con su auspicio y con su colaboración frecuente ya desde el primer número; posteriormente, Julián Gorkin le “pasará el timón” como director, cargo que Arciniegas llevó adelante entre 1963 y 1965. En esta última fecha, se desató una polémica tras la publicación del *New York Times* que sostenía que la revista había sido financiada por la CIA, y en la que se denunciaron sus móviles “imperialistas” y a sus colaboradores como “agentes pagados por el imperialismo”. Este episodio estuvo relacionado con la desaparición de *Cuadernos* y su reemplazo por *Nuevo Mundo*, en un

contexto en que la Revolución cubana, a partir de 1959, introdujo otro escenario, desfavorable para el CLC, y que obligó a una renovación de las sedes ante la necesidad de acompañar la coyuntura.²²

Entre las colaboraciones de Arciniegas, cabe mencionar, a modo de ejemplos, el pronunciamiento contra el frustrado alzamiento del general Valle, producido en junio de 1956, junto con el voto de confianza a las políticas del gobierno de la autodenominada Revolución Libertadora, o artículos que condenaban al gobierno de la Revolución Cubana por los fusilamientos de Playa Girón en 1961.

En ese mismo ejemplar de la revista de 1956, encontramos dos textos vinculados con Arciniegas; el primero, de su autoría, “El ensayo en nuestra América”, y el segundo, comentado por Iglesias en la sección *Lecturas*, dedicado a su obra “Amerigo y el nuevo mundo”, un libro sobre Américo Vespucio (Amerigo Vespucci). La importancia de Arciniegas reside, asimismo, en los textos que publicó en torno a los acontecimientos que tuvieron lugar en Guatemala en 1954, como el artículo titulado “América Latina y el comunismo”, en el que alertaba a los países latinoamericanos sobre el peligro comunista, publicado en *Bohemia*, muy relacionada con CLC. *Bohemia* es una revista cubana que, en los tiempos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, estuvo marcada por una tendencia nacionalista burguesa; ya no solo elogiosa del modo de vida estadounidense y de las acciones de sus Gobiernos, sino, también, propulsora del anticomunismo. Este último artículo de Arciniegas fue respondido desde la revista *Cuadernos de Cultura* con una perspectiva diferente, como veremos en el próximo capítulo.

22 El CLC responde a la activa política cultural de Cuba a través de la creación del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI) y a una nueva red de publicaciones, como *Mundo Nuevo* y *Aportes*.

La otra gran publicación de la época, como adelantamos, fue la revista *Sur*; con el tiempo su imagen se fue consolidando como una de las formaciones culturales más sólidas y duraderas de nuestro país. De este modo, se constituyó en

un referente importante para la formación literaria de muchos escritores latinoamericanos, en particular por su política de traducciones, que contribuyó a difundir el conocimiento de las novedades extranjeras entre los lectores de habla castellana (Gramuglio 2004: 101).

Además, sostuvo una posición dominante en el campo literario en aquella época, sustentada en el entramado entre la literatura, la crítica y las traducciones publicadas en la revista, y más tarde se complementó con la insoslayable Editorial Sur, cuya fundación se anunció en el número ocho de la misma revista. (Cfr. con Gramuglio 2004: 112/113).

Como señalamos, la línea de *Sur* se enmarca en el liberalismo democrático, en cuanto crítica al fascismo europeo. Su posicionamiento, asociado, igualmente, a un liberalismo humanista, reforzó el discurso antifascista a partir de la irrupción de Perón en la escena política. La elite intelectual, que ya venía desplegando dicho discurso —desde la guerra Civil Española (1936/39), y que lo mantuvo hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, en 1945—, tras el golpe de 1955, produjo una homologación entre peronismo, autoritarismo y antidemocracia (Cfr. con Sabattini 2015: 112/114).

Luego del derrocamiento de Perón, el número 237 de 1955 de *Sur* apareció con una tapa de formato distinto, en la que se destacaba el título: “La reconstrucción nacional”. Ese número, “consagrado en su totalidad al peronismo, implicaba una toma de partido y posicionamiento ideológico”; se

consideraba que “el peronismo era una etapa que debía ser superada, pero cuyo legado implicaba un evidente desafío: ‘reconstruir’” (Fiorucci 2011: 181)

Otro aspecto que resulta significativo es la ausencia de menciones a la intervención indirecta norteamericana en Guatemala; esto resulta aun más llamativo si se recuerda que Asturias había colaborado con la revista en los primeros años de su estancia en nuestro país, y que otros autores habían reseñado en esa publicación varias de sus novelas, aunque ninguna de las referidas a la intervención estadounidense. Cabe destacar, entonces, la falta de referencias a dichos acontecimientos y a las obras de Asturias después de 1951. Aunque en 1954, el año de la intervención indirecta estadounidense en Guatemala, vuelven a mencionarse una obra de Asturias y otra de Arévalo, estas sólo aparecen citadas dentro de la lista de la sección “Libros recibidos”; los títulos son: de Miguel Ángel Asturias, *El papa verde* —editado por Losada—, registrado en Sur N° 228, de Mayo-Junio de 1954, obra que previamente había sido comentada por Vicente Barbieri en la misma revista en 1951; y de Juan José Arévalo, *Itsmanía o la unidad revolucionaria de Centroamérica*, registrado en Sur, N° 230, de Septiembre-Octubre de 1954.

Por otra parte, la cuestión de la Guerra Fría también estuvo presente en esta publicación; los integrantes de *Sur* adhirieron allí al “llamamiento dirigido al mundo por los hombres de ciencia que firma[ro]n un documento sobre la guerra mundial, aparecido en los periódicos del 10 de julio de 1955”.²³ sin que ello supusiera, según aclaraban, solidarizarse por motivos de índole política.

23 Ver, en el Anexo, el texto completo de dicha adhesión de *Sur* al llamamiento.

En ese llamamiento se hacía referencia a los conflictos que confrontaban a la humanidad, y entre ellos dedicaba su atención al enfrentamiento entre comunismo y anticomunismo, el cual ponía en duda la perpetuación de la especie humana como resultado del perfeccionamiento de armas de destrucción en masa. En consecuencia, se llamaba a los hombres más allá de su posición política, es decir, en calidad de seres humanos, como hombres que formaban parte de la especie humana, a interrogarse por las medidas que podrían impedir una contienda militar, cuyo resultado, se sabía, sería desastroso para todas las partes. El llamamiento instalaba la siguiente pregunta: ¿acabaremos con la raza humana o renunciará la humanidad a la guerra?

Parte del texto de la resolución a la que adhirieron los integrantes de *Sur* sostenía lo siguiente:

“Considerando el hecho que las armas nucleares serán seguramente usadas en cualquier futura guerra mundial y que dichas armas amenazan la perpetuación de la humanidad, urgimos a los gobiernos del mundo a comprender, y a reconocer públicamente, que sus propósitos no pueden ser adelantados por una guerra mundial y los urgimos, por consiguiente a encontrar medios pacíficos para solucionar todas las disputas entre ellos” (Cfr. con *Sur*, 1955; ver Anexo)

Finalmente, resulta oportuno señalar que las redes intelectuales del CLC en el Cono Sur se expandieron sobre la base de la experiencia europea. En nuestro país se instaló, en 1955, la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura (AALC), sede local del Congreso por la Libertad de la Cultura (Berlín, 1950), que seguía los lineamientos de la agenda del CLC en

la región, dentro del marco latinoamericano. Dicha agenda estaba relacionada con los enfrentamientos entre Este y Oeste en el campo de la cultura, un campo que era preciso ganar para promover el ideario de una sociedad capitalista con el pluralismo político como eje de su funcionamiento.

La expansión de la red contó, en definitiva, con la suficiente flexibilidad para crear nexos

entre figuras intelectuales y políticas de diferentes espacios que compartían una ideología común definida por una clara oposición a lo que denominaban “totalitarismos de izquierda o de derecha” —sea el comunismo soviético, el franquismo español o los nacionalismos latinoamericanos—, la democracia liberal como sistema ideal de gobierno y una simpatía (inicialmente no reconocida, pero afirmada con los años) hacia la política hegemónica de EEUU (Jannello 2015: 32/33).

Capítulo VI. Las redes de los escritores comunistas a través de *Cuadernos de Cultura*. Sus interpretaciones acerca de Guatemala en 1954

Los conflictos internacionales de la posguerra se articularon con los conflictos de la vida política local. En el ámbito cultural, estos conflictos también se expresaron mediante la intervención de organizaciones como la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura (AALC), el Congreso Continental de la Cultura (CCC), y el Congreso Argentino de Cultura (CAC), entre otras. Estas organizaciones adquirieron una particular relevancia en la década del cincuenta a través de sus actividades en los medios, así como a través de los vínculos y de las redes que establecieron, de los intelectuales que se nuclearon en torno a ellas y del consenso que lograron; todo lo cual evidencia, asimismo, que el campo cultural argentino no se mantuvo fuera de la guerra fría cultural.

En Argentina, como señalamos anteriormente, liberales, demócratas, comunistas y socialistas hicieron un frente común contra las diferentes expresiones fascistas europeas desde los años treinta hasta el fin de la Segunda Guerra. En el ámbito internacional, las aguas se dividieron rápidamente, entre las consignas por la paz, la democracia (popular) y el antiimperialismo, desde la perspectiva sostenida por los comunistas; y las consignas por la libertad de pensamiento, la democracia (modelo americano) y contra el totalitarismo (comunista), desde la perspectiva sostenida por los liberales.

No obstante, la llegada al poder del peronismo ejerció presiones concretas sobre el mundo de la cultura; la resistencia de los intelectuales al régimen fue acallada:

El discurso opositor del sector fue por lo tanto un lenguaje en clave, deliberadamente vaciado de contenido político, que apelaba a una audiencia capaz de descifrar los guiños retóricos y los sobreentendidos. Esto también sucedió con la literatura producida en esos años [...] La precavida conducta de los escritores garantizó la supervivencia de la vida cultural en un mundo extraestatal de grupos y espacios de distinta índole y densidad. La existencia de una nutrida red de publicaciones en el periodo estudiado no puede ser separada de la experiencia misma del peronismo y de las relaciones que ésta suscitó en la inteligencia local (Fiorucci 2011: 213).

La trama también se complejizó, en parte, con el planteo de la llamada *tercera posición*, que dejaba al país por fuera del frente organizado y estimulado por los Estados Unidos, al sostener el peronismo un discurso antiimperialista y “anti-yanqui”; pero por fuera, igualmente, del frente soviético, ya que también sustentaba una posición anticomunista.

Aquella alianza frentista contra el fascismo europeo, establecida en el país desde los años treinta, comenzó a resquebrajarse en los cincuenta. Si bien la asimilación que se hizo del peronismo con el fascismo, retardaría, en cierta forma, la ruptura con los comunistas, en los inicios de la década,

comenzará un proceso de fragmentación que concluirá cuando la elite liberal acompañe el accionar de la Revolución Libertadora en su anticomunismo y antiperonismo militante y se haga efectiva la proscripción tanto sobre el justicialismo como sobre el

comunismo. Durante estos años, sobre todo liberales y socialistas resignificarán el concepto de totalitarismo, manteniendo la imagen del peronismo como fascismo, pero incluyendo ahora a los comunistas en la ecuación. (Jannello 2014: 62)

Por otro lado, mientras el peronismo estuvo en el poder, la táctica de los comunistas fue la de apoyar las medidas del gobierno que evaluaban positivas, y criticar las negativas, a la vez que se preservaba la independencia política del partido, que seguía considerándose el representante de la clase obrera (Codovilla, 1946 en Altamirano: 2011: 27).

La tolerancia y colaboración entre liberales, socialistas y comunistas se veían cada día más menoscabadas por la complicada situación en la que se encontraban. Al mismo tiempo que se hallaban impelidos a oponerse al peronismo de características “fascistoides”, se encontraban atravesados por situaciones de censura, persecución, cárcel y tortura. Por otro lado, existían desacuerdos profundos con la elite liberal, ya que esta última consideraba al comunismo soviético como una clara expresión de régimen totalitario y represivo.

No obstante, dentro del proceso de fragmentación del frente y de las complejas vinculaciones del espacio de oposición al peronismo, también aparecen ciertos matices:

Entre 1946 y 1952, un escritor socialista como por ejemplo José P. Barreiro, colocado claramente en el espacio liberal, podía aparecer firmando un manifiesto de apoyo al Movimiento por la Paz en 1949. O incluso un Jorge Luis Borges, presidente de la Sociedad

Argentina de Escritores en 1951, podía encabezar junto a Ezequiel Martínez Estrada y Carlos Alberto Erro el pedido de liberación del escritor comunista Alfredo Varela (Petra 2013: 126).

Asimismo, durante el año 1951, los intelectuales liberales, socialistas y comunistas se agruparon en torno a la defensa de la tradición de Mayo; ese año fue declarado como el año de Esteban Echeverría por la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), un espacio que por entonces el frente compartía. La moción impulsada por Héctor Agosti para conmemorar el centenario de la muerte del autor del Dogma Socialista se manifestaba en oposición al revisionismo oficial, que había declarado el año anterior, 1950, como el Año del Libertador General San Martín, en una campaña de celebración y homenaje al héroe patrio que intentaba, a su vez, inscribir al mismo Perón entre los fundadores de la patria (Aricó citado en Jannello 2014: 63).

En 1952, el proceso de fragmentación se profundizó ante un nuevo giro por parte del Partido Comunista (PCA), que aceptó el llamado a la unidad nacional propuesto por el peronismo. La “desviación nacionalista-burguesa” del comunismo generó fracturas, y se equiparó a comunistas y peronistas. Esta operación duró solo unos meses, durante los cuales estuvo ausente del país Victorio Codovilla, quien a su regreso reinstaló al partido en su posición anterior. Sin embargo, dicho episodio expuso la situación en que se debatían los comunistas: “¿Cómo hacer política aquí y ahora sin recurrir en alguna “desviación”, que llevaba al campo de la oposición que llevaba a la asimilación peronista?” (Altamirano 2011: 29).

La posición en la que habían quedado los comunistas para 1953 era sumamente débil y vulnerable; se enfrentaron no solo a la antinomia

“peronismo-antiperonismo” sino, también, a la de “comunismo-anticomunismo”.

Finalmente, en 1954, surgió en Buenos Aires un espacio en el que los comunistas estarían cómodos, el Congreso Argentino de Cultura. A través de este, interpelaron al campo cultural en su conjunto, “apareciendo como la extensión argentina del exitoso congreso inaugurado en Chile e instalando abiertamente en el contexto local las pugnas del campo cultural características de la Guerra Fría” (Jannello 2015: 25). Trabajaron, asimismo, junto con otras organizaciones comunistas, como el Consejo Argentino de la Paz, una extensión del Congreso Mundial por la Paz.

De este modo, se enfrentaron a sus viejos aliados, los liberales y los socialistas, quienes durante la posguerra simpatizaron con el frente occidental promovido, fundamentalmente, por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, y se posicionaron como resistencia ante la ofensiva soviética en el campo de la cultura, a través del Congreso por la Libertad de la Cultura y su extensión en nuestro país, la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura.

A partir de 1955, las fisuras en la alianza frentista se manifestaron con toda su evidencia. Tras el golpe de Estado y la posterior llegada de Aramburu al gobierno, se impuso la hegemonía liberal, cohesionada por el antiperonismo y el liberalismo cultural. Su expansión se asentó sobre las bases de las redes intelectuales antifascistas construidas en los años treinta, y que luego formaron parte del frente cívico-militar que impulsó y apoyó el golpe militar contra el gobierno de Perón. Sin embargo, se habían producido variantes significativas: el comunismo local quedó excluido, y se inició una política persecutoria contra el PC. Los miembros del PS, por su parte, aceptaron los métodos empleados por el gobierno de la Revolución

Libertadora para resolver el problema que representaban las masas peronistas.

Con todo, tras la caída de Perón, el PCA había valorado positivamente la desarticulación del “aparato de Estado corporativo-fascista creado por Perón”, pues consideraba que se abría una posible “brecha”, susceptible de ser ensanchada mediante la formación de una amplia coalición democrática que incluyera un papel protagónico para el PCA. Este diagnóstico se inscribía en una perspectiva reformista —de larga data en el comunismo local— que vino a reforzarse y legitimarse con la estrategia mundial promovida por la Unión Soviética luego del célebre XX Congreso del Partido Comunista de la URSS en 1956.

Dicho Congreso se celebró después de la muerte de Stalin, y se transformó en el punto de partida de las primeras críticas directas a la gestión del antiguo dirigente soviético. En él se subrayó la importancia que tenía, en la nueva situación internacional, el principio de la coexistencia pacífica entre lo que denominaban el “campo del socialismo y de la paz” y el supuestamente declinante “campo del imperialismo y de la guerra”, al que señalaban como liderado por los Estados Unidos.

Esa estrategia también estuvo atravesada por el episodio húngaro de 1956, que dio al mundo una dimensión de los crímenes del estalinismo y precipitó la incomodidad de muchos comunistas fieles y la desertión de otros compañeros prestigiosos, como Jean-Paul Sartre. En nuestro país, afectó la credibilidad que los intelectuales comunistas necesitaban para ampliar sus organizaciones frentistas y jugar algún rol en la política de unidad nacional en la que el partido estaba embarcado de nuevo. “En Buenos Aires, en efecto, la invasión a Hungría, no pasó desapercibida. Los intelectuales emitieron pronunciamientos, los grandes diarios le dedicaron titulares, y

varios cientos se movilizaron con la consigna 'Hungría Libre'" (Cfr. con Petra 2017: 251/252).

Este contexto llevó a que los intelectuales comunistas reconsideraran sus funciones, tradiciones y estructuras, con lo cual se abrió un espacio para la llamada nueva izquierda, junto con el ingreso de la obra de Gramsci, clave en la renovación de la cultura comunista.²⁴ Esta nueva izquierda debió enfrentarse a una relectura del peronismo y, tiempo después, a un cambio de horizonte revolucionario con la Revolución Cubana, que cuestionaría las caracterizaciones comunistas sobre la revolución latinoamericana.

Las necesidades políticas llevaron al partido a optar por la estrategia del Frente Democrático Nacional, es decir, se llamó a construir alianzas amplias. El frente cultural se había ampliado, sobre todo en los últimos años del gobierno peronista.

A partir de 1956, la actividad comunista reverdeció, en parte gracias a la legalidad de la que por breve tiempo gozará el partido. La Casa de la Cultura Argentina se reorganizó y por primera vez funcionó con regularidad, se crearon varios departamentos y comenzaron a dictarse cursos y conferencias (Petra 2017: 271).

La retórica comunista soviética de la Guerra Fría puede conectarse con algunos elementos del clima intelectual argentino posperonista, en

24 Petra (2017) señala la obra *Echeverría*, de Agosti (1951), como la primera apropiación sistemática de Gramsci en la Argentina, porque le asigna importancia a los intelectuales y a la cultura, así como al proceso de interpretación del pasado argentino; de ese modo, esta publicación constituye un índice del mayor momento de operatividad del voluntarismo gramsciano. Ya en 1945, Agosti había definido la misión del escritor en la *Conferencia del realismo*; allí sostenía que los intelectuales cumplen una función de aceleración de las condiciones objetivas, siempre y cuando sean capaces de presentar, ante la conciencia de las masas, una visión de futuro posible.

particular, la crítica antiburguesa y el discurso antiimperialista. Sin embargo, este mayor dinamismo y la ampliación de la base de militantes y simpatizantes supuso también alertas en la institución partidaria cuyo objetivo era:

Captar a las masas de trabajadores peronistas “disponibles” una vez superada la experiencia “corporativo fascista [...]”. Además, era un dato perceptible que el marxismo había rebasado los límites del partido para extenderse como patrimonio de nuevas franjas del mundo político e intelectual cuyas modulaciones hallaban mayor sustento en el existencialismo, nacionalismo y el llamado marxismo crítico que en el marxismo de factura soviética (Petra 2017:273).

Frente a este último diagnóstico, se impuso la necesidad de un “fortalecimiento ideológico” de los sectores intelectuales. De este modo, en la segunda posguerra, la política del comunismo adoptó una nueva forma y cambió su actitud hacia la cultura. Un primer indicio de este giro fue la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas, convocada en marzo de 1956, mientras en la URSS tenía lugar el XX Congreso del PUCS; esta, finalmente, se celebró por “motivos de seguridad” en el mes de septiembre.

En dicha reunión, el informe de Agosti “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas”,²⁵

25 En el análisis que Petra realiza del texto de Agosti, menciona de forma significativa que, para dicho autor, los intelectuales no pueden constituir una clase por carecer de una posición independiente en el sistema de producción social; es decir, no poseen una ideología propia, y su intervención política se define por los intereses de las clases a las que sirven. Por su colocación imprecisa, pertenecen a las clases medias y comparten su ambivalencia. El problema del intelectual era tratado más allá de la perspectiva gremial, y situaba el antagonismo social, en el marco de las sociedades dependientes como la

publicado en la revista *Cuadernos de Cultura* N° 25, del mes de mayo de 1956, se tomó como un punto de partida. Este documento pretendía superar la interpretación liberal del peronismo que se reducía a las cualidades demagógicas del líder para seducir a las masas incultas. Agosti se diferenciaba de esta interpretación al plantear que los mismos elencos de la oligarquía se sucedían bajo formas diferentes; así, el peronismo había sido una continuación del periodo abierto con el golpe de 1930, el cual continuaba con la Revolución Libertadora. Para este autor, las razones había que buscarlas en la crisis estructural del país, de la cual se saldría a través de la revolución democrático burguesa conducida por la clase obrera y por su partido de vanguardia. Dadas las circunstancias críticas, estaban dispuestos a apoyar las tentativas para recuperar la convivencia democrática en lo que adoptó el nombre de Frente Democrático Nacional. Allí los hombres de la cultura podían desempeñar, en virtud de la correlación de fuerzas existente, las transformaciones que el país necesitaba. Desde esa perspectiva, “los intelectuales estaban llamados a cumplir un papel relevante como vanguardia en la batalla ideológica por la ‘liberación nacional’” (Petra 2017: 286).

Otro de los puntos de partida para desarrollar una política cultural de carácter democrático fundamentalmente nacional antes que socialista era reivindicar, también, la “herencia de Mayo”, pero imprimirle un acento

argentina, entre lo que era el pueblo y lo que no lo era. Así, los intelectuales, en tanto integrantes del “pueblo”, debían ser objetivamente considerados parte de las fuerzas destinadas a transformar la sociedad en una dirección nacional y antiimperialista, esto es, democrático-burguesa.

Los intelectuales no siempre eran capaces de observar las conexiones que existían entre sus problemas en tanto intelectuales y los fenómenos estructurales que eran su causa; en particular, porque sobre ellos gravitaban todos los prejuicios de las clases medias. Cuando se enfrentaban a una situación de crisis, la conciencia económica de su condición se conectaba con una reflexión sobre los problemas generales de la sociedad; de esta manera, tenían un papel decisivo en la aceleración de la conciencia de masas (Cfr. con Petra 2007: 247/324).

antiimperialista para diferenciarse de las interpretaciones puramente liberales.

La cultura, según Agosti, era un campo de batalla político-ideológico que el partido debía ponderar tanto como lo hacían las clases dominantes. Para ello, resultaba necesario comprender que la cultura no era una cuestión que les interesaba sólo a los intelectuales, sino a todo el pueblo, el cual también se veía afectado por la deformación u omisión de sus problemas. Ingresar la clase obrera a la cultura significaba elevar su conciencia de clase; de ahí la importancia de conquistar a los intelectuales para sus posiciones, pues estos debían elaborar una nueva cultura que el pueblo no podía realizar por sí mismo.

Recordemos que la revista periódica del PCA, *Cuadernos de Cultura*, clandestina durante el peronismo, se había propuesto, desde principios de la década de 1950, como un órgano de estudio y discusión de la vida cultural del país. Con el tiempo, se convirtió en la principal publicación del “frente cultural” del PCA; estuvo vinculada con redes conformadas por escritores comunistas —desde los cincuenta en adelante— y, además, se plegó a instancias más amplias, como el Consejo Mundial por la Paz.

La tarea de la revista *Cuadernos de Cultura* tenía un papel significativo para el partido. No solo estaba abocada al análisis de los problemas de la cultura argentina, a defender la tradición cultural del país que había nacido en Mayo, sino que, también, tenía como fin orientar el campo cultural, y en particular el campo intelectual, hacia aquel nuevo rumbo de la formación del Frente Democrático Nacional y de un gobierno de amplia coalición democrática. Por eso la revista planteó “educar a los intelectuales partidarios en el espíritu del marxismo-leninismo” y orientar a los intelectuales que tuvieran en su mayoría una vocación democrática y

progresista. En la revista consideraban que dichos intelectuales, a medida que conocieran esta línea política, demostrarían

su disposición a luchar junto con las fuerzas obreras y populares en el gran Frente democrático nacional, anti-oligárquico y antiimperialista que propicia nuestro partido. Pero es claro que muchos vacilan todavía respecto al camino a seguir. Por eso es preciso que nuestras posiciones organizativas vayan acompañadas del fortalecimiento de la lucha ideológica – se entiende con el fin de atraer y no de alejar – esclareciendo de modo polémico las confusiones existentes en el campo cultural (Codovilla 1960: 5).

De este modo, el comunismo se transformó en el único partido de izquierdas que se dotó de una política específica para los intelectuales y los integró en estructuras propias y relativamente autónomas. Al mismo tiempo, buscó que esa estructuración fuera capaz de combatir las resistencias que estos oponían a la voluntad del partido de legislar sobre temas que les eran propios. (Cfr. con Petra 2017: 247/324). El Frente Democrático Nacional implicó

poner fin a devaneos y discrepancias, así como un modelo de compromiso intelectual que podía mantenerse en un plano político y generalista, sin vínculos orgánicos con el partido se constituyó en un objetivo ineludible que se afrontó tanto en términos ideológicos y organizativos (Petra 2017: 278).

Se ha señalado el carácter fuertemente “defensivo” asumido por la política cultural comunista, que pivotó básicamente alrededor, por un lado, de la denuncia del macartismo, y por otro, de la valorización de espacios culturales institucionales —Sociedad Argentina de Escritores, Universidad, etc.— percibidos como ámbitos adecuados para el despliegue de las alianzas “democráticas” impulsadas (Cfr. con Mangone 1990:19/20).

Al recorrer los editoriales, se pueden comprobar los planteos de Mangone, y se advierten los ejes centrales vigentes durante la etapa que nos ocupa. Por un lado, como primer eje, estaba el clivaje peronismo/antiperonismo, que se vio reforzado y sancionado por la exclusión del movimiento populista del terreno político legal; por otro lado, se encontraba el eje de los temores crecientes acerca de una expansión de las izquierdas en las clases populares y en otros sectores sociales, surgidos luego del triunfo y la veloz radicalización de la Revolución Cubana.

Entre dichos editoriales, cabe mencionar la relevancia del publicado por la Revista *Cuadernos de Cultura* N° 17, titulado: “*El imperialismo: ese es el enemigo*”, el cual vinculaba la intervención en Guatemala en 1954 con los conceptos de imperialismo y antiimperialismo. Aunque aquí Guatemala era planteada, según veremos más adelante, como confirmación, advertencia y enseñanza acerca de lo que significaba el imperialismo en América, la causa de Guatemala desapareció posteriormente como tema de la revista. Esto, quizás se debió a que, como se planteaba en la revista, se centraron en desarrollar una política cultural de carácter democrático fundamentalmente nacional, así como en el estudio y discusión de la vida cultural del país, y en enfatizar la crítica al liberalismo e imprimir a sus publicaciones un acento antiimperialista para diferenciarse de las interpretaciones puramente liberales.

En cuanto a Guatemala, denunciaban, sobre todo, la campaña previa acerca de la penetración del comunismo en aquel país, y que, a lo largo de la historia, el propósito norteamericano había sido extraer los beneficios máximos de los pueblos de nuestra América.

Guatemala era considerada por la revista como una advertencia y una enseñanza acerca del accionar del imperialismo en América en tanto:

El imperialismo yanqui se ha quitado definitivamente la careta. [...]. El macarthismo dirigido contra sus sectores progresistas en lo interior, es ese mismo fascismo que se apoya en las bayonetas del régimen franquista o en las resurrectas S.S. de Bonn para la defensa del mundo libre, y que hace anular la ley de reforma agraria de Guatemala también para defender el mundo libre. Si algo faltaba para descubrir la verdadera imagen del imperialismo norteamericano, allí está la tragedia de Guatemala para demostrarlo (Cfr. con Agosti, Peluffo y Salama 1954: 3/4).

El anticomunismo macarthista es planteado como una continuidad desde Hitler a Wall Street y se muestra su aplicación para el caso guatemalteco:

nadie ignora que ni Arévalo, ni Árbenz, ni sus colaboradores inmediatos son comunistas; todo el mundo sabe que son honrados políticos burgueses, verdaderamente patriotas, que aspiraban a esta cosa sencilla: que los guatemaltecos pudiesen manejar las

riquezas de los guatemaltecos. Aspiraban a que la democracia dejara de ser una vana declamación, y por ello habían extendido su ejercicio a todos los grupos sociales, sin dejarse apabullar por el espantajo del anticomunismo. El mote que se supone infamante cayó sobre ellos tras la más terrible campaña de hostigamiento previa de que se tenga memoria en nuestra América (Agosti, Peluffo y Salama 1954: 3).

Es importante notar que se nombra a los presidentes de Guatemala como burgueses, pero no debe olvidarse que contaron con la colaboración de los comunistas para profundizar la democracia, como se evidencia en el apoyo que el PGT prestó al gobierno de Guatemala durante la presidencia de Arbenz²⁶ (Cfr. con Figueroa Ibarra 2010: 33/80).

Asimismo, allí se considera que los planes represivos del imperialismo avanzan a menos que se acepte la declaración de “anticomunismo” y se muestre la voluntad de plegarse a la ofensiva imperialista. Es por eso, plantean, que ya nadie puede creer en los métodos democráticos de Estados Unidos, y que la tercera posición queda reducida a

un pudoroso taparrabos: basta que los acontecimientos se precipiten para que nuestro embajador Paz, proteste por la suspensión de la conferencia de cancilleres, defina las raíces “básica, fundamental, enraizadamente

26 Es de destacar que, dentro del bloque de fuerzas que apoyó al presidente Arbenz, la más representativa fue el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), que buscaba mantener o profundizar la revolución guatemalteca. Contrariamente a la propaganda anticomunista que se difundió en aquellos momentos y durante toda la guerra fría, el PGT no concibió el proceso revolucionario que se observaba en Guatemala como algo que habría que radicalizarse y llevar hacia el socialismo. Es más, dicho partido, probablemente, fue el más decidido impulsor de una revolución que no concebía como socialista, sino como democrático-burguesa (Cfr. con Figueroa Ibarra 2010 33/80).

anticomunistas” del movimiento justicialista, y reclame “la acción de conjunto ordenada, planificada” para combatir al comunismo internacional. (Agosti, Peluffo y Salama 1954: 3).

En dicho editorial también se hacía presente la obra de Asturias *El Papa Verde*, que denunciaba el imperialismo norteamericano a través de la United Fruit:

El panamericanismo quiere decir, lisa y llanamente, que los monopolios norteamericanos no permitirán en el suelo de América ningún gobierno opuesto a sus intereses. Lo ha declarado Foster Dulles con un lenguaje que recuerda puntualmente las expresiones de “Papa Verde”, el enérgico aventurero que da título a la obra de Miguel Ángel Asturias, historia bastante juiciosa y bastante preciso [sic] de la dominación de la United Fruit en su patria. Ahora hay en esa patria autos de Fe, los mismos autos de fe que destruyeron los ejemplares de Mamita Yunai, la novela de Carlos Fallas que la United mandó a confiscar en Costa Rica porque revelaba la explotación a que eran sometidos los trabajadores en sus bananales de la región. Sí, ahora muestra el sacrificio de Guatemala cuál es la acción “civilizadora” o “progresista” del capital norteamericano en nuestras tierras. Foster Dulles lo ha dicho, y algunos de los gobiernos latinoamericanos que viven en su sombra —porque son hijos de la sombra— se han

apresurado a cumplimentar los menores gestos (Agosti, Peluffo y Salama 1954: 2).

Por otro lado, referían, como un ejemplo de la adhesión de sectores políticos y sociales que habían condenado dichos episodios, a la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). Esta Sociedad, según el editorial, había apelado a los antecedentes de sus congresos gremiales para reafirmar “su adhesión sin reservas a los principios de libre determinación de los pueblos” y había declarado asimismo que

para que esos principios adquirieran en todos los países del continente una conciencia integral, es necesario luchar sin descanso para mantener intangibles las conquistas de la libertad de expresión y el respeto por la libre emisión de las ideas y por los fueros de la personalidad humana. (Agosti, Peluffo, Salama: 1954: 4).

Sin embargo, consideraban que para que la declaración de la SADE fuera efectiva se necesitaban consecuencias prácticas, “que no pueden ser otras que la unidad de todos los intelectuales argentinos en defensa de nuestro patrimonio cultural y en resguardo de nuestras libertades democráticas” (Agosti, Peluffo, Salama: 1954:4). Esta declaración estaba en evidente consonancia con las tentativas del partido orientadas a recuperar la convivencia democrática, o lo que se conoció como Frente Democrático Nacional.

Por otro lado, es importante destacar que la SADE fue escenario de un cambio de tono que se dio en la sociabilidad y en las prácticas intelectuales a la par que el gobierno peronista agonizaba; y de un cambio

de proceder institucional que se terminó de consolidar en 1955, al reembarcarse también en la defensa de sus escritores encarcelados, incluso cuando las reuniones de la institución seguían estando prohibidas. Además, con su adhesión al golpe de 1955, también buscó reposicionarse en la argentina posterior a Perón (Cfr. con Fiorucci 2011: 175/208).

Ya en junio de 1954, la SADE había hecho pública una declaración distinta a la acostumbrada en los años previos, ya que no tenía que ver con intereses de la corporación de escritores. Tanto en su forma como en su contenido se parecía a los manifiestos lanzados en los años cuarenta²⁷ cuando la institución había asumido la defensa de la democracia y la libertad (Cfr. con Fiorucci 2011: 175/208). En esta ocasión, los escritores de la SADE firmaron un editorial en el cual se posicionaban frente a la destitución de Jacobo Árbenz en Guatemala²⁸ y adherían “sin reservas a los principios de libre determinación de los pueblos”.

Si volvemos ahora a la revista *Cuadernos de Cultura*, también es interesante recordar las respuestas que Juan Marinello expresó, en el N.º 16 de esta, ante un artículo que había escrito Arciniegas en la revista *Bohemia*. Las expresiones de Marinello fueron publicadas bajo el título “América Latina y el comunismo. Sobre un artículo de Germán Arciniegas”; entre sus

27 Hay que señalar que, para la década de 1940, el campo intelectual no estaba todavía sujeto a una lógica de especialización disciplinaria. Incluso la heterogeneidad de figuras que se autoidentificaban como escritores o intelectuales se explica por la ausencia de campos disciplinarios consolidados y por un contexto donde el saber universitario no se había afianzado todavía como fuente de legitimidad para intervenir públicamente (Cfr. con Fiorucci 2011: 11/27).

28 La política exterior del gobierno peronista era sumamente ambigua frente a la destitución de Jacobo Árbenz. El gobierno de Perón evitó, deliberadamente, posicionarse frente a este evento en la décima Conferencia de Cancilleres donde se votó una resolución anticomunista que permitía la aplicación de medidas militares contra el gobierno de Jacobo Árbenz. A su vez, la oposición leía esta política como un abandono de la proclamada solidaridad de los pueblos americanos llevado a cabo a cambio de “las inversiones norteamericanas que se planificaban en el país” (Fiorucci 2011:176).

respuestas, una consistió en negar la existencia de la supuesta intervención rusa que desvelaba al profesor colombiano:

la Unión Soviética, no impone gobiernos crueles, ni organiza campañas contra los gobiernos que, como el de Árbenz, le dan al pueblo lo que le corresponde. Por el contrario, “la U.R.S.S. respeta, en los hechos indiscutibles, a todos los gobiernos. Aún aquellos que construyen en su misma periferia —Turquía, Irán, Noruega...— bases militares con dinero yanqui y con cañones apuntando a su propio corazón (Marinello 1954: 97/98).

Asimismo, hacía referencia a las perspectivas contradictorias asumidas por Arciniegas al señalar la relación del comunismo con las dictaduras:

dice aquí [Arciniegas] que a los comunistas los favorece la dictadura y unos párrafos después asegura, textualmente, que la situación democrática de Guatemala “ha abierto las mayores posibilidades al comunismo”... Un hombre de nuestro pueblo, de menos ciencia y más seriedad que el Sr. Arciniegas, se vería tentado de cantarle aquello de: ¿en qué quedamos por fin? [...] Es falso de toda falsedad que los comunistas hayan propiciado las dictaduras o colaborado con ellas. Las dictaduras no las propician en nuestros pueblos ni comunistas ni la Unión

Soviética, sino los gobernantes yanquis, anticomunistas confesos como el Sr. Arciniegas (Ibidem: 95).

Y profundizaba su crítica sobre este punto al detenerse en la conferencia de Caracas, en donde

—salvo escasas excepciones, la más honrosa la de Guatemala— se congregaron los representantes de las dictaduras macheteras, bajo la bendición de Mr. Foster Dulles. Y se reunieron exclusivamente (porque lo económico quedó para después...) con el fin claro de acabar con el comunismo. Claro que con el comunismo no se acaba, y mucho menos porque lo quieran los imperialistas, los dictadores latinoamericanos a su servicio y el Sr. Arciniegas. Curioso, si no fuera indignante, que se diga que los comunistas fomentan las dictaduras en América Latina, precisamente en los momentos en que pueblan sus cárceles comunistas destacados y numerosos. [...] Y han sido las dictaduras, precisamente de factura norteamericana, las que se han reunido en Caracas para perseguir más duramente a los comunistas, ¿con qué fundamento ni verdad puede afirmarse que marchan de acuerdo comunistas y dictaduras? (Ibidem: 95/96).

Con relación a los intereses de la United Fruit, Arciniegas manifestaba su dolor por el respaldo que el imperialismo daba a dicha empresa; la respuesta de Marinello fue irónica:

“Si los Estados Unidos dejaran solo a la U.F. para que ella desenredara los líos en que por su propia culpa se ha metido...” en Guatemala no habría antiimperialismo. Desde luego, porque tampoco imperialismo. ¿Cómo puede hombre de su cultura razonar tan ligeramente? Un niño deduciría que si Washington no apoyase a la U.F. Co. no habría problemas de ninguna especie. De la succión externa vienen los consorcios económicos que sustentan el gobierno Eisenhower – Mc Carthy, y el día en que los monopolios que desangran a la América Latina carezcan de personeros oficiales que los respalden y defiendan, ese día habremos entrado — entraremos— en una realidad distinta y mejor: la que importa nuestros pueblos (Ibidem: 97/98).

Por último, Marinello le recordaba a Arciniegas, en cuanto a la relación de Perón con el comunismo, que la prensa comunista estaba proscripta en Argentina; de hecho, había sido un tema recurrente en otros editoriales de *Cuadernos de Cultura*. Además, luego de la caída del peronismo, las persecuciones contra el Partido Comunista habían continuado: tras la Operación Cardenal, bajo el gobierno de Aramburu, militantes del Partido Comunista fueron encarcelados y llevados a diferentes prisiones del país. Al respecto, Agosti señalaba en un editorial de *Cuadernos de Cultura*:

Los intelectuales tienen una función eminente, [...] porque sin su voz y su esfuerzo, puestos al servicio de la independencia nacional, pueden favorecer la unión del pueblo y estimular una transformación profunda en

las bases sociales, políticas y culturales. Si antes esta unión pudo parecer propaganda, ahora surge como la necesidad imperiosa para la reconstrucción de la democracia argentina, de esa democracia que sólo molesta a los minúsculos grupos de la oligarquía, sostenes de la penetración imperialista, que son, para mayor escarnio, quienes más usan y abusan de su nombre (1957: 6).

Un último aspecto que interesa destacar con respecto a *Cuadernos de Cultura* tiene que ver con la atención dedicada a ciertas figuras que habían sido premiadas por su desenvolvimiento hacia consignas de paz y cuyas vinculaciones demostraban un límite muy fino entre comunismo y anticomunismo, lo cual podía incluso convertirlas en blanco de procedimientos “macartistas”. Una de esas figuras fue María Rosa Oliver, cuyas relaciones cercanas con Héctor P. Agosti, Norberto Frontini o Aníbal Ponce permiten advertir la fluidez de sus vinculaciones con la línea ideológica del partido, línea con la cual la escritora simpatizaba, aunque, al mismo tiempo, mantenía una cautelosa distancia. Otra personalidad cuya trayectoria se destacaba fue Charles Chaplin, quien había protagonizado episodios que lo presentaban como un personaje indeseable para la comunidad norteamericana. Sin embargo, en 1948 y desde Francia, Chaplin había sido propuesto para el Premio Nobel de la Paz; el cual finalmente no le entregaron, ya que ese año el premio fue considerado desierto. Años después, en el N.º 17 de *Cuadernos de Cultura*, Foradori en un artículo de su autoría, destacaba la decisión del Consejo mundial por la Paz de premiar a Chaplin con el Premio Internacional de Paz, que fue instituido desde 1950.

A María Rosa Oliver se le otorgó el Premio Internacional Lenin de la Paz en 1956 —en otras publicaciones está fechado 1958— como homenaje y reconocimiento a su labor por la promoción de la paz entre los pueblos. En pleno contexto de la Guerra Fría, esto resulta significativo en general y, particularmente, para considerar las redes intelectuales en torno a Asturias, pues no debe olvidarse que Oliver había escrito para la revista *Sur* sobre *El Señor Presidente* en 1949 y que además formaba parte del Comité de Redacción de dicha revista; asimismo, integraba la Unión Argentina de Mujeres, un organismo creado en defensa de los derechos civiles y políticos de la mujer. Por otra parte, durante la guerra en España, había colaborado con los organismos de ayuda a los republicanos, y tras su finalización, formó parte del comité de ayuda y recepción de los intelectuales españoles exiliados. También trabajó para el Consejo Mundial de la Paz entre 1948-1962; y fue invitada a Washington por la administración Roosevelt como asesora cultural de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos. Si bien en su trayectoria ya se había marcado un acercamiento al Partido Comunista Argentino, el Premio Lenin²⁹ supuso un parteaguas, ya que este galardón determinó, en parte, el fin de su relación con la revista *Sur* y su alejamiento de Victoria Ocampo (Cfr. con Petra 2010: 51/73).

En su libro *Mi fe es el hombre*, hay referencias al comunismo de forma continua, y parecen intensificarse en los años cuarenta y cincuenta,

décadas en las que continúa viajando; ya no financiada por el gobierno norteamericano —como había ocurrido hasta 1945—, sino por el Kremlin, invitada a conocer los países comunistas y a participar en congresos por

29 El Premio Stalin “por la consolidación de la paz entre los pueblos” (luego Premio Lenin), fue instituido por el Presidium del Soviet Supremo en 1949 con motivo del 70º aniversario de Stalin

la paz. Los viajes pueden, entonces, ser leídos como una manifestación funcional a las redes, ya que contribuyeron a formar nuevas relaciones y produjeron escritos tanto personales —cartas— como públicos —libros (Fernández Bravo 2017:135).

En cuanto a Chaplin, durante la Guerra Fría fue acusado de mantener actividades antinorteamericanas. En 1947, había sido agredido por periodistas en una conferencia de prensa en Estados Unidos. Finalmente, fue imputado de ser comunista y, al igual que sucedió con otros hombres y mujeres vinculados a las letras y al arte cinematográfico, se convirtió en una de las víctimas más destacadas de la "caza de brujas" que se desarrolló durante el macarthysmo. Así, Chaplin y su familia emigraron a Europa en 1952 y, posteriormente, se radicaron en Suiza, residencia que sería la definitiva en 1953. En 1956, fue incorporado a la Academia Británica de Cinematografía, mientras filmaba en Inglaterra "Un Rey en Nueva York", película que satiriza el macarthysmo en todos sus aspectos.

En relación con esto, en su artículo, Foradori destacaba que la obra chapliniana estaba guiada por el amor a los despojados, ya que su personaje era un vindicador de los humildes, un burlón impenitente que siempre salía exitoso ante la prepotencia de la autoridad, algo que había conmovido y alarmado a los gendarmes. También hacía referencia a la conferencia de prensa en Nueva York, en 1947, y subrayaba algunas de las respuestas de Chaplin a los periodistas que reflejaban con elocuencia las divisiones impuestas en el marco de la Guerra Fría:

Yo no creo que sea necesario dividir a la gente según sus opiniones. Eso conduce al fascismo. Por mi parte, no pertenezco a ningún partido político. Y luego: Es

suficiente que uno descienda de la calzada con el pie izquierdo para que se lo tache de comunista (Foradori 1954:29).

Foradori destacaba, además, el cuestionamiento planteado por Chaplin al modo hollywoodiano de hacer películas sostenido en la estandarización, y que expresaba con las siguientes palabras:

los films que los espectadores desean continuar viendo no pueden ser producidos en serie como tractores en una fábrica. Creo que es hora de tomar una nueva orientación, de modo que el dinero no sea más el dios todo poderoso de una sociedad decadente (Foradori 1954:29).

El artículo, finalmente, hacía referencia al Premio Internacional de la Paz que le había sido otorgado a la obra de Chaplin por el Consejo Mundial por la Paz en 1954 ; al respecto, Foradori destacaba las cualidades de Chaplin como un artista que prefiere:

la comprensión al recelo, la piedad al odio, la generosidad a la violencia; que cree en la posibilidad de que los hombres sean felices, en su derecho a la felicidad, y que rechaza la supuesta obligación humana del infortunio privado y social. Esto es el contenido sustancial de una obra cuyo héroe, es un hombrecito despojado de todos los bienes menos el de su dignidad, de todas las riquezas menos de la esperanza en un porvenir glorioso (Foradori 1954:36).

Para terminar, en *Cuadernos de Cultura* también encontramos una referencia a Asturias a través de una obra prologada por este; se trata de *Dios era Verde*, de José Chudnovsky. Si bien fue escrita en un período posterior al del marco temporal que venimos trabajando, ya que es del año 1963, la novela tiene puntos de conexión con la obra de Asturias en cuanto a que se vale de la ficción como una forma de denuncia. Hugo Vilanova, por su parte, señalaba que la obra de José Chudnovsky, se distinguía por ser una novela que denunciaba una situación social de atraso sin caer en un desafuero planfletario. No la consideraba una novela de denuncia hecha desde afuera —o un testimonio, que era como Asturias veía su propia obra—. La denuncia, por el contrario, surgía como necesidad interna en la construcción de la novela, surgía porque era un elemento proveniente de la frustración individual y colectiva de los hombres que vivían en sus páginas. Pero la novela de Chudnovsky implicaba, a su vez —como escribió Asturias—, una reconstrucción del mundo mediante la palabra, es decir, un acto que implicaba la comprensión de la autonomía creadora de la literatura entendida como una actividad eminentemente humana y no como una mera ilustración de circunstancias determinadas. (Cfr. con Vilanova 1965: 122/123).

Cerca de cumplir diez años, la revista *Cuadernos de Cultura*, continuaba condenando los constantes “procedimientos macartistas de persecución de la prensa del pensamiento democrático de avanzada”, accionar que consideraban una “prueba de la impotencia de la oligarquía y del imperialismo frente a las nuevas ideas democráticas”, y que se había sostenido en diferentes momentos, durante el peronismo, durante la Revolución Libertadora y “hoy, en pleno ‘Estado de Derecho’” (Cfr. con Codovilla 1960: 1/8).

Destacamos, para finalizar el capítulo, que los estudios sobre la trayectoria del Partido Comunista Argentino han iluminado, en los últimos años, ciertos aspectos del itinerario comunista en nuestro país y han permitido observar que su configuración ideológica fue menos rígida de lo que ha solido plantearse. Muestra de esto último es la gran diversidad de relaciones existentes entre las redes intelectuales que se desplegaron durante la guerra fría cultural (Cfr con Fernández Bravo 2017: 133/147 y con Petra 2010: 51/73).

Capítulo VII. Itinerario editorial de Miguel Ángel Asturias

Sobre la industria editorial en Argentina

En el momento en que Asturias residía en nuestro país, el mercado editorial argentino vivió un proceso de expansión conocido como la época de oro que se extendió entre las décadas de 1940 y 1950; durante este período se posibilitaron las condiciones para que el libro producido en Argentina conquistase el mercado internacional, en especial, el español y el latinoamericano (Cfr. con Saitta 2004: 7/14).

Esta posibilidad estuvo, asimismo, relacionada con las consecuencias de la Guerra Civil Española (1936-1939), que incidió de manera particular en nuestra vida literaria y editorial. Entre otras derivaciones, la Guerra Civil Española provocó que numerosos editores y libreros republicanos se exiliaran en Argentina y dieran comienzo a un nuevo periodo de la industria editorial. Las editoriales peninsulares, por su parte, interrumpieron sus ventas, y España dejara de ser un mercado de competitividad externa para las editoriales locales, las que, a su vez, pudieron iniciar una política de expansión hacia el mercado externo (Cfr. con De Diego 2015: 19/78, y con Saitta 2004: 7/14).

En este periodo, el editor se profesionalizó y las editoriales dejaron de ser empresas artesanales, para convertirse en empresas modernas con proyectos editoriales propios. Se ha enfatizado que dichos proyectos tenían rasgos de expansión cultural, más allá de que también buscaron alcanzar a un público masivo (Cfr. con Saitta 2004: 7/14).

Entre los indicios de que el campo comenzaba a afianzarse, hay que destacar que en esa década se produjeron un crecimiento y una

diversificación del público lector; la industria del libro se encontró con un mercado ampliado de lectores. Recordemos que, durante el peronismo, el sistema educativo oficial también registró una expansión en todos sus niveles; creció la matrícula tanto en escuelas primarias y secundarias, como en las universidades, a la par que se observó una disminución en la tasa de analfabetismo.

Se dio así una expansión del mercado cultural que multiplicó las oportunidades laborales de los escritores en la prensa periódica y en las editoriales fundadas en esa época, como, por ejemplo, Sur (1933), Espasa-Calpe Argentina (1937), Losada (1938) —de Gonzalo Lozada—, Sudamericana (1939) —en sus comienzos, de Julián Urgoiti—, Emecé (1939) —de Arturo Cuadrado y Luis Seoane—.

La labor fundadora desarrollada por los editores como Antonio López Llausás en Sudamericana, Arturo Cuadrado y Álvaro de las Casas en Emecé y Gonzalo Lozada en Losada, entre otros sellos, ha sido largamente reconocida, ya que marcaron el ritmo de lo publicable en el campo literario y lideraron el mercado de literatura en nuestra lengua y de literatura traducida (Cfr. con Saítta 2004: 7/14, Rivera 1998: 94/127, y De Diego 2005: 141/164). Esta labor implicó una ampliación de las posibilidades laborales, en tanto: “los escritores, [...] pasaron a desempeñarse como asesores literarios, directores de colección, correctores de pruebas o traductores en las nuevas editoriales” (Saítta 2004: 9).

Si bien estas empresas contaron con otros niveles de inversión, en la Argentina ya existía un mercado creciente de público lector. Es decir, no se fundaron sobre una tabula rasa, pues la ampliación del público lector se había producido en un proceso de largo plazo, que se extendía desde las últimas décadas del siglo XIX a las primeras del siglo XX. Además, las

editoriales locales pudieron exportar la producción editorial y aumentar los niveles de ventas en el mercado interno (Cfr. con De Diego 2015: 19/47).

Sin embargo, se dio una circunstancia paradójica, pues los libros editados en ese periodo no tuvieron una repercusión significativa en aquel público ya ampliado. Los éxitos de venta de esos títulos fueron posteriores a la época de oro. Esto explica el hecho de que los llamativos índices de venta de novelas emblemáticas del periodo coincidieran, a su vez, con una curva declinante en el desarrollo de la industria editorial argentina. Esa declinación comenzó a observarse desde mediados de los años cincuenta, cuando se recuperaron las industrias editoriales de España y de México. La pérdida de mercados externos llevó a la industria editorial argentina a replegarse y a volcarse hacia el mercado interno, donde encontró recursos para su sostenimiento y consolidación.

Así, en el marco de esta situación paradójica referida a la “época de oro”, se desarrolló un interés de los lectores por la literatura argentina y latinoamericana:

por un lado, coincide con un desarrollo significativo de la literatura argentina, pero de una literatura de minorías, y el comienzo de la decadencia de la industria editorial coincide con un desarrollo notable de la literatura argentina y latinoamericana en el interés de los lectores (De Diego 2006:121).

De esta manera, se señala el surgimiento de “un floreciente despegue cuantitativo y un impacto débil en la consolidación de un campo cultural y literario propio, [que] en los años sesenta se invierte” (De Diego 2015:51). Es decir, dicha inversión se produjo en los años sesenta cuando la literatura

latinoamericana comenzó a descubrir un público propio, un mercado ampliado, y se generó lo que se conoce hasta hoy como el “boom de la narrativa latinoamericana”. Este estuvo integrado por escritores profesionales y constituyó un momento inédito de internacionalización de la literatura de nuestro continente.

Por otra parte, no debe olvidarse que, en los años sesenta, el proceso de la Revolución Cubana tuvo un carácter aglutinante en la emergencia del escritor-intelectual, así como en la configuración de imágenes de autor que tomaron visibilidad a través de las estrategias editoriales exitosas, además de alimentar una repentina curiosidad por la región (Cfr. con Gilman 2012: 69/96).

El proceso de emergencia a escala mundial de la literatura latinoamericana tuvo señales evidentes: la multiplicación de las traducciones de obras latinoamericanas en Europa y los Estados Unidos; los premios otorgados a los autores latinoamericanos; los tirajes impresionantes logrados por algunas novelas; y el Premio Nobel de Literatura adjudicado a Miguel Ángel Asturias (Cfr. con Fell, citado en Gilman: 2012: 92). En este contexto Asturias fue el

primer novelista latinoamericano galardonado con el Premio Nobel de Literatura, elaboró una obra que se ve alimentada por dos vertientes, entrelazadas: la realista y la mágica-mítica; el compromiso con una realidad social que trata de evidenciar y denunciar críticamente, y la conciencia y recuperación de las raíces mitológicas de la cultura centroamericana que bebe de la cultura maya (Dora Sales 2013: 37).

El boom también motivó la necesidad de una integración supranacional de los mercados, y al respecto destacó una tensión latente entre la astucia editorial y la emergencia de un público interesado en esa literatura. En esta dirección, ha hecho hincapié en la necesidad de articular trabajos preexistentes, localizados, así como el desarrollo de estudios de casos, para lograr una perspectiva integradora que adopte como horizonte metodológico la existencia de una “república mundial de las letras”, sobre todo a partir del proceso de internacionalización cultural. (Cfr. con De Diego 2015 189:224).

Con posterioridad al boom, en Argentina, la crisis económica de los setenta y el autoritarismo político de la dictadura militar que asumió el poder en 1976 resultaron letales para la industria del libro. Asimismo, la recuperación democrática coincidió con el despliegue del proceso mundial al que solemos llamar globalización, en el cual la industria del libro sufrió una concentración progresiva que llevó a la conformación de un oligopolio transnacional, el cual, a su vez, puso fin al proyecto cultural que encarnaban buena parte de las ediciones argentinas.

Sobre el *boom* latinoamericano: la articulación entre la profesionalización del escritor en el campo de la literatura y el tránsito de un mercado de consumo de elites a uno de masas.

Introducir la cuestión del llamado *boom latinoamericano* es importante porque, además de haber sido un momento inédito de la internacionalización de la literatura de nuestro continente, fue, también, un momento de consagración para un grupo de escritores cuya producción aún no había sido masivamente reconocida. El éxito del *boom*, de la literatura latinoamericana y de la industria de la cultura —sobre todo de la industria editorial—, en torno

a la década del sesenta, se vincula, con la convicción de que la tormentosa historia latinoamericana habría entrado en una etapa resolutive (Cfr. con Halperin Donghi 2017: 269/285).

Ello da una eficacia nueva a motivos nada nuevos en la conciencia latinoamericana, como el que postula una unidad de raíz y destino para la región, y por otra parte contribuye a extender —dentro y fuera de América Latina— una curiosidad nueva por las peculiaridades de una fracción del planeta —que se espera— está a punto de ingresar como interlocutora de pleno derecho en la historia universal (Halperin Donghi 2017: 271).

Las condiciones para el *boom* comenzaron a gestarse ya en los años cincuenta, tras un periodo de expansión económica cuyo impacto se registró recién en los años sesenta con la difusión de novelas latinoamericanas de

una calidad innegable, de vanguardia. Trataban al tiempo de una manera no lineal, innovaron formalmente en cuanto al uso del lenguaje, utilizaron la lengua local, trabajaron varias perspectivas o voces narrativas. La literatura realista, había sido impulsada por el realismo socialista de los años treinta y cuarenta, fue tensionada por la literatura fantástica, lo real maravilloso y el realismo mágico (Rostica y Nercesian 2014:118).

En 1966, Luis Harss publicó *Los nuestros*, un libro sobre diez narradores que estableció el canon de lo que se conocería como el boom de la literatura latinoamericana. Entre los escritores que figuran en el libro, se encuentran Miguel Ángel Asturias, Jorge Luis Borges, João Guimarães

Rosa, Juan Rulfo, Alejo Carpentier, Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. Otro libro que influyó en la época fue el de Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana* de 1969.

Ahora bien, a la hora de pensar el itinerario de Miguel Ángel Asturias en ese contexto, es pertinente recuperar el enfoque, propuesto por Ángel Rama, que aborda el fenómeno del boom como parte de un proceso más amplio de progresiva profesionalización de los escritores, de consolidación de un mercado nuevo, producto de la ampliación de las clases medias, y de integración de la literatura a las emergentes industrias de la cultura (Cfr. con Rama 1984: 51/110).

La hipótesis que nos interesa de Rama es la que sostiene que durante el *boom* el lector común vio el florecimiento de muchas producciones que, en realidad, eran fruto de una acumulación de casi cuarenta años a la fecha; se trataba de una producción que sólo había sido conocida por la elite culta. Es decir, fueron esas las obras que el *boom* difundió masivamente en diez años.

Con anterioridad al *boom*, ya se habían buscado formas de abrir una comunicación más amplia entre las obras de estos autores y un público mayor: fueron los “magazines” y las revistas, instrumentos fundamentales de la modernización y de la jerarquización de la actividad literaria, los que, “sustituyendo las publicaciones especializadas destinadas solo al restringido público culto, fundamentalmente formado por los mismos escritores, establecieron una comunicación con un público mayor” (Rama, 1984: 57).

Así, el fenómeno de la literatura latinoamericana se asentó sobre una plataforma de demanda masiva de libros generada, en parte, por los

emprendimientos editoriales “culturales”, que publicaban obras que contaban con poco público, pero cuya calidad artística hacía que valiera la pena correr el riesgo. De este modo, se apuntaba más al desarrollo de la literatura que a las ganancias de las empresas. Por entonces existían, también, sellos independientes que se mostraron igualmente decididos a acompañar los procesos de radicalización política que caracterizaron el periodo: Jorge Álvarez, Ediciones la Flor, Tiempo contemporáneo, Corregidor, Fabril Editora, entre otras (Cfr. De Diego 2015: 49:78).

Editoriales como Losada, Sudamericana y Emecé propiciaron el surgimiento de la nueva narrativa y fomentaron el proceso de captación de mercados iniciado antes del *boom*. Para ello, se valieron de la ampliación de los catálogos, cuya transformación consistió en la incorporación mayoritaria de producción nacional y latinoamericana, junto con obras de calidad que habían sido premiadas en concursos internacionales.

La editorial Losada fue una de las que participó en el proceso de captación de mercados iniciado antes del boom. El editor Gonzalo Losada la había fundado en 1938, en un contexto de desarrollo de los centros urbanos y de génesis de un nuevo público lector. Dicho público, que fue beneficiario de campañas alfabetizadoras, reclamaba productos diferenciados de comunicación escrita, lo cual modificó las demandas tradicionales. Esto dio lugar a la emergencia de periódicos, revistas y folletos que buscaron responder a esa demanda junto con la creciente consolidación de un campo profesional de escritores, periodistas, editores, tipógrafos, libreros. Losada comenzó sus actividades con el lanzamiento de la Biblioteca Contemporánea, que más adelante fue ampliada con el nombre de Clásica y Contemporánea; por afinidades estéticas e ideológicas, una gran parte de este espacio estuvo dedicada a los poetas españoles contemporáneos,

como García Lorca, Alberti, Salinas, etc. También hubo otras colecciones y textos particulares editados por Losada que tuvieron un gran impacto cultural en la Argentina y en Latinoamérica, como la Biblioteca contemporánea grandes novelistas de Nuestra América; Poetas de América y España; Biblioteca pedagógica; Biblioteca de estudios literarios; colección Cumbre; Las cien obras maestras de la literatura y el pensamiento universal —dirigida por Pedro Henríquez Ureña—; las Obras completas de Federico García Lorca; la Biblioteca Filosófica —dirigida por Francisco Romero—; y la Colección los Premios Nobel, en la que fueron publicadas, entre otras, obras de Tagore, Shaw, Mann, Pirandello, Gide, Russell, Faulkner, Camus —todas ellas en cuidadas traducciones—, además de las de latinoamericanos como Gabriela Mistral, Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda (Cfr. con De Diego 2006:100). Autores como Onetti y Carpentier, que años después recibieron el reconocimiento de la crítica y del público, encontraron un temprano eco en la editorial, pero no volvieron a publicar en ella.

En consecuencia, para la década del cuarenta, aquellas editoriales introdujeron autores significativos y marcaron, de ese modo, el ritmo de lo publicable en la literatura argentina. A lo largo de los años, se acumularon obras nacidas en un sistema aficionado, que

habían contado con un largo periodo para alcanzar un número considerable y que habían dispuesto además del trabajo selectivo de los aparatos críticos. [...] En solo diez años Cortázar publica dos libros de cuentos, y dos grandes novelas y escribe mucho más que aparecerá después, lo mismo puede decirse de Borges y de Bioy Casares o de Asturias o de Carpentier, que se asumen como escritores profesionales y lo son, en

cuanto a producción, aun en los periodos que no lo son en cuanto a demanda del lector (Rama 1984:101).

El proceso señalado también se relaciona con una mayor producción, vinculada con la demanda, que consistía en la reposición de los títulos anteriores de los escritores; estos libros volvían así al mercado en una cantidad que ya no era reducida. Cabe recordar, al respecto, la observación de Rama “mientras las elites disponen de una alta y sobre todo variada oferta de títulos pero en cantidades siempre reducidas, las masas disponen de una oferta de títulos reducida pero en altas cantidades” (1984: 97).

Para De Diego, el boom y la nueva narrativa latinoamericana tienen historias distintas. Por un lado, propone entender a la nueva narrativa latinoamericana como un movimiento que consolidó lo “latinoamericano” y le dio proyección hacia el mundo, y por el otro, al *boom*, como el conjunto de estrategias editoriales montado en 1962 desde Barcelona y protagonizado por Seix Barral (Cfr. con De Diego 2015: 189:224). Es decir, se puede pensar en la existencia de dos campos distintos; el de la producción calificada de obras literarias, por un lado, y el del manejo al que dichas producciones se sometían cuando se transformaban en objetos (libros) del mercado consumidor, por el otro.

Aunque el *boom* comenzó con un considerable respaldo y consenso, a medida que se incorporaban en su desarrollo técnicas de publicidad y mercadeo y se sustituían los formatos tradicionales de edición por las tiradas masivas, comenzaron a manifestarse posiciones negativas, reparos y objeciones.

Además, en esta coyuntura, se modificó, también, la forma de producir del escritor. Los escritores se encontraron ante dilemas de difícil

resolución; si dedicar más tiempo a la creación o a la promoción de sus libros, si responder a una demanda creciente de los editores y el mercado o producir obras de calidad, si inclinarse por un lado u otro de la alternativa, ya clásica en aquel periodo, entre la escritura literaria y el compromiso político (Cfr. con Rama 1984: 51/110).

Como señalamos anteriormente, en la década del sesenta, el mundo editorial argentino había entrado en crisis pero, a su vez, emergieron las multinacionales del libro, que se conformaban por la adquisición de editoriales en quiebra y por el uso de estrategias de venta masivas, como las ventas a domicilio o en supermercados. Fue también entonces cuando la autonomía editorial de América Latina comenzó a perderse frente al avance de las multinacionales y a causa de las mismas reglas expansivas de los mercados. Estas reglas, a su vez, entraban en contradicción con el ideario revolucionario que la elite del *boom* sostenía públicamente.

A partir de esta situación, se establecieron nuevas condiciones para el mercado editor y librero que afectaron a la profesionalización del escritor, sobre todo en el régimen de trabajo: el escritor devino en productor como cualquier trabajador de la sociedad; aplicado a un trabajo full time, obsesivo con el producto y colaborador eficiente en la difusión del resultado. Rama señala que este nuevo sistema de demanda creciente de materiales para editar contrasta con el régimen de producción artesanal; el nuevo mercado consumidor literario presionaba al narrador para que aumentase su productividad, y ello implicó que se tuvieran que dejar atrás figuras ligadas a la bohemia y a escribir en momentos de inspiración o en los ratos libres.

Si bien la dedicación exclusiva del profesional redundaba en obvio beneficio de su adiestramiento y en la eficacia de su mejor aprovechamiento de las condiciones

propias, también es cierto que la atención de una demanda apremiante puede perjudicar los procesos de maduración artística que no siguen forzosamente los parámetros de la producción masiva industrial (Rama 1984:95).

Los requerimientos editoriales erosionaron el tiempo necesario para la creación y los escritores terminaron por autorizar la publicación de textos misceláneos, antologías, obras escritas años atrás que se reciclaban para la publicación, libros reeditados en Colecciones populares. El escritor exitoso devino una “marca”, sujeto de las reglas de juego de un mercado de elites que se había convertido rápidamente en un mercado de masas. La “marca” garantizaba “la confiabilidad del cliente gracias al éxito inicial de un determinado producto que logro imponerse en el mercado” (Rama 1984: 98).

El *boom* trajo aparejada la generalización de la mayor visibilidad o la presencia pública del escritor o narrador, ya fuera través de entrevistas literarias o periodísticas en general, la intensificación de los vínculos o el recorrido del escritor por los *mass media*. De Diego registra como una excepción a esos posicionamientos el ejemplo de Cortázar, quien le dio la espalda al mercado, al menos durante el periodo en que estuvo vinculado con el editor Porrúa. Generalmente, se negaba a participar de concursos literarios, a dar entrevistas o a tomar parte en las promociones de libros.

Esta actitud puede contradecir la generalización de algunos críticos, como Ángel Rama o David Viñas, que han realizado con respecto a la exposición de los autores del boom a las reglas del mercado, fenómeno que es visible en autores como Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes, pero no en Cortázar, al menos en lo

que hemos llamado el periodo “Porrúa (De Diego 2015:176).

En líneas generales, en el *boom*, se estableció una coexistencia de determinaciones confluyentes que provenían del sistema literario —que vio amenazada la autonomía del campo literario—, del mercado y de las industrias de la cultura y sus demandas, y del ámbito de la política y de los debates ideológicos, vinculados con la Revolución cubana y sus urgencias.

Miguel Ángel Asturias y las posibilidades de publicar en Argentina

Miguel Ángel Asturias estuvo entre los muchos escritores latinoamericanos que se trasladaron en busca de mayores posibilidades de difusión a otras regiones del mismo continente las cuales contaban con editoriales, revistas y grandes diarios.

Rama vinculó este fenómeno, que se puede articular con el caso de Asturias en nuestro país, a un afán de los escritores por profesionalizarse

cumpliendo a cabalidad con su vocación y simultáneamente con una exigencia interna de la cultura americana: disponer de escritores que edificaran una rica literatura propia. Ante la imposibilidad de hacerlo en sus propias patrias, lo cual admite plurales causas [...] se trasladaron a mejores plazas, internas o externas del continente [...] y es obligatorio agregar que en su inmensa mayoría esos escritores han seguido sirviendo a la cultura latinoamericana que los engendró (1984:93).

Como se sabe, Asturias residió en Argentina durante dos períodos diferentes. Primero, como diplomático de la Revolución Guatemalteca (1948-1953), tras haber sido nombrado como agregado cultural, primero en México en 1946 y después en Buenos Aires en 1948, por Juan José Arévalo, cuya amistad con Asturias databa del periodo parisino. Y luego, entre 1954-1962, como exiliado, a partir de la intervención norteamericana en Guatemala.

Con relación a estos dos períodos, nos interesa aquí abordar las condiciones de posibilidad que encontró en nuestro país para la publicación de sus obras, fuertemente dedicadas a Guatemala. Para explorar dichas condiciones tuvimos en cuenta el desarrollo de la industria editorial argentina esbozado en el apartado anterior, y la conformación de las redes intelectuales que Asturias estableció en nuestro país.

En lo que atañe al proceso editorial ya referido, las dos estancias de Miguel Ángel Asturias en Buenos Aires coincidieron, en parte, con la llamada “época de oro” de la industria editorial argentina, y en parte con el periodo en que dicha expansión editorial comenzó a eclipsarse. Por otro lado, mientras formaba parte de la vida cultural porteña a través de su cargo de agregado cultural, fue configurando redes intelectuales que se constituyeron a partir de, por ejemplo, frecuentar la casa de Rafael Alberti y María Teresa León, el estudio del pintor Juan Castagnino y su esposa Nina, o el hogar de Oscar y Marta Beines. Asimismo, entabló varias amistades; entre ellas, con Gonzalo Losada, quien le facilitó el acceso a la edición de sus libros. Además, en nuestro país, conoció a su segunda mujer, Blanca Mora y Araujo, en el festejo del aniversario del casamiento de Oliverio Girondo y su esposa, Norah Lange. Asturias se encontró rodeado, así, no solo por sus amistades, sino también por las de su esposa argentina, quien fue Asesora Literaria de Radio y Teatro durante el peronismo. De este modo, fue ganando el

reconocimiento de sus pares, lo cual le facilitó la publicación de su producción en distintos medios, como revistas, el suplemento literario de *La Nación*, y también en el formato libro.

En cuanto a su amistad con Losada, fundador de la editorial homónima en 1938, también le permitió entrar en relación con un grupo más amplio de intelectuales vinculado a dicha editorial. Así estableció contacto con Guillermo de la Torre —integrante del grupo fundador que también había trabajado para Espasa Calpe—; con el artista italiano Attilio Rossi, que se encargaba de las tapas; y con intelectuales reconocidos como Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero. Poco después, se sumaron Luis y Felipe Jiménez de Asúa, Teodoro Becú y Lorenzo Luzuriaga. Además, Gonzalo Losada había formado parte de la Comisión Organizadora de la primera Feria del Libro en Buenos Aires, en 1943, junto al presidente de la Comisión, Guillermo Kraff.

Al respecto, se ha observado que:

La relación de Losada con Asturias se afianzó con la llegada del autor a Buenos Aires con su cargo diplomático, y podemos conjeturar que el Premio Nobel que obtuvo veinte años después dio un nuevo impulso a las ventas de sus libros; prueba de ello es que, mientras que numerosos autores ya habían sido dados de baja, en el catálogo de 1998 todavía se incluían sus obras, en sucesivas reediciones. [...] Parece evidente que la presencia de algunos autores en Buenos Aires, como Asturias y Roa Bastos —e incluso, antes, Pablo Neruda, que había llegado en 1933 como cónsul de Chile— favoreció un tipo de relación más fluida con la

editorial, que facilitaba la incorporación de sus obras al catálogo (De Diego 2015:157).

En gran parte de las decisiones editoriales que dejan traslucir los títulos publicados en ese momento, se ve prevalecer una línea que favorecía las temáticas sociales y las más variadas estéticas del realismo. En tal sentido, con la publicación, por primera vez en Argentina —la obra ya había conocido una edición en México, en 1946, por Costa Amic—, de *El Señor Presidente* en la colección Biblioteca Clásica y Contemporánea de Losada, Asturias pasó a integrar el conjunto de autores y obras que la crítica ha denominado “novelas de la tierra”.³⁰ Al mismo tiempo, esta novela le permitió a Asturias acreditarse como opositor de las dictaduras y lo consagró como uno de los escritores latinoamericanos más importantes. Posteriormente, Losada también dio a conocer buena parte de la obra del guatemalteco, publicó *Hombres de Maíz* (1949) y *Mulata de tal* (1963); al mismo tiempo que Asturias colaboraba allí con algunas traducciones.

Con el paso del tiempo, las relaciones de Asturias se extendieron a otros intelectuales y escritores argentinos y latinoamericanos, como el poeta peruano Javier Abril, el ecuatoriano Jorge Icaza, y el novelista argentino Pablo Rojas Paz. Se vinculó, además, con escritores premiados por la SADE, como Luis Emilio Soto. También se encontraban entre sus amigos: Estrella Gutiérrez, Pepe Blanco, Vicente Barbieri, Elvio Romero y Julio Rabuffetti, director de Radio Municipal, y Jorge Atilio Caltelpoggi —que fue,

30 Esta denominación se vincula con el papel protagónico asignado, en dichas obras —producidas entre los años veinte y los cuarenta del siglo XX—, a las distintas manifestaciones de la naturaleza y a personajes que aparecen conectados con esas fuerzas naturales, representados por *crueles explotadores y sufrientes explotados*, para denunciar desigualdades que se focalizan en las clases más vulnerables (Cfr. con De Diego 2015: 141/164). Para la obra de Asturias en ese período puede verse también: Casasús Arzú, M. E. (2005) “La generación del 20 en Guatemala y sus imaginarios de nación (1920-1940)”, en *Redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala: F&G.

por años, coordinador de los talleres de la SADE—, quien escribió un libro titulado *Miguel Ángel Asturias*, publicado por editorial La Mandrágora en 1961.

Otro espacio vinculado a la red de Asturias estuvo constituido por la revista y editorial *Sur*, proyecto cultural impulsado por Victoria Ocampo. También publicaron allí varios autores que formaban parte de la red del guatemalteco, como Oliverio Girondo, Luis Emilio Soto, Pedro Henríquez Ureña y María Rosa Oliver, entre otros. En cuanto a las publicaciones del propio Asturias en la revista *Sur*, relevamos las siguientes: “Machojón”, en el N° 181, de 1949; y “La catedral”, en el N° 202, de 1951. También encontramos referencias de otros autores a sus obras: en la sección “Notas de Libros”, del N.º 189, de 1950, un artículo sobre *Hombres de Maíz* (Losada, 1949), de Vicente Barbieri; en la misma sección “Notas de Libros”, pero del N.º 200, de 1951, un artículo sobre *Viento Fuerte* (Losada, 1951), de F. J. Solero; finalmente, en el N.º 273, de 1961, Oscar Hermes Villordo, escribe sobre *Poesía precolombina* (Fabril, 1960), una selección de poemas prologada y anotada por Miguel Ángel Asturias.

Una figura que formó parte del grupo fundador de la revista *Sur* y con quien Asturias también estableció vínculos fue Eduardo Mallea. Este último publicaba regularmente en editoriales importantes, y era, además, asesor editorial; dirigió tres colecciones para Emecé, y estuvo al frente del Suplemento Literario de *La Nación* durante el periodo 1931-1955. Por las páginas del Suplemento pasaban autores latinoamericanos como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Juana de Ibarbourou y Juan Carlos Onetti. También Asturias publicó allí, entre 1949 y 1953, las siguientes colaboraciones: “Maximón, divinidad de agua dulce”, en 1949; “Seis sonetos sobre temas de Horacio”, dedicados

a su mujer, en 1950; “Elegía a la muerte de los virtuosos bohemios y anhelantes”, en 1951; un fragmento de *El Alhajadito*, en “Flor de infancia”, más “Alto es el Sur” —poema dedicado a nuestro país— y “Esplendor Atlántico”, en 1953.

Por aquellos años, además, Asturias participaba con frecuencia de reuniones en las que se debatían libros publicados en América y en Europa y se discutían revistas de arte. Simultáneamente, escribía de manera regular, para *El Nacional* de Caracas, una columna que se titulaba “Buenos Aires de día y de noche”.

Parte de su producción poética de aquella época fue incluida en una antología sonora que estaba a cargo de Arturo Cuadrado y Guillermo Orce Remis, y bajo la dirección artística de Luis Seoane —otro fundador de Emecé— quien también realizó la ilustración de la cubierta de tapa. En esa antología encontramos poemas de Asturias como “Alto es el sur”, “Bolívar” y “Leyenda del tesoro del lugar florido”, entre otros. Hay que destacar que su tirada fue muy reducida, de 225 ejemplares.

Ahora bien, el tono de Asturias en su producción referida a Guatemala se radicalizó partir de su estancia en Buenos Aires como exiliado, luego de la intervención indirecta de los norteamericanos en aquel país y de las manifestaciones de resistencia que surgieron en torno a ello. Los lazos y conexiones que Asturias mantenía con intelectuales argentinos y latinoamericanos se fortalecieron; algunos de esos lazos databan de su estadía en Francia y se vinculaban con el interés compartido ante la situación política de América Latina. Además, “según Miguel Ángel Asturias, los que participaron del equipo de Árbenz tuvieron la idea de escribir, cada uno desde su exilio, un libro ‘para dar a conocer lo sucedido’ en Guatemala” (Asturias citado en Rostica, 2014: 230). Así fue como, al calor de esos

acontecimientos, él escribió *Week end en Guatemala*, mientras se convertía en un exiliado. Entre los otros autores guatemaltecos que también escribieron en torno a dicho proceso histórico se encuentran Juan José Arévalo, con *Guatemala, la democracia y el imperio*; Luis Cardoza y Aragón, con *La Revolución guatemalteca*; Guillermo Toriello, con *La batalla de Guatemala*; y Manuel Galich, con *Por qué lucha Guatemala. Arevalo y Árbenz: dos hombres contra el imperio*; entre otros.

Este grupo de intelectuales, aunque con diferentes trayectorias y profesiones, conformó redes que permiten considerarlos como intelectuales orgánicos de aquella revolución guatemalteca. En 1954, al ser desplazados del lugar que ocupaban, comenzaron a moverse a las orillas del Estado y a participar desde el ámbito de la sociedad civil o situados en un espacio fronterizo entre ésta y la sociedad política. A partir de las redes que construyeron, generaron también condiciones de posibilidad e instancias de sociabilidad entre escritores que implicaron complejas relaciones. Estas formas de sociabilidad incluían reuniones, debates y la publicación de libros —como los de los autores guatemaltecos nombrados anteriormente—. Entre sus propósitos se encontraban: denunciar aquel momento contrarrevolucionario, defender el derecho de Guatemala a su autodeterminación y resistir y luchar en contra de la intervención norteamericana desde diferentes ámbitos, pero siempre desde el campo antiimperialista.

Como ya hemos mostrado en diversos momentos de este trabajo, la experiencia de Guatemala tuvo un gran impacto en toda América y repercutió en la producción de escritores, periodistas, diplomáticos y políticos. No obstante, a continuación, nos interesa hacer especial énfasis en el recorrido que hizo *Weekend en Guatemala*, ya que consideramos que

deja ver la importancia de las redes intelectuales que había ido conformando Asturias, así como de las prácticas culturales e intelectuales desplegadas para dar a conocer su producción que, como diría Grossberg, formaban parte de las disputas por “cambiar el mundo”. La obra, anclada en el realismo social y de denuncia, situada entre la crónica y la ficción, se componía de historias que narraban los acontecimientos que tuvieron lugar durante la guerra relámpago que había derrocado al gobierno de Árbenz con la intervención estadounidense.

Un primer adelanto de *Week end en Guatemala* se publicó en el número fechado en julio-agosto de 1956 de la revista-libro *Ficción*, dirigida por Juan Goyanarte³¹ durante el periodo 1956-1963. Poco después, ese mismo año, el libro saldría publicado por la Editorial Goyanarte —más tarde, le seguirían las reediciones de Losada y Piedra Santa, en Guatemala—. En la entrega N° 8 de *Ficción*, de julio-agosto de 1957, donde Asturias escribió sobre Gabriela Mistral para la sección Letras Americanas, también se incluye un índice general de los números 1 al 7 en el que aparecen otras referencias a textos publicados allí por Asturias:

“¡Americanos todos!, N° 1 pág. 54. *Week en Guatemala*
N° 2, pág. 56. Requiem literario: Pablo Rojas Paz y su

31 En aquellas fechas, los años cincuenta, Juan Goyanarte ya era autor de novelas y de numerosos artículos publicados en distintos medios de comunicación. Entre 1942 y 1967 publicó doce novelas y decenas de narraciones. Muchas de estas obras gozaron de numerosas ediciones y reediciones, siendo traducidas varias de ellas a otras lenguas. Probablemente entre todas las más conocidas fuesen *Campos de hierro* (1951), *El ventisquero* (1956), *Tres mujeres* (1956), *Kilómetro 25* (1959). Pero la que mayor popularidad le dio sin duda fue la novela *Lago Argentino*, editada por primera vez en 1955; esta obra estaba basada en experiencias personales vividas por el escritor en su viaje a la Patagonia. Todavía hoy día *Lago argentino* es considerada como una de las grandes obras en torno a ese territorio y es frecuente su mención dentro de la literatura de viajes. Para profundizar más acerca de la obra de Goyanarte se pueden consultar PINTO, Juan: “Realismo y realidad en la obra de Juan Goyanarte” en *Ficción*, Buenos Aires, enero – julio de 1961, pp. 101-111. ZABALA, José Ramón, “Juan Goyanarte (1900-1967). Un editor vasco-argentino”. *Laprida* (Argentina):Guregandik. revista del centro de estudios Arturo Campión, n°7, año 2011. Pp.13-28.

último cuento: “El caballo del ciego” N° 4, pág. 77. Letras americanas: “Esta tierra de Gracia” N° 4, pág. 149. Letras americanas: “La conjura de Xinum N° 6, pág. 115. Letras americanas: Poesías en discos, N° 7, pág. 134”³² (*Ficción*, julio-agosto de 1957: 186).

El proyecto de Goyanarte vinculado con *Ficción*, que se inició en 1956, estaba llamado a tener una especial relevancia; su actividad cultural y creativa permitió abrir nuevas vías a la cultura argentina y latinoamericana en general; además, mostraba una clara posición favorable a la legalidad democrática y crítica con respecto a la dictadura franquista. Se trata de un dato relevante ya que Juan Goyanarte, quien era escritor, viajero, editor, hacendado y un próspero empresario, estuvo relacionado con la diáspora vasca. Aun cuando se desconocen muchos otros aspectos de su biografía, también puede registrarse su vinculación con estas redes a partir de su ingreso en la revista *Sur* en 1951 (Cfr. con Petra 2017: 335). En el itinerario del nuevo proyecto de Goyanarte, se destacan dos líneas fundamentales de trabajo: la revista cultural *Ficción* por un lado, y por otro, un importante catálogo editorial integrado por escritores reconocidos y otros que se hallaban en sus comienzos (Cfr. con Zabala 2011: 13/28).

En la revista se distinguen tres grandes partes en las que se divide característicamente su estructura. En la primera, se recogía publicidad de distintas editoriales, otras publicaciones y productos diversos. En la segunda, aparecían artículos, ensayos, narraciones y comentarios; sin duda, constituía el bloque más interesante de *Ficción*. En la tercera parte, finalmente, se publicaban informaciones y comentarios de libros de reciente aparición. Asimismo, era habitual encontrar en las páginas de la revista

32 Existe la posibilidad de que Asturias haya publicado más artículos en la Revista, pero no ha sido relevada en todos sus números hasta el momento.

secciones dedicadas a las “letras francesas”, las “letras inglesas” o las “letras italianas”; es decir que el interés de la publicación no se limitaba a la literatura producida en América.

En cuanto a la publicidad, esta era una fuente imprescindible de dinero ligada al objetivo de lograr una empresa que se autofinanciara, y en tal sentido, se divulgaban las novedades y catálogos de otras editoriales reconocidas, como como Losada, el Fondo de Cultura Económica, Emecé o Sur. Ahora, en lo referente al catálogo de la misma editorial Goyanarte, las obras publicitadas seguían una línea de interés semejante por el mundo cultural latinoamericano al de *Ficción*. El catálogo presentaba un interés añadido, ya que no se trataba solo de vender libros, sino también de difundir la cultura y literatura del momento, de orientar al lector y, en suma, de promocionar la lectura. Este interés se aprecia de manera evidente en los catálogos publicados en formato de folletos. Los libros se organizaban en torno a diferentes temas, por ejemplo, “El mundo al día”, “El mundo al día en otros países”, “La mujer en la ficción”, “El hombre en la ficción” y “Latinoamérica”. Algunas obras aparecían clasificadas en varias secciones al mismo tiempo. Por ejemplo, obras de Miguel Ángel Asturias aparecen en el listado de “Otros pueblos” y en “Latinoamérica” (Cfr. con Zabala 2011: 13/28).

Entre los autores que colaboraron en la revista de aquellos años, se encontraban Ernesto Sábato, Jorge Luis Borges, Mario Benedetti, Ezequiel Martínez Estrada, Carmen Gándara, Augusto Roa Bastos, Mirta Arlt, Manuel Mújica Lainez, Clarice Lispector, Adela Grandona. La mayoría eran autores argentinos y americanos; no obstante, también escribieron autores españoles como Guillermo de Torre, María Teresa León y Francisco Ayala. La tendencia ideológica de estos colaboradores, defensores de la república y

críticos con la dictadura puede relacionarse con el pensamiento del director de la publicación.

La dirección de la revista *Ficción* se mantuvo en las mismas coordenadas hasta la aparición del número 42, el último que dirigió Goyanarte. En el número 43, el cambio de orientación fue muy evidente; la revista quedaba en manos del escritor Víctor Sáiz y del filósofo Rodolfo Seijas, y ambos intelectuales procedieron a una profunda reconversión de los contenidos y de la organización de aquella. El último número de la revista se publicó en 1964.

Para volver ahora sobre la figura de Asturias y sus redes, resulta oportuno señalar, por último, otra producción que fue publicada por editorial Alcándara y prologada por Gregorio Selser, a diez años de la intervención en Guatemala de 1954; por ese entonces, 1964, Asturias ya no residía en Argentina. La obra referida se tituló *Poemas para la batalla de Guatemala*; se trataba de una antología de poemas que tenía el propósito de dar testimonio de aquellos sucesos. De ella participaron intelectuales españoles como Rafael Alberti, Luis Alejandro y Juan Rejano; el norteamericano Charles Humboldt; el francés Louis Aragon; y otros autores, en su mayoría latinoamericanos. En cuanto a los argentinos que la integraron, entre ellos estaban Julio Acosta, Milguel Brascó, Edgar Bayley, Ramiro de Casabellas, Atilio Castelpoggi, Manuel González Flores, Raul González Tuñon, José Portogalo, Antonio Requeni, José Rodríguez Itoiz, Mario Trejo y Francisco Urondo; y entre los autores guatemaltecos, Melvin Rene Barahona, Luis Cardoza y Aragón, Otto Raúl González, Raúl Leiva, Miguel Ángel Vázquez y Alberto Velázquez.

En el "Prólogo" del libro, Gregorio Selser señalaba la variedad de autores, en su mayoría con una posición política públicamente conocida,

quienes se mezclaban con otros, hombres y mujeres, que no militaban en partidos o no se identificaban con ninguna ideología en particular.

Lo que los ha unido y hermanado, empero, una misma emoción ante la desgracia de un pueblo atropellado y esclavizado, la misma indignación ante la barbarie de la prepotencia, y la sinrazón del opresor. Y este sentimiento se ha expresado mediante la poesía, a manera de documento no menos valedero de una exaltación que en su momento fue común a todos los pueblos del mundo (Selser 1964: s/p).

Este libro era una reedición de *Guatemala, tu nombre inmortal*, de 1956, cuya tirada, muy reducida, hizo que pasara desapercibido. Sobre la base de esa edición, se realizaron nuevos aportes, especialmente de poetas argentinos. Según el "Prólogo", también habrían existido colaboraciones provenientes de autores de Europa, Asia y África, así como de América y Estados Unidos, de las que, sin embargo, no había sido posible disponer (Cfr. con Selser 1964: s/p).

La antología incorporaba un poema de Asturias, firmado por este, titulado "¡Salve, Guatemala!". Un segundo poema, con el título de "Tres Romances", pertenecería también a Asturias, según su hijo Miguel Ángel, aunque aparece firmado como Juan Pueblo (anónimo).³³

Para finalizar, como puede verse a través del itinerario que desarrollamos en este capítulo, creemos oportuno destacar la relevancia de los autores que formaron parte de la red de Asturias, y la frecuencia con la

³³ Información extraída del audio de una entrevista realizada por mí a Miguel Ángel Asturias hijo, en enero de 2017.

que aquellos aparecían en otras publicaciones o catálogos editoriales de la época; además, muchos de ellos se comentaban y reseñaban entre sí, con lo cual contribuían a su mutuo prestigio; ello permite mostrar, asimismo, que la red implicó distintas formas de construcción. Aquí se considera que las relaciones que Miguel Ángel Asturias pudo articular entre sus pares y con editores como Juan Goyanarte y Gonzalo Losada explican, en parte, las posibilidades con las que contó el autor guatemalteco para publicar sus producciones en nuestro país.

Capítulo VIII: La Revolución Cubana como nuevo punto de inflexión y el exilio europeo de Asturias

La década del sesenta y la Revolución Cubana. Repercusiones en el campo intelectual.

Asturias tuvo que sobrellevar un largo periodo de exilio en Argentina, en un primer momento, a raíz del golpe de estado de 1954 en Guatemala; a este le siguió un nuevo exilio, esta vez, en Europa. El desarrollo de este último estuvo vinculado con un nuevo golpe de estado en nuestro país, que llevó, en 1962, al derrocamiento del entonces presidente Arturo Frondizi. Además, el exilio del guatemalteco se relacionó con las repercusiones de la Revolución Cubana, proceso que evidenció que las condiciones para el triunfo de una revolución no estaban atadas a las previsiones establecidas por la tradición clásica.

El contexto de los años sesenta estuvo marcado, en este sentido, por el derrotero de la izquierda, que mostró una radicalización orientada al uso de la violencia. En esta trama, se produjo, asimismo, una radicalización de los círculos intelectuales en medio de la crisis generalizada de los valores e instituciones tradicionales de la política. Se aprecia una marcada politización de la cultura, y un crecimiento de las tensiones entre estética y política y entre modernidad y tradicionalismo.

Por otro lado, fue una década en la que se dieron grandes transformaciones a través de la confluencia de diferentes procesos históricos como la guerra de Vietnam, el muro de Berlín, la Primavera de Praga, la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos en Estados Unidos, la movilización de estudiantes mexicanos y su represión en Tlatelolco, el mayo francés. Pero no fueron menos los cambios culturales; baste considerar,

entre ellos, la aparición de los Beatles, Bob Dylan, los Rolling Stones, las primeras canciones de Serrat, la bossa nova, la Feria de Música y arte de Woodstock, el jean, la minifalda, *Mafalda*, el LSD, la píldora anticonceptiva, la despenalización de la homosexualidad en varios países, etc. Al mismo tiempo, tenían lugar experiencias revolucionarias a escala mundial, como la descolonización del sudeste asiático, la irrupción de nuevos estados independientes en África, la Revolución Cultural China, entre otras. Todo ello permitió que se abrieran debates en la izquierda sobre el carácter y las formas que debía asumir la revolución:

revolución por etapas o revolución socialista; las formas de llegar al poder: partido marxista leninista o guerrilla; las formas de lucha revolucionaria: la guerra popular prolongada o el foquismo; el escenario de la revolución: la primacía del campo por sobre la ciudad o a la inversa (Rostica y Nercesian 2014:168).

Diversos autores han señalado interesantes puntos de contacto entre los años veinte y los años sesenta latinoamericanos, en particular, en lo relativo a la repercusión que obtuvo en los sesenta la Revolución Cubana. Al respecto, se señala que su repercusión funcionó como caja de resonancia y dio surgimiento a figuras políticas de prestigio continental. La Revolución ha sido interpretada, desde esa perspectiva, como una gran galvanizadora de la juventud universitaria, que permitió condensar a sectores de diferentes procedencias y vincularlos y emparentarlos en una causa común que conllevaba la pretensión política de extender la Revolución más allá de la isla. En conexión con ese momento, se retomaron con fuerza algunas ideas de la década del veinte, como la de *conciencia latinoamericana*, moldeada por la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), y el

del humanismo intelectual de la Reforma Universitaria, del cual se desprendió un rechazo a la práctica imperialista vinculada con la acción norteamericana en la región del Caribe (Cfr. con Ansaldi y Funes 1998: 13/76 y con Bonforti 2017: 44/59).

Así, entre los años veinte y los sesenta, se conformaron redes de escritores latinoamericanos que sostuvieron espacios culturales antiimperialistas. La extensión de esta utopía, en ambos casos, pretendía abarcar a casi todo el continente; y si en los años veinte era hispanoamericana, en los sesenta fue, fundamentalmente, latinoamericana y tuvo un alto contenido sociopolítico socialista y revolucionario. La crítica antiimperialista de la década del veinte mantuvo cierta vigencia, y de este modo, permitió que se tendieran puentes con los años sesenta, en cuyo marco la Revolución Cubana actuó como disparadora de la voluntad de politización intelectual. Al mismo tiempo, la influencia de Estados Unidos ya no sólo se hacía sentir en la zona del Caribe, sino también el resto del continente.

Estos planteos nos parecen importantes porque también resulta posible situar a actores de los años veinte en los años sesenta. Por ejemplo, en 1961, Alejo Carpentier sostenía que la preocupación de orden político había restablecido el vínculo entre los intelectuales latinoamericanos, pero ahora con bases más firmes, ya que no se ignoraban ni los “fundamentos científicos del socialismo”, ni los principios constitutivos de la unidad continental, ni la identificación de los Estados Unidos como el enemigo común (Cfr. con Carpentier 1967: 74-89).

En ese sentido, la trayectoria de Asturias muestra que fue una figura activa tanto en los veinte como en los sesenta, y que se mantuvo ligado de manera consecuente a las ideas antiimperialistas. Con respecto a la primera

etapa, como ya se desarrolló en el capítulo II, participó de la Asociación AGELA, escribió crónicas sobre la vida parisiense para el Imparcial y mantuvo encuentros con numerosas personalidades de relevancia en los Congresos de Prensa Latina. Con respecto a la segunda etapa, destacamos que, en los sesenta, se organizaron congresos y encuentros de escritores de carácter continental en los que se proyectó la idea de crear una Comunidad Latinoamericana de Escritores o Sociedad de Escritores Latinoamericanos.³⁴ En esa línea, en el contexto de la Conferencia que expulsó a Cuba de la OEA³⁵ —y ante lo cual el pueblo cubano respondió enérgicamente, expresando aún más su apoyo a la Revolución—, Asturias participó de la organización de una contraconferencia acordada por los partidos progresistas del Cono Sur, en Montevideo. Dicha contraconferencia, que fue llamada “de los pueblos”, fue recordada así por el guatemalteco:

tuvo lugar en la Universidad de Montevideo y, por no caber en ella a menudo los reunidos, hubo que trasladarse a las plazas públicas de la ciudad. Tuve el honor de ser Presidente de esa Conferencia de los Pueblos, en defensa de Cuba y de la Revolución Cubana, que tanta dignidad aportaba a América Latina. En Buenos Aires yo era asilado político, es decir que no

34 La trayectoria para la conformación de una Comunidad Latinoamericana de Escritores se puede seguir a través de la siguiente cronología de una década pródiga en congresos, encuentros y seminarios: 1960, Primer Encuentro de Escritores Americanos, Universidad de Concepción, Chile; 1962, Congreso de Intelectuales de la Universidad de Concepción, Chile; 1965, Encuentro de Génova, donde se constituyó la Comunidad Latinoamericana de Escritores (CLE); 1966, Primer Encuentro de la Comunidad Cultural Latinoamericana, Arica, Chile; 1967, Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores, México; 1969, Encuentro Latinoamericano de Escritores, Chile; 1970, Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores, Puerto Azul, Venezuela (Cfr. con Albuquerque 2000: 337/350).

35 En enero de 1962, en vínculo con la política norteamericana de la Alianza para el Progreso, Estados Unidos ejerció toda su presión sobre los gobiernos latinoamericanos. En la octava Reunión de Consulta de la OEA, celebrada en Punta del Este, Uruguay, se acordó dicha exclusión por "incompatibilidad con el Sistema Interamericano".

podía hacer política, pero sí en Montevideo, donde no estaba asilado (Asturias 1999: 377/378).

Por estos años, Asturias también participó del coloquio sobre la novela hispanoamericana, en Buenos Aires, junto a Ángel Rama, Carlos Real de Azúa, Ciro Alegría, Augusto Roa Bastos, Bernardo Verbitsky y Ernesto Sábato; y se desempeñó como jurado del Primer Concurso Literario Hispanoamericano organizado por Casa de las Américas durante el periodo 1962-1969; además, asistió al Congreso de la Comunidad Latinoamericana de Escritores que se realizó en Génova en 1965. Tras instalarse en París en 1966, lo nombraron presidente del Pen Club francés, y posteriormente volvió a ocupar un cargo diplomático, esta vez como embajador de Guatemala en Francia, el cual mantuvo hasta su renuncia en 1970. En esta etapa se registra, además, su asistencia al Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores (1967) y al Encuentro Latinoamericano de Escritores (1969) (Cfr. con Gilman 2012: 130/142)

Como señalamos al comienzo, la Revolución había dejado entrever que era posible la alternativa armada revolucionaria, a la cual alentó. Según el Che Guevara, “el proceso cubano aportaba tres evidencias: a) las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército, b) no es necesario que estén dadas todas las condiciones para el asalto al poder, ellas pueden ser creadas por el foco guerrillero, c) en América Latina, el terreno de acción insurreccional debe ser el campo” (Cfr. con Ansaldi y Funes 1998: 13/76).

Las resonancias de estas ideas también tuvieron impacto en Argentina. La vía armada se configuró tempranamente dentro del peronismo; Cooke, primer delegado de Perón, una vez fracasadas y endurecidas las relaciones con el gobierno de Frondizi, alentó y participó en el primer intento de acción alternativa, el de la guerrilla rural peronista, instalada en Tucumán,

entre septiembre de 1959 y enero de 1960. El “Ejército de Liberación Nacional”, conocido como popularmente Uturruncos, parecía tener conexiones importantes con Cuba. Pero, durante el gobierno de Onganía, la acción directa fue tomando cuerpo, proveniente de diferentes vertientes políticas.

Más tarde, en 1969, se produjo el cambio decisivo hacia la radicalización armada, como producto de la particular cultura política en la que el adversario político tenía cada vez más las características de “enemigo”, de la debilidad del sistema de partidos y de la desvalorización de la democracia representativa. Luego del Cordobazo, estas organizaciones ocuparon el espacio público como una alternativa política más para el acceso al poder (Cfr. con Vezzetti en Terán 2013: 37 y con Gordillo 2007: 329/380) En efecto,

si bien la idea de violencia como camino de transformación social o política antecede a los sucesos de mayo de 1969, el proceso contestatario desatado allí tornó verosímiles varios de los argumentos de los grupos revolucionarios, peronistas o no, sostenían en relación a la transformación social y política, volviéndose creíbles para amplios sectores (Gordillo, 2007: 364/365).

A partir de dicho contexto, dentro de las organizaciones armadas de raíz marxista, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y el Frente Argentino de Liberación (FAL) se convirtieron en referentes. En la década del setenta, entrarían con fuerza en escena la organización de la izquierda peronista Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Estas últimas también

estuvieron vinculadas con la Organización Político Militar (OPM) en Paraguay.

Tras el impacto de la Revolución Cubana, se formaron, asimismo, muchas organizaciones revolucionarias en el resto del continente: el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FLAN) en Venezuela; las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) en Guatemala; las Fuerzas Revolucionarias de Colombia (FARC), etc. En el cono sur se generó, de este modo, un contexto de agudización de los conflictos, y se inició la instauración de golpes de Estado, o bien, se dieron procesos democráticos que avanzaban en políticas represivas. En esta coyuntura, empezaron a surgir organizaciones armadas de carácter urbano, como el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) en Uruguay; el Movimiento Revolucionário 8 de outubro (MR-8), la Vanguarda Popular Revolucionária (VPR) y la guerrilla Araguaia en Brasil; y el MIR en Chile.

Otro entramado que puede vincularse con las resonancias del proceso de la Revolución Cubana se asocia con nuevas corrientes literarias, como el realismo mágico, y con la apertura de distintos debates al interior de las ciencias sociales. En ese contexto, el debate conocido como Reforma o Revolución representó un punto de articulación entre las nacientes organizaciones políticas y político-militares de izquierda, que alcanzarían su máximo desarrollo en los setenta. El potencial de la democracia burguesa había comenzado a ser puesto en cuestión en tanto sistema justo de gobernabilidad ya en los años veinte; pero en los sesenta esta posición fue reeditada desde la izquierda, que advertía sobre los síntomas de agotamiento de la democracia y sobre el carácter sistémico concebido en

beneficio del orden burgués, todo lo cual imposibilitaba la transformación socialista. Fue en este marco que se recuperaron, además, los esquemas teóricos de Gramsci (Cfr. con Ansaldi y Funes 1998: 13/76).

Por otro lado, la Guerra Fría se dio en un contexto de recomposición del capitalismo a escala mundial. América Latina se encontraba en una coyuntura de crisis económica y política, lo cual suponía desequilibrios económico-sociales y problemas políticos; las tensiones aparecían y ya no podían resolverse con los tradicionales mecanismos de poder. Esto representó, para las clases dominantes, una encrucijada de difícil resolución. Fue entonces cuando se creó, por decisión de la ONU, la Comisión Económica de América Latina (CEPAL). Con ella, tuvo lugar un proceso de construcción de las ciencias sociales latinoamericanas, las que asumieron como foco de reflexión las situaciones de crisis de las sociedades de la región. Esto implicó, a su vez, una interacción entre diversas instituciones, como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pero también el surgimiento de tensiones en cuanto a las diferentes maneras de concebir las relaciones entre ciencia y política:

La querrela sobre los modos de producción y el carácter capitalista o feudal de la colonización del continente es bien ilustrativa al respecto, la conclusión a la que se arribe dicta un comportamiento político unívoco: si América Latina ha sido feudal y/o mantiene residuos de ese pasado feudal, la tarea política es la revolución democrática-burguesa; si en cambio, ella es capitalista (y por añadidura dependiente), la revolución

solo puede y debe ser socialista (Ansaldi y Funes 1998: 21).

Este proceso que se dio en las ciencias sociales incluyó un diálogo entre diferentes disciplinas y con países situados tanto dentro como fuera de la región, y por ello contribuyó, como se dijo, a fortalecer la reflexión acerca de las sociedades latinoamericanas; una reflexión que, muchas veces, incluso se orientó a servir de fundamento a la política revolucionaria.

El caso cubano, por otra parte, abrió las puertas para repensar la polaridad instaurada en la región por el clima de la Guerra Fría; emergió, así, la necesidad de encontrar un espacio alternativo, es decir, una tercera posición que representase una postura heterogénea. Solari se refirió a ella como “tercerismo”, al describirla como “una posición política internacional y no una ideología”, y sostuvo que “sedujo a sectores que se enrolaron en lo que se conoció como la Izquierda Nacional tanto en Argentina como en Uruguay” (citado en Bonforti, 2017: 46). En ese contexto, se reeditó la discusión acerca de la continuidad histórica de las intervenciones estadounidenses en América Latina y volvió a cobrar vigencia el debate entre panamericanismo y el latinoamericanismo. Esto, además, se vinculó con los varios procesos de conflicto social que se estaban produciendo en el continente: entre otros, la proyección de las guerrillas latinoamericanas; la política norteamericana conocida como Alianza para el Progreso; y los episodios de Playa Girón y la “crisis de los misiles”, que exacerbaban el clima internacional de la Guerra Fría.

Finalmente, en este marco, la Revolución Cubana llegaría a constituir un “nuevo modelo” para pensar las relaciones con el imperialismo:

un modelo alternativo a la dependencia imperialista, y al paso que la política norteamericana pretenda oponerse con más frontalidad a esa experiencia, las adhesiones crecerán en relación directa en círculos progresistas y de izquierda dentro de los cuales los intelectuales ocuparan un lugar de privilegio (Terán 2013: 183).

Todo este proceso al que hicimos referencia puso en el centro del debate el papel de los intelectuales y el dilema entre la ciencia o el arte y la política. En el apartado que sigue, veremos como Miguel Ángel Asturias se insertó en esa nueva configuración del campo intelectual, sobre todo, con respecto a las llamadas, en un sentido amplio, redes de izquierda (Cfr. con Alburquerque 2011: 257/299).

La red de intelectuales en la década del sesenta y la participación de Asturias

En la década del sesenta, en la sociedad argentina —como vimos en distintos momentos de este trabajo—, tuvo lugar un proceso de modernización observable en diversos aspectos: el tipo de consumo de la clase media, en la expansión cientificista ocurrida en la universidad; y en los cambios que experimentaron los medios masivos de comunicación. Las consecuencias también se extendieron sobre el campo intelectual, lo que se expresó bajo la forma de un reordenamiento de este producido luego de la caída de Perón. Ello implicó una redefinición de la franja crítica dentro del espectro político-cultural y conformó uno de los rasgos centrales del nacimiento de la nueva izquierda argentina en dicho campo.

Desde fines de los cincuenta, los partidos se habían dividido por variadas razones; los puntos en común, sin embargo, estaban constituidos por las crisis de las tradiciones partidarias y la problemática irresuelta de la exclusión política del peronismo. La UCR se dividió entre Balbín —UCR del pueblo— y Frondizi —UCR Intransigente—; el PS, entre el PS Democrático —encabezado por Ghioldi— y el PS Argentino —que tenía como referente a Palacios—. Además, durante la década del sesenta, el PSA sufrió numerosas deserciones de parte de los grupos más radicales, que formaron, a su vez, otros grupos y partidos.

La relectura del “hecho peronista” no solo produjo la escisión de las facciones intelectuales de la izquierda con respecto al ala liberal, sino que causó resquebrajamiento incluso al interior de las propias estructuras de ambas líneas.

En los años posteriores al derrocamiento de Perón, la pérdida de hegemonía de la facción liberal en el campo intelectual puede verse reflejada en las circunstancias que atravesó la revista *Sur*. Los problemas que distanciaron a los liberales de la franja intelectual de izquierda no fueron sólo políticos, pues los desacuerdos no se limitaban al análisis de la experiencia peronista o a la crítica de la Revolución Cubana;³⁶ también constituyeron un obstáculo las dificultades que ese círculo mostró para acoger los “destellos de modernidad”, al mostrar poco interés por las nuevas temáticas y perspectivas teóricas (Cfr. con Terán 2013: 121/136).

Asimismo, se observan contradicciones con respecto al proceso de modernización en una revista, como, por ejemplo, *Primera Plana*. En esta publicación, pueden leerse, ciertamente, signos de promoción de la

36 Por ejemplo, el proceso histórico cubano no era mencionado por *Sur* como una revolución.

modernización económica y social; pero, al mismo tiempo, es posible encontrar formulaciones que requieren la eliminación de la conflictividad política. Con ese fin, se apuntalaba un proyecto integracionista y se colocaba la eficacia de la modernización en tanto valor superior al de una democracia entendida, por la revista, como “formal” (Cfr. con Terán 2013: 121/136). De este modo, *Primera Plana* mantenía una visión moderna

al propugnar una mayor racionalidad y eficiencia para potenciar la productividad industrial o al enfatizar fenómenos como la urbanización y la importancia de los medios de comunicación de masas, por otra parte aparece [como] escasamente moderna toda vez que se trate de ampliar el ámbito de la ciudadanía política en términos reales en que esta cuestión estaba planteada por la proscripción del peronismo (Terán 2013: 122).

A su vez, promovía escritores argentinos

como Borges, Cortázar o Marechal, que dentro del fenómeno más vasto del llamado boom de la literatura latinoamericana, compartirán espacios con García Márquez o Vargas Llosa, pero también introduciendo la técnica de las listas de best-sellers que debían leer quienes no quisieran quedar fuera de las novedades de los tiempos (Terán 2013:123).

Además de la mencionada tensión dialéctica en ascenso entre la modernización cultural y la radicalización política, desde mediados de la década del sesenta, operó, junto a ella, la intervención de fuerzas conservadoras y reaccionarias ancladas en el Estado y en la sociedad. Al

respecto, el partido militar promovió la implantación de valores nacionalistas, tradicionalistas y familiaristas, para lo cual apelaba al acervo antimodernista de la Iglesia y a su demostrada influencia sobre el Ejército. En el clima exacerbado de la Guerra Fría y de la teoría de las fronteras ideológicas interiores, basadas en la contradicción y la polaridad en torno del eje comunismo-anticomunismo, sin las cuales dichas fronteras no se podrían entender, la doctrina de la “seguridad nacional” llegó a ser dominante en las fuerzas armadas argentinas y sus efectos resultaron literalmente mortales (Cfr. Ponza 2010: 89/98).

En el contexto convulsionado de los sesenta, se conformó pues, asimismo, un campo intelectual latinoamericano

que atravesó las fronteras de la nacionalidad y que encontró en la Revolución cubana un horizonte de aperturas y pertenencia [...]. La convicción de una identidad común basada en América Latina fue correlativa de la construcción de un campo empírico de intervención a partir de la sociabilidad, sociabilidad concebida como parte operativa de la voluntad de transformar el mundo (Gilman 2012: 102).

Para ejercer su oficio, los escritores debieron atravesar cambios radicales; si antes pasaban inadvertidos, ahora, los escritores consagrados no solo eran actores de la escena artística sino también de la política latinoamericana. La Revolución y el ideal socialista se convirtieron en un horizonte deseado para los núcleos intelectuales; la violencia política y la lucha armada tenían presencia a escala planetaria; y en este marco, se inauguraron espacios de transición y de crítica a los modelos y a las

tradiciones políticas establecidas en esa época (Cfr. con Ponza 2010: 99/139).

También el humanismo historicista y el marxismo, entendido como un género del humanismo, ganaron gran repercusión en dicha época. El humanismo entendido en un sentido moderno, que concebía a los sujetos en tanto portadores y árbitros de sus propios significados y prácticas, había permitido, según Terán, un fluido intercambio entre la corriente existencialista y el materialismo histórico, cuyas derivaciones hicieron posible la variación del intelectual comprometido hacia el intelectual orgánico (Cfr. con Ponza 2010:103).

En los sesenta, la política se convirtió en el principal parámetro de la legitimidad de la producción textual; y el espacio público fue el escenario privilegiado donde se autorizó la voz del escritor, convertido en intelectual.

Esta conversión de escritor en intelectual es el resultado de varios procesos: la dominancia del progresismo político en el campo de las elites culturales; la hipótesis generalizada acerca de la inminencia de la revolución mundial; el debate sobre los “nuevos sujetos revolucionarios” que intentaba pensar que nuevos actores sociales llevarían a cabo la transformación radical de la sociedad; [...] la voluntad de politización y el interés por los asuntos públicos (Gilman 2012: 29)

Así, en la intersección entre las producciones culturales y el convulsionado campo de procesos políticos, se dio la aparición de numerosas publicaciones que proponían un enfoque explícitamente político y

cultural y se distanciaban, por tanto, de la línea que habían seguido otras publicaciones previas. Así, el formato revista se convirtió ahora en el principal punto de encuentro y medio de expresión e intercambio de ideas de una red intelectual crítica o contestataria, que buscó definir los rasgos de su identidad y que generó opinión y controversias, tanto dentro como fuera del campo intelectual (Cfr. con Ponza 2010: 99/139).

La conformación de la red latinoamericana de revistas, además de servir a la difusión de los autores y textos latinoamericanos, fue uno de los escenarios donde dichos escritores se ratificaron como intelectuales. En ella, los escritores encontraron un poderoso eco de resonancia para sus discursos, y al mismo tiempo, se sintieron requeridos a pronunciarse y a tomar posiciones sobre los asuntos contemporáneos (Cfr. con Gilman 2012: 57/96).

Al considerar esa red, se vislumbra un nuevo espacio cultural común; dicho espacio cultural latinoamericano tuvo a la Revolución Cubana y a la Revista *Casa de las Américas* como instancias aglutinadoras (Cfr. con Albuquerque 2000: 337/350):

se trata de una apelación identitaria y utópica en torno a la idea de cambio y revolución, un proceso de fuerte contenido latinoamericanista y tercermundista, donde se revitalizan el integracionismo de cuño bolivariano y la apuesta por un espacio cultural latinoamericano (Subercaseaux, citado en Albuquerque 2000: 339).

Este espacio común era sostenido por una red de escritores latinoamericanos, a través de congresos, encuentros, seminarios y declaraciones públicas firmadas por amplios conjuntos de intelectuales. De

este modo, se procuraban un intercambio, promoción y mediación ideológica que se tradujesen en una práctica intelectual y en una política editorial clara y homogénea dirigida al público en general. Así, los núcleos de intelectuales se convirtieron en centros de intercambio e influencia cultural y política.

Casa de las Américas se autodefinió como una institución cultural dirigida a servir a todos los pueblos del continente en su lucha por la libertad. Estos objetivos se clarificaron y expandieron, y se tornaron más evidentemente políticos, tras el bloqueo impuesto a Cuba y tras la expulsión de ese país de la Organización de los Estados Americanos (OEA), lo cual ocurrió en 1962 (Cfr. con Gilman 2012: 57/96). En ese contexto, Casa de las Américas centralizó, cooptó, redistribuyó y legitimó nombres y discursos en un sistema de préstamos y ecos con otras revistas del continente.

La revista tejió una red político-ideológica en torno a la Revolución Cubana y reforzó la comunidad intelectual latinoamericana; a su vez, otras revistas culturales latinoamericanas se articularon alrededor de ella. Fue un lugar de encuentro entre escritores y periodistas del que participaron la mayoría de los autores del boom. Muchos escritores latinoamericanos que pertenecían a los círculos intelectuales así configurados recibieron reconocimiento internacional.

En la primera entrega de la revista, se incluyeron textos de Ezequiel Martínez de Estrada; los cubanos Virgilio Piñera y Arrufat; el colombiano Luis Enrique Valencia; el mexicano Carlos Fuentes, y el guatemalteco Miguel Ángel Asturias (Cfr. con Ponza 2010: 99/139).

Las características de ese campo intelectual latinoamericano, marcadamente politizado, se convirtieron en una preocupación para la política norteamericana, que se manifestó a través de la intervención del

Congreso por la Libertad de la cultura. Este Congreso, al que ya se hizo referencia, actuó como un frente intelectual de apoyo a la política norteamericana y claramente anticomunista. Sus representantes se reunieron, esta vez, en París, durante los días 14,15 y 16 de diciembre de 1960:

para evaluar los potenciales peligros de la politización de los intelectuales del continente³⁷. También debatieron el “problema” cubano, presentado como el de una nueva amenaza “totalitaria” por parte de la revista *Cuadernos*, órgano del Congreso para América Latina (Gilman 2012:106).

La revista *Cuadernos* llegó a publicarse hasta junio de 1965; pero desde entonces

ninguno de los nombres de los colaboradores de la revista volvería a verse en los años siguientes en una posición importante. La revista pertenecía a la vieja guardia liberal y no tenía público ni buena reputación (Mudrovic, citado en Gilman 2012: 107).

Luego se proyectó una revista sucesora de *Cuadernos*, *Mundo Nuevo*, que estuvo a cargo de Emir Rodríguez Montreal hasta 1968, fecha en que cambió de director y de sede —de París a Buenos Aires—. *Mundo Nuevo* estaba enmarcada en las políticas de cooptación intelectual

37 Gilman, en la primera edición de su libro, utilizó los términos *comunidad de intelectuales latinoamericanos* o *familia intelectual latinoamericana*, en el sentido de la conformación de una comunidad vinculada por lazos casi filiales entre los escritores. Luego, en la edición ampliada del libro, aclaró que se trataba de una familia patriarcal, de la cual la mujer estaba explícitamente excluida, y que las luchas de los sesenta habrían sido el antecedente de las actuales reivindicaciones de las minorías.

diseñadas desde los Estados Unidos, y por lo tanto, no miraba con simpatía a Cuba. Además de alentar proyectos para la realización de estudios sociológicos y para la difusión de productos culturales en esa misma línea, se vio involucrada en el escándalo que se desató al darse a conocer su financiamiento por parte de fundaciones norteamericanas y de la CIA.

Frente a este periodo signado por el interés común de reunir cultura y política, Estados Unidos respondió diversificando sus políticas de cooptación, a la vez que prometía transformar a las grandes capitales latinoamericanas en centros de arte internacional. Esto movilizó y trajo conflictos al interior de la comunidad de intelectuales latinoamericanos, y resultó en una verdadera paradoja, ya que “a medida que se intensificaba el interés norteamericano por los artistas latinoamericanos, [...] algunos intelectuales exigieron que se refrendaran los pactos con la política: es decir, los pactos con la revolución” (Gilman 2012:130), con lo cual muchas posiciones se radicalizaron. No parece casual, entonces, que en paralelo comenzara la discusión sobre el “intelectual como problema”, para usar los términos de Gilman. Por otra parte, puede pensarse que la literatura latinoamericana también logró constituirse en un foco original de producción, reconocido como tal en el mundo occidental, sin ayuda norteamericana. Pero a medida que el conflicto ganó centralidad, la literatura de América Latina adquirió una visibilidad con la que hasta entonces no había contado.

Ahora bien, conectados con las redes de escritores que sostenían el espacio cultural latinoamericano, se destacan los siguientes encuentros: el Primer Encuentro de Escritores Americanos (1960) y el Congreso de Intelectuales de la Universidad de Concepción (1962), ambos realizados en Chile; el Encuentro que se llevó a cabo en Génova (1965), durante el cual se constituyó la Comunidad Latinoamericana de Escritores (CLE); el Primer

encuentro de la Comunidad Cultural Latinoamericana de Escritores (1966), realizado en Arica, Chile; el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores (1967), convocado en México; el Encuentro Latinoamericano de Escritores (1969), nuevamente, en Chile; y el Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores (1970), que se desarrolló en Puerto Azul, Venezuela (Cfr. con Albuquerque 2000: 337/350).

En los primeros encuentros se trataron temas como la rebelión hispanoamericana contra el superregionalismo; la validez de la función social de la expresión literaria; las relaciones entre la literatura y el proceso latinoamericano; y así comenzó a asomar un debate que excedía lo literario hacia temas sociales. Para 1962, la influencia de la Revolución Cubana se hacía sentir; se había convertido en una causa política que unificaba al continente y a sus escritores. Incluso muchos de ellos viajaron a Cuba y colaboraron con la revista bimensual de *Casa de las Américas* y sus premios.

La Habana se transformó en un destino emblemático de la época. El jurado del Concurso Literario Premio Casa de las Américas implicó la constitución de un jurado de escritores destacados y la participación de artistas, bien como parte de dicho jurado o bien para recibir el premio, uno de los más prestigiosos del momento. Esta iniciativa cultural fortaleció el vínculo con los escritores del continente, con las instituciones culturales cubanas y con la defensa política de la revolución. Claudia Gilman afirma que “las revistas fueron el soporte y el síntoma de la creación de una comunidad, que no fue solamente imaginada” (2012:464).

Los viajes a la isla, la fluida relación y la red de préstamos y colaboración que mantenían las revistas, no sólo reforzaron la idea Latinoamérica como Patria

Grande, sino que la solidaridad con Cuba convirtió a los solitarios y aislados núcleos intelectuales en activos centros de intercambio e influencia cultural y política. (Ponza 2010:123).

La postura de solidaridad que Asturias sostuvo hacia la Revolución Cubana —y a la que ya se hizo referencia en el desarrollo de este trabajo— impactó sobre su trayectoria, y abrió un nuevo período de exilio que, esta vez, lo llevó a Europa. Dicho periodo se inició tras su detención en Buenos Aires, que significó su posterior partida de Argentina. Con relación a ello, cabe destacar dos acontecimientos fundamentales narrados por el propio Asturias; por un lado, la noticia de la caída de Batista, y por otro, el relato de su propia detención.

Acerca del modo en que recibió la noticia del derrocamiento y huida de Batista, contaba:

Nos hallábamos en nuestra casa, en el número doscientos dieciocho de la Avenida Libertador. Era una casa muy grande en la que había muchísimas personas. Recuerdo a Rafael Alberti y a María Teresa León, los embajadores de Polonia y Rumania, Oliverio Girondo, Elvio Romero, Augusto Roa Bastos y Nicolás Guillén. Nicolás no solo estaba exiliado en Buenos Aires, sino que se le había cumplido con la policía el tiempo de residencia en la Argentina.

De repente, sonó el teléfono, y mi cuñado Juan Mora y Araujo, que era redactor del diario *Clarín*, me dijo: <En

este momento se da la noticia de que acaba de huir en un avión Fulgencio Batista. No ha sido confirmada, pero al mismo tiempo llegan despachos de que avanzan las tropas de Fidel Castro>. A partir de ese momento ya no se hizo fiesta por el año que se iba, sino por el dictador que caía. Como tres cuarto de hora después, mi cuñado nos confirmaba la noticia. Hay que imaginarse la alegría de Nicolás Guillén y de todos los concurrentes que se quedaron toda la noche en casa (Asturias 1999:374).

Como vimos, Asturias estableció sus primeros contactos con la Revolución Cubana en Buenos Aires, al encontrarse con Fidel Castro en la Conferencia de los Veintiuno, y luego fue invitado a visitar la Habana para el primer aniversario de la Revolución; allí conoció a los principales líderes. Por otra parte, en Buenos Aires, en la casa de Asturias, donde “se hacen reuniones literarias [y] se lee poesía en voz alta, se agasaja a escritores cubanos una vez producida la revolución” (Sáenz 1974: 138).

Por último, en cuanto los acontecimientos que lo llevaron a marcharse de nuestro país, es importante destacar que fue detenido al poco tiempo de su regreso a Buenos Aires tras la Conferencia de los Pueblos, realizada en 1962 en Uruguay. El propio escritor guatemalteco describe con su voz aquellos acontecimientos de la siguiente forma:

Esa misma noche empezaron a capturar intelectuales. La lista era de dos mil. Figuraba yo en unos de los primeros lugares de las listas. Una noche de esas se presentó en mi casa, no solo la policía, sino un verdadero ejército, para capturarme, esencialmente por

haber presidido la conferencia de Montevideo en defensa de Cuba y de la dignidad e independencia de América Latina al coloso del norte (Asturias 1999:378).

Su detención tuvo lugar poco después del golpe de estado del 29 de marzo de 1962, cuando cayó Frondizi y asumió el poder Guido. Los motivos de su detención, difundidos por la prensa local, resaltaban su vinculación con el proceso cubano. La detención de Asturias, ocurrida el 19 de abril de 1962, se justificó en su “reconocida militancia en el comunismo y organismo colaterales” (Rostica 2014: 242), luego

por problemas de salud, lo internaron por ocho días, cuando se le notificó, sin otra explicación, su libertad. Según se difundió en la prensa, Asturias pertenecía a la comisión de solidaridad con Cuba. Tras estos sucesos, decide marcharse de Argentina para nunca más regresar (Ibidem: 242/243).

Capítulo IX. Asturias en Europa. De la red de intelectuales de izquierda a la Comunidad Latinoamericana de Escritores

Dada la trayectoria de Asturias, podemos afirmar que el escritor guatemalteco fue parte integrante de ese heterogéneo espacio cultural antiimperialista que les permitió a los escritores de la región pensar cuestiones latinoamericanas. De ese modo, pudieron reactualizar posiciones con relación a la preocupación por la amenaza de Estados Unidos y ante su pretensión de influir de manera directa o indirecta en la política interna de los países del continente. En efecto, Asturias

se identificó con las campañas antiimperialistas de todas las latitudes, su amistad con los líderes más connotados del Tercer Mundo y su visibilidad internacional, respaldada o sostenida por las izquierdas, la habían permitido ampliar su horizonte cultural y asumir el rol simbólico, y reductor, de escritor comprometido por excelencia (Amos Segala en Gerald Martin, 2000:XV/XVI).

Recordemos también que, apenas comenzado este segundo periodo de exilio, se publicaba *Poemas para la Batalla de Guatemala* —obra que ya mencionamos en el capítulo anterior—. En el prólogo del libro, Gregorio Selser proponía un paralelo³⁸ entre la intervención de 1954 y otro de los

38 En este paralelo entre 1954 y 1961, se resalta que el imperialismo se comportó igual, actuando con la misma desaprensión en apoyo de sus intereses económicos. Pero los pueblos latinoamericanos en cambio, aprendieron sobre todo de la traición del ejército y la incapacidad del gobierno para movilizar al pueblo. Por eso, años después, en Cuba no hubo ejércitos sino milicias populares, hubo armas de los países socialistas, hubo participación del pueblo en la defensa contra el imperialismo. Aquí se intenta mostrar la lección que aprendieron los cubanos, y la acción reiterativa del imperialismo en América.

sucesos destacados de la década del sesenta, la invasión a Playa Girón, preparada con el apoyo de la CIA y del gobierno norteamericano, y llevada a cabo por cubanos disidentes que habían sido entrenados por los Estados Unidos en Guatemala

Para quienes dudaban de la existencia de una maquinación perfectamente sincronizada entre la CIA, el Departamento de Estado, la OEA, los monopolios periodísticos e informativos de Estados Unidos y de todo el continente americano, y los conjurados del ejército guatemalteco, los sucesos de Playa Girón – Bahía de Cochinos – en abril de 1961 bastaron para convencerles. Porque lo ocurrido en Cuba no fue sino una reedición en escala algo mayor del “guatemalazo” de junio de 1954 [...] Pero si lo de Cuba fracasó, fue precisamente porque ya había existido con prioridad la experiencia ominosa de Guatemala. Y así, históricamente, fue preciso que Guatemala sucumbiera para que Cuba sobreviviera al asalto invasor mercenario. Porque en Cuba hubo dos detalles fundamentales de diferencia a lo ocurrido en Guatemala. No hubo traición interna de los militares simplemente porque el ejército profesional cubano ya no existía y, por otra parte, el pueblo fue abundantemente armado desde semanas antes por el gobierno y se convirtió en el incuestionable apoyo de éste (Selser 1964:s/p).

Así, la postura revolucionaria, antiimperialista, latinoamericanista y de apoyo a la Revolución Cubana hace posible situar a Asturias en dos de las redes de intelectuales que proponía Albuquerque. Por un lado, se encuentra la red denominada de izquierda, que integró durante su exilio en Argentina; al respecto, resulta significativo que Asturias no haya estado ligado a orientaciones soviéticas —no era comunista— ni tampoco a orientaciones cubanas vinculadas con la alternativa de la violencia —recordemos que muchos intelectuales figuraron entre los procubanos, pero no eran dogmáticos—. Cabe insistir sobre el hecho de que Asturias nunca apoyó la violencia como una vía para la revolución, lo cual le supuso una difícil posición, dado que su hijo, Rodrigo, fue uno de los dirigentes históricos de la guerrilla guatemalteca.

Por otro lado, se sitúa la red de intelectuales de la Comunidad Latinoamericana de Escritores —que comenzó a conformarse en 1965 y actuó hasta 1970, aproximadamente—, de la que formó parte durante su exilio en Europa. Esta red fue fundada en el congreso de Génova, e impulsó la realización de encuentros en México —donde sufrió la defección del grupo procubano— y en Venezuela. Supuso el esfuerzo más serio por constituir una asociación amplia y fuerte, con capacidad resolutive y deliberativa. Su proyección fue, sin embargo, muy limitada (Cfr. con Albuquerque 2011: 257/299).

Durante los primeros años de su exilio en Europa, Asturias recorrió universidades francesas e italianas dando conferencias sobre la literatura hispanoamericana. En Italia, participó de una serie de conferencias sobre la novela latinoamericana que tuvieron lugar con el patrocinio de Columbianum. Esta institución de acercamiento entre Italia y América Latina, con sede en Génova, había iniciado sus actividades en 1959; presidida por el padre Arpa

y con el profesor Amos Segala de secretario, respondía a un contexto de aggiornamento eclesial que combinaba el cristianismo con la cuestión social.

La red de amistades latinoamericanas del Columbianum proyectó, en 1965, un Congreso que tenía como propósito fundar la *Revista América Latina* con recursos del gobierno italiano.

Las orientaciones y el operativo de la *Revista América Latina* se perfilaba [sic] claramente con un signo democrático izquierdizante y todo parecía concurrir a la creación de un instrumento prestigioso e integrador, cuyo pulmón iba a ser la recién fundada Comunidad Latinoamericana de Escritores: hermanada desde Génova con la comunidad Europea de Escritores dirigida por Giancarlo Vigorelli, conocido promotor de las relaciones culturales Este-Oeste, y con la Sociedad Europea de Cultura de Venecia (Asturias 1999:438).

Allí se reunieron profesores, escritores y especialistas para tratar los problemas latinoamericanos; hubo en total más de cien delegados. Entre otros, asistieron los cubanos Juan Marinello y Roberto Fernández Retamar; el mexicano Juan Rulfo; el argentino Ernesto Sábato, y el peruano José María Arguedas. Rama describió este encuentro como un diálogo pluriideológico entre marxistas, católicos, conservadores e independientes de izquierda —con la ausencia de representantes de la derecha liberal—. (Cfr. con Gilman 2012:112).

Como resultado de este encuentro surgió una declaración que proclamaba la unidad latinoamericana en la diversidad:

En la “Declaración de Génova” –publicado por Casa de las Américas N° 30– se proclamó la existencia de América Latina como unidad más allá de la diversidad y se consideró la Revolución Cubana como el acontecimiento central de los tiempos. El manifiesto “Nuestra América”, emanado del encuentro, afirmaba que el intelectual latinoamericano había hecho suya, como “conciencia moral”, la posición antiimperialista. (Rama citado en Gilman 2012:112).

Cómo se consignó más arriba en palabras del mismo Asturias, Columbianum ganó fama de izquierdizante y se convirtió en una amenaza para los que trataban de mantener la balcanización cultural e ideológica de América Latina; a raíz de ello, le faltaron los apoyos necesarios y acabó por desaparecer como institución.

Fue en ese mismo año, 1965, durante su estadía en Génova, cuando Asturias recibió la noticia de que había sido galardonado con el Premio Lenin. Luis Cardoza y Aragón, en su libro *Miguel Ángel Asturias, casi novela* (1991) es uno de los pocos que ha señalado, ya desde las primeras páginas, que el guatemalteco recibió ambos premios, el Premio Lenin de la Paz, en 1965, y Premio Nobel de Literatura, en 1967. Este doble galardón da cuenta, desde nuestra perspectiva, de su participación en redes flexibles y heterogéneas, las cuales no se circunscribían a ninguno de los polos de la Guerra Fría, sino que se vinculaban a un movimiento proveniente de países no alineados o del tercer mundo. De dichas redes formaban parte escritores

de izquierda, en sentido amplio, y estas presentaban una característica continua: su antiimperialismo.

Asturias viajó a Moscú para recibir el premio Lenin en 1966:

En Moscú la ceremonia fue muy solemne y emotiva, sobre todo porque el salón del Kremlin se llenó de estudiantes y obreros. Me preguntaron que quién quería yo que me impusiera la medalla Lenin en el pecho, y como se encontraba allí la famosa Dolores Ibarruri “La Pasionaria”, que tanto me recordaba a España, le pedí que fuera ella, y a ella le ofrecí un ramo de rosas rojas que me habían obsequiado (Asturias 1999:406).

Un año después, como adelantamos, recibió el Premio Nobel de Literatura. Al respecto, expresó:

Al recibir el premio pensé en la responsabilidad moral que entraña y en el hecho de que a través mío se premiaba toda la novelística latinoamericana y se honraban los sueños y las luchas de los pueblos de nuestro Continente (Asturias 1999:409).

Ya el sartrismo había ofrecido garantías teóricas al papel transformador del escritor-intelectual; así, se forjó la noción de compromiso³⁹ que sirvió de fundamento a la conversión del escritor en intelectual. La

39 La noción de “compromiso” (*engagement*) sirvió de fundamento a la conversión del escritor en intelectual. Sartre, en “La liberté cartésienne”, de 1967, señalaba que “el escritor tiene una *situación* en su época; cada palabra suya repercute. Y cada silencio también”; y volvía sobre esta idea en otro de sus textos centrales, como *¿Qué es la literatura?* (1948), al acercar las aspiraciones políticas de los intelectuales con sus preocupaciones profesionales. (Cfr. con Terán 2013: 49/63 y con Gilman 2012: 57/96)

noción de intelectual comprometido permitía un doble movimiento: involucrarse en una situación político-social determinada, sin abandonar el campo intelectual. De este modo, se convertía en una conciencia humanística y universal, más allá de las fronteras y de las nacionalidades, y exenta de una filiación partidaria concreta. En consecuencia, aseguraba una participación en la política sin abandonar el propio campo; se definía la tarea intelectual como un trabajo en el que era posible articular el pensamiento crítico y, de suyo, político. Desde ese lugar simbólico del intelectual como conciencia crítica, muchos escritores fundaron su legitimidad (Cfr. con Terán 2013: 49/63 y con Gilman 2012: 57/96). Influenciados por los escritos sartreanos, que oficiaron como organizadores de una ideología conectada con las preocupaciones sociopolíticas para confluir con los intereses populares, tenían como centro argumentativo el compromiso: “la certidumbre del discurso de los intelectuales debía ser significativo para la sociedad, y especialmente para los sectores populares” (Sarlo 1985: 3).

En referencia a esta nueva posición del escritor, Gilman (2012) observó que

La agenda cultural ofrecía la posibilidad de una acción a futuro que, aunque mediada, podría preparar el terreno ideológico para la transformación de la sociedad. Esa apelación a la literatura y al arte como espacio del compromiso intelectual, esto es, el reconocimiento de la eficacia en el campo específico de la formación previa del intelectual comprometido, caracterizó la cultura de izquierda de los años sesenta como espacio posible de consenso y negociación política (Gilman 2012:96).

Asturias, Carpentier y Vargas Llosa plantearon, en una mesa redonda realizada en París en mayo de 1967, que el arte era impotente para realizar transformaciones sociales —en especial, por el hecho de que las grandes mayorías que interesaban al escritor estaban relegadas al mercado cultural —, mientras, por otro lado, continuaban exponiendo las antiguas convicciones vinculadas con el ideal crítico. Gilman resumió dichas convicciones de este modo:

que la labor del escritor constituía una vocación de renuncia y combate, que la función del novelista latinoamericano era elaborar una literatura de protesta (protesta, claro está, no asimilable a la denuncia panfletaria) contra una realidad disgustante y que la literatura contribuía a la toma de conciencia de las masas” (2012: 178).

La idea que Asturias tenía sobre el papel del intelectual puede, asimismo, recuperarse a través de su definición de la literatura comprometida, sobre la que se expresó en una entrevista⁴⁰ en estos términos:

Yo entiendo por *literatura comprometida* aquella literatura responsable que responde a las necesidades de un pueblo, que es la voz de ese pueblo y que al mismo tiempo se convierte en un puente para poder llevar a otros espíritus, a otros hombres, el eco de las necesidades, de los sufrimientos, y también de las

40 La entrevista aparece sin fecha y sin datos del entrevistador en un Apéndice del libro del propio Miguel Ángel Asturias, *El hombre que lo tenía todo, todo, todo*, editado por Bruguera en 1981.

alegrías de su país a efecto de que puedan tener una repercusión universal. En la literatura latinoamericana, si se entiende por literatura comprometida aquella que se ha hecho siempre responsable de los grandes acontecimientos de nuestros países y también de las necesidades, de las situaciones difíciles de opresión, de tiranía, de sufrimiento, de faltas de medios de vida, de hambre, de falta de tierra, etc., entonces nuestra literatura ha sido siempre la *literatura comprometida, una literatura responsable* (Asturias b) 1981: 202/203).

Pero no debe olvidarse que el encuentro con la noción de revolución, desde mediados de los sesenta, habilitó una nueva convicción que dio forma al campo intelectual de aquellos años: “la de que el intelectual podía y debía convertirse en uno de los principales agentes de transformación de la sociedad en especial en el Tercer Mundo” (Gilman, 2012:59). Para Terán, la incorporación de esa noción marcó

el pasaje de ese humanismo existencialista de signo trágico hacia otro optimista en la capacidad de transformación de las estructuras despóticas que pesan sobre los hombres, y en las derivaciones de este deslizamiento [sería] posible detectar asimismo una variación desde el intelectual del compromiso hacia otro confiado en dicha posibilidad revolucionaria y más demandante de un lugar orgánico en sus relaciones con las clases subalternas (2013: 56).

En este contexto de movilización se llevaron a cabo la Tricontinental, OLAS y el Congreso Cultural de la Habana, que tenían, como objetivo a

largo plazo, constituir un “frente mundial contra el imperialismo” y afianzar “vínculos comunitarios en torno a la defensa de la revolución y a la discusión sobre los modos de intervención intelectuales y estéticos adecuados para extender las posibilidades revolucionarias en todo el continente” (Gilman 2012: 119/120).

Así, bajo los auspicios de la Conferencia Tricontinental, realizada en La Habana en 1966, se constituyó, en 1967, la Primera Conferencia de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL). Entre los ejes de discusión, estaba la problemática de los escritores con relación a la función social de los intelectuales y su papel en las luchas de liberación nacional. Meses después, se acordó constituir la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), cuyo objetivo fue convertirse en un instrumento de coordinación de las diferentes experiencias revolucionarias del continente. Se consideraba que la lucha era de todos los pueblos de América Latina contra su enemigo común: el imperialismo norteamericano, y contra sus servidores, los gobiernos instalados en cada país para reprimir a los pueblos, servir al imperialismo y representar los intereses criminales de las oligarquías nacionales (Cfr. con Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad 1967: 109-114). Sin embargo, en ese mismo año, este impulso tuvo, como contrapartida dramática, el asesinato del Che en Bolivia; y coincidió con un retroceso generalizado de la guerra de guerrillas en América Latina.

En ese contexto, se llevaron a cabo el Primer Encuentro de la Comunidad Latinoamericana de Escritores —realizado en Chile, en 1966— y el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores —que se efectuó en México, en 1967—. En este último, escritores como José Agustín, Carlos Monsiváis, Vicente Liñero y Ángel Rama cuestionaron con sorpresa la

selección de invitados, entre los que se encontraba Germán Arciniegas, ex director de *Cuadernos del Congreso de la Libertad por la Cultura*.

Asturias participó de este encuentro en México; es un dato importante, porque, a la vez, Cuba había expresado su rechazo a participar de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, y de este modo, se manifestó una ruptura. Mario Benedetti leyó, en nombre de la delegación cubana, una "Declaración" según la cual "no se puede pretender [...] que un escritor de izquierda integre la misma comunidad que otro militante proimperialista, o comprometido con las oligarquías nacionales u omiso ante los desmanes del enemigo" ("Declaración de los Veinte", citado en Gilman 2012:135).

Frente a dicha "Declaración", Asturias tuvo que clausurar la ceremonia inaugural del encuentro. Según testimonios, el guatemalteco habría improvisado un discurso donde abogaba por la creación de la Comunidad y defendía la posibilidad de diálogo. Finalmente, la Comunidad fue creada, pero de facto, no de jure; lo cual permite inferir el fracaso de los encuentros posteriores que se realizaron con el fin de consolidarla institucionalmente.

Para 1968, la situación política de Cuba se hallaba atravesada no sólo por las repercusiones que había tenido el apoyo de Cuba a la invasión de Checoslovaquia, sino también por una posición defensiva en el frente interno, a causa de diversos atentados y sabotajes contrarrevolucionarios, y el bloqueo norteamericano y las restricciones económicas. Se acercaba, además, el momento de lograr el objetivo de la zafra de los diez millones, para lo cual la dirigencia cubana había reclutado mano de obra que no distinguía entre intelectuales y no intelectuales; "el heroísmo revolucionario se media aquí en términos de acción planificada por un organismo centralizado y no mediante el juego autónomo o específico de la práctica cultural, gobernada por sus propios actores" (Gilman 2012: 220).

Ese mismo año, con la participación de intelectuales de América Latina, Asia y África, se realizó el Congreso Cultural de la Habana, con el cual se buscaba tejer relaciones entre intelectuales extranjeros y el radicalismo de la Revolución Cubana. A su vez, tenía como propósito reunir un congreso mundial de intelectuales vinculados con las distintas formas de lucha contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo. En el Congreso se plantearon las funciones que se esperaba que cumplieran los intelectuales desde la perspectiva revolucionaria: “El intelectual puede servir a la lucha revolucionaria desde diversos frentes: el ideológico, el político y el militar [...] y, llegado el caso, comprometiéndose en la lucha armada” (citado en Ansaldi y Funes 1998: 20).

La agenda política e intelectual resultante proponía el repudio de toda potencia colonial y postulaba un antiimperialismo que:

sin renunciar a la idea de soberanía y liberación nacionales, convivió con la expectativa de que la revolución mundial se había puesto en marcha. Se consolidó además la convicción de que la Historia cambiaba de escenario y que habría transcurrir, de allí en más, en el tercer mundo (Gilman, 2012:46).

Con la reunión de OLAS y del Congreso Cultural de la Habana, la emergencia de un Estado latinoamericano revolucionario se volvió un lineamiento radical y colocó a los intelectuales ante la misión de brindarle su apoyo, lo cual implicaba que estos debían relavitalizar o abandonar su clásica posición como conciencias críticas. En tanto,

la revista Casa de las Américas resultaba altamente exitosa en su capacidad para reclutar adhesiones de

intelectuales, artistas y escritores. Los autores del boom literario ya no pasan por las páginas de Sur, y es la revolución la que recoge elogios no sólo entre los recién llegados al campo intelectual sino entre escritores consagrados de la generación anterior, como Martínez Estrada, Marechal o José Bianco (Terán 2008: 75).

Al año siguiente, 1969, la delegación cubana no asistió al Encuentro Latinoamericano de Escritores organizado en Chile, y tampoco lo hizo Asturias. Este encuentro y el Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores, el cual se desarrolló en Venezuela, en 1970, tuvieron menos repercusión que los encuentros previos:

Los nombres más importantes de la ciudad letrada latinoamericana se alinearon con Cuba y trataron de consolidar un discurso homogéneo, manteniendo las diferencias y discrepancias dentro del ámbito interno de las discusiones familiares, mientras fuera posible (Gilman 2012: 142).

Más tarde, cuando el Caso Padilla detonó, llevó a la luz pública esas discrepancias, que ya existían, vinculadas con la discusión de fondo acerca de los nuevos modelos de intelectual. Se produjo, así, una fractura muy importante, comparada con la coyuntura de las primeras disrupciones producidas en 1966, y que dio lugar al debate que se iniciaría ese mismo año con el discurso de Fidel Castro.

En dicho discurso se decretaba la imposibilidad de conciliar una agenda cultural con una agenda política, y se atacaba a los intelectuales que

preferían los salones burgueses a las trincheras. Asimismo, se puso en cuestión la noción de “compromiso” que, hasta 1966-68, había reunido las figuras del escritor, el militante y el crítico. Ante la radicalización de la lucha política, en una situación donde “política” y “revolución” eran semánticamente coincidentes, se declaró una verdadera “guerra cultural”. Los escritores con compromiso político se enfrentaron a la difícil disyuntiva de optar por la intervención cultural —según el ideal de la autonomía crítica— o por la eficacia política directa e inmediata —con un rol revolucionario subordinado a la dirigencia política—. Esa disyuntiva estaba emblemática por dos imágenes en conflicto, la del escritor y la del combatiente.

La discusión en torno a la función del intelectual y al dilema de la transición del intelectual comprometido al intelectual orgánico se fue intensificando:

con la misma potencia que desde mediados de los cincuenta comenzó una poderosa politización de los ámbitos de la cultura y una culturización de las prácticas políticas, desde mediados de los sesenta podemos observar como operó una fuerza en sentido contrario. Una fuerza que privilegió la acción por encima de las palabras. A partir de entonces creció la descalificación hacia las tareas intelectuales [...] La palabra dejó de considerarse una forma de acción política, pues no se le veía efecto concreto, inmediato y eficaz (Ponza 2010: 136/137).

En ese contexto, creció el antiintelectualismo; es decir, ganaron terreno las valoraciones negativas sobre la identidad intelectual, junto a la disolución de la cultura en el horizonte de la política, y perdieron prestigio las

opciones conciliatorias. Prevalció la revolución. Si el debate de 1968 desmembró la comunidad intelectual, Cuba, como patria del antiintelectualismo, acatando la directiva “revolucionaria”, generó divisiones respecto de la identificación como intelectual, y la tensión se hizo irresoluble.

El antiintelectualismo

fue la posición adoptada por la fracción de los intelectuales que se autodenominó revolucionaria, como resultado de su radicalismo ideológico y del crecimiento del valor de la política y sus lógicas de eficiencia e instrumentalidad [...] Fue una de las respuestas del campo intelectual ante el dilema de conciliar las tradiciones del intelectual como crítico de la sociedad y una nueva definición del intelectual revolucionario que estatúa un tipo de relación subordinada respecto a las dirigencias políticas revolucionarias: especialmente el Estado cubano y los movimientos guerrilleros (Gilman 2012: 29/30).

Es decir, esta posición se caracterizó por la búsqueda de la praxis, a la vez que restaba importancia política a la práctica simbólica; la acción subordinó el valor de toda expresión del pensamiento a la lógica política, y dividió el campo intelectual en dos. Colocó, por un lado, a los intelectuales comprometidos o críticos, y por otro, a los revolucionarios u orgánicos. El intelectual pasó de ser el sujeto a ser el objeto de las críticas.

“Una vanguardia revolucionaria sería a partir de entonces una vanguardia armada, y un intelectual revolucionario, un intelectual al servicio de la vanguardia política, es decir, un intelectual orgánico” (Ponza,

2010:125). Así, una parte importante de los intelectuales, que mantenía posiciones críticas —o defendía el espíritu crítico del pensamiento libre como su basamento de acción intelectual—, chocó frontalmente con las exigencias de disciplinamiento que se requería desde la dirección cubana. Pronto, varios de ellos rompieron, en diverso grado, con la política cultural de la Revolución Cubana; Asturias formó parte de este grupo de intelectuales.

A pesar de las divisiones entre los intelectuales, durante los últimos años de su vida, Asturias se dedicó a construir un legado con el que buscaba lograr, aunque fuera de otro modo, la deseada unión latinoamericana. De su trabajo surgió, más tarde, la Colección Archivos, que se extendió luego a la colección Archivos de la Literatura Latinoamericana y el Caribe del siglo XX.

Entre 1966 y 1970 —cuando presentó su renuncia—, mientras su país era gobernado por Julio César Méndez Montenegro, Asturias, como ya se dijo, ocupó el cargo de embajador de Guatemala en Francia, lo cual lo hizo objeto de muchas críticas. En opinión de Amos Segala (2000) Montenegro en 1966 en alianza tácita con ciertas izquierdas en Guatemala, utilizaron a Asturias

como coartada prestigiosa, como un icono consagrado por el establishment de la derecha y de la izquierda, apto para ocultar la fragilidad constitutiva de su gobierno, su mínimo margen de maniobra entre los militares, las multinacionales y la guerrilla (Amos Segala en Gerald Martin, 2000: XVIII).

Al respecto, Asturias recordó que ya había sido criticado por la derecha cuando era embajador de Árbenz en Ecuador, que lo llamaban

“embajador del gobierno comunista”; y ahora algo semejante ocurría con algunos sectores de la izquierda, que lo cuestionaban por representar a un gobierno que no estaba cumpliendo con sus obligaciones. Sostuvo que, en ambos casos, a él lo había guiado su deber de guatemalteco, e introdujo la siguiente aclaración:

Mientras yo estaba en Italia empezó la lucha eleccionaria en Guatemala y frente al único candidato civil, Méndez Montenegro⁴¹, había cuatro candidatos militares. El gobierno que había, un gobierno de facto militar, había preparado una constitución para que fuera un militar el que llegara al poder. Pero el pueblo le dijo no a los militares y llegó Montenegro. Yo había escrito en los periódicos de Italia sobre toda esta situación y me sentía un poco comprometido con este gobierno civil, un gobierno que correspondía un poco a la revolución. Al proponerme el cargo en París, pensé que yo me debía a Guatemala y que era mi obligación

41 Señalamos brevemente el contexto de Guatemala, para una mejor comprensión de las afirmaciones de Asturias:

La dictadura de Peralta Azurdía (1963-1966) se vio obligada a convocar a elecciones primero y a entregar de mala gana el poder ejecutivo a Julio César Méndez Montenegro, quien asumió la dirección del Partido Revolucionario (PR), cerca de las elecciones de 1966, y tras la muerte misteriosa de su hermano Mario, quien se encontraba anteriormente al frente del partido. Este partido, fracción pequeño-burguesa que reivindicaba la Revolución de Octubre, y cuenta con el apoyo clandestino del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). Al ser el único candidato civil, en las negociaciones suscribió a un pacto con los coroneles de la alta cúpula militar para la lucha contra el comunismo y la ratificación de militares en todas las gobernaciones departamentales. Fue en esos años en que la lucha guerrillera alcanzó su mayor desarrollo así como el operativo de contrainsurgencia que los militares aplicaron eficazmente, con la asistencia directa militar norteamericana, dejando un saldo de diez mil guatemaltecos asesinados.

Estaba claro que los militares sólo toleraban el ejercicio superficial y limitado de la política democrática, el ejército continuo aumentando su control, declaró el estado de sitio y anulaba los esfuerzos del presidente por ajustar el legado social y económico de 1954. Al celebrarse las elecciones de 1970 el PR ya estaba desacreditado y la derecha gozaba de un gran ascendiente. (Cfr. con Torres Rivas, 1981; Leslie Bethell, 2001; y Rostica, 2006)

Méndez Montenegro, además era amigo de la familia Asturias

como guatemalteco servir a mi país en un puesto que le iba a dar renombre (Asturias 1999:416).

También su hijo, Rodrigo Asturias, hizo referencia a esos cuestionamientos:

fui de los pocos guatemaltecos que desde un primer momento desaprobó la aceptación de la embajada en Francia por parte de mi padre, que se prolongó hasta la entrega del Premio Nobel a la que no asistí por esa razón. En ello hay una responsabilidad personal de él, pero poco o nada se ha dicho de la responsabilidad política de quienes participaron y facilitaron esa decisión (en Asturias 1999:422).

Contó, además, que en una entrevista que le realizaron a su padre en París, Asturias había sostenido que antes de aceptar consultó y contó con el beneplácito de la Dirección del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). Y que, en ese sentido, su nombramiento tuvo un

“interés práctico” costoso desde el punto de vista político: “decenas de guatemaltecos estaban, en ese entonces, becados en el campo socialista, en diferentes universidades. A muchos se les había vencido su documentación migratoria [...] uno de los motivos del beneplácito para su nombramiento fue hacer uso de esa franquicia, legítima desde el punto de vista humanitario, pero muy onerosa desde el punto de vista político (Asturias 1999: 422).

En esa misma entrevista, el autor guatemalteco afirmaba que la transformación de emigrado en diplomático en 1966 no había modificado su forma de pensar

creo que nadie puede señalar durante el transcurso de mi vida que yo haya vivido o pensado de otra manera que la que pueda desprenderse de mi expresión crítica [...] Por ello sigo pensando aún que el escritor de origen latinoamericano, si es sincero, debe ser representante de sus prójimos, de sus pueblos, ya se trate de participar de sus sufrimientos o de sus alegrías” (Asturias 1999: 419).

Cabe observar que algunos de los contactos que Asturias tenía en París databan de su estadía en aquella capital durante la década del veinte; muchos de ellos eran personas vinculadas a los periódicos y los ministerios: por ejemplo, era amigo de André Malraux, por entonces Ministro de Asuntos Culturales. Mientras se desempeñaba como embajador, organizó numerosas actividades culturales, entre las que destaca, especialmente, una exposición de la cultura maya de Guatemala. Esta se realizó en 1968 con el apoyo del Columbianun, y constaba de 420 piezas arqueológicas; Asturias la definió como una oportunidad de “devolverle a Guatemala la parte que le corresponde de la cultura maya”, que solía ser referida solo en relación con México. Por ese entonces, según ya se señaló, América Latina era ignorada en la Universidad, en los periódicos, en las editoriales, ya que, en los circuitos culturales más frecuentados, el eurocentrismo era la regla.

Tras las críticas desatadas contra Asturias por aceptar el cargo en la embajada de Francia, este comenzó a organizar un operativo para acallar a sus detractores a través de papeles, archivos y testimonios. Así, en 1971,

luego de haber renunciado, reunió en París a un grupo de fieles amigos para fundar la Asociación de los Amigos de Miguel Ángel Asturias, presidida por Marcel Brion. A través de la Biblioteca Nacional y del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS), se veló, desde Francia, por sus últimas y apremiantes voluntades de escritor. En tal sentido, se buscó garantizar la creación de un equipo responsable de la edición crítica y de la organización de sus manuscritos, desde una perspectiva científica. Asturias exigió que esa operación fuera internacional y pluridisciplinaria, y que todos los que a lo largo de su actividad literaria habían escrito sobre su obra fuesen convocados para una empresa de corte científico riguroso. De esta manera, también se proponía responder públicamente a la nueva historiografía literaria vinculada con el *boom*, mediante el ofrecimiento de instrumentos concretos.

El equipo creado para trabajar en la obra de Asturias debía concentrarse en procesar los papeles donados a la Biblioteca Nacional de Francia para hacer posible su acceso a los investigadores; organizar la edición crítica basada en ellos; y procurar que ambas iniciativas estuvieran al alcance de lectores de Europa, América Latina y, sobre todo, de Guatemala —cuando las condiciones políticas de su país hubieran cambiado— (Cfr. con Amos Segala en Gerald Martin, 2000:XV/XXIII)

Después de su muerte en 1974, el gobierno guatemalteco reconoció su contribución a la literatura del país mediante la creación de premios literarios y becas en su nombre. Uno de ellos es el premio literario más distinguido del país, el Premio Nacional de Literatura «Miguel Ángel Asturias». Además, el teatro nacional de la Ciudad de Guatemala recibió en su honor el nombre de Centro Cultural Miguel Ángel Asturias. En Europa, por otra parte, la encargada de coordinar la realización del programa de

investigaciones fue la asociación francesa ALLCA XX, sucesora y continuadora de la obra emprendida por la Asociación de los Amigos de Miguel Ángel Asturias. Dicha asociación tuvo a su cargo la edición crítica de las *Obras Completas* del escritor guatemalteco a partir del archivo donado por este a la Biblioteca Nacional de París; la Colección Archivos, por su metodología y objetivos científicos, se constituyó luego en su heredera.

Para la década de 1980, este emprendimiento impulsado por Asturias se expandió; el Consiglio Nazionale delle Ricerche (CNR) o Consejo Nacional de Investigación de Italia y el Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS) de Francia, junto con la UNESCO, organizaron en París un coloquio internacional. En este, se convocó a intelectuales de América Latina, Europa y los Estados Unidos para discutir criterios metodológicos en torno a la creación la Nueva Colección que se denominaría “Archivos de la Literatura Latinoamericana y el Caribe del siglo XX”,⁴² y determinar la elección de los autores y los objetivos críticos generales a seguir. Se trata de

42 Entre los libros publicados en la Colección figuran: *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes; *Paradiso* de José Lezama Lima; *Obra Poética* de Cesar Vallejo; *Los de debajo* de Mariano Azuela; *Macunaíma. O herói sem nenhum carácter* de Mario de Andrade; *El Chula Romero y Flores* de Jorge Icaza; *Memorias de Mamá Blanca* de Teresa De La Parra; *La carretera* de Enrique Amorin; *Raza de Bronce. Wuata Wuara* de Alcides Arguedas; *Poesía y poética* de José Gorostiza; *A Paixado Segundo G. H.* de Clarice Lispector; *El zorro de arriba y el zorro de debajo* de José María Arguedas; *Los días terrenales* de José Revueltas; *Rayuela* de Julio Cortázar; *Toda la obra* de Juan Rulfo; *Crónica da casa assassinada* de Lúcio Cardozo; *Radiografía de la pampa* de Ezequiel Martínez Estrada; *Canaimá* de Romulo Gallegos; *Al filo del agua* de Agustín Yáñez; *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma; *Museo de la novela de la eterna* de Macedonio Fernández; *Todos los cuentos* de Horacio Quiroga; *Viajes* de Domingo Faustino Sarmiento; *Mensagem. Poemas Esotéricos* de Fernando Pessoa; *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos* de Rafael Arévalo Martínez; *Triste fin de Policarpo Quaresma* de Lima Barreto; *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal; *Poesía completa y prosa* de Julio Herrera y Reissig; *Libertinagem. Estrela da Manhã* de Manuel Bandeira; *Sudeste. Ligados* de Harnoldo Conti; *Ensayos* de Pedro Henriquez Ureña; *Obra poética* de Ramón López Velarde; *Obra incompleta* de Oswald Andrade; *Obra completa* de Oliverio Girondo; *Ulises Criollo* José Vasconcellos; *Obra completa* Tomos I y II de Severo Sarduy; *Obras completas* de Pablo Palacios; *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig; *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892* de José Martí; *Los siete locos. Los Lanzallamas* de Roberto Arlt; y *Poesía completa* de Vicente Huidoro.

una colección que ha reunido obras fundamentales de la literatura latinoamericana contemporánea.

Conclusiones

En nuestro trabajo reconstruimos redes de intelectuales latinoamericanos a partir de la trayectoria de la figura de Asturias, en el contexto de lo que denominamos guerra fría cultural. De esta manera, nos fue posible considerar procesos históricos que iban más allá de la confrontación bélica entre capitalismo y comunismo, y que excedían las disputas geopolíticas lideradas por Estados Unidos y la Unión Soviética. Concentrarnos en el análisis de la dimensión cultural de la llamada Guerra Fría nos brindó claves de acceso para la comprensión del carácter de las intervenciones de Miguel Ángel Asturias y de las redes de las que formó parte en distintas coyunturas.

En concordancia con nuestra propuesta, reconstruimos la conformación de distintas redes intelectuales en las que participó el destacado intelectual guatemalteco. Al respecto, elegimos partir de las siete redes que Albuquerque identificó como operantes durante la Guerra Fría. En ese marco, seleccionamos dos sistemas de redes que se convirtieron en puertas de entrada al contexto en relación con dos momentos diferentes; por un lado, nos interesamos en la red integrada por los intelectuales de izquierda cuando Asturias estuvo en Argentina; y por otro, en la red de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, a la que Asturias se incorporó durante su exilio en Europa. Estas redes nos aportaron una nueva mirada en cuanto a la producción intelectual. Sus intersticios y sus zonas de articulación con distintas redes políticas y con diferentes círculos de sociabilidad fueron relevantes para comprender matices, alcances y condiciones en los que se hacían posibles las producciones intelectuales y culturales –ineludibles para la articulación entre política y cultura–.

La periodización que adoptamos en virtud de este abordaje también fue flexible. Así, observamos que, en el caso de Estados Unidos, los dispositivos culturales hacia América Latina fueron desplegados incluso en momentos previos a la entrada de ese país en la Segunda Guerra Mundial. Cabe destacar, en este sentido, el accionar de la OCIAA y su asociación con iniciativas privadas para la producción de películas, programas de radio y revistas, así como el despliegue de prácticas y estrategias comunicativas de lo más variadas. De esa forma, se buscó promover el *American Way of Life*, que fue recepcionado de múltiples maneras y reelaborado en el nivel local.

Como es sabido, en la segunda postguerra, la pulsión de la época estuvo atravesada por la dialéctica amigo-enemigo, lo cual se manifestó en el lenguaje, en los sistemas simbólicos y en las prácticas sociales cotidianas, que tenían como objetivo cristalizar dos imágenes centrales: la superioridad norteamericana frente al Eje y el modelo civilizador de Estados Unidos para América Latina. Nociones como *Paz y Libertad* se constituyeron en piedras angulares de cada uno de los discursos destinados a confrontar con quienes, hasta poco antes, habían sido aliados en la lucha contra el nazifascismo. La cuestión de la Paz, reivindicada desde la perspectiva del nuevo campo de países socialistas en Europa oriental, fue acompañada por tópicos como la *democracia popular* y el *antiimperialismo*. La idea de *Libertad* se convirtió, durante esa etapa, para los liberales de Occidente, en un leit motiv que ponía el foco en la democracia –americana– y en su oposición a lo que calificaban de totalitarismo –comunista–. En correspondencia con el auge de la disputa entre *Paz y Libertad*, la intelectualidad liberal inauguró el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC), que tuvo lugar en Berlín en 1950, y cuya influencia se hizo sentir posteriormente en Latinoamérica con la llegada, en 1952, de *Cuadernos*. En paralelo, los comunistas habían abierto la posibilidad de integrar el Consejo Mundial por la Paz (CMP), creado en

1949, y de participar de los sucesivos Congresos de Cultura –que se realizaron entre 1947 y 1987–.

Sin embargo, esta pulsión se vio matizada dado que las distintas redes intelectuales poseen bordes porosos y difíciles de delimitar; muchas de ellas muestran zonas de intersección generadas a través de las colaboraciones o reseñas en revistas político-culturales y de diversos textos literarios. Las redes de configuración ideológica liberal construyeron nexos entre figuras intelectuales y políticas de diferentes espacios. No obstante, compartían una clara oposición a lo que denominaban “totalitarismos de izquierda o de derecha” –el comunismo soviético, el franquismo español o los nacionalismos latinoamericanos–, y una visible preferencia por la democracia liberal como sistema ideal de gobierno. También simpatizaban, según Jannello (2015), con la política hegemónica de Estados Unidos, en principio no reconocida, pero afirmada con los años. La configuración ideológica de los partidos comunistas también fue flexible, sobre todo a la hora de conformar el Frente Democrático Nacional. Esta acción, según Petra (2017), implicó poner fin a flirteos y discrepancias. Al mismo tiempo, requirió definir un modelo de compromiso intelectual que pudiera mantenerse en un plano político y generalista, sin vínculos orgánicos con el partido; esto último se constituyó en un objetivo ineludible, que implicó nuevos desafíos tanto en términos ideológicos como organizativos.

Los conflictos internacionales de la posguerra, articulados con las contradicciones de la vida política local, se evidenciaron en las publicaciones de las distintas redes. Las revistas fueron un lugar de enunciación y de práctica para el intelectual comprometido políticamente, y en relación con la cultura, un modo de tomar posición frente al poder. Dichas publicaciones fueron el punto de encuentro y el medio de expresión e intercambio de ideas

para estas redes, y un espacio vital para la transformación del escritor en intelectual, porque estimularon la intervención y la difusión de la palabra en su dimensión pública más amplia. En relación con ello, abordamos revistas y publicaciones político-culturales para percibir la articulación entre política y cultura y definir los rasgos de su identidad, dado que generaron opinión y controversias tanto dentro como fuera del campo intelectual. Al analizar las publicaciones de las redes, observamos posturas e interpretaciones aún más diversas y complejas acerca del proceso histórico.

Los distintos sectores culturales de nuestro país no estuvieron al margen de la guerra fría cultural. Se expresaron a través de organizaciones como la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura (AALC); la revista *Cuadernos*, del CLC; la revista literaria *Sur*; el Congreso Continental de la Cultura (CCC); el Congreso Argentino de Cultura (CAC); el Consejo Argentino por la Paz (CAP); y la revista *Cuadernos de Cultura*, entre otras. En Argentina, la lucha que implicó la irrupción, del franquismo primero, y de las potencias del Eje después, llevó a la constitución de un frente común entre las élites liberales, los demócratas, los comunistas y los socialistas, durante los años treinta y hasta el fin de la Segunda Guerra. Poco tiempo después, la emergencia del peronismo complejizó el escenario con la denominada “tercera posición”, que pretendía quedar por fuera de la oposición entre los Estados Unidos, al autodefinirse antiimperialista y *anti-yanqui*, y el frente soviético, ya que el peronismo era, por definición, anticomunista.

La alianza frentista a la que nos referimos más arriba, comenzó, a inicios de los años cincuenta, un proceso de fragmentación, y ello marcó una pérdida de hegemonía que pronto le fue disputada por la nueva izquierda. El debate y la disputa por “los tópicos ideológicos de defensa de la cultura”, que

habían sido compartidos en el pasado frente al fascismo, concluyeron cuando la elite liberal acompañó el accionar de la Revolución Libertadora, dando muestras de su anticomunismo y antiperonismo militantes, y se hizo efectiva la proscripción tanto sobre el justicialismo como sobre el comunismo (Cfr. con Jannello, 2015: 9/47).

En este contexto, en medio del conflicto bipolar, pudimos observar que la autonomía de los intelectuales en el campo cultural se mantuvo, y fue defendida por parte de muchos de ellos. Coincidimos con Albuquerque (2011), en que los intelectuales latinoamericanos se alinearon y se ordenaron en función de la realidad política nacional, continental y mundial, además de cuidar muchos de ellos celosamente su *independencia*. Esta actitud llegó a tal punto que, cada vez que sintieron amenazada su autonomía, se rebelaron de manera resuelta.

Para comprender cómo Asturias integró dichas redes en el contexto de la guerra fría cultural, nos fue preciso considerar, principalmente, tres cuestiones. Primero, su relación con la “Generación del 20”, para luego abordar dos puntos de inflexión en su trayectoria: su reacción ante la intervención indirecta de Estados Unidos en Guatemala, producida en 1954; y su posicionamiento respecto de las repercusiones de la Revolución Cubana, a lo largo de los años sesenta.

En primer lugar, nos remontamos a los años veinte, para mostrar que el autor, relacionado con la llamada “Generación del 20” y el unionismo en Centroamérica, de tintes antidictatoriales y antiimperialistas, ya se hallaba vinculado a las letras y a movimientos contrarios a la dictadura de Estrada Cabrera en Guatemala. Durante esos años, se configuró una respuesta ideológica, política y social al positivismo y al proyecto liberal, que promovió

valores como la tolerancia, la laicidad y trabajo, en un sentido humanista y espiritual.

En relación con ese momento, también tomamos en cuenta la influencia de los movimientos de vanguardia en auge entre 1900 y 1930, cuyo carácter metropolitano-internacional, según Aguilar (2002b), se puso de manifiesto en el recorrido de los textos y en los desplazamientos de sus integrantes por diversas ciudades. Esta caracterización puede extenderse a muchos vanguardistas latinoamericanos que residieron en las capitales europeas durante sus años formación. El mismo Asturias transitó por diversas ciudades europeas; de ese recorrido nos interesa, en particular, su estadía en la capital francesa, entre 1923-1933, cuando fue parte de La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), creada en 1925, con el afán de impulsar la unidad latinoamericana, y que ostentaba una clara postura antiimperialista. A partir de las experiencias de la vida artística y bohemia parisina, de las vinculaciones entre autores y artistas, surgieron las condiciones para generar lazos e intercambios y la posterior conformación de otras redes intelectuales. Esos intercambios se reflejaron en las producciones literarias, las cuales presentaban algunos rasgos vanguardistas.

En este contexto, las instituciones informales que se gestaron en la bohemia artística y literaria —reuniones en los bares, actos de agitación, banquetes donde se leen poemas y se parodian discursos oficiales— contenían ya un componente de antagonismo que fue radicalizado por las vanguardias. En este sentido, las vanguardias excedían la existencia de instituciones, y dieron lugar al crecimiento paralelo y sostenido de instituciones alternativas más informales o no tradicionales. Recordemos que una de las obras capitales de Asturias, *El Señor Presidente*, fue una de las

más representativas de la literatura de vanguardia, además de denunciar del poder opresivo y deformante de la dictadura. Por otro lado, advertimos que, posteriormente, el concepto de vanguardia, se extendió y alcanzó a todo el campo cultural, y sirvió para aludir a un conjunto amplio de prácticas sociales y de obras literarias y artísticas. Como observó Huyssen (2002), durante la guerra fría, la aparición de la noción del fin de las ideologías y el desarrollo de la industria cultural contribuyeron a la pérdida de fuerza política de la vanguardia, que se convirtió en un instrumento de legitimación de aquel orden vigente. Asimismo, como señala Calinescu (2003), fue la industria cultural y no la vanguardia la que consiguió transformar la vida cotidiana durante el siglo XX. Este desgaste del sentido político de la vanguardia fue importante para abordar los dos puntos de inflexión mencionados anteriormente en los años cincuenta y sesenta.

En relación con los años cincuenta, abordamos la intervención indirecta en 1954 de Estados Unidos en Guatemala, como el primer punto de inflexión para comprender las redes. Este proceso acentuó el sentimiento antinorteamericano en la región latinoamericana. Asturias, como diplomático y como miembro de la delegación guatemalteca a la X Conferencia de la OEA en Caracas, siguió de cerca los planes norteamericanos para derrocar al gobierno electo del coronel Arbenz y fue claramente un opositor a tal felonía al orden democrático de aquella pequeña república centroamericana. Este es el trasfondo histórico y social de su trilogía novelística “Bananera”, compuesta por *Viento Fuerte*, *El papa Verde* y *Los ojos de los enterrados*, así como el libro de cuentos *Week end en Guatemala*.

En la década del cuarenta, la Revolución de Octubre en Guatemala retomó muchas de las ideas del movimiento unionista, y Asturias fue parte de ese gobierno. Se desempeñó, primero, como agregado cultural en la

embajada de Buenos Aires (1948-1952), y luego, como embajador en el Salvador (1952-1954); este recorrido le permitió conocer a intelectuales destacados y también trasladarse a nuestro país, en 1948. Buenos Aires era uno de los centros literarios importantes de la época, y allí entabló relaciones con otros escritores. Era a su vez, una posibilidad, como observa Glasman, para rearmar su vida intelectual, con oportunidades “como las que podía ofrecer la más parisina de las capitales americanas” (2008: 83).

La estancia de Miguel Ángel Asturias en Buenos Aires coincidió con la “época de oro” de la industria editorial argentina (1938-1955); fue entonces cuando el libro producido en el país conquistó el mercado internacional, en especial, el español y el latinoamericano; y la expansión del mercado cultural multiplicó las oportunidades laborales de los escritores en la prensa periódica y en las editoriales. Su trayectoria además, coincidió con el proceso de profesionalización; que implicó la articulación entre el cambio de la figura del escritor en el campo de la literatura y el tránsito desde un mercado de consumo de elites a uno de masas. La figura del editor también se profesionalizó y las editoriales dejaron de ser empresas artesanales para convertirse en empresas modernas con proyectos editoriales que tenían rasgos orientados a promover la expansión cultural. Se produjeron, igualmente, un crecimiento y una diversificación del público lector.

En el contexto porteño, Asturias alcanzó el reconocimiento de sus pares, lo cual, a su vez, le facilitó la publicación de su producción en distintos medios —revistas, suplementos del diario y libros—. En nuestro país conoció, además, a quien sería su segunda mujer, Blanca Mora y Araujo, y estableció amistades duraderas, como la que sostuvo con el editor Gonzalo Losada.

Fue, precisamente, en la colección Biblioteca Clásica y Contemporánea de la editorial Losada donde publicó la primera edición de *El Señor Presidente* (1948). Esta obra le permitió a Asturias acreditarse como opositor de las dictaduras, y lo consagró como uno de los escritores latinoamericanos más importantes. Más tarde, la misma editorial publicó *Hombres de Maíz* (1949) y *Mulata de tal* (1963), entre otras; ocasionalmente, Asturias también colaboró allí con algunas traducciones. Asimismo, publicó en *La Nación*, y en la revista *Sur*; había establecido vínculos con Eduardo Mallea, quien formó parte del grupo fundador de dicha revista, y estuvo al frente del Suplemento Literario de *La Nación* durante el periodo 1931-1955. Asturias participó en ese suplemento junto a otros autores de América Latina, como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Juana de Ibarbourou, y Juan Carlos Onetti.

Consumado el golpe de Estado en Guatemala, renunció a los cargos diplomáticos y decidió quedarse en Argentina en calidad de exiliado. Desde aquí, se comprometió con la lucha y la denuncia de los sucesos de la intervención norteamericana contra su país. Fue parte integrante de ese heterogéneo espacio cultural antiimperialista que repensó cuestiones latinoamericanas y reactualizó posiciones en relación con la preocupación por la amenaza de Estados Unidos y su pretensión de influir de manera directa o indirecta en la política interna de los países del continente.

La experiencia de Guatemala tuvo gran impacto por toda América, por ello hicimos especial énfasis en *Week end en Guatemala*, ya que consideramos que aquella producción, publicada en 1956 en Argentina, deja ver la importancia de las redes intelectuales que venía conformando Asturias, así como las prácticas culturales e intelectuales desplegadas para dar a conocer su producción, que forma parte de las disputas por “cambiar el

mundo”, como diría Grossberg. Diez años después del golpe, en 1964, cuando ya no residía en Argentina, se editó otro libro con la participación de Asturias, cuyo propósito era construir un testimonio; nos referimos a la antología *Poemas para la batalla de Guatemala*, en el que colaboraron autores argentinos, americanos, europeos, asiáticos y africanos. Para escribir *Week end en Guatemala*, Asturias interrumpió su “trilogía bananera”. Según el propio autor, esta publicación

partió de la idea que tuvimos todos los que participamos en el equipo de Arbenz de escribir cada uno un libro para dar a conocer al mundo lo sucedido en nuestro país. Así, se escribieron veintisiete libros: escribió Arévalo, escribió Manuel Galich, escribió Luis Cardoza y Aragón, escribieron los economistas, y yo escribí, pues, *Week-end en Guatemala* (Asturias 1999: 368).

Por otra parte, durante su exilio argentino, los espacios en donde publicaba su producción se modificaron. Continuó colaborando con algunas traducciones en la Editorial Losada pero, a partir de 1954, “Asturias no colaboró en ningún periódico o revista que no se [hubiera] solidarizado con la causa de Guatemala” (Sáenz, 1974: 138). Por aquella época, comenzó a escribir “una columna [en] *El Nacional de Caracas*, titulada “*Buenos Aires de Día y de Noche*”, contribución muy bien retribuida” (Sáenz, 1974: 139). Además, realizó algunas publicaciones en la revista-libro *Ficción*; entre ellas, un adelanto de “*Week en Guatemala*”, y el artículo “*Letras Americanas*”, dedicado a Gabriela Mistral —tras la muerte de la autora— e incluido en un número de 1957. Igualmente, en 1955, publicó “*Meta vertical*” en *América Libre*; esta revista reunía el amplio espectro del ala izquierda, democrática y

antiimperialista del socialismo de América Latina, y convocaba, entre otras figuras americanas, al cubano Raúl Roa, el peruano Haya de la Torre, el venezolano Rómulo Gallegos y el guatemalteco Juan José Arévalo.

Este recorrido de Asturias por distintos medios de publicación permite entrever sus propios movimientos, así como los de distintos intelectuales, a través de los diferentes espacios disponibles, y da cuenta de la heterogeneidad de actores y de la flexibilidad de las redes ante las diferentes coyunturas. No obstante, las revistas y editoriales escogidas por el autor guatemalteco siempre mantuvieron una perspectiva crítica respecto de la política seguida por Estados Unidos hacia América Latina.

Por otro lado, es sabido que, durante el peronismo, se ejercieron presiones concretas en el mundo de la cultura y que la resistencia de muchos intelectuales a ese gobierno fue callada, así

el discurso opositor del sector fue por lo tanto un lenguaje en clave, deliberadamente vaciado de contenido político, que apelaba a una audiencia capaz de descifrar los guiños retóricos y los sobreentendidos. Esto también sucedió con la literatura producida en esos años (...) La precavida conducta de los escritores garantizó la supervivencia de la vida cultural en un mundo extraestatal de grupos y espacios de distinta índole y densidad. (Fiorucci 2011: 213).

A finales de los cincuenta, en nuestro país, los partidos se dividieron por razones diversas, pero todos fueron afectados por las crisis de las tradiciones partidarias y la problemática irresuelta de la exclusión política del peronismo. La relectura del “hecho peronista” escindió a las facciones

intelectuales de la izquierda respecto de la liberal, y resquebrajó incluso las estructuras internas de ambas facciones.

Asimismo, observamos que la elite liberal, que había estado cohesionada por la oposición al peronismo, por el objetivo de “desperonizar a las masas” —aunque con pocos acuerdos en cuanto al cómo—, y asentada ideológicamente en las bases del liberalismo cultural, comenzó a perder su hegemonía. Dicha hegemonía en el interior del campo intelectual pronto le fue disputada por la nueva izquierda. Recordemos, además, que tras la caída de Perón se produjo un reordenamiento en el ámbito nacional, junto con un proceso de modernización de la sociedad argentina —que se marcó sobre todo hacia los años sesenta—, el cual repercutió sobre el campo intelectual.

En este marco, nos detuvimos en ciertos espacios destacados desde los cuales se interpeló al campo cultural. El sector liberal estuvo representado por el CLC y la revista *Sur*. Durante la posguerra, tanto liberales como socialistas habían simpatizado con el frente occidental promovido por Estados Unidos, y se posicionaron como resistencia ante la ofensiva soviética en el campo de la cultura; los liberales, en especial, a través del CLC y de su extensión en nuestro país, la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura. Desde la izquierda, por su parte, los comunistas se enfrentaron a sus viejos aliados a través del Congreso Argentino de Cultura (1954) y a través del Consejo Argentino de la Paz —una extensión Congreso Mundial por la Paz—.

En cuanto a los espacios propios de los liberales, notamos un doble discurso relativo a la apertura de distintas sedes del CLC en América Latina, en tanto mantenían una postura clara respecto del *totalitarismo de izquierda*, y otra ambigua respecto de los *totalitarismos de derecha*. En los

argumentos utilizados para justificar dichas aperturas pudimos detectar que, al mismo tiempo que se acusaba al gobierno de Perón de totalitario, el CLC abría otras sedes en países dominados por dictaduras, como la de Somoza en Nicaragua o la de Batista en Cuba. En nuestro país también se evidenció este doble discurso; se consideró inoportuno crear la Asociación Argentina bajo un gobierno que, aunque autoritario, había surgido del veredicto de las urnas, sin embargo, se procedió a fundarla, posteriormente, bajo un gobierno militar —no menos totalitario y represivo— instalado tras un golpe de Estado —autodenominado “Revolución Libertadora”—, y profundamente anticomunista (Cfr. con Jannello 2015: 9/47).

Las relaciones establecidas por el CLC con intelectuales liberales pueden visualizarse a través de las colaboraciones de estos con la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura (AALC), en 1955, y con la revista *Cuadernos*. Se destacan las colaboraciones de los miembros del grupo de redacción de *Sur*; las de un significativo número de afiliados del Partido Socialista —aunque ninguna institución partidaria se involucró explícitamente con la Asociación—; y las de figuras más cercanas al ala izquierda, con un compromiso liberal-democrático, marcadamente anticomunista, antinacionalista y, con respecto a lo local, antiperonista.

La intervención indirecta en Guatemala, que fue una experiencia de repercusión internacional, puso en evidencia las contradicciones del CLC en el contexto de la guerra fría cultural, al punto que muchos intelectuales decidieron no sumarse a las asociaciones del Congreso.

En efecto, en 1954, el CLC elaboró un *Manifiesto* en el cual adhería a principios democráticos, a “la defensa de la cultura y la defensa de la libertad”, sin especificar ningún contexto concreto. Sin embargo, por su fecha de publicación, 7-13 de junio de 1954 —y teniendo en cuenta otra

publicación de ese mismo año, del propio director de *Cuadernos*, “La experiencia de Guatemala. Por una política de la libertad norteamericana”—, podemos afirmar que en dicho *Manifiesto* hay una toma de posición implícita frente al golpe de Estado en Guatemala. No obstante, allí la mayor precisión estaba puesta en señalar como la figura del “enemigo” al totalitarismo de izquierda, es decir, al comunismo. También es significativo que la revista *Cuadernos*, a dos años de la intervención en Guatemala, nombrase a Asturias como un representante fundamental de la novelística centroamericana, con su obra *El Señor presidente*, a la vez que se omitían otras obras de ese momento, claramente antiimperialistas y con una postura de denuncia frente al imperialismo norteamericano, como el *Papa Verde* (1954), o *Week-end en Guatemala* (1956).

Por último, es importante recordar que Germán Arciniegas, colaborador de *Cuadernos*, publicó en la revista *Bohemia*, muy relacionada con el CLC, un artículo sobre los acontecimientos de 1954 en Guatemala, en el cual alertaba a los países latinoamericanos sobre el peligro comunista.

En cuanto a la Revista *Sur*, destacamos que no encontramos ninguna mención en relación a dichos acontecimientos ni alguna mención de las obras de Asturias después de 1951. Resulta aún más significativo si se considera que este autor escribió en esa revista durante los primeros años de su estancia en nuestro país, y que otros autores publicaron allí mismo reseñas y comentarios sobre sus novelas. En 1954, sólo aparecieron menciones a algunos autores relacionados con la experiencia previa democrática guatemalteca en la sección *Libros Recibidos*. Estas ausencias u omisiones se daban en un momento de reorganización de las redes intelectuales en nuestro país. Como ya señalamos, la alianza frentista entre liberales, demócratas, comunistas y socialistas establecida en el país desde

los años treinta contra el fascismo europeo comenzó a resquebrajarse en los cincuenta.

Si abordamos, ahora, los espacios desde donde el comunismo interpeló al campo cultural, es preciso empezar por señalar que hubo un giro por parte del Partido Comunista Argentino (PCA) en 1952, ya que aceptó el llamado a la unidad nacional propuesto por el peronismo. Su estrategia argumentativa consistió en enfatizar la crítica al liberalismo. Esto fue generando, en la cultura comunista, una zona de acercamientos con el peronismo, al que antes había rechazado taxativamente por “fascista”. La “desviación nacionalista-burguesa” del comunismo generó fracturas, y se equiparó a comunistas y peronistas. Aunque esta operación duró solo unos meses, para 1953, la posición en la que habían quedado los comunistas era sumamente débil y vulnerable.

A partir de 1955, la alianza frentista antiperonista evidenció claras fisuras, y se impuso finalmente la hegemonía liberal. El comunismo local quedó excluido de la alianza, y se inició una política persecutoria contra el PC. Los miembros del PS aceptaron los métodos empleados por el gobierno de la Revolución Libertadora para resolver el problema que representaban las masas peronistas.

Luego de la caída del peronismo, el PCA valoró positivamente la desarticulación del “aparato de Estado corporativo-fascista creado por Perón”; con la estrategia mundial promovida por la Unión Soviética luego del célebre XX Congreso del Partido Comunista de la URSS en 1956, que impulsaba el principio de la coexistencia pacífica, esta posición se reforzó y legitimó. En este contexto, no fue menor el papel del episodio húngaro de 1956, que dio al mundo dimensión de los crímenes del estalinismo y precipitó la incomodidad y la desertión de muchos comunistas. En nuestro

país, esa situación afectó la credibilidad que los intelectuales comunistas necesitaban para ampliar sus organizaciones frentistas y jugar algún rol en la política de unidad nacional. Además el Partido Comunista debió enfrentarse a una relectura del peronismo y, tiempo después a un cambio del horizonte revolucionario, que se produjo con la Revolución Cubana, la cual cuestionaría las caracterizaciones comunistas sobre la revolución latinoamericana.

Frente a la necesidad de “fortalecimiento ideológico” de los sectores intelectuales, la política del comunismo adoptó la estrategia del Frente Democrático Nacional, es decir, llamaron a construir alianzas amplias. Así, la tarea de la revista *Cuadernos de Cultura* —consistente en orientar el campo cultural y, en particular, el campo intelectual hacia aquel nuevo rumbo— se enmarca en esos objetivos delineados por el partido, que la convirtieron en un órgano de estudio y discusión de la vida cultural del país y en la principal publicación del “frente cultural” del PCA. Durante el peronismo, esta publicación circuló de forma clandestina, y estuvo vinculada a redes conformadas por escritores comunistas, quienes, además, a partir de los cincuenta, se plegaron a instancias más amplias, como el Consejo Mundial por la Paz.

Esta revista también se expresó acerca de la intervención en Guatemala en 1954, proceso al que leyó a través de los conceptos de imperialismo y antiimperialismo. En uno de sus editoriales se denunció la campaña previa sobre la supuesta penetración del comunismo en Guatemala, a la vez que se destacaba que, a lo largo de la historia, el propósito norteamericano siempre había sido extraer los beneficios máximos de los pueblos de nuestra América. Guatemala era mostrada como una confirmación, una advertencia y una enseñanza de lo que era capaz de

hacer el imperialismo en América. También aquí se hizo presente la obra de Asturias, ya que se retomaban expresiones de su novela *El Papa Verde*. No obstante, con posterioridad, Guatemala desaparecería como tema de la revista. Probablemente, esto se haya debido a que se centraron en desarrollar una política cultural de carácter democrático fundamentalmente nacional; en enfatizar la crítica al liberalismo; y en imprimir un acento antiimperialista a sus posiciones que se diferenciase de las interpretaciones puramente liberales. Por otro lado, Juan Marinello también le respondió a Arciniegas desde la revista, negando la existencia de una intervención rusa en Guatemala.

El segundo punto de inflexión identificado a raíz de nuestro trabajo estuvo constituido por la Revolución Cubana, que tuvo lugar en el contexto de la nueva política norteamericana, bautizada como Alianza para el Progreso. Fue en ese punto, entre sus últimos años de exilio en Argentina y luego en Europa, que Asturias transitó desde la red de intelectuales que Alburquerque identifica como *los intelectuales de izquierda* —integrada por otros autores como García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes, Juan Rulfo, Ángel Rama, Marta Traba, Juan Carlos Onetti, Gonzalo Rojas, Augusto Roa Bastos, Ciro Alegría, Ernesto Sábato, Juan Bosch, René Depestre, José María Arguedas, Oswaldo Guayasamín, Luis Cardoza y Aragón, José Revueltas, Antonio Candido, Ariel Dorfman— a la red de la Comunidad Latinoamericana de Escritores.

Entre los años sesenta y setenta se pueden señalar dos momentos. Un primer momento en el que se abrió la posibilidad de unir la vanguardia estética y la vanguardia política y de conjugar aspiraciones revolucionarias y experimentales. En esa instancia, los intelectuales eran vistos como agentes capaces de despertar la conciencia revolucionaria. Luego hubo otro

momento en el cual se diluyó esa posibilidad, y la discusión se centró en el problema de la función del intelectual y surgió el dilema de la transición del intelectual comprometido al intelectual orgánico. Este dilema estuvo marcado por varios factores: el derrotero de la izquierda, que tomó un camino de radicalización hacia la violencia; la trama de radicalización de los círculos intelectuales en medio de la crisis generalizada de los valores e instituciones tradicionales de la política; la politización de la cultura; y las tensiones en la relación entre estética y política, y entre modernidad y tradicionalismo.

Asturias también se vio atravesado por dicha transición, y asistió a la reformulación de los discursos sobre el intelectual que se dieron al calor de la Revolución Cubana, que además de ser un disparador de la voluntad de la politización intelectual, había puesto en evidencia que las condiciones para el triunfo de una revolución no estaban atadas a las previsiones establecidas por la tradición clásica. No obstante, fueron muchos los autores latinoamericanos y argentinos que transitaron, junto al fenómeno del boom latinoamericano, esa transformación, que también abría paso hacia la cultura de masas. El boom había brindado las condiciones para que las obras de muchos de ellos se expandieran y difundieran, y se tradujeran en Europa y los Estados Unidos, y así llegaron a convertirse en escritores consagrados; esto último pudo verse en los variados premios y reconocimientos que recibieron. El caso de Miguel Ángel Asturias resulta, en este sentido, ejemplar, ya que en 1967 recibió el Premio Nobel de Literatura.

En aquel contexto de radicalización política que entonces se configuró, resulta difícil encasillar a Asturias entre los extremos tradicionales de la Guerra Fría, ya que no fue un intelectual orgánico del movimiento comunista internacional ni un autor anticomunista. Es decir, no estuvo ligado a orientaciones soviéticas —porque no era comunista— ni tampoco a

orientaciones cubanas —aunque recordemos que muchos intelectuales figuraron entre los procubanos, pero sin ser dogmáticos—. Además, como intelectual antiimperialista denunció la injerencia norteamericana en Guatemala y en América en general. Esta utopía antiimperialista y promotora de la unión latinoamericana fue cuasi continental; si en los años veinte, era hispanoamericana, en los sesenta, su contenido socio-político socialista y revolucionario latinoamericano se volvió predominante. La crítica antiimperialista de la década del veinte siguió latente, y esta permitió trazar un puente con los años sesenta, es decir, con la Revolución Cubana como disparadora de la voluntad de politización intelectual y del rechazo a la influencia de Estados Unidos, ya no sólo en la zona del Caribe, sino en el resto del continente. De este modo, como pudimos ver, a lo largo de su trayectoria, Asturias fortaleció su postura revolucionaria, antiimperialista y latinoamericanista; y al mismo tiempo, nunca se pronunció a favor de la violencia como una vía para la revolución.

Asturias conoció a Fidel Castro en Buenos Aires en 1960, y ese mismo año viajó a Cuba invitado por Fidel para asistir al aniversario de la Revolución. Por aquel entonces, publicaría el último tomo de la “trilogía bananera”, *Los ojos de los enterrados*. Cuando, en 1962, la OEA expulsó a Cuba, Asturias participó como presidente de una contra-conferencia acordada por los partidos progresistas del Cono Sur en Montevideo, llamada Conferencia de los Pueblos Libres, en defensa de Cuba y de la Revolución Cubana.

Por otra parte, ya de vuelta en Buenos Aires, ocurrió el golpe de Estado que derrocó a Arturo Frondizi. En ese contexto, y según informaron los diarios de la época, Asturias fue detenido, el 19 abril de 1962, por su “reconocida militancia en el comunismo y sus organismos colaterales” y su

pertenecía a la comisión de solidaridad con Cuba (Rostica, 2014). En efecto, en el centro de la acusación estaba su defensa de la Revolución Cubana. Otro factor que no puede pasarse por alto se vincula con la decisión tomada por su hijo, Rodrigo Asturias, durante ese mismo año de 1962, de unirse al movimiento de lucha armada, en el momento en que, en Guatemala, el PGT había dado su apoyo, por primera vez, al conflicto guerrillero; el hijo de Asturias sería capturado poco después por las fuerzas de Ydígoras.

Desde nuestra perspectiva, consideramos que estos acontecimientos pueden, sin duda, haber contribuido a la decisión que tomó el autor guatemalteco de abandonar nuestro país para residir en Europa. En su nuevo exilio, que se extendió hasta su muerte en 1974, viajó por distintas ciudades y universidades dando conferencias, y ya en 1966 fue nombrado embajador de Guatemala en París, cargo que desempeñó hasta 1970.

La Revolución Cubana y la revista *Casa de las Américas* se constituyeron en instancias aglutinadoras del nuevo espacio cultural latinoamericano. *Casa de las Américas* centralizó, cooptó, redistribuyó y legitimó nombres y discursos en un sistema de préstamos y ecos con otras revistas del continente. Ayudó a forjar una red de intelectuales latinoamericanos. Los mecanismos por medio de los cuales esta revista fue articulando la red son diversos, como invitaciones a los escritores para desplazarse a La Habana y participar en conferencias, diálogos y mesas redondas con escritores cubanos. Así llegaron a la isla Carlos Fuentes, Benjamín Carrión, Fernando Benítez, Ezequiel Martínez Estrada, Pablo Neruda y, como ya referimos, el propio Asturias. Sus anfitriones cubanos eran nombres de peso dentro de la literatura local: Alejo Carpentier, Roberto Fernández Retamar, Guillermo Cabrera Infante, José Lezama Lima, entre otros. Las declaraciones públicas fueron firmadas por amplios conjuntos de

intelectuales, para abrir un espacio de intercambio, de promoción y de mediación ideológica que se tradujese en una práctica intelectual y una política editorial clara y homogénea hacia el público en general.

Asimismo, muchos escritores latinoamericanos y aquellos que formaron parte del boom literario colaboraron con la revista. Fue en este sentido que relacionamos el itinerario Asturias con el análisis que Ángel Rama (1984) hizo del fenómeno del boom. La hipótesis que nos interesó del autor sostenía que, durante el boom, el lector común había visto el florecimiento de muchas producciones, aunque, en realidad, se trataba de una producción acumulada de casi cuarenta años y que solo era conocida por la élite culta. De Diego (2015) señaló que el boom se asentó sobre una plataforma de demanda masiva de libros generada, en parte, por editoriales “culturales” que publicaban libros que tenían poco público, pero que decidían correr el riesgo debido a la calidad artística de las obras. Es decir, se apuntaba más al desarrollo de la literatura que a las ganancias por parte de las empresas y sellos que suelen identificarse como “editoriales independientes”, y que acompañaron procesos de radicalización política que caracterizaron el periodo: Jorge Álvarez, Ediciones la Flor, Tiempo contemporáneo, Corregidor, Fabril Editora, entre otras.

En líneas generales, fue posible establecer una coexistencia de determinaciones confluyentes en el boom, y Asturias formó parte de este proceso. Por un lado, estaban las determinaciones que provenían que provenían del mercado y de las industrias de la cultura y sus demandas; por otro, las del sistema literario y de la autonomía —ahora amenazada— del campo literario; y por último, las que provenían del ámbito de la política y de los debates ideológicos, de la Revolución cubana y sus urgencias.

Fue en este periodo, como ya se dijo, cuando se diluyó la posibilidad de unir la vanguardia estética y la vanguardia política, y además, creció el antiintelectualismo. Esta actitud se vinculaba con valoraciones negativas sobre la identidad intelectual, con la disolución de la cultura en el horizonte de la política y con la desaparición de las opciones conciliatorias. Así, el antiintelectualismo fue una respuesta de una parte del campo intelectual ante el dilema de conciliar las tradiciones del intelectual como crítico de la sociedad con una nueva definición del intelectual revolucionario, la que estatúa un tipo de relación subordinada respecto de las dirigencias políticas revolucionarias.

En este sentido, también fue cuestionada la noción de “compromiso”, que hasta 1966-68 había reunido las figuras del escritor, el militante y el crítico. Ante la radicalización de la lucha política, prevaleció la revolución como meta inmediata y excluyente; y el campo intelectual se dividió en dos: por un lado, estaban los intelectuales comprometidos o críticos y, por otro, los revolucionarios u orgánicos. El intelectual pasó de ser el sujeto de las críticas a ser su objeto. En acuerdo con Ponza (2010), consideramos que la vanguardia revolucionaria sería, a partir de entonces, una vanguardia armada, y un intelectual revolucionario, un intelectual al servicio de la vanguardia política, es decir, un intelectual orgánico. Así, una parte importante de los intelectuales chocó frontalmente con las exigencias de disciplinamiento que se requería desde la dirección cubana; y rompió, en diversos grados, con la política cultural de dicha Revolución. También Asturias tomó distancia de tales requerimientos.

Aunque se llevaron a cabo encuentros como la Tricontinental, OLAS y el Congreso Cultural de la Habana para constituir a largo plazo un “frente mundial contra el imperialismo”, Cuba atravesaba un contexto adverso, no

sólo por las repercusiones que tuvo el apoyo brindado a la invasión de Checoslovaquia, sino también por una posición defensiva que se adoptó en el frente interno a causa de atentados, sabotajes contrarrevolucionarios, el bloqueo norteamericano y las restricciones económicas. El debate de 1968 desmembró la comunidad intelectual; tras las divisiones surgidas de la identificación de Cuba como patria del antiintelectualismo, en acatamiento a la directiva “revolucionaria”, la tensión se hizo irresoluble. El discurso que Fidel Castro dio en 1971 decretó la imposibilidad de conciliar una agenda cultural con una agenda política y atacó a los intelectuales que preferían los salones burgueses a las trincheras.

Si nos enfocamos ahora en el exilio europeo de Asturias, pudimos detectar que participó de una serie de conferencias sobre la novela latinoamericana que tuvieron lugar en Italia con el patrocinio de Columbianum, una institución de acercamiento entre Italia y América Latina que había iniciado sus actividades en 1959, y cuya sede estaba en Génova. Durante este período, recorrió universidades italianas y francesas y se vinculó con la red de intelectuales de la Comunidad Latinoamericana de Escritores —1965-1970 aproximadamente—, fundada en el congreso de Génova, y que impulsó la realización de encuentros en México. Los intelectuales que integraban esta red intentaron eruirse como interlocutores válidos ante los distintos gobiernos latinoamericanos, con iniciativas para formular, impulsar y coordinar una política cultural latinoamericana. Su proyección fue, sin embargo, muy limitada. En 1965, mientras estaba en Italia, Asturias se enteró de que había sido galardonado con el Premio Lenin. Luis Cardoza y Aragón, en su libro *Miguel Ángel Asturias, casi novela* (1991) fue uno de los pocos autores que señaló, ya en las primeras páginas, el hecho de que Asturias había recibido ambos premios: el Premio Lenin de la Paz, en 1965, y el Premio Nobel de

Literatura, en 1967. Es decir que, durante la Guerra Fría, Asturias fue premiado desde “ambas potencias enfrentadas”, lo cual implicó un desdibujamiento de ese límite dicotómico que parecía tan claramente trazado.

En dicho contexto, se llevaron a cabo el Primer encuentro de la Comunidad Latinoamericana de Escritores (Chile, 1966), y el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores (México, 1967). Asturias formó parte de este último Congreso, en el cual Cuba anunció que no participaría de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, con lo cual la ruptura ya existente se puso de manifiesto. Durante ese mismo Congreso en México, escritores como José Agustín, Carlos Monsiváis, Vicente Liñero y Ángel Rama cuestionaron y se sorprendieron de la selección de invitados, entre los que estaba Germán Arciniegas, ex director de *Cuadernos* del CLC.

Para explicar la participación de Asturias en diferentes y diversas redes de intelectuales resulta importante destacar la inscripción de este autor en una larga tradición antiimperialista y latinoamericanista. En efecto, perteneció a una generación de intelectuales vinculados de diferentes maneras con el anarquismo, el socialismo y el comunismo, quienes se propusieron hacer visibles las aspiraciones imperialistas de Estados Unidos desde algunos países de Europa y en América Latina a través de obras periodísticas y de ficción.

A lo largo de su trayectoria Asturias sostuvo un posicionamiento antiimperialista democrático y realizó muchas críticas al imperialismo norteamericano. Esto contribuyó a que fuera posible entender, en relación con coyunturas específicas como las de la intervención indirecta norteamericana en Guatemala en 1954 y la Revolución Cubana, el modo en que este autor confluyó muchas veces con el socialismo y el comunismo,

pero también se distanció de ambos. Así, recorrimos en este trabajo, su participación en diversas redes de intelectuales, y advertimos que siempre mantuvo sus esfuerzos por defender la identidad latinoamericana y el antiimperialismo. Su figura también cuestionaba e incomodaba a un imaginario escindido en dos zonas, una afín a la disposición antiimperialista y la otra contrapuesta a ella. Si, en cambio, pensamos las formas de expresión —cultural, social, política— que adoptó la disposición antiimperialista, se abre la oportunidad de visualizar diferentes combinaciones posibles, para luego ponerlas en relación con los sistemas ideológicos particulares y con los distintos ámbitos geográficos (Cfr. con Kozel, Grossi, Moroni 2015: 7/21). Se trata de una perspectiva que fue posible explorar a través de la conformación de las redes intelectuales trabajadas aquí.

En sus esfuerzos por defender la identidad latinoamericana y el antiimperialismo, Asturias impulsó, entre otras iniciativas, la creación de lo que hoy se conoce como la Colección “Archivos de la Literatura Latinoamericana y el Caribe del siglo XX”. Hacia 1966, cuando Asturias se instaló en París, asumió como presidente del Pen Club francés, y poco después, fue nombrado embajador de Guatemala en Francia —cargo que ocupó, como ya se dijo, hasta su renuncia en 1970—. Tras las críticas que se desataron hacia Asturias por aceptar el cargo en la embajada de Francia, este comenzó a organizar un operativo para acallar a sus detractores a través de papeles, archivos y testimonios. Así, en 1971, reunió en París a un grupo de amigos para fundar la Asociación de los Amigos de Miguel Ángel Asturias, presidida por Marcel Brion. A través de la Biblioteca Nacional y del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS) se veló, desde Francia, por sus últimas y apremiantes voluntades de escritor. Francia debía garantizar la creación de un equipo responsable de la edición crítica y de la

organización de sus manuscritos, así como de su explotación científica. Asturias exigió que esa operación fuera internacional y pluridisciplinaria y que todos los que a lo largo de su actividad literaria habían escrito sobre su obra fueran convocados para una empresa de corte científico riguroso. La edición crítica debía estar al alcance de lectores de Europa, América Latina y, sobre todo, de Guatemala —siempre y cuando las condiciones políticas de su país cambiaran—.

Después de su muerte en 1974, el gobierno guatemalteco reconoció su contribución a la literatura del país mediante la creación de premios literarios y becas en su nombre. Uno de ellos es el Premio Nacional de Literatura «Miguel Ángel Asturias»; además, se designaron en su honor el teatro nacional de la Ciudad de Guatemala como Centro Cultural Miguel Ángel Asturias.

Para la década de 1980, la colección impulsada por Asturias se extendió a centros de investigación de Italia y Francia; y con la participación de la UNESCO, la Nueva Colección, que se denominaría “Archivos de la Literatura Latinoamericana y el Caribe del siglo XX”, estuvo dedicada a producir ediciones críticas que reunían las obras fundamentales de la literatura latinoamericana contemporánea.

Para finalizar, debe señalarse que la complejidad de las redes intelectuales y la articulación de estas con el contexto de la guerra fría cultural nos abrieron distintas posibilidades de interpretaciones y posturas frente al proceso histórico del que formaron parte. Consideramos que allí reside el aporte de nuestro trabajo al campo de la Historia de América Latina Contemporánea y al conocimiento del campo cultural, pues se atiende a la historia intelectual desde una perspectiva contextual. Dicho aporte implicó tener en cuenta la heterogeneidad de figuras, junto con una diversidad de revistas político-

culturales y de textos literarios, para reconstruir, en torno a los procesos históricos abordados, las articulaciones de Asturias con otros actores sociales en esas redes. A su vez, permitió ampliar el horizonte de cuestiones latinoamericanas; reactualizar posiciones en relación con Estados Unidos y su pretensión de influir de manera directa o indirecta en la política interna de los países del continente; y pensar un heterogéneo espacio cultural antiimperialista.

Consideramos que Asturias participó en redes flexibles y heterogéneas, conformadas por diversos intelectuales que se articularon sobre la base de las relaciones y contactos personales que mantenían entre ellos. En tal sentido, la red se define como “un conjunto de individuos ocupados de la cultura que se organizan en función de distintos objetivos (...) [y] como vehículo para instalarse en la contingencia emitiendo una voz concerniente a temas culturales, sociales y políticos” (Albuquerque 2003: 274). Dichas redes, según pudimos observar, no se circunscribieron, necesariamente, a uno u otro de los polos de la Guerra Fría, en relación con lo cual se reconoce la existencia de un movimiento de países no alineados o del Tercer Mundo.

Una vez más, la flexibilidad de las redes puede verse en las publicaciones de diverso carácter de las que Asturias participó, como *Sur*, *La Nación*, *Ficción*, o en su relación con Losada. También sus palabras fueron retomadas por revistas como *Cuadernos de cultura* o *Cuadernos del CLC*; y asimismo, publicó artículos sobre diversos temas y escritores por ejemplo en el *Nacional de Caracas*.

Por último, notamos que en más de una ocasión las propias redes pronorteamericanas y anticomunistas debieron brindarle a Asturias un espacio, aunque acotado —pero espacio al fin—, para dejar registrada la existencia de su obra. Otro tanto sucedió con aquellos grupos que se

encuadraban férreamente con Moscú. Con Asturias y las redes que integró, nos alejamos de las posturas dicotómicas. Su trayectoria como escritor de izquierda en sentido amplio y su permanente militancia antiimperialista mostraron que el autor guatemalteco poseía una voz propia y difícil de encasillar, como quedó demostrado en las distintas coyunturas.

Anexo. Llamamiento de 1955

Páginas sueltas encontradas en un ejemplar de la revista *Sur* N.º 237 archivado en la Biblioteca Central de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR.

Victoria Ocampo, Directora de SUR, José Bianco, Jefe de Redacción, y Adolfo Bioy Casares, Alberto Luis Bixio, Jorge Luis Borges, Carlos Alberto Erro, Alfredo González Garaño, Eduardo González Lanuza, Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, H. A. Murena, Silvina Ocampo, Francisco Romero, Ernesto Sábato y Guillermo de Torre, que forman parte del Comité de Colaboración, responden al llamamiento dirigido al mundo por los hombres de ciencia que firman el siguiente documento sobre la guerra mundial, aparecido en los periódicos del 10 de julio de 1955, se adhieren a su resolución y lo dan a conocer a los lectores de la revista. Por eso lo transcriben íntegramente. Al mismo tiempo dejan constancia expresa de que esta adhesión eminentemente moral no supone solidaridad con ninguna otra basada en motivos de índole política. Asimismo invitan a los lectores y amigos de SUR a hacer llegar a Bertrand Russell (c/o Allen & Unwin, Museum Street, London W. C. 1) su adhesión individual a dicho documento.

“En la trágica situación que confronta a la humanidad, consideramos que los hombres de ciencia deben reunirse en una conferencia para analizar los peligros que han surgido como resultado del perfeccionamiento de armas de destrucción en masa y para discutir una resolución que siga el espíritu del proyecto agregado aquí.

“Hablamos en esta ocasión, no como miembros de esta o aquella nación, continente o credo, sino como seres humanos, miembros de la especie humana, cuya perpetuación está en duda.

“El mundo está lleno de conflictos; obscureciendo todos los conflictos menores, está la titánica lucha entre el comunismo y el anticomunismo.

“Casi todos los hombres de ciencia política abrigan sentimientos vigorosos sobre uno o más de estos asuntos, pero nosotros queremos que ustedes, si pueden, dejen de lado esos sentimientos y se consideren sólo como miembros de una especie biológica que ha tenido una historia notable y cuya desaparición ninguno de nosotros puede desear.

“Trataremos de no decir una sola palabra que pueda atraer a un grupo más que a otro. Todos, por igual, están en peligro, pero, si se entiende el peligro, habrá esperanza de que pueda ser colectivamente evitado.

eminentes de ciencia y por autoridades de la estrategia militar. Ninguno de ellos dirá que los peores resultados son seguros; lo que sí dicen es que estos resultados son posibles, y nadie puede estar seguro de que no se producirán.

“No hemos descubierto hasta ahora que los juicios de los expertos en esta cuestión dependan en grado alguno de sus opiniones políticas o sus prejuicios; dependen solamente, por lo que han revelado nuestras averiguaciones, del grado de conocimiento de cada experto en particular. Hemos descubierto que los hombres que más saben son los más pesimistas.

“He aquí, pues, el problema que presentamos a ustedes, desnudo y horrendo, e ineludible: ¿acabaremos con la raza humana o renunciará la humanidad a la guerra?

“Las gentes no encararán esta alternativa, porque es tan difícil abolir la guerra. La abolición de la guerra exigirá desagradables limitaciones de soberanía nacional. Sin embargo, lo que tal vez impide la comprensión de la situación, más que cualquiera otra cosa, es que el término “humanidad” parece vago y abstracto. La gente difícilmente llega a imaginar que el peligro es para ella misma, para sus hijos y nietos, no solamente para una humanidad vagamente aprensiva. Difícilmente llegan a comprender que ellos, individualmente, y todos aquellos a quienes aman están en peligro inminente de perecer en dolorosa agonía, y así esperan que tal vez se pueda permitir que la guerra continúe a condición de que se prohiban las armas modernas.

“Esta esperanza es ilusoria. Sean cuáles fueren los acuerdos a que se haya llegado en tiempo de paz para no usar bombas hidrógenas, no serían considerados válidos en tiempo de guerra; y ambos bandos se pondrían a fabricar bombas hidrógenas tan pronto como estallara la guerra, porque, si un bando fabricara las bombas y el otro no, el bando que las fabricó sería inevitablemente el victorioso.

“Aunque un acuerdo para renunciar a las armas nucleares, como parte de una reducción general de los armamentos, no sería en último término una solución, tendría ciertos efectos importantes. Primero, cualquier acuerdo entre Occidente y Oriente es bueno en la medida en que tienda a aliviar la tensión; segundo, la abolición de las armas termonucleares, si cada bando creyera que el otro la ha cumplido sinceramente, disminuiría el temor a un ataque sorpresivo por estilo del de Pearl Harbour, temor que actualmente mantiene a ambos

“Tenemos que aprender a pensar de una manera nueva. Tenemos que aprender a preguntarnos, no qué medidas pueden ser adoptadas para dar la victoria militar al grupo que preferimos, porque ya no hay tales medidas. Lo que tenemos que preguntarnos es: qué medidas pueden ser adoptadas para impedir una contienda militar cuyo resultado debe ser desastroso para todas las partes.

“El público en general, y aun muchos hombres en posiciones de autoridad, no han comprendido lo que implicaría una guerra con bombas nucleares. El público en general todavía piensa en términos de arrasamiento de ciudades. Se comprende que las nuevas bombas son más poderosas que las antiguas y que, si una bomba atómica pudo arrasarse a Hiroshima, una bomba hidrógena podría arrasarse a las ciudades más grandes, como Londres, Nueva York y Moscú.

“Sin duda que, en una guerra con bombas hidrógenas, grandes ciudades serían arrasadas, pero éste es sólo uno de los desastres menores que habría que encarar. Aunque todos los habitantes de Londres, Nueva York o Moscú fueran exterminados, el mundo podría, en el curso de unos pocos siglos, recuperarse del golpe. Sin embargo, ya sabemos, especialmente desde la prueba de Bikini, que las bombas nucleares pueden propagar la destrucción gradualmente sobre una zona mucho más amplia que la que se había supuesto.

“Se afirma, con muy buena autoridad, que se puede ahora fabricar una bomba 2.500 veces más poderosa que la que destruyó a Hiroshima.

“Ésta bomba, si se la hace estallar cerca del suelo o debajo del agua, envía partículas radioactivas al aire. Estas partículas descienden gradualmente y llegan a la superficie de la tierra en forma de polvo o lluvia mortíferas. Fué este polvo el que infestó a los pescadores japoneses y sus cargas de pescado.

“Nadie sabe cuán extensamente podrían difundirse estas letales partículas radioactivas, pero las mejores autoridades dicen unánimemente que una guerra con bombas hidrógenas acabaría muy posiblemente con la raza humana. Se teme que, de usarse muchas bombas hidrógenas, haya una muerte universal: una muerte sorpresiva sólo para una minoría, pero, para la mayoría, una lenta tortura de enfermedad y desintegración.

“Muchas advertencias han sido expresadas por hombres

bandos en un estado de nerviosa aprensión. En consecuencia, recibiríamos con agrado dicho acuerdo, aunque sólo como un primer paso.

"La mayoría de nosotros no somos neutrales en cuanto a sentimientos, pero, como seres humanos, tenemos que recordar que, si las cuestiones entre Oriente y Occidente han de ser resueltas de alguna manera que pueda dar alguna satisfacción posible a alguien, sea comunista o anticomunista, sea asiático, europeo o americano, blanco o negro, estas cuestiones no deben ser decididas por la guerra. Desearíamos que esto fuera entendido tanto en Oriente como en Occidente.

"Ante nosotros se extiende, si lo elegimos, un camino de continuo progreso, con felicidad, conocimiento y sabiduría. ¿Optaremos, en cambio, por la muerte, porque no podemos olvidarnos de nuestras rencillas? Hacemos un llamamiento, como seres humanos, a los seres humanos: acuérdense de la humanidad y olvídense del resto. Si ustedes lo hacen así, el camino está abierto a un nuevo paraíso; si no, ante ustedes se abre el riesgo de una muerte universal.

"Resolución:

"Invitamos a este Congreso y, por su intermedio, a los hombres de ciencia del mundo y al público en general, a subscribir la siguiente resolución:

"Considerando el hecho de que las armas nucleares serán seguramente usadas en cualquier futura guerra mundial y de que dichas armas amenazan la perpetuación de la humanidad, urgimos a los gobiernos del mundo a comprender, y a reconocer públicamente, que sus propósitos no pueden ser adelantados por una guerra mundial, y los urgimos, por consiguiente, a encontrar medios pacíficos para solucionar todas las disputas entre ellos".

Firman la declaración Einstein; Russell; el Profesor P. W. Bridgman, de la Universidad de Harvard y Premio Nobel de Física; el Profesor L. Infeld, de la Universidad de Varsovia, coautor con Einstein de la evolución de la física y del problema del movimiento; el Profesor H. J. Müller, ex profesor en Moscú y la India, actualmente profesor en Indiana, Premio Nobel de Fisiología y Medicina; Profesor C. F. Powell, de la Universidad de Bristol, Premio Nobel de Física; el Profesor J. Rotblat, de la Universidad de Londres; y el Profesor Hideki Yukawa, de la Universidad de Kyoto, Premio Nobel de Física.

Bibliografía

Agosti, P., Pellufo J. y Salama R. (1954) "El Imperialismo: ése es el enemigo" en *Cuadernos de Cultura*, N.º 17, Bs As

Agosti, P.(1957) "Meditación desde el París" en *Cuadernos de Cultura*, N.º 29, Bs As

Aguilar, G. (2002a) "Modernismo" en Altamirano Carlos (Dir.), *Términos críticos de Sociología de la cultura*, Bs As: Paidós.

Aguilar, G. (2002b) "Vanguardia" en Altamirano Carlos (Dir.), *Términos críticos de Sociología de la cultura*, Bs As: Paidós.

Albuquerque, G. (2011) *La Trinchera Letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*, Santiago: Ariadna Ediciones.

Albuquerque, G. (2003); "Escritores políticos: América Latina en los sesenta" en Revista UNIVERSUM, Nº 18, Universidad de Talca.

Albuquerque, G. (2000) "La red de escritores latinoamericanos en los años sesenta" en Revista UNIVERSUM, Nº 15, Universidad de Talca.

Altamirano, C. (dir) (2008), *Términos críticos de sociología de la cultura*, Bs As: Paidós

Altamirano, C. (dir) (2010), *Historia de los intelectuales en América Latina*; Tomo II., Bs As: Katz.

Altamirano, C. (2011) *Peronismo y Cultura de izquierda*, Bs As: Siglo XXI.

Amos Segala (2000) "Lo que dicen los manuscritos de Asturias" en Gerald Martin (Coord.), *El Señor Presidente. Miguel Ángel Asturias. Edición crítica*, Barcelona: Sudamericana

Ansaldi W. y Giordano V. (2014) *América Latina. Tiempos de violencias*, Bs As: Ed. Ariel.

Ansaldi, W. y Funes, P. (1998) "Viviendo la hora latinoamericana. Acerca de rupturas y continuidades en el pensamiento de los años veinte y sesenta" en_

https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2712/pr.2712.pdf

Captura 29/01/2018

Arciniegas, G. (1956) "El ensayo en nuestra América" en *Cuadernos, N.º 19 Extraordinario*, Francia.

Artaraz, K. (2011); *Cuba y la nueva izquierda. Una relación que marcó los años 60*, Bs. As.: Capital Intelectual.

Béjar, M. D. (2011) *Historia del Siglo XX. Europa, América, Asia, África y Oceanía*, Bs As: Siglo XXI.

Benjamin, W.. (1990) "El autor como productor", en *Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III*, Madrid: Taurus.

Benjamin, W. (2011) "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica"; en *Conceptos de Filosofía de la Historia*, Bs As: Agabé.

Bürger, P. (1974) *Teoría de la Vanguardia*, Barcelona: Península.

Brunner, J. J. (2002); "Modernidad" en Altamirano Carlos (Dir.), *Términos críticos de Sociología de la cultura*, Bs As: Paidós

Bonforti, N. E. (2017) “El impacto de la Revolución Cubana en el Semanario Marcha entre 1959-1961. Prudencia, asombro y encantamiento” en *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, Año 4, N° 6, Córdoba, Enero-Junio

Bourdieu P. (2003) *Intelectuales, política y poder*, Bs As: Eudeba.

Bourdieu P. (2002) *Campo de poder, campo intelectual*, Bs As: Montessor.

Calandra, B. y Franco M. (2012) “Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas” en Calandra, B. y Franco M. *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada a las relaciones interamericanas*, Bs As: Editorial Biblos

Calinescu, M. (2003) “La idea de vanguardia” en *Las cinco caras de la modernidad*, Tecnos/Alianza.

Casaús Arzú, M (2005) “La reacción de nuevos espacios públicos a principios del siglo XX: La influencia de las redes intelectuales teosóficas en la opinión pública centroamericana (1920-1930)” y “El indio, la nación, la opinión pública y el espiritualismo nacionalista: Los debates de 1929” en Casaús Arzú, M. E. y García Giráldez, T. *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios sociales (1820-1920)*, Guatemala: F&G.

Casaús Arzú, M. E. y García Giráldez, T. (2005) “Conclusión” en Casaús Arzú, M. E. y García Giráldez, T. *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios sociales (1820-1920)*, Guatemala: F&G.

Carbone, V. (2009) "Cuando la Guerra Fría llegó a América Latina" en Nigra Fabio y Pozzi Pablo (Comps.) *Invasiones Bárbaras*, Bs.As: Maipue.

Carpentier, A. (1967) "*Literatura y conciencia política en América Latina*" (fechado en La Habana, agosto de 1961) en *Tientos, diferencias y otros ensayos*, Montevideo. Arca

Carrión, B. (1956) "*La novela regional*" en *Cuadernos N.º 19 extraordinario*, Francia.

Cernadas, J. (2005) *La "vieja izquierda" en la encrucijada: Cuadernos de Cultura y la política cultural del Partido Comunista argentino (1955-1963)*, en X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Chomsky, N. (1967) "*La responsabilidad de los intelectuales*", en <http://www.scribd.com/doc/21106468/Chomsky-Noam-La-Responsabilidad-de-Los-Intelectuales> Captura 27/05/2010.

Codovilla V. (1960) "Militancia Marxista-Leninista" en *Cuadernos de Cultura N.º48*, Bs. As. pp 1-8

De Diego, J. L. (2015) *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*, Bs As: Ampersand

De Diego, J. L. (2006) *Editores y políticas editoriales en la Argentina (1880-2010)*, Bs As: F.C.E.

Devés-Valdés, E. (2011) "Las redes de la intelectualidad periférica entre 1920 y 1940: Intento de una cartografía y de un planteamiento teórico", en *Cuadernos del CILHA Volumen 12 Número 14*, Chile: IDEA

Devés Valdés, E. (2007) *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Chile: Colección Idea. Segunda Época Instituto de Estudios Avanzados.

Dunkerley, J. (1990) "Guatemala desde 1930" en Bethell, Leslie, *Historia de América Latina*, Volumen 14, América Central desde 1930, Barcelona: Crítica.

Fernández Bravo, A. (2017) "María Rosa Oliver en las redes comunistas del siglo", Dossier, en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2017000200004&lng=es&nrm=iso#notas
Captura 28/01/2019

Figuroa Ibarra, C. (2006) "Cultura del terror y Guerra Fría en Guatemala" en *Presencia. Estudios de Coyuntura*, N° 4, Universidad de San Carlos de Guatemala.

Figuroa Ibarra, C. (2010) "*Partido, poder, masas y revolución (la izquierda en Guatemala 1954-1996)*", UBA Bs. As en http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/ar/ar-030/index/assoc/D6758.dir/0_ibarra.pdf Captura: 2/2/2020

Fiorucci, F. (2011) *Intelectuales y peronismo 1945-1955*, Bs As: Biblos

Friedman, M. P. (2010), "Significados transnacionales del golpe de estado de 1954 en Guatemala: un suceso de la Guerra Fría internacional" en García Ferreira R. (Coord.), *Guatemala y la Guerra Fría en América Latina*

(1947-1977), Universidad de San Carlos de Guatemala. Centro de Estudios urbanos y regionales, Guatemala.

Foradori A. (1954) "Charles Spencer Chaplin" en *Cuadernos de Cultura*, N.º 17, Bs As

Foucault, M. (1996) *El orden del discurso*, Bs As: La Piqueta.

Galeano, E. (2020) *Guatemala. Ensayo general de la violencia política en América Latina*, Bs As: Siglo XXI.

García Ferreira, R. (2002) "La CIA en Guatemala. Manual para derrocar a un presidente" en http://www.archivochile.com/Imperialismo/us_contra_pueb/UScontrapuebl0018.pdf, Captura 12/06/2010.

García Giráldez, T. (2005) "La patria grande centroamericana: La elaboración del proyecto nacional por las redes unionistas" en Casaús Arzú, M. E. y García Giráldez, T. *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios sociales (1820-1920)*, Guatemala: F&G.

García Lupo, R. (2007) "El joven Che y los prisioneros secretos de Perón" en *Últimas Noticias de Fidel Castro y El Che*, Bs As: Vergara

Gilk, S. (2012) "No existe pecado al sur del Ecuador. La diplomacia cultural norteamericana y la invención de una latinoamérica edénica" en Calandra, B. y Franco M. *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada a las relaciones interamericanas*, Bs As: Editorial Biblos

Gilman C. (1999) "Las revistas y los límites de lo decible: cartografía de una época", en <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/44064>
Captura 12/08/19

Gilman, C. (2012) *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Bs As: Siglo XXI.

Glasman G. (2008) *Miguel Ángel Asturias. La voz de los hombres de Maíz*, Bs As: Capital Intelectual.

Gordillo, M. (2007) *Capítulo VIII: "Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973"* en *Dir. James Daniel. Nueva Historia Argentina Tomo IX Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Bs As: Sudamericana.

Gramuglio M. T (2004) "Posiciones de Sur en el Espacio Literario. Una política de la cultura" en Saítta, S. (Dir. del volumen), *El oficio se afirma*, Volumen 9, de Historia de la Literatura Argentina, Dirigida por Jitrik, Noé, Bs As: Emecé.

Gramsci, A. (2000) *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Bs As: Nueva Visión.

Graterol Acevedo, G. L. (2018) "La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos: un espacio de formación de la juventud en París" en <https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/290/html>
Captura: 05/05/2020.

Grossberg L. (2012) *Estudios Culturales en Tiempo Futuro. Como es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*, Bs As: Siglo XXI.

Guevara, G. (Coord.) (2017) *Sobre las Revoluciones Latinoamericanas del siglo XX*, Bs As: Newen Mapu.

Halperin Donghi, T. (2010) *Historia Contemporánea de América Latina*, Bs As: Alianza.

Halperin Donghi, T. (2017a), “Nueva Narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta” en *El espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Bs As: Siglo XXI

Halperin Donghi, T. (2017b), “En el trasfondo de la novela de dictadores. La dictadura hispanoamericana como problema histórico” en *El espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Bs As: Siglo XXI

Halliday, F (1990-1991) “Los finales de la Guerra Fría” en *El cielo por asalto*, Año 1, N° 1, Verano, Bs As: Imago Mundi.

Halliday, F. (1991) “Contrarréplica a E.P. Thompson” en *El cielo por asalto*, Año 1, N° 2, Otoño, Bs As: Imago Mundi

Hobsbawm, E. (2007) *Capítulo VII: “La guerra fría” y capítulo XII: “El tercer mundo”* en *Historia del Siglo XX*, Bs As: Editorial Crítica.

Huyssen, A. (2002) “La dialéctica oculta: vanguardia-tecnología-cultura de masas” en *Después de la gran división*, Bs As: Adriana Hidalgo.

James, D. (Dir) (2003) *Violencia, Proscripción y autoritarismo (1955-1976)* *Nueva Historia Argentina*, Tomo X, Bs As: Sudamericana.

Jameson, F. (1989) *Documentos de Cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid: Visor

Jannello, K. (2015) La intelectualidad liberal bajo la Guerra Fría: La sede argentina del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1964) en *Acta Sociológica* N° 68, Septiembre-Diciembre.

Jannello, K. (2014) Redes intelectuales y Guerra Fría: La agenda argentina del Congreso por la Libertad de la Cultura. *Revista De La Red Intercatedras De Historia De América Latina Contemporánea*. En <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/view/8365>
Captura:12/3/2018

Jannello, K. (2010) “*El Congreso por la Libertad de la Cultura en la Argentina: entre el Grupo Sur y el Partido Socialista*”; en VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Kozel, A. Grossi, F. Moroni, D. (Coord.) (2015) *El imaginario antiimperialista en América Latina*, Bs As: CLACSO

Larraz F. (2014) “¿Un campo editorial? Cultura literaria, mercados y prácticas editoriales entre Argentina y España” en *Cuadernos del CILHA*. a 15 n. 21, Disponible en <http://www.scielo.org.ar/pdf/ccilha/v15n2/v15n2a08.pdf> Captura: 3/2/2017

Longoni, A. (2006) “La teoría de la vanguardia como corset”, en *Pensamiento de los confines*, n° 18, Bs As: F.C.E.

Mangone, C. (1990); “Izquierda y políticas culturales”, en *Utopías del Sur* nro. 4.

Marinello, J. (1954) "Crónica del tiempo" en Revista Cuadernos de Cultura, N° 16, Bs. As.

Morgenfeld, L. (2011) *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1955)*, Bs As: Continente.

Monterroso, A. (1967) "Miguel Angel Asturias, premio nobel de literatura 1967" en Gerald Martin (2000) , *El Señor Presidente. Miguel Ángel Asturias. Edición crítica*, Barcelona: Sudamericana

Nercesian, I. (2013) La política en armas y las armas de la política: Brasil, Chile y Uruguay 1950-1970, Bs. As.: CLACSO. E-Book en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20130814033931/Nercesian.pdf> Captura: 4/2/2022

Palti, E. (2002) "Posmodernismo" en Altamirano Carlos (Dir.), *Términos críticos de Sociología de la cultura*, Bs As: Paidós

Petra, A. (2010) "Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la guerra fría (1947-1956)" en *Revista Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*. Año I, No. 1.

Petra, A. (2013) "Cultura Comunista y Guerra Fría: Los intelectuales y el Movimiento por la Paz en la Argentina", en Cuadernos de Historia N° 38, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Junio.

Petra, A. (2017) *Intelectuales y Cultura Comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Bs As: F.C.E.

Prieto M. (2006) *Breve historia de la literatura argentina*, Bs As: Taurus.

Ponza P. (2010) *Intelectuales y violencia política 1955-1973*, Córdoba: Babel.

Pozzi, P. (2009) "Estados Unidos y los orígenes de la Guerra Fría" en Nigra F. y Pozzi P. (Comps.) *Invasiones Bárbaras*, Bs As: Maipue.

Rama, A. (1984) "El boom en perspectiva" en Rama, Ángel, *Más allá del Boom: literatura y mercado*, Bs As: Folios Ediciones.

Rama A. (1998) *Ciudad Letrada*, Montevideo: Arca.

Ramos, J. (1989) *Desencuentros de la modernidad en América latina: literatura y política en el siglo XIX*, México: F.C.E.

Revista Diálogo (2004). *Número extraordinario. 1954: El principio del fin*; Año 4, disponible en <http://www.flacso.edu.gt/site/wp-content/uploads/2010/05/Dialogo-extra-Julio-2005-2.pdf>. Captura: 27/05/2010.

Restrepo, E. (2013) Parte II "En torno a la especificidad de los estudios culturales", en *Antropología y Estudios Culturales. Disputas y confluencias desde la periferia*, Bs As: Siglo XXI.

Rey Tristan E. (2012) "Estados Unidos y América Latina durante la Guerra Fría: la dimensión cultural" en Calandra, B. y Franco M. *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada a las relaciones interamericanas*, Bs As: Editorial Biblos

R.G.T (1956) "La revolución guatemalteca de Luis Cardoza y Aragón" en *Cuadernos, N.º 19 Extraordinario*, Francia

Rivera, J. (2002) "Industrias culturales" en Altamirano, Carlos (Dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*, Bs As: Paidós.

Rivera, J. (1998) *El escritor y la industria cultural*, Bs As: Atuel

Rostica, J. y Nercesian, I. (2014) *Todo lo que necesitas saber sobre América Latina*, Bs As: Paidós

Rostica, J. (2014) “El pueblo estaba inerme: solo los dedos se crispaban en el vacío. Intelectuales y violencia en la coyuntura de la década de 1950 en Guatemala”; en Ansaldi Waldo y Giordano Verónica, *América Latina. Tiempos de violencias*, Bs As: Ariel

Rostica, J. (2006) “*La Guatemala revolucionaria*”, en Revista E-I@tina, Volumen 5, Número 17, Bs. As. En <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm>. Captura: 27/06/2010.

Sabattini, V. (2015) *Inicio De La Nueva Izquierda Intelectual Argentina, 1955-1962*, Bs As: Edivim.

Said, E. (1994) “*Capítulo I: Representaciones del intelectual*”, en Representaciones del intelectual. Barcelona: Paidós.

Saítta, Sylvia (2004) “Introducción” en Saítta, S. (Dir. del volumen), *El oficio se afirma, Volumen 9, de Historia de la Literatura Argentina, Dirigida por Jitrik, Noé*, Bs As: Emecé.

Schwartz, J. (1991) *Las vanguardias Latinoamericanas. Estética e ideología en la década del veinte*, Madrid: Cátedra.

Salomon Tarquini, C. y Lanzillotta Ma. De los Ángeles (editoras) (2016) *Redes intelectuales, itinerarios e identidades regionales en Argentina (Siglo XX)*, Rosario: Prohistoria ediciones.

Sarlo, B. (2007) *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Bs As: Emecé

Sarlo, B. (1985) *"Intelectuales: ¿escisión o mimesis?"*, en *Punto de Vista* N° 25, año VII. Bs. As.

Sartre, J. P. (1948) *¿Qué es la literatura?*, Bs As: Losada.

Sidicaro, R. (1993) *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario "La Nación" 1909-1989*. Bs As: Sudamericana.

Siegel, J. (1986) *Bohemian Paris. Culture, Politics, and the Boundaries of Bourgeois Life 1830-1930*, París: Penguin Book.

Skidmore, T. y Smith, P. (1996) "Capítulo 11: América Latina Estados Unidos y el mundo. De la independencia al panamericanismo" en *Historia Contemporánea de América Latina. América Latina en el siglo XX*, Barcelona: Editorial Crítica

Stonor Saunders, F. (2001) *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid: Editorial Debate.

Terán, O. (2013) *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Bs. As: Siglo XXI.

Terán, O. (2008) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Bs As: Siglo XXI

Terán, O. (1986) "El primer antiimperialismo latinoamericano", en *Busca de la ideología argentina*, Bs. As: Catálogos.

Teracena Arriola, A. (1989a) "El primer Partido Comunista de Guatemala (1922-1923). Diez años de una historia olvidada", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica.

Taracena Arriola, A. (1989b) "La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos de París (1925-1933)", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica.

Arturo Taracena, A. (1999) "El Camino político de Miguel Ángel Asturias" en *Revolución y Literatura en* <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2405815.pdf> Captura: 3/5/2019

Taracena Arriola, A. (2006) "Descubrir América en Europa: La asociación general de estudiantes latinoamericanos en París (1925-1933)" en *Des Indes occidentales à l'Amérique Latine. Volumen 2. México: Centro de Estudios mexicanos y centroamericanos*, en <https://books.openedition.org/cemca/2126?lang=es> Captura 2/2/2021

Thompson, E.P. (1991) "*Los finales de la guerra fría. Réplica a Fred Halliday*" en *El cielo por asalto*, Año 1, N° 2, Otoño. Bs As: Imago Mundi,

Tischler Visquerra, S. (2001) *Guatemala 1944: crisis y revolución. Ocaso y quiebre de una forma estatal*, Guatemala: F&G

Torre J. C. (Dir.), (2002) *Los años peronistas 1943-1955. Nueva Historia Argentina*, Tomo VIII, Bs As: Sudamericana.

Torres Rivas, E. (1981) "Guatemala: Medio siglo de historia política", en González Casanova (coordinación), *América Latina: historia de medio siglo*, Volumen 2, Centroamérica, México y el Caribe: Siglo XXI.

Torres Rivas, E. (2009) *Centroamérica. Entre revoluciones y democracias*, Bs As: Clacso.

Uribe Merino, C. "Sartre y la figura del intelectual comprometido",
disponible en
<https://revistas.unal.edu.co/index.php/cienciapol/article/view/29361> Captura:
28/11/2017

Vela Castañeda, M. (2005) "Guatemala, 1954: Las ideas de la
contrarrevolución" en Foro Internacional, Vol. XLV, Núm. 1, Colegio de
México, en <http://redalyc.uaemex.mx> Captura: 27/05/10

Vilanova H. (1965) "Dios era Verde, por José Chudnosvsky. Prologo
de Miguel Angel Asturias, Ed. Goyanarte, Buenos Aires, 1963, 207 págs". en
Cuadernos de Cultura N.º 73.

Williams, R. (1997) *Marxismo y Literatura*, Barcelona: Península.

Williams, R. (1994) *Sociología de la Cultura*, Bs As: Paidós.

Zabala, J. R., (2011) "Juan Goyanarte (1900-1967). Un editor vasco-
argentino", en Revista del centro de estudios Arturo Campión, n° 7. Laprida
(Argentina): Guregandik.

Zinn, Howard, (2011) *La otra historia de Estados Unidos*, New York:
Siete cuentos Editorial.

Textos de Miguel Ángel Asturias:

Asturias, M. A. (1948) *El señor presidente*, Bs As: Losada

Asturias, M. A. (1949) "Machojon", en *Revista Sur*, n° 181.

Asturias, M. A. (1951), "La Catedral", en *Revista Sur*, n° 202

Asturias, M. A. (1955) "Meta vertical", en *Revista América Libre*, Bs As

Asturias, M. A. (1956), *Week end en Guatemala*, Bs As: Losada

Asturias, M. A. (1964) "Salve Guatemala!" en *Poemas para la batalla de Guatemala. A diez años de la intervención norteamericana*, Bs As: Alcándara.

Asturias, M. A. (1981a); *Viajes, ensayos y fantasías*, Bs As: Losada.

Asturias, M. A. (1981b); *El hombre que lo tenía todo, todo, todo*, Barcelona: Todolibro/Bruguera

Asturias, M. A. (1999) *1899-1999: vida, obra y herencia de Miguel Ángel Asturias*, París: UNESCO.

En relación con Miguel Ángel Asturias:

Bellini G. (2006) *Miguel Ángel Asturias*, Madrid: Síntesis

Bellini G. (1969) *La narrativa de Miguel Ángel Asturias*, Bs As: Losada

Cardoza y Aragón, L. (1991) *Miguel Ángel Asturias, casi novela*, México: ERA

Castelpoggi, A. (1961) *Miguel Ángel Asturias*, Bs As: La Mandragora

Gerald Martin (Coord.) (2000) *El Señor Presidente. Miguel Ángel Asturias: Edición crítica*, Barcelona: Sudamericana

Gerald Martin (Coord.), (1996) *Hombres de Maiz. Miguel Ángel Asturias: Edición crítica*, Madrid: ALLCA XX/UFRJ

Harss, L. (1966) "Miguel Ángel Asturias o la tierra florida" en Harss, L. *Los nuestros*, Bs As: Sudamericana

Hurtado Heras, S. (2006) *La Narrativa de Miguel Ángel Asturias. Revisión crítica*, Universidad Autónoma de México. México.

Menton, Seymour (1978) "Miguel Ángel Asturias"; en Roy Joaquín (Comp.) *Narrativa y crítica de nuestra América*, Madrid: Castalia

Menton, Seymour (1960) "Miguel Ángel Asturias: Realidad y fantasía" y "Conclusiones"; en Seymour Menton; *Historia Crítica de la novela guatemalteca*, Guatemala: Universitaria

Sáenz, J. (1974) *Genio y figura de Miguel Ángel Asturias*, Bs As: Eudeba.

Sales D. (2013) *Week end en Guatemala. Miguel Ángel Asturias. Edición Crítica*, Madrid: Iberoamericana.

Revistas y Documentos:

Documento de la Declaración general de la Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad en Casa de las Américas, 1967.

"Libertad y universalidad de la cultura", Editorial de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura N° 1, París, marzo-mayo 1953. Disponible en <http://www.filosofia.org/hem/dep/clc/n01p003.htm> Fecha de consultado: 11/03/20

"Manifiesto a los intelectuales y artistas de América Latina" en Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, París, noviembre-diciembre 1954 disponible en <http://www.filosofia.org/hem/dep/clc/n09p108.htm> Captura: 11/03/20

Gorkin, Julián (1954) "La experiencia de Guatemala. Por una política de la libertad en Latinoamérica en Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura N° 9, París, disponible en <http://www.filosofia.org/hem/dep/clc/n09p088.htm> Captura 11/03/20

Gorkin, Julián (1963), "Le paso el Timón, querido Arciniegas"; Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura N° 69 París, en <http://www.filosofia.org/hem/dep/clc/n69p002.htm> Captura: 11/03/20

Revista Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, N° 19 Número extraordinario, Julio-Agosto, Francia: 1956.

Revista Cuadernos de Cultura, N° 16, 1954

Revista Cuadernos de Cultura, N° 17, 1954

Revista Cuadernos de Cultura, N° 29, 1957

Revista Cuadernos de Cultura, N° 34, 1958

Revista Cuadernos de Cultura, N° 48, 1960

Revista Cuadernos de Cultura, N° 73, 1965

Revista Sur, N° 228, Mayo-Junio de 1954.

Revista Sur, N° 230, Septiembre-Octubre de 1954